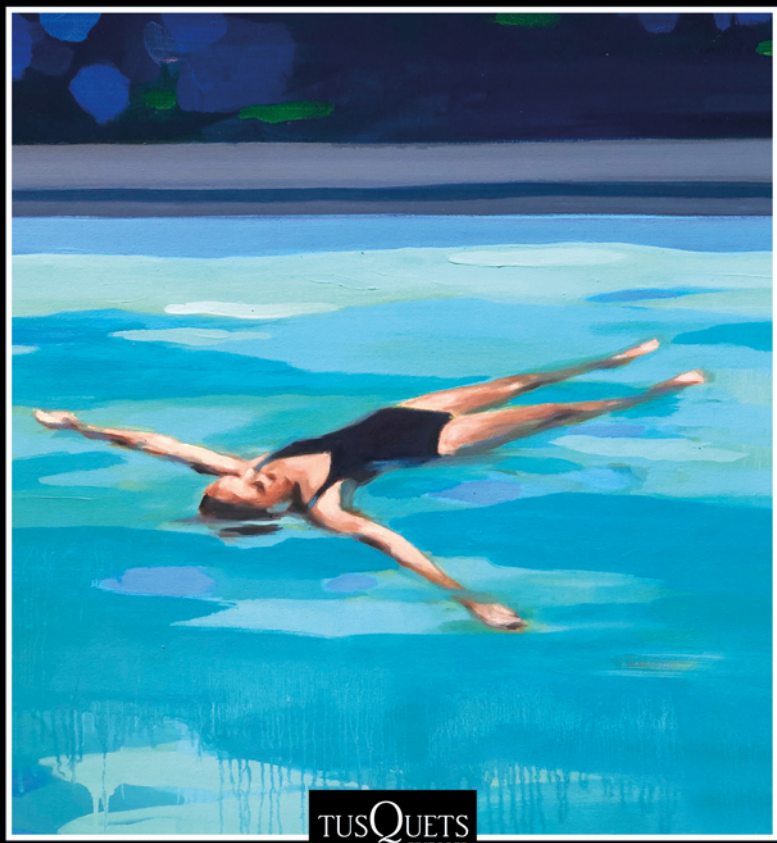
Cristina Araújo Gámir

MIRA A ESA CHICA

PREMIO TUSQUETS EDITORES DE NOVELA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Mira a esta chica
Créditos

Sinopsis

Una chica sentada en un banco. El día despunta y los estragos de la fiesta de ayer aún se palpan en el ambiente. El tránsito de los que van a trabajar se mezcla con el de los que vuelven a casa arrastrando la borrachera bajo los portales. De camino hacia la parada del autobús, Tallie se detiene de golpe en el bulevar. Le ha parecido reconocer a su amiga Miriam sentada en el banco con el pelo revuelto y la cara desfigurada por ríos de rímel. Solo unos días antes, los jóvenes apuraban las vacaciones en la piscina, felices y despreocupados. Y, aunque le cueste reconocerlo, Miriam sigue colgada de Jordan, pero la frustración de haber sido siempre la chica invisible, y más ahora que a él le gusta Paola, lo va a complicar todo mucho. *Mira a esa chica* es la historia de Miriam, de su grupo de amigos y de cómo, a veces, durante la adolescencia podemos encontrarnos con situaciones para las que nadie nos prepara. Porque... ¿se puede preparar a alguien para lo peor?

Mira a esa chica

Cristina Araújo Gámir

El pasado septiembre de 2022, un jurado integrado por Antonio Orejudo, en calidad de presidente, Sara Mesa, Eva Cosculluela, Marta Barrio, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Cristina Araújo Gámir el XVIII Premio Tusquets Editores de Novela.

A mis padres, que son más de dos.
A mis tíos, que son mis hermanos.
A mis abuelos.
Y a Luis.

Mira a esa chica

Agosto de 2016

Estás sentada en el banco, el bolso apretado contra las costillas con las dos manos, las pupilas desenfocadas, como si te hubiesen intentado robar. Pero no te han robado. Hace frío, lo notas sobre todo en los pies, y si estuvieras en condiciones de pensar, pensarías, por ejemplo, que cuántas horas quedan para el amanecer. Pero no piensas, y lo único que sientes es. Nada. Que te escuece el raspón en la parte blanda de la rodilla. Ha tomado un color rosa húmedo, y duele horrores cada vez que el pellejo pivota y pela un poco más de carne. No tenías ninguna herida cuando has salido de casa. Seguramente te has arañado con esa mezcla de arenilla y porquería que había en el suelo.

Al final de la calle, una farola emite un zumbido discreto de electrodoméstico. Te sorbes los mocos. Llevas como veinte minutos con la mirada perdida en una mancha de la sandalia. A ratos cambia de forma, le crecen lóbulos, o se agranda. Pero no, en realidad no se mueve, es solo una ilusión óptica, y en cuanto pestañeas reajusta de nuevo sus dimensiones originales. Esa mancha, no la recuerdas tampoco. Una salpicadura de barro, o de cubata, o quizá es que has pisado el charco de una meada de camino al portal. O la vomitona de alguien. O puede que sea, tal vez. Semen.

Deberías levantarte y echar a andar. Deberías. Pero es que no sabes si. Y además. Adónde. El raspón de la rodilla palpita en aguijonazos. Por un momento piensas en escupirte en los dedos y lavártelo con saliva, pero no puedes, no quieres, no tienes saliva. Ni ganas. No logras moverte. Estás llorando, estás cagada de miedo. Y menuda pinta tienes, con la coleta deshecha, con los

leggings llenos de polvo. Al frotarte los ojos has dejado un derrape de rímel en la sudadera, y ahora te escuecen incluso las lágrimas. Si al menos no te hubieran destrozado el móvil llamarías a Vix.

El trozo de cielo detrás de la plaza clarea hacia un malva indeciso. No hay casi nadie en la calle, y los que pasan ni siquiera te miran. Algunos siguen de fiesta. Sueltan risitas y tropiezan unos con otros mientras se abrazan y berrean canciones. Los sin techo son más sigilosos, mueven su borrachera de sitio arrastrando los pies. Al fondo, entre los fragmentos de sombra, un hombre dobla la esquina. Camina a lo largo de la hilera de árboles con las funciones motrices inalteradas. La espalda envarada, aseado, discreto, igual que un alfil. Lleva el periódico enrollado debajo del brazo, las manos enterradas en los bolsillos. Se les reconoce enseguida, a los que ya se aventuran por los renglones del hoy, mientras tú boqueas en la penumbra, ulcerada en los bordes difusos de la noche de ayer. Varios metros por detrás le sigue un perro de lanas. Se ha detenido a mear en una pata del banco, y luego viene hacia ti. Las uñas repicando en los adoquines. Crees que puedes estirar el brazo y acariciarle, pero no, tampoco puedes, así que más lágrimas, un sollozo o una especie de hipido, solo quieres que el perro se quede. Y entonces: chsss, ven aquí. El hombre alfil. Seguro que piensa que estás de resaca, o puesta de drogas. Quizá apestas a sexo. Seguro que sí. Notas las bragas mojadas.

Ese detalle lo usaron después.

Tres meses antes

Desde pequeña ha sido siempre lo mismo. Cuando una de las chicas de tu colegio quería fastidiar a otra o incordiarla en un clima de complicidad, se plantaba en mitad del patio y gritaba: eres más pringada que Miriam Dougan. También se divertían picándose unas a otras durante las clases: estás sentada al lado de Miriam, tienes la peste. Luego los comentarios se fueron diluyendo, evolucionaron en risitas, en cuchicheos, o en miradas. Pero al menos las chicas ofendían de esa forma difusa, como si todavía se preocupasen de conservar los modales. Nunca, o apenas, hacían referencia a la gordura tal cual. A veces te invitaban a sus fiestas de cumpleaños. Al fin y al cabo, habíais hecho juntas la comunión, vuestras madres se conocían de pedir la vez en la carnicería. Te prestaban sus juguetes y luego te los quitaban. Cuando formaban equipos, siempre te dejaban para el final: es que eres muy torpe, Miriam, a ver si espabilas. En la capilla todo cambiaba. Ahí cantaban. Se volvían modosas y virginales. Te daban la mano entrelazando los dedos y os mecíais al son de los himnos de misa: *Juntas como hermanas, vamos caminando.* Si se habían confesado por la mañana, por la tarde te trataban con dignidad. Y así en bucle. Toda la escuela primaria soportando esa esquizofrenia entre sus dilemas éticos y sus flaquezas.

Hasta que de repente: el milagro. Las chicas. Por fin. Se callaron. Hacia la pubertad, más o menos. Cuando les salieron las tetas y dejaron de prestarte atención para obsesionarse con sus propios complejos. Y ahora pasan de ti. Mejor así. Todas las mañanas te cruzas con ellas a las siete y cincuenta. Quedan en la esquina del instituto y fuman apoyadas en el capó de los coches,

las mochilas encajadas entre los pies, los vaqueros ceñidos como una segunda epidermis. Se miran las uñas y lanzan al aire anillos de humo mientras diseccionan series de Netflix. A veces saludas. Solo cuando es muy evidente que las has visto o que ellas te han visto a ti. Casi siempre son bastante simpáticas. Odias su simpatía, su radiante optimismo a primera hora de la mañana. Te sientes como un camión de la basura a su lado. Un camión grasiento y enorme y lleno de estruendos.

También hay un chico. Se llama Carlos Jordán porque su padre es de Uruguay, pero en el colegio todos le llaman Jordan, pronunciado así, como el apellido del jugador de baloncesto. A él le gusta esta variante, incluso la fomenta, suena mucho más *cool*.

El Jordan, Jordan, Charlie Jordan.

Llevas dos años enamorada de él, igual que casi todas las de tu clase. Hasta las empollonas y las raritas se azoran entusiasmadas cuando él les suelta alguna guarrada. Y has visto a chicas de otros cursos y otros colegios acudir en alguna ocasión a buscarle donde las gradas. Todo el mundo sabe quién es. Cuando sonríe lo hace solo con la mitad de la boca porque tiene una especie de parálisis en los nervios del labio. Joder, y es que es tan rabiosamente sexy cuando sonríe. Las chicas que le han besado dicen que también es rabiosamente sexy cuando te besa. Bandadas de adolescentes embobadas por esa boca hemipléjica.

Siempre que os dividen en grupos para los ejercicios de clase, intentas que te toque con él. Te las apañas incluso para coincidir en la fila de Educación Física, aunque eres nefasta en todas las pruebas. Tu cuerpo no está programado para dar volteretas ni saltar en el potro, y para colmo, llevas un chándal de algodón gris. Un chándal de gorda, de ama de casa, de cola del paro. Pero supones, o bueno quizá sueñas, que él no va a darle importancia, que no es tan superficial —claro, Miriam, por supuesto que no.

Aunque al menos, Jordan te sigue el rollo, os caéis bien. A él le hace gracia que te sepas de memoria algunos vídeos ridículos de YouTube y que se puedan soltar burradas delante de ti. Las otras chicas de clase no son tan graciosas, te dice. Y por eso no paras. Por eso tratas de superarte. Su risa así, apoyados uno al lado del

otro en las espalderas, nubla tu habilidad deductiva. Te lleva a creer que existe entre vosotros una intimidad subyacente que tú podrás alentar solo con pulsar las teclas correctas. Pero, ay, Miriam. Nada más lejos de la verdad. Porque cuando buscas sus ojos siempre los encuentras enfocados al infinito, a los culos de Paola Landy o de Clara Tibbets, que pueden permitirse llevar leggings apretaditos.

¿Y cómo no va a mirarlas? Todos los tíos de clase las miran. Existe una estricta dinámica en lo que respecta a las chicas guapas. Lo más probable es que piensen en ellas a todas horas, que se masturben imaginándoselas, pero luego no tienen huevos para decirles nada. Por eso, porque están buenas. A ti, en cambio, pueden soltarte lo que les venga en gana. Que de qué color llevas hoy las bragas, de qué talla, que si te lo depilas y hasta dónde, y que cuál es el perímetro de tus tetas. Y tú te ríes. Por quedar bien, por vergüenza, o porque no sabes muy bien qué hacer. Reírte es como un acto reflejo, algo que te dicta una parte de tu cerebro a la que no tienes acceso cuando le buscas explicación.

Miri, en ese sujetador cabe un puesto de melones y el vendedor incluido.

Miriam, tus tetas tienen su propio centro de gravedad.

Y tú te ríes, sí, te ríes. Porque es lo que te aconseja la gente. Otras chicas, las revistas, tu madre. Ríete. O pasa de ellos, ignóralos. O sígueles el juego. O no se lo sigas, dales un corte. Sé más lista que ellos. ¿Más lista?

Hay chicas que te defienden cuando les pilla delante. Menean la cabeza y ponen los ojos en blanco: Miriam, tú ni caso. Tratan de parecer maduras y consideradas, pero sabes que lo único que despiertas en ellas es una terrible vergüenza ajena.

Y bueno, qué vas a hacerle. Porque, vamos a ver.

Es así desde que el mundo es mundo.

Son cosas de chicos.

Y ya lo dice siempre tu madre, si te incordian es que les gustas. Y tú te lo crees, porque a tu edad es una fe necesaria. Y mejor que se fijen en ti a que no lo hagan en absoluto. La razón es irrelevante.

¿Verdad?

Miras una vez más hacia la puerta azul esmalte de los vestuarios. Ya son casi las doce y algunas personas han empezado a hacer cola bajo el toldo de la cafetería. Las madres se arriman al borde de la piscina. Llaman a sus hijos a gritos mientras agitan en la mano sándwiches envueltos en papel de aluminio. El sol te pica en la espalda. Deberías echarte una segunda capa de protector, pero solo cambias de postura y buscas a tientas el paquete de tabaco por debajo de la toalla. Vuelves la vista de nuevo hacia la puerta azul esmalte.

—¿Crees que vendrán?

—Pues claro.

—¿Seguro que hoy no iban a la playa?

—Que no...

Vix tiene los ojos cerrados y todavía respira agitada, cogiendo y soltando el aire por la boca. Acaba de nadar seis largos y el agua ha dejado estampada en la toalla la marca de su silueta. Enciendes un cigarro. Durante unos segundos te dedicas a juguetear con la cajetilla. En realidad querrías hacer más preguntas, insistirle a Vix para que le mande otro wasap a Lachance y confirme si están de camino. Tú ya escribiste a Jordan ayer. Dijo que vendrían, lo más seguro, y por eso esta mañana te has levantado con antelación y te has repasado las piernas y las ingles con la cuchilla.

Sacas el móvil de la mochila y relees su mensaje. Desplazas arriba y abajo la conversación, no sea que algo se te haya pasado por alto las últimas diez o doce veces. Suspiras. En realidad, qué más da, ni siquiera es que venga por ti. De no ser por Vix y porque sale con Lachance, los otros del grupo ni se plantearían arrimarse a vosotras.

—Espero que se queden aquí —dice entonces Vix—. Como

saluden y se pongan en otro sitio, te juro que mato a Hugo.

Ahora Vix llama Hugo a Lachance. Ha intentado una transición gradual. Desde que empezó a ser evidente que lo suyo iba en serio, ya no quedaba bien que le llamase Lachance, así que empezó a insertar su nombre verdadero en las conversaciones. Probablemente ella ni lo note, pero siempre suena forzado, como envuelto en un plástico rígido. Hu-go. La primera vez que lo dijo ni siquiera sabías de quién hablaba.

Guardas el móvil bajo la toalla y te tiendes boca arriba con los ojos cerrados. Detrás de tus párpados, la luz crea geometrías amorfas y anaranjadas. Unas chicas barajan las cartas en tu periferia. Se ríen en alto. Los niños echan carreras por el césped embadurnados de crema Nivea.

—¿Estás nerviosa porque viene Jordan? —dice de pronto Vix.

Tomas una bocanada de aire. Ese trasiego intestinal cada vez que escuchas su nombre. Un hormigueo helado a ras del tronco encefálico. Parecido a cuando masticas un chicle de clorofila extrafuerte, pero a nivel multiorgánico.

—Bah, la verdad es que me da igual que venga o que no.

Vix suelta una risa por la nariz y la tripa se le agita en pequeños sismos:

—Sí, seguro.

—En serio, ya paso de él.

La miras de refilón. Tiene el vientre tan plano que le forma una concavidad, mientras que tú debes resignarte a llevar ese bikini de talle alto con un adorno de botones en el lateral. La dependienta te lo quiso vender como un diseño moderno, un poco retro, tipo *pin-up*. Pero la verdad es que es solo un modelo para gordas.

—¿Te ha visto ya con tu nuevo look? —dice Vix.

—Sí, en el examen de Química.

Esto viene a que hace cuatro días te teñiste el flequillo y algunos mechones de blanco lejía. Lo planeaste a propósito la noche antes del último examen. Tendrías que haber estudiado, pero era más agradable pensar en la cara de Jordan cuando te viera entrar por la puerta de clase.

—Eh, tú, hablando del rey de Roma. —Vix te incrusta un dedo en las costillas.

Alzas la vista y le detectas de inmediato. Está al otro lado de la piscina olímpica, moreno de los entrenamientos y de sentarse en los escalones del instituto a fumar. Lleva la toalla colgada del hombro, el bañador desteñido del verano pasado. Y solo su presencia allí enfrente, a unas decenas de metros, te produce un efecto físico. Se ha parado a hablar con el socorrista, y de cuando en cuando, echa la mirada hacia atrás, a la puerta del vestuario, mientras se acaricia el vientre en movimientos circulares y distraídos.

Destripas la colilla contra el césped y buscas una postura más cómoda para espiarle. Ahora está asintiendo con la cabeza y ha cruzado los brazos a la altura del pecho. De lejos y sin sonido parece el tipo de hombre sereno y metódico que llegará a ser algún día. El socorrista dice algo y le da un palmetazo en el hombro, Jordan se rastrilla el flequillo hacia atrás con los dedos. Las relaciones entre los chicos te provocan curiosidad, es más, te fascinan. Esa inmunidad generalizada, enamorándose sin sufrir, juntándose en el parque para hablar de la Champions League al día siguiente de que les rompan el corazón. La forma en que dicen «lo más seguro es que vaya» o «ya cuando sea te aviso», como si siempre se manejasen en emociones ambiguas a medio hacer.

Cuando la miras, Vix ha vuelto a tumbarse y se ha tapado la cara con una gorra. Una gorra espantosa con el logotipo reflectante de una gasolinera. Te colocas boca abajo y te desatas la tira del bikini a sabiendas. Dos chicos más acaban de salir de los vestuarios. Lachance y el Hobbit. Los torsos escuálidos como nematodos, la piel de un blanco nuclear. Se acercan a Jordan y saludan al socorrista. Risas, capirotazos, a ver qué gafas de sol, una mano que suelta una colleja, un empujón.

Y entonces.

Vienen.

La tripa te palpita contra la toalla. Coges la revista en la que hace unas horas habéis rellenado un test: ¿Tendrías una relación poliamorosa? El sol se refleja en el papel satinado. Aplanas las

hojas para fingir atención y dejas que los ojos se encallen en el final de una frase: champú de karité para puntas abiertas, champú de karité para puntas abiertas, champú de karité. El texto se reproduce dentro de tu cerebro con la cadencia de un mantra, y, mientras tanto, percibes que en el trozo de mundo a tu espalda Jordan va acortando distancia, y tiene las piernas morenas y sonríe con esa mueca ladeada y sensual, y ya llega, ya llega, le estás viendo con el rabillo del ojo, y ya no percibes más niños, ni chicas que se ríen y barajan las cartas, ni madres que desenvuelven papel de aluminio. Solo su voz, la voz de él, que te entra directa al cerebro como un dolor de oídos. Si los dolores fueran buenos.

—Chavalitas —dice.

Alzas la cabeza y te colocas la mano sobre la frente para tapar el sol. Esa coordinación tan exacta entre tus ojos y tu sonrisa para fingir sorpresa.

—¡Pero bueno! —exclamas—. ¿Qué tal, cuerpazos?

—¿Hay sitio para nosotros?

Te anudas las cintas del bikini y giras el cuerpo en un movimiento estudiado. Sacudes el pelo hacia atrás. Mientras te incorporas, das un tironcito a la tela para ajustarla a un pecho y luego al otro, que no tape el tatuaje de la mariposa. Tienes la absoluta certeza de que están mirando y que les viene de perlas llevar puestas las gafas de sol.

Vix también se ha sentado, le ha dado un beso en la boca a Lachance y después ha encendido un cigarro. Los chicos extienden sus toallas en círculo. Se atizan el típico empujón de rigor, un latigazo en las nalgas con la camiseta enrollada, esa inevitable coreografía hormonal. Jordan tiene las piernas fuertes por el fútbol, los músculos marcados como filetes.

—¿Os habéis echado crema, niños? —preguntas.

—Sí, mami —responde el Hobbit. Es un chaval bajito para su edad. Con el pelo tan frondoso que hace que su cabeza parezca enorme.

Han traído porros y absenta, dicen, y que si os apetece ir al bosque con ellos más tarde, cuando cierren la piscina. No es difícil adivinar que están siendo tan dadivosos porque Lachance quiere

que Vix se quede. Pero Vix siempre se va temprano, tiene ese tipo de padres.

Te tiendes de nuevo boca abajo y te retuerces el pelo en un moño. Jordan se ha tumbado a tu lado, y no puedes dejar de fijarte en esa esquina de su toalla que ha quedado superpuesta a la tuya. Un centímetro cuadrado de conexión. El sol resplandece en cada uno de los pelos de su antebrazo, negros igual que charol. E imaginas...

Si pudieras tú tumbarte encima de su espalda, apoyar la mejilla en la pelusilla de su nuca y quedarte así, dormida, aspirando el olor de su crema de factor treinta. Deslizas un dedo por la costura de su toalla. Una hormiga remonta el borde. Parece que se te queda mirando, petrificada, y entonces desaparece de nuevo bajo la tela. Estiras el brazo y le das un tironcito al bañador de Jordan dejando expuesta una franja de piel blanca.

Él gira la cabeza sin prisa, casi como si lo esperara.

—Qué haces, rubita —dice, y afila los ojos—. Aún no me acostumbro a verte con el flequillo blanco.

—¿No te gusta?

—Sí, o sea..., me refiero a que se me olvida y me impacta cuando lo vuelvo a ver. Te queda bien.

Sonríes apretando los labios, de ese modo adorable en que has visto hacer a las protagonistas de algunas series.

—¿Te parece sexy?

—Mucho —dice—. Te van a llover los pretendientes —y entonces añade—: más todavía.

Se ha puesto a juguetear con unas briznas de césped y esboza una sonrisa críptica en la que no quieres profundizar.

Jordan sabe lo del amigo de Mirko, y obviamente, también lo del Hobbit. Y que antes salías los sábados con Vix a cazar —eso fue antes de que Vix empezase a llamar Hugo a Lachance—. Al principio te dio igual que se convirtiera en *vox populi*, estabas orgullosa de tus conquistas, pero ahora preferirías que no hubiesen trascendido tantos detalles. Además lo del Hobbit fue por despecho, porque llevabas un pedo de campeonato, y porque Jordan te había dejado tirada. De eso hace ya varios meses.

La cosa había empezado bien, parecía la típica noche que prometía, y tú te sentías capaz de todo. Venías de hacerte el tatuaje de la mariposa y te habías puesto un escote gigante para poder lucirlo debajo del papel film. Como es lógico, esta circunstancia excitaba tu ego, igual que un pequeño amuleto que pudiese intervenir en el rumbo de las casualidades y volverlas a tu favor. De camino al Dreams, te encontraste con Jordan en el autobús. Llevaba el pelo mojado, una camiseta de manga corta que le marcaba los bíceps. Le enseñaste el tatuaje, y él dijo: qué guapo, y ya no volvisteis a separaros en toda la noche. Fue casi glorioso. Os confesasteis una letanía de intimidades sentados en un escalón a la entrada del bar. Él te invitó a dos tequilas, te echó la sal en la mano, te hizo brindar, y seguisteis hablando en la barra, uno enfrente del otro, rascando con las uñas las etiquetas de vuestras respectivas cervezas, copiándoos los gestos, como dicen que hace la gente cuando se compenetra, cuando hay mucha química, y por eso pensaste: de hoy no pasa, quizá pueda sentir algo por mí. Aunque sabes de sobra que no eres su tipo, que no eres el tipo de nadie. Y entonces, el drama, el giro en la trama. Esa tía. Esa cerda, esa extranjera, una especie de ucraniana o polaca o rusa, con el pelo rubio como la mantequilla y un resplandor en la piel que solo habías visto en los anuncios de crema hidratante. El vestido tan ajustado que parecía pintado con acuarela. Así que. *Arrivederci,* Miriam. Adiós, muy buenas. Ella tenía una sonrisa automática, como las misses cuando se paran al final de la pasarela. Esa maldita sonrisa. Todo. El. Rato. Mientras bailaba, mientras hablaba, mientras se pegaba a vosotros alisándose el pelo con las dos manos. Fue humillante la facilidad con que el cuerpo de Jordan se desvinculó del tuyo. Sus gestos sincronizados a otro compás. Las puntas de sus zapatos apuntando a las piernas blanquísimas de la ucraniana/polaca/rusa. Vaciaste la copa de un trago y te alejaste poquito a poco, caminando hacia atrás, que no pareciera que te expulsaban. Y de nuevo, cómo no, esa aplastante sensación de inferioridad, todavía más denigrante por el hecho de que era tu noche especial, el debut del tatuaje de la mariposa. ¿Qué bebiste después? Ginebra, vodka, unos chupitos verdes que se

llamaban comecerebros. Hasta que al cabo de un rato, no sabes cuánto, apareció el Hobbit con su impertinente sonrisita de reptil: Miri, menudo pedo que llevas. Y tú no sabes por qué, ni de qué herida te salió aquello, soltaste: no estoy borracha, se lo ha bebido todo la mariposa, échale la bronca a ella. Mientras, te venías abajo como un naufragio y te apuntabas con el dedo al escote. Al Hobbit le babeaban hasta las pupilas, y Vix puso los ojos en blanco: Miri, de verdad... Le soltaste una pedorreta. Fue así de patético. Pero Vix, qué sabe ella. Nunca ha necesitado esforzarse. No es que sea despampanante, pero su cuerpo se acopla bastante bien a los estándares de belleza, así que está acostumbrada a que los tíos le hagan caso con una periodicidad aceptable. Y tú finges que te da igual, pero no te da igual. De hecho, en vuestras noches de caza mayor, a veces te hubiese gustado que Vix no estuviera. A su lado parecías el premio de consolación. Y ya te has hecho a la idea de que siempre va a ser así. A ti no te dan nada hecho, y por eso te ves obligada a tomar atajos, sueltas a quemarropa frases del tipo: hoy tú vas a dormir conmigo, por qué no me besas, hola bombón. Les dejas el camino pavimentado, que sepan que hay recompensa al final. Así empezó todo y así lo aprendiste esa noche, arrojándote a los brazos del Hobbit en cuanto se presentó la ocasión.

Al menos, lo de la ucraniana/polaca/rusa solo duró cuatro días. Y eso, un poquito, te sirvió de consuelo.

Te incorporas para untarte más crema en los hombros. A tu lado, Jordan tiene los ojos cerrados. Los párpados grasientos por el sudor. Todavía no se ha colocado el centímetro de bañador que le has bajado, y justo donde se ceñía el elástico, le asoma ahora una cenefa de piel acanalada. Un insecto te zumba en la oreja, sacudes el pelo para no tocártelo con las manos manchadas de crema. Querrías mover la toalla hacia el sol, pero entonces tendrías que separarla de Jordan, y eso ni loca. Aunque, Miriam, sinceramente, ¿por qué? Si lo más triste de todo es que ni con polaca ni sin polaca tienes nada que hacer. No es nada personal. Es solo que desde hace siglos, antes incluso de aquel día en la discoteca,

Jordan está enamorado, o encoñado, o lo que sea, pero a un nivel muy profundo, casi enfermizo, de Paola Landy. Lleva detrás de ella toda la vida. Como todos, en realidad, porque Paola es una de esas bellezas axiomáticas y perennes que parecen diseñadas con Photoshop. La típica chica en la que los tíos piensan a largo plazo: aniversarios, flores, sanvalentines, una presentación oficial en el bautizo de un primo. Cosas así.

Paola y sus secuaces, Clara Tibbets, Tallie McGrath, se sientan en otra parte de la piscina, cerca de la cafetería. Ellas no necesitan mandarles wasaps a los chicos ni acechar la puerta azul de los vestuarios como velocirraptores hambrientos.

Vuelves a tenderte y le das un toquecito en el hombro a Jordan. Él gira la cara, la apoya sobre la tela escamosa de la toalla. Estáis muy cerca, tan cerca como si acabaseis de despertaros en la misma cama.

—Qué feo eres en las distancias cortas —le dices.

—Tú sí que eres fea —y suelta una carcajada tibia con aliento a Coca-Cola de cereza.

Es que, Miriam, eres imbécil. Para cierto tipo de bromas se requiere un nivel de belleza apropiado. Por suerte nadie parece haberse dado cuenta, todos están a lo suyo, desmayados sobre el césped o con los auriculares incrustados en las orejas. Y tú haces como si nada porque quieres con todas tus fuerzas retener el momento. Quieres quedarte así, encima de la toalla, hablándole de cerca a los labios cuarteados de Jordan, hasta que te mueras. También, un poco, le quieres preguntar que por qué no están con Paola y las otras, si han quedado con ellas después, y que si son conscientes siquiera de que han venido, que seguro que sí. Pero no dices nada, porque no sabes si quieres abrir ese túnel, caer hasta el fondo, que se te haga astillas el corazón. Así que sacas el tema de la universidad. Jordan dice que no quiere estudiar, al menos no tantos años, y que en cuanto acabéis el instituto va a pasar un año currando en el pub irlandés de su primo. Quiere irse fuera, vivir su vida, quiere saber qué es lo que quiere.

Y tú lo quieres todo con él.

—No sé, no me va eso de la universidad —dice—. Me han

quedado cuatro para septiembre, y estoy deseando que termine el instituto para mandarlo todo a la mierda.

—Ya, pero a la larga te puedes arrepentir —insistes—. A mí tampoco me encanta estudiar.

Jordan frunce una mueca, un rayo de sol le cruza por en medio del iris verdoso.

—Bueno —dice—, todavía nos queda un año entero para pensarlo. Y el curso que viene va a ser un coñazo con la selectividad, así que...

—Ya..., por eso es mejor que sepamos lo que queremos.

Jordan lanza un suspiro. Imprime un soniquete cómico, exagerado.

—Joder, Miri, que acaban de empezar las vacaciones... —menea la cabeza—. ¿Podemos dejar el tema hasta dentro de por lo menos dos meses?

Finges un puchero.

—Vaya... y yo que iba a proponerte un plan de lo más atractivo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —sonríe y la mitad desobediente de su boca se queda quieta, ese desajuste tan sexual.

—Estudiar juntos este verano.

—Uff, superatractivo...

Sueltas una risa y le das un golpecito en el costado. Ha cerrado los ojos de nuevo, lo que te permite admirar la curva del pómulo donde resaltan algunos pelos duros y descabalados.

—Bueno, si te resulta más tentador —dices—, podemos estudiar en pelotas —y de inmediato te embiste un torrente de miedo. Pretendías que la frase sonase espontánea, igual que hace dos segundos en tu cabeza, pero al pronunciarlo en voz alta las palabras han adquirido un matiz retorcido y grotesco. De modo que añades deprisa—: creo que te arrepentirías de no ir a la uni.

—Bueno, gracias. —Jordan tiene la sonrisa paralizada en los labios.

—¿Gracias por qué?

—Por sugerir métodos tan convincentes. Nunca he probado a calcular un polinomio en pelotas.

Inclinas la cabeza y sonríes con un gesto bobalicón. Desde que trazaste ese plan, lo de estudiar juntos algunas tardes, te sorprendes a menudo fantaseando con el verano. Diferentes versiones en las que Jordan y tú os refugiáis de una tormenta bajo los árboles, o habláis hasta la madrugada de temas profundos sentados en los columpios de un parque. En lo que respecta al amor, solo logras consuelo a base de ese tipo de especulaciones. Ficciones improbables que se superponen a la vida real como fantasmas. Que le otorgan a la rutina un matiz transitorio, indulgente, menos brutal.

Vix y Lachance se han ido a comprar tabaco hace un rato. Más rato del que se tarda en llegar hasta la cafetería, meter una moneda en una ranura y apretar un botón. Por eso el Hobbit y Jordan han empezado a hacer comentarios sobre otro tipo de ranuras, otro tipo de botones. Se ríen como hienas. La sombra de las gradas se ha desplazado y arrimáis las toallas a la pared de hormigón. Os untáis más crema en la espalda, miráis vídeos de caídas estúpidas en YouTube, echáis una carrera hasta el bordillo y os zambullís en el agua azul. Jordan te salpica, bucea para cogerte los pies, tú le empujas cuando se acerca. Hay hojas secas que flotan a la deriva, parpadeos de sol, las extremidades de Jordan que se mecen en torno a ti, turbias y refractadas. Experimentas una tonificante sensación de felicidad. Sacudes las piernas, braceas, escapas, te ríes a voces y tragas un poco de agua, el Hobbit te toca el pecho de refilón: eh, Miri, las tienes bien gordas. Imbécil, protestas, pero luego te callas, porque tampoco quieres parecer una histérica. Tampoco es para poner el grito en el cielo. Y además, ni que fuera la primera vez. Jordan se restriega los ojos, las pestañas se le recogen en triangulitos mojados. En serio, dice, qué talla usas. Y tú que se calle, que no se lo piensas decir, pero te angustia dar esa imagen de borde. Adivínalo, sueltas. Y él esboza una sonrisita: no tengo que adivinar, solo tengo que preguntarle al Hobbit y a la mitad de los tíos del Dreams. Sus carcajadas son correosas, se estiran y restallan como látigos. Y tú solo quieres que cambien de

tema, que cambien de tono, que te dejen en paz.

Pero no, porque aquí va la segunda parte.

—Miri, ¿a ti te gusta que te toquen...?

Últimamente les ha dado por hacer eso.

Miri, ¿me dejas que te toque... [silencio dramático] un solo de guitarra?

Miri, ¿quieres que te toque... la lotería?

No, no quiero que me toques ni un pelo.

Pero otra vez no dices nada, porque entonces, joder, Miri, que estamos de broma, eres una amargada, una aguafiestas, y de qué coño vas, en serio, tú flipas. ¿Te crees que me ponen tus michelines, pedazo de foca?

Eso ya lo has oído, no quieres oírlo más veces, y por eso les sigues el rollo, un poco solo, lo justo, o eso crees tú, porque siempre se te va de las manos. Los chicos, qué fácil lo tienen, pueden soltar toda clase de barbaridades, pasarse mil pueblos, proferir las preguntas más guarras y sórdidas que les ronden por la cabeza. Pero las chicas, ah no, tú traes el filtro instalado de fábrica. Es otro nivel de maestría.

Sacudes un manotazo en la superficie del agua: joder, pesados. Y ellos se apartan: Miri, no te mosquees. Suspiras. Seguro que no lo hacen con mala intención. Jordan es tu colega, casi tu confidente, y el Hobbit muchas veces te deja copiar los ejercicios de Economía.

Das un par de brazadas hacia las escaleras y sales del agua.

Voy a comprar un helado, dices.

Y el Hobbit dice que te acompaña.

El quiosco de helados se encuentra justo enfrente de las pistas de tenis. Para llegar hasta allí hay que bordear la piscina olímpica, atravesar un parche enorme de césped, y torcer después por donde los vestuarios. No está lejos en realidad, pero Miriam se ha atado una toalla a la cintura porque le horroriza cómo se le bambolean los muslos al caminar. Le da vergüenza que al alejarse por el bordillo Jordan lo note, y que luego se lo cuente a Lachance y se descojonen.

A la sombra hace fresco. Miriam se inclina hacia el cartel de chapa donde se muestran imágenes de los helados en colores ultrasaturados y vibrantes. Nota las gotas de agua que le chorrean desde las puntas del pelo hasta el final de la espalda. El Hobbit está a su lado, con las manos apoyadas en las rodillas y leyendo los precios. Así, tan callado, parece hasta modosito, piensa Miriam, y aparta la vista corriendo, no vaya a ser que la pille y se crea lo que no es. Un pequeño altavoz en el interior del quiosco emite una musiquilla agradable, con un ligero timbre metálico. Ahora suena David Guetta, y hay una parte que Miriam empieza a tararear. El Hobbit sonríe.

—Tienes la voz bonita, podrías dedicarte a cantar —dice.

—Claro, es otra de mis muchas virtudes.

Resulta inevitable, en ciertos momentos, no echar mano de esa arrogancia tan frágil. Miriam se aparta del cartel de los helados y se reajusta la toalla en la cintura. Observa la cola de gente. Hay dos personas esperando para pedir, y también una niña pequeña con un bañador de volantes. Aguardan cada uno a su aire, de modo que lo más probable es que no se conozcan. El Hobbit descansa un codo en el mostrador de aluminio, muy cerca de un pegote de chocolate que todavía parece fresco.

—¿Y cuáles son tus otras virtudes? —dice.

Miriam sonríe, inclina la cabeza ligeramente. Está metiendo tripa al mismo tiempo, y procura imprimir a sus movimientos un efecto natural y despreocupado.

—¿Vais a quedaros luego, por cierto? —prosigue entonces el Hobbit, y desliza el brazo sobre el mostrador acercándose un poco más.

Tiene la barbilla salpicada de puntos negros, y la nariz le ha crecido un poco demasiado este año. Resulta gracioso, casi tierno, observarla ahí en medio desafinando.

—No lo sé. —Miriam hincha los carrillos y fuerza un suspiro meditativo, aunque sabe de sobra que va a quedarse. Hasta la hora que sea. Y dondequiera que vayan.

—Me encanta tu tatuaje, en serio —dice entonces el Hobbit.

—¿Y mi flequillo nuevo?

Sonríe azorado, de pronto tiene las orejas coloradas.

—También.

—Pues desde que me lo he teñido, este cuerpo cotiza más alto.

Miriam traga saliva, aparta la vista hacia sus pies descalzos. Una vez más, esa embestida de sudor que le enfría las manos y le pica por dentro de la cabeza. Para qué ha dicho eso. Ni siquiera ha sido mínimamente ingenioso, solo sonaba a que sí, a tía dura. Y de verdad, por qué vas de lista, si estás metiendo tripa, si te has tapado la celulitis con una toalla, eres idiota, idiota, idiota, no hay más que ver el careto del Hobbit, esa sonrisa tirante, seguro que luego se lo contará a los demás. La pedazo de foca, qué fuerte. Mira que le gusta ir de guay.

De verdad, Miriam, es que no aprendes.

La niña del bañador de volantes está ahora señalando los cajetines de las gominolas. Lleva las monedas perfectamente alineadas en la palma de la mano y las repasa de vez en cuando pasando el dedo por encima. Por algún motivo, Miriam desea que no tenga suficiente dinero para poder prestárselo, pero no tiene ni idea de dónde surge ese anhelo tan retorcido.

—La absenta que tenemos la ha traído de Praga un primo de

Lachance —dice entonces el Hobbit mientras se observa las uñas.

—Ah, ¿tiene algo de particular la absenta de Praga?

El Hobbit se encoge de hombros, seguramente solo va a repetir lo mismo que le han contado a él.

—Por lo visto allí hay de muchos tipos.

Miriam asiente. Clava la vista en un grumo de helado que se ha derretido en el suelo y que empieza a volverse sólido y mate. El Hobbit da entonces un paso hacia ella. Le acaricia la cintura del bikini, la hilera de botones en el lateral. La emisora interrumpe la canción para una cuña publicitaria y les injerta en los tímpanos una voz femenina quejándose de las fugas de orina. Miriam suelta una risa. El Hobbit está muy cerca. Desliza un dedo bajo el elástico y lo separa ligeramente. Debe de estar notando cómo a ella se le ha erizado la piel.

—Tú luego te quedas con nosotros —dice.

—¿Va a venir alguien más? —Miriam fuerza un tono indiferente. Lo único que quiere saber en realidad es si corre el riesgo de encontrarse de bruces con Paola y las otras.

—No, solo Lukas. Hemos quedado con él a la salida, así que seríamos nosotros cuatro y tú si te apuntas.

De modo que Miriam asiente con la cabeza.

Dice que sí.

¿Por qué no?

Eran cuatro. Al principio quisiste.

Al principio.

Y con uno.

Cuando te estabas riendo y sonaba la música alta y hablabais muy cerca, tan cerca que la punta de su nariz tropezaba continuamente contra tu oreja. Te hacía gracia cómo cortaba las frases, su acento aniquilando el final de los verbos. Y de pronto se separa y te mira. El aliento le huele ácido, como a Listerine y tabaco. Y entonces un empujón desde atrás, uno de sus amigos. Y una risa. Se acerca otra vez, más de lo necesario. Estáis totalmente pegados. Por las mareas de gente, por el bullicio, por el alcohol. Porque no hay hueco. Y porque le dejas. Su brazo cobijando tus hombros. ¿Quieres otro chupito? El calor de la plaza se te agarra a la cara. Y este chico que de pronto se acerca y tiene los ojos de un azul muy intenso, casi de ciencia ficción. ¿Qué quieres hacer cuando acabes el instituto? Enfermera cachonda. Ah, enfermera, qué flipe, y además cachondona. ¿Sabes cómo se llama este hueso?, ¿sabes cómo se llama este hueso? Una risa insonora, ahogada por el volumen de los altavoces. Te pareces a alguien. ¿A quién? A una de *Juego de Tronos*. ¿En serio?, ¿a cuál? No me acuerdo del nombre, solo sé que era mala. Qué dices, con lo buena que soy yo. Una sonrisa, un trago de cerveza recalentada que te deja la lengua pastosa. Vamos fuera de la muchedumbre. Genial, vamos a fumar unos porros. ¿Tú fumas? Oh, sí, por favor.

Por el aire vagan olores a esquinas meadas y basura reciente. Muchos bares están ya bajando los cierres, y hay grupos de jóvenes que charlan en corro. Se agolpan enfrente de los locales de pizza. ¿Te gusta este chico? Hombre, pues claro. ¿Ah, sí? ¿Te gusta mi amigo? Un trago de vodka. Ven, dame la mano. Sus dedos

envuelven los tuyos, eso te encanta, y cómo se inclina hacia ti, encorvándose a causa de la diferencia de altura. Piensas: a qué hora nos iremos los dos. Piensas: quizá hoy habrá sexo. En su casa. En su coche. La garganta te quema de tanto fumar, debía de ser costo del bueno. Un parloteo de chicas, una hebra de música, un beso. Un beso largo, y entonces. Ven, entra, no hagas ruido. En el portal está oscuro, apenas vislumbras sus caras, y una mano que te coge y te guía, y otra que te agarra por la cintura. Luego otra. Tres manos. Cuatro. Más de las que caben en un solo cuerpo, una jauría de manos. Y ya no le ves, te tiran rápido de la ropa, te bajan los leggings, las bragas, hace frío, una boca, un aliento a cerveza, y otro aliento más dulce, mostaza, espera, deprisa, el pilotito frágil de un interruptor de la luz que se refleja en las baldosas vitrificadas, y un tirón, una risa, un jadeo pegado a tu oreja, aire que entra y que sale, que entra y que sale, ven aquí, de varias bocas, te late el corazón por dentro del cráneo, el golpe del mármol, y la arenilla que pincha en lo blando de la rodilla, pero, respira, respira, se te encasquilla la voz, el bofetón de la carne sudada contra tus muslos, y piensas, no, un momento, el olor rasposo de sus colonias, estabas mojada, ven aquí, mira, toca, tiene las bragas mojadas, eso después te lo echaron en cara, separas los labios, vas a decir una cosa, ¿la dices?, carcajada, ya no estás, silencio, ya no eres, métete esto bien dentro, cómo se llama este hueso.

Quieres correr.
Quieres chillar.
Quieres que te quiten las manos de encima.
Y entonces
cierras los ojos.

Tallie McGrath se enrosca el pelo hacia un lado como un ramillete y le da unos latigazos al aire para sacudir la humedad. Lo lleva suelto, en contra de lo que es su costumbre, pero solo porque acaba de lavárselo a toda prisa en las duchas de la piscina. De haber tenido tiempo para secarlo, luego se lo habría recogido en un moño o en una de esas trenzas larguísimas que le llegan hasta mitad de la espalda. Baja un pie del bordillo y se asoma hacia la rotonda. Le suelta una patada a una piedrecita. Hace rato que se le ha agotado la batería del móvil y está tremendamente aburrida. Suspira. Se atrapa un mechón de pelo entre la nariz y el labio como un bigote. Respira el champú de papaya, y más profundo, incrustado, el olorcillo picante del cloro. Paola, entretanto, no dice ni mu. Se ha apoyado contra la marquesina del autobús con la cabeza volcada hacia su teléfono, y desliza el dedo por la pantalla en movimientos desganados. Sobre sus hombros, y a pesar de que se ha embadurnado de protector, ya se aprecian franjas difusas de un rosa incandescente.

Una brisa templada, como un aliento, mece las ramas y los toldos de los balcones. Tallie se refugia a la sombra de la marquesina. Adora el verano, ese rumor de vegetación. Se enciende un cigarro y cierra los ojos. Apunta la cara hacia el cielo, quiere disfrutar del momento. Y el momento le dura exactamente cinco caladas.

—Eh, chicas.

Vix tiene ese modo infantil de saludar. Levantando la palma de la mano y dejándola caer de inmediato. Se ha quedado quieta junto al bordillo sin llegar a subir a la acera, y da la impresión de que necesite el permiso de ellas para acortar distancias. Paola suelta un hola qué tal, sin despegar la vista del móvil. Tallie

responde al saludo alzando las cejas y automáticamente inclina el rostro sacándola de su campo visual. No le apetece que Vix les dé palique, de modo que siente un alivio tremendo cuando comprueba que pasa de largo y toma asiento en el banco de la parada. Le sorprende que llegue sola, sin el apéndice perpetuo de Miriam Dougan. Últimamente parecen siamesas. Y no es que a Tallie le importe, vamos, es que ni se molesta en pensar en ellas, pero le intriga cuál será el nexo de esa amistad. Vix al menos no le cae mal, es calladita y serena, como un pajarito de campo. En cambio, a Miriam no la soporta, la tiene totalmente atravesada, hasta el punto de oír su voz y desear abofetearla. No sabría explicar por qué. Siempre ha sentido por ella una aprensión comedida, pero desde hace cosa de un año, el odio se ha precisado. Y sospecha que lo que tanto la irrita de Miriam es esta nueva actitud. Antes era solo un borrón, una criatura tediosa que hacía el ridículo en clase. Y ahora, al parecer, le ha dado por ir de lista.

Hoy la han visto de lejos en la piscina. Pegada a los chicos, voceando en el agua. Y con ese flequillito tan hortera, le ha dicho Tallie a Paola, que simplemente ha agitado la mano en el aire: bah, qué más te da. Y sin embargo, Tallie no puede ponerles freno a esos pensamientos rabiosos. Está convencida de que Miriam se ha teñido el pelo porque el tatuaje en la teta ya no bastaba para llamar la atención. Y le parece lamentable, ese empeño de las chicas feas por alterar su aspecto con la esperanza de que alguien las mire. Le recuerdan a esas casas cutres llenas de grietas que los inquilinos intentan adecentar con velitas y mapamundis y enormes pañuelos de elefantes, pero que en el fondo no dejan de ser casas cutres llenas de grietas.

—Qué pesadez de autobús.

Paola se aparta de la marquesina y camina hacia Tallie haciendo rotar el torso exageradamente, como si estuviese en una clase de estiramientos. Cuando la tiene a tiro, atrapa a su amiga en un abrazo y apoya todo su peso en ella. Me aburroooo, protesta.

Tallie afila los ojos para atisbar el cruce a lo lejos. Ningún autobús a la vista. Nada. Solo el atardecer color membrillo que deja una pátina rosada sobre las fachadas de los bloques de

apartamentos. Una ventana se cierra en un piso bajo y el sol espejea contra sus pupilas, pero aun así permanece inmóvil porque todavía tiene a Paola apoyada en el hombro. Al cabo de unos segundos, Paola afloja el abrazo y se aparta con parsimonia.

—Eh, Vixie, ¿dónde te has dejado a Miriam? —dice.

Tallie vuelve la vista, le sorprende que Paola pregunte. E incluso Vix se queda un poco pasmada. Se empuja las gafas de sol hacia arriba, desplazándolas sobre el arco de la nariz, y sonríe con timidez, como si todavía dudase de que le preguntasen a ella.

—Ah... —dice—, es que Miriam se ha quedado un poco más.

—¿Dónde? —Paola frunce el ceño. Incluso así, con toda la cara arrugada, sus facciones siguen componiendo un gesto adorable—. Este barrio es un muermo. No hay ni tiendas ni nada...

—Me parece que iba a volver andando.

—¿Sola?

Tallie comprende entonces. Esa pose despreocupada de Paola, la pierna encaramada al asiento mientras se masajea el tobillo, y el tono de voz aflojado, persuasivo.

—No, sola no, se ha quedado con estos.

Paola despega los labios. Parece que va a añadir algo, pero al final no lo hace. Toma impulso con el pie y se aparta del asiento con un movimiento grácil que la conduce de nuevo hasta el poste de la marquesina. El acero galvanizado irradia un calor espeso que le atraviesa la camiseta y hace que le entre un poco de sueño. Y aunque lucha por no mostrar ninguna emoción, la duda ya se le ha clavado en el pecho, y se pregunta dónde estarán ahora mismo los chicos y qué hace Miriam con ellos.

—A Miriam le gusta Jordan, ¿no? —dice entonces.

Vix se ha puesto a juguetear con un cordoncito de la mochila. Levanta los ojos.

—No, ya no —responde—. Pasa de él.

Desde el borde de la acera, Tallie suelta un bufido. Se aclara la garganta a pesar de que no hay ninguna necesidad.

—No sé por qué te juntas tanto con ella, la verdad —dice—. Tú no la conocías de antes, pero este curso se ha vuelto una flipada.

La sombra de Vix oscila hacia un lado. Se ha encogido de hombros, pero Tallie está de espaldas a ella y no puede verlo, así que Vix acompaña el gesto con un resoplido.

—A mí me cae bien. Es muy divertida y siempre está libre para salir.

—Sí, eso es bastante obvio... —Tallie trata de empujar todo el sarcasmo posible en la frase. Cuando habla de Miriam, las palabras le raspan en la garganta como si estuviese tragando cristal—. ¿Es que su madre ni siquiera le pone una hora de volver a casa? Siempre se queda con los tíos hasta por la mañana.

Y se comporta como una puta, está pensando también. Aunque eso no lo dice, porque es el tipo de comentario que luego pasa de boca a oreja, y esa no es la posición que le conviene a ella, Tallie McGrath, que se lleva bien con todos los grupos del instituto.

Pero es que no puede evitarlo. Esa Miriam la pone enferma. Como un sonido obstinado y puñetero del que no te puedes librar, un grifo que gotea, una radial al final de la calle, insistente, tocahuevos, y con ese augurio de perpetuidad. ¿Es que no se da cuenta de que es y siempre será una niña torpe y gorda? Que lo siento, pero no puedes ponerte ese tipo de camisetas con ese tipo de cuerpo. Y además, de qué va. Tomándose esas confianzas con los chicos, sobre todo con los más guapos, e incluso con Jordan, que les gusta a todas. A Tallie de toda la vida, y resulta que ahora también a Paola. Se lo confesó a medias una noche de borrachera, varias semanas después del asunto de la ucraniana, y Tallie tuvo que fingir una risita entusiasta. ¡Qué fuerte!, exclamó, aunque luego se marchó a casa temprano, antes de lo previsto, sin poder terminarse la copa. Pero bueno, al fin y al cabo, Paola es Paola, puede permitirse el lujo de rectificar. Y no esa repulsiva de Miriam, la Zampa, la Bufi, buscando a Jordan a todas horas, escribiéndose cartitas con él. En fin, y si solo fuera con él... Tallie es testigo de cómo les pasa hojas de bloc dobladas a otros chicos en los cambios de clase. Su caligrafía globosa y esa tinta cursi de color morado.

A saber lo que pone. La muy. Porque, en serio. Con sus chistes obscenos y ese tatuaje de golfa. Luego se queja de que no la respeten, de que le den el coñazo con la talla de pecho. Y bueno,

qué espera. Hasta el conserje del instituto se lo escupió una vez a la cara: siempre te pones a chillar y a hacer el idiota cuando salen los chicos del entrenamiento. Tallie no se había fijado, estaba sentada en las gradas, devorando una bolsa de Cheetos, y ni siquiera reparó en que Miriam chillase. Pero seguro que era verdad, esa pava histérica. Y por eso se alegró secretamente de que alguien se lo dijera en voz alta.

—¿Y qué iban a hacer después de la piscina? —pregunta entonces Tallie. Está hurgando por dentro de la mochila en busca de una barra de cacao hidratante.

—No sé —responde Vix—, supongo que beber. Habían traído absenta.

—¿Quiénes estaban?

—Hugo, el Hobbit y Jordan. Y luego habían quedado también con Lukas.

Tallie asiente con la cabeza, se ha quedado anclada en ese nombre, Hugo. Murmura: ¿quién?, y todavía le lleva unos segundos deducir que se refiere a Lachance. Respecto a Lukas, sabe que Miriam tiene bastante amistad con él porque son vecinos. Y no descartaría que quizá hayan llevado esa relación un poco más lejos, igual que ocurrió con el Hobbit. Sin embargo, lo de Jordan es más complejo.

Ahora él va de coleguita, de confidente incluso, como si realmente disfrutara de la compañía de Miriam. Pero hace dos años bien que le grababa vídeos en la clase de Educación Física. Y ni siquiera se molestaba en disimular. Lo de la prueba de resistencia fue mítico. Estaban en la segunda ronda de exámenes y cuando a Miriam le tocó el turno de hacer el pino en las espalderas, el polo se le salió de los pantalones y se le empezó a resbalar hasta topar con el pecho. Ahí fue cuando Jordan le dio al play, justo en el momento en que el polo le caía sobre la cabeza dejando al descubierto un paisaje blancuzco de carne fofa. Y qué decir del sujetador, elaborado con algún material fino y roñoso que por poco no le transparentaba la sombra de los pezones. En el vídeo se captaba perfectamente la explosión de risitas, un ligero temblor en la imagen a causa de las carcajadas. Y a continuación, el zoom

directo a la lorza y la voz de Lachance a grito pelado: ¿quién ha pedido rollito de primavera?

Actualmente, incluso a Tallie le perturba el recuerdo. Ningún compañero salió en defensa de Miriam, y ellos todavía siguieron grabándola, muertos de risa, cuando se levantó de la colchoneta con la coleta deshecha y la cara congestionada por la sobredosis de riego sanguíneo. En ningún momento levantó la vista, y resultaba evidente que se estaba haciendo la loca. Pero para qué rebelarse. Los marginados demuestran ese instinto de conservación.

Más tarde, en los vestuarios, Tallie vio el vídeo en el móvil de Clara Tibbets. Acababa de enviárselo el Hobbit. Vaya panorama la Bufi, dijo Clara, ¿os lo paso?, y Tallie estaba a punto de responder que sí-por-supuesto-no-hace-falta-ni-que-preguntes.

Pero Paola se había agachado para atarse las zapatillas. Levantó la cabeza de golpe y con una mirada brutal dijo: no.

En el juicio le preguntaron:

Que por qué se quedó a solas con ellos.

¿Acordó mantener relaciones sexuales?

¿Sabía usted que esos chicos la estaban grabando con un teléfono móvil?

¿No es más cierto que fue usted quien empezó a quitarse la ropa y le practicó una felación a uno de ellos?

¿Recuerda usted en qué orden hizo las felaciones?

¿Recuerda si todos la penetraron?

¿Se encontraba usted bajo los efectos del alcohol?

¿No es cierto que en un mensaje de móvil dijo que se había depilado, y perdone la expresión, para follar?

¿Hizo algún gesto o algún comentario del que pudiera deducirse que estaba usted en estado de shock?

¿Manifestó alguna queja?

¿Dijo que quería marcharse?

¿Dijo usted en alguna ocasión «No» o «Parad ya»?

¿Iba usted a gritar?

¿Iba usted a hacer algo?

Todos corean tu nombre.

—¡Miri, Miri, Miri!

Así que le das otro trago a la absenta y notas cómo la bola de fuego te baja por el esófago y luego se difumina por dentro del pecho. Un abucheo mientras te secas la boca. Le pasas la botella al Hobbit, pero él la rechaza. Tienes que beber más.

Vix se ha marchado a casa hace un rato. Tú has cumplido tu parte y has insistido: venga, Vixie, porfa, quédate un poco. Pero solo insistes porque sabes que no puede quedarse, que su madre le dice a las nueve, y es a las nueve. Y la verdad es que eso internamente te alegra, aunque cruces los brazos y te amohínes: pues vaya mierda, ¿quieres que llame yo y la convenza? Todas esas hebras de ayuda que sabes que no van a ninguna parte. Y mejor. Mucho mejor. Porque así tienes a los chicos para ti sola. Porque así eres la reina, y todas las bromas son para ti. Y más tarde, cuando hayan bebido más de la cuenta, se pondrán quizá un poco idiotas, pero también zalameros, y empezarán con cosas del tipo: tú sí que eres legal, Miri, tú no eres como las otras chicas.

Oh, Dios, y cómo te encanta escuchar esa frase.

—¡Miri, venga, no seas niñata, dale un trago largo!

Lachance se ríe como una comadreja. Dice: tened cuidado que de verdad que sube deprisa. Se cree un experto porque su primo trabaja en un bar y siempre es él quien consigue el hachís y las bebidas sofisticadas.

Al tercer trago te mareas a lo bestia, en plan de tener que apoyarte con la mano en un tronco. Sin mucha discreción logras contener una arcada. Y por otro lado, estás que te mueres de hambre, solo has comido un sándwich de atún y un polo de chocolate hace ya varias horas. Cierras los ojos y consigues que el

suelo se quede quieto. La cara te arde. En un claro entre los árboles, los chicos están ahora pasándose la botella. La inclinan sin miedo sobre la boca, y la nuez se les mueve arriba y abajo, arriba y abajo, pero seguro que no beben tanto como parece. Los oyes reírse mientras se limpian de la barbilla riachuelos de absenta. Sus voces algodonosas, como si te llegasen a través de unas orejeras de felpa. Tomas aire. Una vez. Dos. El bikini te ha dejado parches húmedos en zonas estratégicas de la camiseta. Los pechos, por supuesto. El nudito del sujetador a la espalda. La barriga.

Lukas fuma apoyado en el tronco de un árbol. Lleva un rato hablando con Jordan sobre una serie que acaban de estrenar en YouTube, que te juro que es la leche, tío, un poco gore, ya sabes, vísceras y sangre, pero una pasada. Y quieres ir hacia allá, hablar de la serie, porque de repente te encuentras rara, te da miedo volver a casa dando tumbos, echar la pota en mitad de la calle. Y Lukas vive en tu mismo portal, dos pisos más arriba, confías a muerte en él. Todas las noches bajáis juntos a sus dos perros, os fumáis unos cigarros en el parque, habláis de mil cosas, de los temas que os obsesionan, de las personas que os vuelven tarumba: a ti, Jordan; a él, Tallie McGrath. Lukas nunca se suma a las bromas guarras cuando los otros te incordian. Tampoco los frena. Simplemente se calla.

Enderezas la espalda y caminas en dirección a su voz. Las hierbas altas te hacen cosquillas en los tobillos, algunas piedrecitas remontan el borde de tus sandalias y se te clavan en la planta del pie. De golpe, el Hobbit surge de un margen y se yergue delante de ti. Notas el peso de sus manos sobre tus hombros. Tiene las pupilas enormes, pero tú solo te fijas en su nariz, que así, tan de cerca, resulta todavía más cómica. Vas a soltarlo en voz alta, pero él se adelanta. Dice: Miri, mi Miri preciosa. Y entonces te besa en la boca, un beso rápido y seco, como un picotazo. Jordan se echa a reír: pero bueeeno. Tú no sabes, y te ríes también, porque a ver, solo es un pico, y además ya te has enrollado con él en una ocasión, tampoco es para montar un drama, ¿no?

Y por otro lado, esto es difícil de expresar, una de esas emociones que al someterse a la envoltura de las palabras se

transforman en conceptos atroces. Pero el caso es que este tipo de atención, este tipo de confianzas, no son algo que realmente te desagrade. E incluso un pelín te consuela. Al menos, piensas, no soy tan pedazo de foca como para que nadie quiera besarme.

Te pasan otra vez la botella y le das un trago sin miramientos. Captas un relieve en la voz de Jordan, un acorde que dice: Paola. Te giras hacia los árboles. El atardecer detrás de los troncos ha adquirido un matiz melocotón. Los insectos flotan a contraluz y sus alas reflejan destellos. Te encanta el momento, tan hermoso y dramático, como una película de la América rural. Veranos en campos de trigo, un coche con los asientos de cuero recalentados.

—Es que Paola es de otro mundo —dice Jordan, y su voz te entra en el cráneo como una pasta gelatinosa—. Paola solo se compra ropa en el Artemisia —prosigue—, nada de tiendas cutres, como Pumpkin o Garabatos.

Y eso no es todo. Todavía hay más.

Paola se corta el pelo una vez al mes, Paola sabe hacer un bizcocho de plátano que te chupas los dedos, Paola toca el piano, Paola escucha música clásica.

—Qué aburrida.

Las palabras te salen directas del estómago. No pasan por tu cabeza, ni por tu boca, no percibes la fonación. Es solo una erupción de sonidos con sabor a alquitrán. Oh, celosilla, dice alguien. Pero tú no estás celosa. Es decir. Evidentemente lo estás, cómo no. A otra compañera de clase a la que le gustaba la ópera, estos mismos chavales la apodaron «la abuela». Aquella chica tenía papos de bulldog y un ojo a la virulé. Deducción: solo puede gustarte la música clásica si tienes cintura de avispa y la frente lisa y redondeada, como una modelo de Victoria's Secret. Esa gente con los rasgos tan marcados luego envejece fatal, te dice tu madre. Pero a ti qué te importa. Envejecer. Luego.

Luego no importa hoy.

—Pues, tío, ha tenido que quitarse del Facebook —dice Jordan.

—¿Y eso?

—Porque un tarado la acosaba. —Bebe un trago de la botella

y tamborilea sobre la etiqueta. Esboza el gesto taciturno que corresponde a la ocasión—. Por lo visto no dejaba de escribirle mensajes privados el muy capullo. Le decía toda clase de burradas.

Te mordisqueas un pellejo arrimado a la uña y lo haces trizas con los incisivos. No le hallas explicación, pero lo que en ese momento te brota del pecho es una rabia infinita que te avergüenza. Una envidia corrosiva de Paola Landy, que no puede evitar que los hombres se obsesionen con ella, que pierdan la chaveta y que la acosen. Y te revienta, más que nada, que ahora los chicos no dejen de darle vueltas al tema. Oh, la pobre Paola. Todos tan consternados: menudo cerdo, pervertido, hijo de puta. Cuando resulta tan obvio que lo que discurren para sus adentros es: normal que la acosen, ¿quién no caería rendido a sus pies?, es un trabajo de voluntad no volverse loco por una chica tan increíble. E incluso Jordan seguramente no pueda evitar una chispa de satisfacción, el anhelo encubierto de romperle los huesos al pervertido y poder de ese modo demostrar algo.

Pero cómo no va a ser así, ¿tanto te sorprende? Si tú misma la tienes registrada en la agenda del móvil. A ella y a sus amigas. A pesar de que nunca se ha dado, ni se daría en un millón de universos, la situación de que necesitases llamarlas. Lo más sensato sería borrarlas, eliminarlas de tus contactos, porque total, contacto contacto no has tenido ninguno. Pero no puedes. Son como esas figuritas de porcelana que tu madre guarda en un cajón del pasillo, porque son caras y exquisitas y edición limitada, pero no pegan en absoluto con sus muebles de Ikea. Cada vez que hace limpieza, las contempla con gesto tierno y se lamenta de que debería donarlas o venderlas por eBay. Y a ti te pasa lo mismo con Paola y las otras. Necesitas que estén en tu agenda. A veces las buscas adrede solo para mirar si han cambiado la foto del WhatsApp. Y ahí termina todo. Cada uno es Diógenes a su manera.

—Miri, te queda muy sexy el pelo mojado —dice Lachance—. El de la cabeza también —y suelta una carcajada que le deforma la cara.

—Ay, cállate, imbécil.

Se ha sentado en el tocón de un árbol, al lado de Jordan, y hace girar una lata de tabaco sobre la base.

—Ahora sin coña, estás muy sexy con ese flequillito rubio —repite Jordan, y te mira con un ojo guiñado, como si estuviera escaneando tu cuerpo.

Cabrón.

Aunque esta vez sí que te ríes, un poco por la vergüenza. Pero es una vergüenza reconfortante, un tanto ficticia. Y de nuevo la botella de absenta que surge por un lateral. Dices que no, te sacuden un golpecito en el codo. No, que no quiero más. Y entonces ya toca la murga de siempre. Lo de Miri, qué talla usas, venga va, dínoslo, joder, qué pesados que sois, por qué coño sois tan pesados. Es por curiosidad. Pues hala, mirad. Te llevas las manos hacia la espalda, un tirante dado de sí, un lazo que se deshace, y listo, voilà, te sacas el top del bikini por el escote.

Así que «oleee», «toma yaaa», y gritos, y aullidos, y carcajadas, y tú que enarbolas el sujetador y lo haces girar en el aire como en el juego de robar el pañuelo. Y ¿qué sucede a continuación? Pues que desde un punto ciego, Lachance irrumpe en tu periferia, y salta, y agarra un tirante, y corre y corre, como si le hubiese birlado la bandera al equipo enemigo. Y ahora todos gritan más fuerte, alzan los brazos, se desgañitan y ruegan: pásamelo. Un sudor frío te brota de las axilas, te empapa la nuca, ojalá no le hubieras dado tantos tragos a la botella de absenta.

Bueno, devolvédmelo ya.

Pero claro, que te lo has creído, te piensas que va a ser tan fácil. Que puedes soltar un sujetador en medio de una piara de adolescentes y esperar que no se les vaya la pinza. Pues buena suerte, bonita.

Lachance le hace al Hobbit una señal. Le lanza el bikini, que describe una enorme parábola sobre los matorrales de zarzamoras, y el Hobbit, aunque se afana con toda su alma, da un tropezón a causa del pedo que lleva, de modo que es Jordan quien recoge el testigo. Y ahora ya sí que no puedes sentirte más humillada, contemplando cómo manosea la tela, eso no se lo haría a Paola. Ni por asomo. Inclinas el cuello y le dedicas un gesto de mártir.

Piensas que habrá una reciprocidad solidaria, aunque sea por lástima.

Jordan, tío, no seas capullo.

Pero él tiene esa risa boba en los ojos. ¿Y ella? ¿Qué se esperaba? La Bufi, la Zampa, cómo va nadie a sentir la menor empatía, si los animó con sus juegos, si prácticamente se quedó en tetas. Fíjate que al principio se estaba riendo.

Entonces un giro brusco a ras de cintura. El Hobbit te coge de la muñeca, tira de ti: ven, y tú mueves las piernas porque de lo contrario perderías el equilibrio. Las sandalias dan palmetazos contra la tierra, los arbustos pasan volando. Y ahora las risas se han aplanado, ya no las oyes, y los colores se desvanecen, se enturbian en sinfonías marrones y verdes. Y el Hobbit sigue adelante adelante, y deprisa deprisa. Algunas plantas de hojas duras te abofetean las pantorrillas, y cada vez hay más matorrales, cada vez se interna más adentro: joder, tío, que me voy a caer. Tienes miedo de tropezarte con las raíces que surgen a borbotones del suelo. Y justo unos árboles más allá os detenéis, tampoco muy lejos, no tanto como creías, porque todavía oyes a los otros hablar. No distingues palabras, solo una espuma de voces. El Hobbit te apoya contra un tronco y te besa, un beso pausado, menos rápido y menos seco que el de hace un rato. Entonces se aparta, enciende un cigarro. Las crestas de la corteza del árbol se te clavan en mitad de la espalda, pero prefieres seguir apoyada, todavía te mareas al mover la cabeza. El Hobbit te pasa el cigarro, se rasca el cuello, dice:

¿A ti te gusta Jordan o no?

Y tú sueltas un resoplido. Adoptas un gesto arrogante tan duradero que a la fuerza debe de haberse notado que es falso.

De eso hace un siglo, chaval. Le das una calada al cigarro del Hobbit y expulsas el humo hacia el cielo. Las personas evolucionamos.

Bueno, pues mejor, porque él pasa de ti como de la mierda.

Esto es más complicado. Te quedas callada y haces un esfuerzo sobrenatural para dejar el rostro en punto muerto. No es la primera vez que el Hobbit te escupe esa frase borracho.

Tampoco entiendes por qué. Esa necesidad. Y quieres con todas tus fuerzas dejárselo claro, que no te importa el imbécil de Jordan, que se lo quede Paola.

Desde lo de Jordan ha llovido, ¿eh?, insistes.

Y crees que ya vale, que mejor callarse, porque entonces va a parecer lo contrario, que te repites porque quieres camuflar algo. Un amor desmedido, sin ir más lejos. Tiras al suelo el cigarro y coges al Hobbit de la camiseta, le atraes hacia ti y mientras le metes la lengua en la boca notas cómo se le hincha la polla pegada a tu muslo. Le dejas que te sobe las tetas, que te apriete la carne, que se frote la erección en tu pierna. De pronto recuerdas: dónde está mi sujetador, y oyes unas risas de fondo, un siseo en los matorrales, o quizá no, quizá es solo tu imaginación, no sabes, tienes ganas de vomitar, ojalá Lukas no se haya marchado. Y mientras tanto la lengua del Hobbit se desplaza de pezón a pezón. Unos pasos que remueven las hojas, unas risas más fuertes y que se acercan, eso parece, pero no, igual es que están buscando un escondite para mear. Y el Hobbit levanta los ojos. Esos ojos dormidos y suplicantes mientras se lleva las manos al pantalón. Desabrocha la hilera del botones con un tirón rápido. Y la verdad es que no te apetece, el suelo está lleno de piedrecitas y ramitas de pino, y con toda la absenta que habéis bebido va a costarle una eternidad. Pero sabes que no está bien promover esperanzas falsas. Y el caso es que ya asoma ahí fuera, totalmente tiesa, apuntando hacia ti, cuando el Hobbit te coge la mano y te besa de nuevo con suavidad.

A Vix la conoció a principio de curso porque les asignaron el mismo tema para un trabajo de Filosofía. Parecía agradable, madura para su edad. Cada vez que los profesores le preguntaban en clase, su tono era equilibrado, sin risitas ni titubeos, e incluso cuando no sabía qué responder, manejaba la situación con una naturalidad asombrosa. Había entrado nueva ese otoño, y aunque le caía bien a la gente, todos contemplaban con pereza el esfuerzo de abrirse a una nueva amistad. Los grupos ya estaban establecidos, y Miriam experimentó un vago hastío cuando dedujo que aquel trabajo conjunto también la obligaba a asumir, en cierta medida, el papel de cicerone. Ella había pensado que le tocaría con Jordan o con Lukas, de modo que no mostró mucho entusiasmo al principio. Y Vix, por su parte, la correspondió.

Durante un par de semanas hicieron todo lo posible por esquivarse. Ni siquiera se molestaron en organizar nada hasta que la fecha de entrega se les echó encima. Bah, eso nos lo ventilamos la última tarde, dijo Vix con ademán de tener mucho mundo. Pero a las cinco de la mañana continuaban trazando esquemas sobre la doxa y la episteme tiradas en el suelo del dormitorio de Vix. De cuando en cuando, descansaban escuchando canciones o calentando bolsas de palomitas en el microondas. Descubrieron que les gustaban las mismas series, los mismos actores, las mismas tiras cómicas de Charlie Brown. Ninguna de las dos había fumado nunca. Empezaron a hacer pellas para comprar tabaco. Iban al centro comercial a hartarse de gofres y robaban las muestras de perfume de las revistas. Por las tardes quedaban para rizarse el pelo o para alisárselo. Exploraron fuentes de satisfacción con las que obsesionarse. Se volvieron adictas al pintalabios fosforescente. Lo convirtieron en un talismán. A la luz del día parecía cacao

hidratante, pero dentro de las discotecas emitía una luz verde pálido como el abdomen de las luciérnagas. Los chicos siempre se acercaban a preguntar.

Este año tienes que estrenarte, le insistía Vix.

De modo que los sábados paseaban por el polideportivo. A Vix le gustaba Lachance; a Miriam, Jordan. Y a pesar de los berridos en el campo de fútbol, lo veían como un contexto de lo más apropiado para el romance. Las flores nocturnas. El aire de finales de marzo cargado del olor a metano de la autopista. Y sobre la arena, las farolas proyectando posos de luz. Aquella noche, Miriam llevaba una camiseta recién estrenada, un perfume de Calvin Klein con el que se había rociado en Sephora. Percibía ese cosquilleo tras las costillas. Las ganas de todo, de cualquier cosa, de verlos, de hablar, de tonteo, de sentarse en el respaldo de un banco y reposar la cabeza en un hombro ajeno, de que te hagan preguntas, y a ti quién te gusta, con quién te lo harías. Esos interrogatorios invocando al amor, compartiendo cigarros e intimidades en la rampa de carga y descarga del hipermercado.

—Al amigo de Mirko le molas —dijo Vix. Se lo había contado Lachance.

Hasta ese día, Miriam solo había besado a dos chicos en plan magreo. A uno de un campamento y al Hobbit aquella mítica noche de la ucraniana/polaca/rusa. Cuando giró la cabeza para calibrar al amigo de Mirko, arrugó el labio automáticamente: ni de coña. Además le daba un poco de repelús. Solo hablaba del *Call of Duty,* y abusaba de esas argucias de los tíos feos que se las dan de sarcásticos para compensar.

Miriam se olvidó completamente de él, hasta que tres horas más tarde, en la pista de la discoteca, alguien la cogió del brazo. Al darse la vuelta vio al amigo de Mirko a través de una nube de humo, parecía más alto en las distancias cortas. Ella acababa de aplicarse una capa de pintalabios fosforescente, y el chico sonrió y se señaló los labios. Ah, dijo Miriam, es un cacao para hacer el chorra. Estaba borracha. Más de lo que pensaba antes de embarcarse en la conversación. Lo supo porque se había apoyado en el brazo de él y ahora era incapaz de soltarse sin que la

habitación oscilase en todas las direcciones. ¿Lo puedo probar?, dijo el amigo de Mirko. Miriam entornó los ojos, no le había entendido a la primera, fue a sacar el pintalabios del bolso, pero un brazo la envolvió de pronto por la cintura, y entonces el amigo de Mirko empezó a besarla. Tenía los labios suaves, y por otro lado se había convertido en un pilar esencial para que ella pudiese mantenerse perpendicular al suelo. Pero lo que no recuerda ni por asomo es cómo surgió lo de la última planta, si él lo propuso, o si fue quizá ella misma la que lo mencionó. Esta opción le parece altamente improbable, aunque dado su historial, no del todo descabellada.

Miriam era vagamente consciente de lo que se cocía en la última planta del Dreams: una sala en penumbra atestada de sofás duros de polipiel donde las parejas subían a darlo todo. Por lo demás, no había barra, ni camareros, ni luces led de color turquesa. Y la única iluminación provenía de los paneles verdes de emergencia que indicaban cómo llegar hasta la salida. Ella no conocía a nadie que hubiese estado allí, o al menos, a nadie que lo admitiera. Pero esa noche, dejó que el amigo de Mirko la llevase de la mano por el último tramo de escaleras y que la condujese sin titubeos hasta uno de los sofás. Estuvieron besándose durante un rato, y probablemente ella intercaló algunas bromas respecto a la sordidez del ambiente o el paraíso de los voyeurs. Trató de no obsesionarse con la mano de él apretándole el pecho. Era la primera vez que alguien se lo manoseaba por debajo del sujetador. Hacía calor. La música de las plantas de abajo palpitaba en el suelo y por dentro de sus estómagos. Y en los sofás colindantes se entreoían susurros y deslizamientos de ropa. Labios desacoplándose como ventosas. El amigo de Mirko cogió entonces la mano de Miriam y se la llevó a la entrepierna. Tenía la bragueta bajada, y en medio de la penumbra, la miró a los ojos con un gesto que era a la vez suplicante y obsceno. Era la primera vez que un chico la miraba así, como si fuese la única mujer de la Tierra, como si le estuviese pidiendo ayuda.

—Nunca lo he hecho —dijo ella.

—¿Una paja?

Miriam negó con la cabeza, y él sonrió, pero por algún motivo no parecía estar sonriéndole a ella, sino a alguna proyección petulante de sí mismo.

—Pues alguna vez tiene que ser la primera —dijo.

Su respuesta, tal y como la formuló, también le sonó descortés. Sin embargo, cuando él le cogió la mano de nuevo, ya no ofreció resistencia. Estudió con los dedos el bulto, aplicó distintos grados de presión. Le sorprendió cómo latía, cómo respingaba al contacto igual que un animalito desperezándose. Pero lo que más le llamó la atención, lo que verdaderamente le fascinó, fue el daño que ella podría causarle solo si apretase más fuerte, si clavase las uñas. El dolor lacerante que podría infligirle y la confianza con que él se había abandonado a su merced. Se sintió poderosa, con la polla apretada en la mano y el amigo de Mirko respirándole en la oreja como un buey. Y por algún motivo, porque pensó que era lo que tocaba, y en parte porque le apetecía, pero sobre todo, porque dedujo que era lo que se suponía que tenía que hacer, sacó la erección caliente del elástico del calzoncillo y se la metió en la boca.

¿Acaso estaba conduciéndose de un modo erróneo? ¿No le hizo Vix una mamada a Lachance en la escalera de incendios del polideportivo? Después de casi una hora, reapareció sofocada y con las mejillas de un vivo escarlata. Se lo contó todo a Miriam, sin aire, como si acabase de correr una maratón. Decía: qué fuerte (suspiro), tía, nunca había sentido... alucinante (resoplido, risita), es que, Miri, te juro que... (palabrota, trago de vodka). Debía de estar describiendo un orgasmo.

Sin embargo, esto que Miriam se traía entre manos en la última planta del Dreams no guardaba ninguna similitud con lo que Vix le contó. Olía amargo, un poco como la leche en mal estado, y no pudo evitar sentirse un poco decepcionada. Además, ya no le apetecía seguir. Le angustiaba que alguien los viera, que los escucharan desde los otros sofás. Pero en fin, tampoco quedaría mucho. Y la música que le brincaba en las cervicales, en los redondos cartílagos de la tráquea. Hasta que al cabo de unos minutos, él embistió más deprisa, sacudía el vientre, las caderas, y

Miriam notó que la saliva le resbalaba por fuera, que ya no cabía. Pero le daba apuro sacársela de la boca. Así que continuó. Ojalá supiese cómo acelerarlo, estaba cansada, le dolían las sienes. Y por fin, él empezó a resollar, cada vez más rápido, cada vez más profundo, gimió algo que Miriam no alcanzó a oír, y entonces convulsionó a todo gas. Ella dedujo que iba a correrse, y cuando se incorporó, sintió que el chorro le pringaba la mano, y que se desbordaba en riachuelos calientes por el pantalón del amigo de Mirko. Joder, dijo él. Y ella: lo siento. Pero no la escuchó, porque se estaba mirando la polla con cara de malas pulgas.

—¿Tienes un pañuelo? —su voz sonó diferente, más apremiante, como de regañina.

Miriam se apresuró a recoger su bolso del suelo. Estaba tan avergonzada que podría haberse puesto a llorar. A trompicones nerviosos, logró abrir los bolsillos y metió la mano hasta las costuras. Escuchaba de fondo los resoplidos del amigo de Mirko, cómo chasqueaba la lengua e intercalaba navajazos rabiosos de «joder» y «me cago en».

—Tengo unas servilletas de la heladería.

El chico cogió el fajo y se lo pasó tal cual por la pelambrera rizada. Después frotó con violencia la tela del pantalón. Miriam quiso hacer una broma, decir: cómo se nota que limpiar no es lo tuyo. Cualquier cosa con tal de restaurar la cordialidad anterior. Pero él seguía apretando los dientes, y en su modo de respirar se intuía que estaba molesto. Cuando terminó de limpiarse, hizo una bola con las servilletas y la plantó en la mesita de metacrilato frente al sofá, cosa que a Miriam le pareció una guarrada.

—Bueno, yo me voy a buscar a Mirko —dijo entonces.

Y por el énfasis con que acentuó el pronombre —yo—, entendió Miriam que la estaba expulsando de su futuro inmediato y, por consiguiente, de cualquier tipo de futuro con él. Se alisó el vestido y esbozó una sonrisa rectilínea de protocolo. No es que el amigo de Mirko le quitase el sueño, pero le hubiese apetecido tomarse una copa quizá, confesarle que con los nervios se le había bajado la borrachera.

En el autobús de vuelta solo sintió una profunda tristeza. De

no ser por las bragas mojadas y por el dolor de mandíbula, dudaría incluso de que hubiese ocurrido. Aunque al menos le quedaba el consuelo de contárselo a Vix. Virgen santa, cómo iba a fliparlo, cuántos días y tardes y mensajes de wasap les ocuparía la conversación. Miriam ya se veía a sí misma escogiendo las palabras que emplearía en su narrativa, las escenas en las que haría hincapié. Sin olvidar los detalles que omitiría. Eso era crucial, y no se trata de engañar a nadie, sino de filtrar simplemente lo que no aporta nada, lo que le hace daño, lo que la vuelve patética. Y tiene la plena conciencia de que en esta historia hay un poco de las tres cosas.

El amigo de Mirko la ha utilizado, eso no se puede negar. Pero como contrapartida, Miriam ha hecho un descubrimiento insólito. Esos ojos con que él la miraba. Ese bulto entre las piernas que ella puede endurecer con una caricia, o incluso sin ponerle las manos encima, simplemente con una palabra, revelando un tramo de piel. De repente, ella también tiene ese talento, no solo las chicas como Paola. Así que lo pone en práctica. Con los del colegio, con los del equipo de fútbol, con los que se machacan por las mañanas en el gimnasio y con los frikis que se reúnen para comentar videojuegos. Porque todos buscan lo mismo y todos abrigan los mismos miedos. Los guapos, los feos, los tímidos, los chulitos, los que van de enterados, y los que se apoyan en la barra del bar con los ojos pegados a los culos de las chicas que bailan. Ella puede ahora llamar su atención sin necesidad de bailar. Incluso la de ese chico del Dreams que lleva una eternidad obsesionado con Clara Tibbets. En una esquina, apretados contra las cajas de las cervezas, Miriam consiguió hacerle respirar con violencia. Sacó de él la mirada, como si sus ojos tuvieran saliva y dientes. Como si ella fuese el antídoto y la salvación.

Estás sentada al lado de Lukas en el autobús nocturno. A través del bramido del motor y de la mujer que habla por teléfono a tu espalda, le escuchas mencionar una playlist que quiere completar con bandas sonoras de los ochenta. Le sugieres *Top Gun* y *El Club de los Cinco.*

—No he visto ninguna —dice.

—¿En serio?

—No todos somos unos enfermos del cine.

Por las ventanillas del autobús entra una brisa tibia que se agradece. Te desordena el pelo y te lo deja pegado a la boca. Hoy no es un día cualquiera. Lachance ha celebrado su cumpleaños y te has dedicado a beber y fumar con tanta ansiedad que has terminado vomitando entre dos coches. Pero de eso hace ya un buen rato.

—Ay, joder —Lukas se incorpora ligeramente—, se me había olvidado que ahora hay que bajar en la parada del quiosco por las obras del puente. Como el otro día me dejaste solito no te has enterado.

Haces una mueca.

—Qué día.

—El del bosque, cuando te quedaste con el Hobbit.

—Ah, sí —murmuras ausente—. Sí, es verdad, volvimos andando. No sé ni qué hora era.

—¿Volvisteis andando desde el bosque?

—Sí, chaval… —resoplas—. Todo el camino dándome la chapa con sus rollos de videojuegos frikis.

—No sé ni por qué te enrollas con él —dice Lukas. Está mirando hacia el frente, calculando la distancia de la parada, que ya se aproxima. Se palpa el bolsillo para comprobar que tiene a

mano el tabaco, y entonces añade—: ¿hoy qué tal, por cierto?

—¿Hoy? Si casi no he hablado con él...

—Me refería a lo de que hayan aparecido Paola y las otras por el cumpleaños.

—Ah —suspiras—. Respecto a esa parte..., sin comentarios.

Tardáis solo un par de minutos más de lo habitual en llegar a vuestra zona del barrio. Lukas sube a buscar a los perros y enciendes un cigarrillo mientras le esperas en el portal. Esas noches en el parque son tu plan preferido de la semana, sobre todo en verano, cuando podéis quedaros hasta las tantas sin pasar frío. Es el único momento en que sientes que todo —y tú en particular — está exactamente donde debería.

—No me pegan nada Lachance y Vix —dice Lukas mientras se agacha para soltar a los perros.

A la entrada del parque, los sauces mueven las ramas con un sonido ronco de respiración. El pastor alemán sale corriendo y levanta plumas de polvo. El otro, un teckel anciano, olisquea el terreno.

—¿Por qué no te pegan?

—Porque ella es como muy delicadita y él es un gañán.

—¿Delicadita en plan qué? ¿Finolis?

—No, en plan como un hada de porcelana.

Sueltas una risa que expulsa al aire un nimbo de humo. En tu interior hubieses preferido que la llamase finolis. Te inclinas y coges un palo del suelo para lanzárselo a los perros. No te gusta descubrir esas bajezas dentro de ti. A veces, cuando Vix se lamenta de sus complejos —un nuevo y brutal brote de acné, un eczema moderado en las manos— sientes una especie de desahogo, un consuelo instintivo que te avergüenza.

—Si Jordan se pone a salir con Paola —observas—, entonces tendrán citas dobles con Vix y Lachance. No sé si lo llevaría muy bien.

—Qué chorrada —dice Lukas, y le da una calada al cigarro con la mirada quieta, como si estuviera resolviendo mentalmente una ecuación—. Además es casi seguro que ocurriría.

—A lo mejor no.

Lukas no responde. Está tratando de arrebatarle el palo de la boca al pastor alemán y luego lo arroja hacia la penumbra. Dejáis atrás los recintos ajardinados, la cancha de baloncesto, la zona infantil, donde los columpios lucen plateados y desgastados por el centro. En los edificios al otro lado de la carretera, algunas ventanas muestran fragmentos de vidas, cálidos y anaranjados.

—Joder, en serio —insistes—. ¿Crees que quedarían las dos parejitas?

—Qué pesada, Miri, ¿por qué no lo hablas con Vix?

—Pues porque en realidad me la suda —dejas salir un bufido —. Y además, seguro que me traiciona de todos modos.

Lukas se encoge de hombros.

—A mí no me parece que eso sea una traición, pero bueno.

—Vaya que no.

—¿Por qué?

Te mordisqueas el contorno de una uña. Ni siquiera es un hábito, pero la pose está a la altura de la gravedad del momento. Y en cualquier caso, no puedes rebatir a Lukas, los chicos piensan así de verdad. Con esa practicidad enfermiza y dolorosa.

—Pues porque sí. Porque además me cabrea que siempre vaya de maja con Jordan, incluso cuando él se porta como un imbécil... El muy capullo..., encima es que me jode un montón que esté tan seguro de que me gusta.

Lukas te mira de refilón. Suelta una risa que le achina los ojos.

—Pero ¿qué seguridad va a tener el hombre? Si casi pastoreas un harén.

Respiras hondo. No le sigues la broma.

—Ya, pero yo quiero... —resoplas— algo más.

Porque ahí está la clave. Porque entre todos esos líos casuales y explosivos, es siempre la misma fantasía la que pervive. Y lo que anhelas con todas tus fuerzas es que en alguno de esos portales y callejones, después de los revolcones fugaces tras la caseta de las hamacas, te caiga en los brazos, para siempre y por fin, el amor.

Solamente con Lukas puedes hablar de estas cosas. Consigue que todo lo que discurres parezca comprensible y curable. E

incluso cuando monopolizas la conversación, él te escucha sin meter prisa, reteniendo hasta los detalles más insignificantes, igual que una base de datos.

—Si yo saliese con Tallie —empieza a decir— y planeásemos cenitas con Jordan y Paola, ¿también dejarías de hablarme? —fuerza un puchero. Os habéis sentado en el respaldo de un banco frente al estanque, y la luz fría de la farola le vuelve los ojos de un color verde aguado.

—Tallie se arrancaría la cabeza antes que salir contigo.

Lukas baja la vista, deja escapar una risa. Pero tú solo te aclaras la voz y buscas un cigarrillo dentro del bolso. La verdad es que no te apetece seguir con el tema.

—Estoy deseando que acabe el año que viene para ir a la universidad —dices—. Ya estoy harta de toda esta mierda, quiero empezar de cero —tomas aire, la brisa entra puntiaguda cuando la respiras, y añades—: la única persona de mi pasado a la que quiero conservar es a ti.

Desvías la mirada hacia el suelo. Las palabras ya suenan lo suficientemente dramáticas como para recrudecerlas con apoyo visual.

—Oh, me siento halagado...

—Lo digo en serio, a veces me da la sensación de que no tengo a nadie más. O sea, a mi madre, claro, pero eso no cuenta.

Lukas se retira una hebra de tabaco del labio.

—¿Tanto te ha cabreado que Vix hablara con estas?

Te encoges de hombros. Le das una calada al cigarro y la brasa revive en un naranja eléctrico.

En realidad, piensas, no deberías ser tan intransigente, sobre todo teniendo en cuenta que Paola y las otras solo se han quedado un ratito. Pero ha sido el ratito más largo del mundo. Y lo peor es que ha ocurrido por accidente, por puro azar, infestando la tarde entera de un aura sombría de predestinación. Según la historia oficial, resulta que Lachance se dio de bruces con Clara Tibbets en la cola del supermercado. Ella llevaba nada más que una bolsa de nísperos, y le echó una miradita burlona a la cesta de él, cargada de botellas de alcohol. Así que a Lachance le resultó violento no

comentarle que celebraba su cumpleaños. Pasaos si eso, le dijo. Pero quién iba a imaginar que le tomarían la palabra. Cuando por la tarde las vieron subir por la cuesta, todos se quedaron pasmados. Jordan el primero, que perdió el color de la cara en el mismo instante en que Paola Landy alzó una mano para saludar, mientras que con la otra tiraba hacia abajo una faldita de cuero granate. Y ahí comenzó la tortura. La rabia te goteaba en la sangre y todo adquirió de pronto un sabor alquitranado. Porque no hallaste ningún compinche, además. Vix cumplió a la perfección su papel de primera dama sin aflojar la sonrisa, e incluso les ofreció que probaran el vodka de su propia copa. ¿Es que han venido a mesa puesta?, le susurraste a Lukas girándote hacia los árboles. Pero él solo soltó una risita disimulada.

—No me cabrea que Vix hable con ellas —protestas—, pero tampoco tenía que tirarse en plancha.

—Bueno..., a mí no me parece que se haya tirado en plancha.

—Por lo visto, el otro día se encontraron después de la piscina, y ahora son amigas de toda la vida.

—Joder, no eres paranoica tú ni nada...

—De todos modos —aprietas los labios—, me la suda lo que haga Vix. Prefiero estar con vosotros, me entiendo mejor con los tíos. Hacen la vida mucho más fácil.

Y aunque no te arrepientes de haberlo dicho en voz alta, sientes una especie de conmoción, como un profundo pinchazo en alguna parte blanda de tu conciencia. No puedes evitarlo. Cuando se trata de chicas, siempre tiendes a detectar una turbia y mezquina intención biselada.

—O sea... —te explicas—, Vix es maja, pero tampoco es una amistad que considere muy sólida.

Enderezas la espalda. El teckel está masticando un palo debajo del banco y, de vez en cuando, suelta cabezazos contra el asiento. Estiras el brazo para rascarle la coronilla.

—De todas maneras, lo que de verdad me machaca es lo de Jordan... Es que cuando le he visto hablar con Paola, y poner esa cara..., ya sabes, esa cara como de... bobo..., me ha dado una cosa por aquí dentro —te llevas la punta de los dedos al esternón y

miras a Lukas—. Se van a enrollar, seguro.

Él inclina el cuello, esboza una sonrisa de circunstancias.

—Pues si Paola está dispuesta, me imagino que sí —dice—. Los tíos como Jordan acaban con tías como Paola... —te contempla entonces de un modo extraño—. Miri, asúmelo, las cosas son como son. Ni tú ni yo podemos aspirar a alguien espectacular.

No sabes cómo reaccionar y sonríes, porque sonreír es siempre la solución más a mano. Pero el tajo de realidad te desgarra. Y también el tono que Lukas emplea. Esa especie de conformismo. O de renuncia. Dejando claro que existe gente muy por encima, y en cambio él y tú os movéis en el mismo estrato de mediocridad.

—Podríamos hacer un pacto —añade entonces con entusiasmo. Se ha levantado para sacarse el mechero del bolsillo trasero, y es totalmente ajeno a la rabia que todavía te dentellea por dentro—. Si los dos seguimos solteros a los treinta, podemos casarnos, igual que hacen en las películas.

Sueltas un resoplido por la nariz.

—Uff, no quiero arriesgarme a que me rompas el corazón si Tallie irrumpe en mitad de la boda gritando que te ama.

Tratas de dejarlo ahí, que el contexto permanezca ceñido a la broma. Porque en tu interior acaba de brotar un pensamiento muy miserable. Crees que puedes encontrar algo mejor. Cuando piensas en Lukas —y has pensado en él, evidentemente, igual que Vix y muchas otras personas que te lo quieren encasquetar—, la vida se te antoja como un castigo perpetuo. No puedes evitarlo. Tú te mueres por un chico duro y guaperas, un atormentado, un lobo solitario que diga: nadie me entiende, no sé lo que quiero, he de encontrarme a mí mismo. Lukas, por el contrario, tiene las ideas muy claras, es fácil de interpretar y, para colmo, lo entiende todo, incluso las metáforas más insondables de las canciones. Además conoce demasiadas palabras para ser un chico, hasta las que solo sirven para matizar sentimientos. No, tú no quieres un Lukas.

Oh, Miriam, tú quieres otro tipo de amor.

Una cosa de Pattie Dougan que la convierte en una madre de lo más atípico es que resulta casi imposible hacerla enfadar. Pocas veces levanta la voz, e incluso la perspectiva de tener que echar una bronca supone para ella una circunstancia compleja y embarazosa. Cuando llega del trabajo antes de lo previsto y sorprende a Miriam y a Vix envueltas en un olor rasposo a tabaco, simplemente hace la vista gorda y resopla: por lo menos abrid las ventanas.

En el barrio, algunos opinan que se conduce con más indulgencia desde el divorcio. Con demasiada indulgencia, murmuran, porque Pattie tampoco es de esas madres pesadas que te preguntan adónde vas y con quién, y dame el teléfono de los padres de tus amigos. Como mucho dice: «ten cuidado» o «come algo a la vuelta». Así, sin presiones. Por otra parte, muchos días solo ve a Miriam a la hora de la cena, según el turno que le toque en la consulta, y entonces le deja consignas escritas en post-its: «hay flan en la nevera», «baja la basura», «mañana tienes la limpieza dental». Vix siempre le dice a Miriam que eso es un prodigio de madre. Alguien que se comunica con papelitos, que no recurre a tretas pasivo-agresivas y que además le ha comprado a su hija un cenicero con forma de estanque de ranas para su habitación. Alucinante.

Esta tarde, después de dos horas tomando en sol en la azotea de Vix, el post-it que Miriam se ha encontrado al subir a casa dice así: «No te pongas a ver ninguna película hasta que hayas estudiado». Pero demasiado tarde. Porque Miriam ya ha sacado del congelador la tarrina de Häagen-Dazs, y en la televisión, la interfaz de Netflix muestra una ristra de películas de la categoría de Drama. Hoy no tiene un buen día. Aunque tampoco encuentra motivos

para que el día sea particularmente malo, simplemente ocurre así, hay ocasiones en las que se siente sola e incompleta, y le resulta imposible imaginar otro modo de entender el mundo. Ya ha pasado la mitad del verano y ha desperdiciado el tiempo engullendo películas y temporadas completas de series, y quedándose luego hasta las tantas buscando en YouTube las escenas más románticas, emotivas, inverosímiles y claramente incompatibles con una vida como la suya.

Miriam deja el post-it de su madre donde lo ha encontrado —pillado bajo el frutero en la mesa de la cocina— y camina hasta el sofá con la cuchara del helado metida en la boca. Hace un calor pegajoso, de modo que enciende el ventilador, tira los pantalones al suelo y se apoltrona contra el reposabrazos. Hoy ese es su plan. Terminarse la tarrina de dulce de leche y ponerse por tercera vez *Blue Valentine* o quizá *Cisne negro.* Le apetece algo deprimente y bien ejecutado. No tiene cuerpo para una comedia, lo que, por otro lado, sería una opción de lo más contraproducente. Se lo comentó a Lukas una vez: cuando lloro con los finales felices, no son lágrimas de emoción. Es porque sé que nunca voy a experimentar lo mismo.

Por la noche, Pattie llega precedida de un sonido de llaves que hace tintinear durante varios segundos al otro lado de la puerta. Lleva un vestido turquesa que le sienta bastante bien y el pelo recogido con dos horquillitas plateadas. Una fina capa de sudor le brilla en el escote salpicado de pecas. Cuando entra en la cocina, se encuentra a Miriam sentada en la mesa. Está comparando en el móvil opiniones sobre planchas de pelo.

—¿Has hecho algo hoy? —le pregunta su madre mientras pasea la vista por el cuarto de estar. Se fija brevemente en la tela arrugada del sofá y en el mando a distancia hundido entre los cojines—. Estudiar ya veo que no.

—Todavía queda casi un mes para los exámenes —protesta Miriam.

Cierra la página con las valoraciones de las planchas y coloca

el teléfono boca abajo. Pattie se ha detenido en el umbral de la puerta y está rasgando uno de los sobres que ha sacado del buzón. Lleva las uñas pintadas de un azul pálido, y mientras desdobla el extracto de la tarjeta de crédito, Miriam contempla sus manos, blancas e hidratadas, que no guardan ninguna similitud con lo que ella ha heredado.

—¿Y cuándo vas a empezar? —dice entonces Pattie retomando la conversación. Emplea un tono difuso, como si la asaltase un recuerdo vago de que debería estar enfadada.

—Pues no sé, dentro de poco. Lo tengo controlado.

—Ya, más te vale... —cruza los brazos y entonces esboza una media sonrisa—. ¿No ibas a proponerle a Jordan que estudiarais juntos?

Debe de creer que la alusión a Jordan lo vuelve todo más tentador. El taco de apuntes sobre la distribución de la renta. Los fallos del mercado. Las variables macroeconómicas.

—No, no le he dicho nada al final.

Aquella conversación en la piscina no llegó a prosperar, se desvaneció tal cual, sin pasar nunca de ser una idea embrionaria y defectuosa. Pero mejor así, porque Miriam es perfectamente consciente de cómo hubiese progresado el asunto. Lo ha padecido más de una vez. El entusiasmo inicial, la efervescencia en la tripa, la sonrisa de él: plácida, certera, fatal. Y a partir de ahí, el declive. Las evasivas de su lenguaje corporal, los monosílabos fatigados, el páramo de indiferencia a pesar de que ella habría invertido horas en maquillarse, peinarse, perfumarse. Y tras un par de semanas, el batacazo.

Por otro lado, y este es un detalle crucial, ha llegado hasta sus oídos que últimamente Paola se deja caer más de lo acostumbrado por los jardines del polideportivo.

Miriam se apoya de codos sobre la mesa. Enciende el móvil por inercia, y después lo aparta. Aguarda a que la pantalla vuelva a oscurecerse del todo.

—Es que para qué —suspira—. Si pasa de mí.

—Solo le vas a decir que estudiéis juntos, tampoco le estás proponiendo matrimonio.

Pattie ha dejado su bolso y las llaves sobre la repisa del aparador. Camina hacia el fregadero, donde llena un vaso de agua y lo vacía casi de un trago. Es algo que hace por rutina, porque es sano y bueno para la piel, y no porque tenga sed. Miriam coge una mandarina del frutero, la comprime entre las palmas con un gesto pensativo.

—¿Tú lo harías?

—¿Proponerle lo de estudiar? —enjuaga el vaso y lo coloca boca abajo sobre el escurridor—. No sé. Sí, supongo... Lo dejaría caer como algo sin importancia.

—Ya, bueno, pero tú eres guapa.

Pattie arruga la boca, la mira con unos ojos que parecen decir: no empieces o ya estamos de nuevo con lo mismo. Unos ojos que quieren ser comprensivos, pero que no pueden evitar mostrarse a la vez un pelín fatigados.

—Y tú también, hija.

—Uy, sí, seguro...

Miriam dobla el brazo sobre la mesa, apoya la cabeza en el ángulo que forma el codo. Todavía tiene la mandarina en la mano y ahora la hace girar como una peonza. Sabe de sobra que su madre siente pena por ella. No es que haya mostrado ninguna conducta que lo atestigüe, pero esas cosas se intuyen. A veces le suelta frases del tipo: cariño, es una etapa, ya pasará, durante la adolescencia es normal que el cuerpo cambie, estás en plena tormenta hormonal. Le sale automáticamente, es deformación profesional. Pattie Dougan trabaja como enfermera en una clínica dermatológica, y por tanto, está acostumbrada a hablarle con delicadeza a la gente. Se pasa el día atendiendo a chicas con acné seborreico, imprimiendo volantes para pacientes con hongos y nevus pilosos. Ahora, estas tormentas hormonales de Miriam también forman parte de sus rutinas. Sobre todo por la regularidad con que se desatan. Hace un par de meses, sin ir más lejos, se la encontró llorando en el baño, envuelta en una toalla y con el pelo mojado.

Que no puedo más, mamá. Que estoy harta.

Que odiaba sus muslos, su tripa, sus brazos, su culo. Que

menuda porquería nacer con ese cuerpo. Tampoco es para tanto, dijo Pattie. De verdad, cariño, te prometo que estás bien. Pero el caso es que, desde entonces, regresa del supermercado cargada de kiwis y bolsas de escarola. En la balda de la despensa donde antes se amontonaban las cajas de Oreo, reposan ahora unas tristes galletas de avena envueltas en paquetitos individuales. Cuando vuelve furiosa del instituto, Miriam cierra la nevera de golpe: ¿ves como tú también crees que estoy gorda? A lo que Pattie opta por no reaccionar. Suspira cansada hacia el ticket de la carnicería: pero si eres tú la que me obliga a comprar esas cosas.

Y Miriam tiene que reconocer que es así, porque de pronto se ha convertido en un desahogo amargarle la vida a su madre. No se siente culpable. Imagina que Pattie lo comenta después como una anécdota intrascendente con su compañera de la consulta: una divorciada con el pelo cardado y enormes pendientes de plástico. Se sentarán durante la pausa a comer ensaladas de tupper e intercambiarán estrategias sobre el adiestramiento de los adolescentes: dice que está gorda, ¿a que no es para tanto? Y la divorciada de los pendientes de plástico: ¡Jesús, claro que no está gorda! Esto es por culpa de las revistas, ahora todas las chicas quieren ser anoréxicas. Tu hija no tiene nada de que preocuparse. Está perfecta, con curvas, como debe ser.

Perfecta. Claro que sí.

Tú eres perfecta.

Es Vix la que ha tenido la idea de los submarinos. Lo ha leído en un foro de internet y consiste en sumergir un chupito de tequila en una cerveza de medio litro. A ninguna de las dos os ha gustado el experimento, pero lo que cuenta es que se intensifiquen los efectos del alcohol. Coges el vaso por el borde y te giras con dificultad. El trayecto de la barra a la pista está saturado de gente y Vix te indica con un gesto que la sigas. A duras penas, os vais abriendo camino entre espaldas y sobacos mojados, corrillos de chicas, empalizadas de tíos fornidos que mastican hielos mientras miran al infinito, y también botellines, boas de plumas, labios pintados de rojo, bocas que se meten dentro de otras bocas, o que berrean, o cantan, o explotan pompas de chicle. Un codo te embiste por el lateral y derrama parte de tu tequila. Te arrimas a Vix. El pelo todavía le huele al perfume con que os habéis rociado en el H&M.

Cuando por fin salís de la muchedumbre, Lachance y Lukas aguardan apoyados contra la barandilla que delimita el área de la pista de baile. Tras sus cabezas, una arboleda de piernas se balancea al compás de la música tecno. Vix le pasa su vaso a Lachance. Se dan un beso en los labios y se separan sin perder el contacto visual. Sonríen. No pueden ocultar lo tremendamente orgullosos que están de poder saludarse de ese modo una y otra vez.

—Eh, mira a Lukas —te dice Vix.

—Qué le pasa.

—¿No le ves hoy muy mono? —inclina el cuello. Tiene un rosetón de granos en la mejilla y las luces violáceas le resaltan el pegote de corrector que se ha untado para disimularlo.

—Le veo exactamente igual que todos los días.

—Qué peñazo eres, Miri, con lo bien que te iría con él.

—Ya —resoplas—, sobre todo si me gustase.

Justo en ese momento, Lachance se materializa detrás de Vix y la abraza por la espalda. El contraste de su brazo moreno y peludo contra la clavícula blanca y huesuda de Vix parece una pieza de arte moderno. Dan ganas de sacar una fotografía y ponerle un título pretencioso: Acromatopsia.

—Venga, chicas, a bailar —dice.

Le brilla la boca. Tiene los labios perpetuamente mojados, los dientes ensalivados, como si acabase de beber a morro de una garrafa. Y te preguntas si se acuerda de cómo te toreaba con el sujetador aquel día en el bosque, tan formalito que parece ahora con el brazo posado en los hombros de Vix. La verdad es que sientes envidia. Desde que sale con él, Vix tiene acceso directo al grupo, es una más, la invitada consorte. Mientras que tú has pasado a depender de ella o te ves en la necesidad de hozar en los planes a través de Lukas.

Ahora mismo se encuentra justo a tu lado, apoyado en la barandilla. No trata de esconder lo aburrido que le resulta ese ambiente, y al cabo de unos minutos te grita al oído:

—Me voy a casa.

—¿Y eso? Cada día te vas más pronto, abuelo.

—Me saca de quicio esta música.

Las luces estroboscópicas desplazan parches multicolores por su cara y su camiseta. Te quedas callada un instante. Lukas te sostiene la mirada con un gesto áspero. Parece que esté aguardando a que te decidas.

—¿Te vienes? —dice al fin—. Si quieres me espero a que te acabes la bebida.

Bajas los ojos hacia el vaso de cerveza donde la espuma se orilla pegándose a los bordes. Divisas al fondo el redondel del chupito, y de pronto, te asalta un cansancio terrible. Lo verdaderamente patético es que te marcharías de buena gana si no existiese la más remota posibilidad de ver a Jordan, pero él ya ha avisado de que vendrá en cuanto acabe el partido. Y el problema es que la esperanza funciona así, igual que una enfermedad autoinmune. Atacando los sentidos y ensordeciendo cualquier otro

método de discernimiento. De modo que, por triste que suene, y sin necesidad de someterlo a una reflexión laboriosa, levantas la vista hacia Lukas y con gesto sumiso le dices que no. Que te quedas.

—Bueno, pues nos vemos mañana —responde un tanto decepcionado.

Cuando te despides de él, descubres que te has alejado de la pista unos pasos. No muchos. Cinco o seis, nada más. Pero al darte la vuelta, Vix ya no está en tu perímetro, ni tampoco Lachance. Solo una maraña de cabezas y extremidades a contraluz. Así que oteas alrededor, compruebas el móvil, no hay cobertura. Vamos, tranquila, seguro que están aquí al lado. Pero no están. Y para colmo otra vez has bebido más de la cuenta. Reúnes valor y te adentras en la vorágine de la pista, tratas de adivinar qué rumbo han seguido. Todo a tu alrededor se agita en un arrebato frenético. La gente bailando con gesto de trance, parejas que se morrean al ritmo de un *loop* de platillos, y el DJ *on fire:* vamos, vamos, que se sienta el veranoooo. Y el público levanta las manos. Sacuden los pelos, las barbas, las cabezas, hay pies que te pisan, y estelas de transpiración que te rozan la piel de los brazos. Por lo menos ahora no tienes que preocuparte de meter tripa, siempre es un alivio la oscuridad.

Subes las escaleras a la segunda planta. A lo largo de la barandilla ves hileras de gente. Todos inmóviles y decorativos, como si fuesen macetas. Chicas con el pelo alisado y tíos con polos de marca blancos que irradian una luz reflectante, igual que el corrector de granos de Vix. Te arrimas a la pared. La música se vuelve más lenta. Notas seca una de las lentillas y parpadeas en plan compulsivo. Ojalá te hubieras largado con Lukas. Te internas a presión en la multitud. Estiras el cuello, finges que buscas a alguien. Un espejo te devuelve tu imagen, las cuencas de los ojos grisáceas, el flequillo blanco partido por la mitad.

Al fondo, en la esquina, se halla la caseta de cócteles. Estás a punto de rendirte y marcharte a tu casa. Y entonces las ves. Paola Landy hablándole a la oreja a Tallie McGrath mientras ambas caminan alejándose de la barra. El cóctel de Tallie es de un tono

azul pálido, como el agua de las piscinas, y está desbordado de rodajas de fruta. Le da un sorbo corto, frunciendo los labios, y luego asiente con la cabeza a lo que quiera que le esté contando Paola. En la semirrecta de su trayectoria, hay una mesa alta donde Clara Tibbets fuma mirando hacia el móvil. Tiene ese gesto inequívoco de solo-estoy-mirando-mi-móvil-porque-mis-amigas-se-han-ido-a-la-barra. Y en efecto, lo guarda sin más dilación en un bolso gris de ganchillo en cuanto las ve regresar.

Quizá porque ya te has cansado de merodear por la discoteca, o porque estás ligeramente borracha, y también un poco desesperada, tomas la decisión maquinal de aproximarte al grupito. Vamos, Miriam, un pie delante del otro, sin tambalearte. ¿Sabes qué? Deberías beber lo mismo que ellas, esos jarabes de colores de guardería. Ya casi has llegado, y cuando te encuentras justo detrás, le das un golpecito en el hombro a Tallie McGrath.

—Hola —dices, pero tu voz se diluye en el retumbar de la música.

Te miran las tres. Calladas, serias, un poco desconcertadas. Quizá temen que tu plan sea quedarte con ellas. Pegarte como una lapa. Así que enseguida lo aclaras:

—¿Habéis visto a Vix?

Tallie está masticando la semiluna de piña que venía insertada en el cóctel. Traga deprisa y sus labios se curvan en un anillo rotundo: no. Aunque de nuevo no hay onda sonora, o si la hay, queda aplastada igualmente por el bramido de los altavoces.

—¡El qué! —grita Paola acercándose a la oreja de Tallie.

—¡Pregunta por Victoria, que dónde está! —chilla Tallie, y ahora sí que las oyes.

—¡Ah, no, no lo sabemos!

Paola te habla mirándote directa a los ojos, sus iris son dos discos de color champán. Su piel blanquísima refleja resplandores de película de fantasía épica. Endereza entonces el cuello, inspecciona su periferia. Los músculos se le tensan y crean una vaguada donde se acomodan las sombras. Nunca la habías tenido tan cerca y es tan guapa que te supone un esfuerzo indecible dejar de mirar. Santo Dios, piensas, qué maravilla. Una sola vida por

vivir y que te toque ser preciosa y delgada y alojarte en la anatomía impecable de Paola Landy. Parece creada para ser definida a base de alegorías, e incluso su nombre encierra un matiz seductor, esos meandros en la ondulación de las sílabas: Pa-o-la, y la cadencia del acento italiano deshaciendo el diptongo.

—¿Estás sola? —te grita al oído. Se aparta entonces el pelo para captar tu respuesta.

—No, es que me he despistado.

Paola aprieta los labios y les dirige un gesto a sus amigas. Clara asiente, Tallie no disimula su falta de interés. Entorna los párpados y hace girar la pajita dentro del coctel. Entonces Paola te coge la mano. Se abre paso entre la muchedumbre con facilidad, ondulándose como una criatura que no rozase el suelo al moverse. No es consciente de que remolca un tráiler de ocho ruedas. Y otra vez el desfile, a toda pastilla, de brazos, de copas, de risas, de bustos, dientes, frentes. De pronto das un traspié, Paola se vuelve hacia ti:

—¿Estás bien? —dice.

Te suelta la mano para apartarse el flequillo. Tiene los dedos largos, las uñas pulidas, y su ropa desprende un olor consistente y dulce, como un pequeño pony.

—Es que antes hemos bebido un poco —dices.

Paola asiente. Parece que va a hablar, pero algo capta su atención a tu espalda.

—Anda, allí está Victoria —dice entonces, y suelta una risa—. Aunque está muy ocupada.

Incluso desde esa distancia, se puede advertir que Vix tiene la mano metida muy dentro del pantalón de Lachance, y por el descaro con el que trajinan, deben de pensar que nadie los ve. Al menos se han tomado la molestia de parapetarse tras una torre de sillas de plástico, pero aun así es fácil distinguir a Lachance, sus greñas negras y la camiseta con la calavera de Guns N' Roses.

Despegas la mirada de ese tramo de muro.

—Bueno, pues nada.

—Quédate con nosotras —sugiere Paola.

Dios mío. ¿De verdad?

Tallie deja el gesto en punto muerto cuando te ve regresar. Acaba de deducir —supones— que no se han deshecho de ti, y que, como resultado, van a tener que cargar contigo lo que queda de noche. Muy bien, Miriam, ya les has jodido la fiesta. Ahora se verán obligadas a interrumpir su conversación sobre las calorías de la ensalada César. En fin, no las quieres juzgar.

Por lo visto, estaban hablando de un blog de gente que desaparece sin dejar rastro. Clara Tibbets es adicta a todo lo remotamente siniestro, y ha empezado a contar el caso de un estudiante de Erasmus al que se le perdió la pista en un aeropuerto. Las cámaras de seguridad le grabaron echando a correr con cara de pánico y ya nunca más se supo.

—Joder, qué cague —resopla Tallie.

—Pues luego os mando el vídeo para que flipéis a lo bestia.

No hace ninguna alusión a mandártelo a ti también, aunque te ha mirado brevemente mientras contaba la historia. En cualquier caso, estás de suerte, porque te conoces al dedillo las tragedias más morbosas de Wikipedia y acaba de venirte a la mente el apunte perfecto. Abres la boca. Un escalofrío de anticipación te sacude los hombros. Pero de pronto el tema ha virado sin ton ni son, y ahora están discutiendo si las patatas fritas dan cáncer. Imposible injertar ya tu comentario.

—Tienen una sustancia que se llama acrolamida o no sé qué —dice Tallie.

—Ay, bueno. —Paola agita una mano en el aire—. Mira, me voy a fumar un cigarro para olvidarme de las puñeteras patatas.

Clara suelta una risa. Tú también sonríes, pero nadie lo ve porque nadie se molesta en hacer contacto visual. Paola abre entonces la cremallera de su bolso plateado, y después de revolver por el fondo, saca una pitillera con un estampado holográfico de margaritas. Se lleva un cigarro a los labios, y a continuación le tiende uno a Tallie, y después a ti.

—Gracias —dices, y le dedicas una sonrisa enorme y tirante.

No puedes dejar de hacerlo, sonreír ante cada atención del

grupo como si les debieras la vida. Y al mismo tiempo te sientes una impostora en ese contexto tan distendido junto a Paola. Eres incapaz de mirarla sin que la imagen de Jordan se le transparente debajo.

Y mientras tanto, la conversación ha evolucionado de nuevo. Resulta que Clara ha conocido a un tío en Tinder, y cuando coges el hilo, te halaga que se haya puesto a contarlo delante de ti. O quizá, bueno..., quizá es que le importas tan poco, te considera tan nada, que en realidad se la suda tanto que lo escuches como que no. Han quedado tres veces, dice, y que acaba de terminar segundo de Políticas. ¿Perdona, cómo? ¿Que va a la universidad? Sí, y os lo juro, joder, cómo se nota que no es un niñato. No tiene nada que ver con la panda esta del cole.

—Ya... —Paola sacude la ceniza con mirar pensativo.

Los focos de led le nimban el pelo de una aureola de color fucsia. Es sorprendente cómo puede llevar anillos de plata en los dedos, y pulseras en las muñecas, y mangas de crochet, y un reloj Casio de acero rosa, y un collar de dos vueltas, y estar sosteniendo entre las falanges un cigarrillo, y aun así no parecer recargada y artificiosa.

—Mi prima sale con su entrenador de voleibol —dice—, y también nos ha contado que es un tío supermaduro comparado con los chicos de su clase.

Frunce la boca en un gesto de resignación y tú te mueres por preguntarle qué pasa con Jordan. Quizá después de todo resulta —Santo Dios, ojalá— que ella también está deseando vivir la experiencia. Un chico mayor, universitario y la mar de maduro.

—Yo estoy hasta los huevos de los tíos que te sueltan lo de no quiero nada serio a la primera de cambio —protesta Tallie, y por el modo en que arruga el labio se le adivina un rencor enquistado—. El otro día ya me tocó el imbécil de turno. Nos dimos un beso. Uno solo, os lo juro. Y va y me dice: oye, que para mí esto es cosa de una noche. Ah, vale, perdona, que entonces tengo que cancelar corriendo las invitaciones de la boda, no te jode.

—¡Eso también me ha pasado a mí! —anuncias triunfal, y ahora sí que sí, no te cabe ninguna duda de que es por fin tu

oportunidad, tu momento de gloria—. A mí me han soltado el repertorio completo: no quiero nada serio, no te hagas ilusiones, y por supuesto, no nos olvidemos de la excusa más mítica: no se me dan bien las relaciones. Vaya flipados...

Clara echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada punzante. Tallie y Paola también se ríen. Respiras con cierto alivio. Menos mal, tres de tres. Y además son risas de las de verdad, de las de ojos brillantes y tembleque en los hombros. Y notas cómo el corazón te late fuerte en la tripa, bombeando sangre caliente a todos los órganos.

—Yo es que no entiendo de qué van los tíos —resopla Tallie.

Y todas sus reacciones te halagan, que se interrumpan y que te miren tan atentas mientras hablas, y que les parezca injusto y plausible que tú también sufras esos desplantes.

—Pues igual me pienso eso del Tinder —prosigue Tallie—. Por probar.

—Exacto —dice Clara—, hay que probarlo todo en esta vida.

—Sí, pero esto da un poco de yuyu. Imagínate que das con un acosador, y...

Tallie deja la frase a medias. Ay, no seas exagerada, protesta Clara. Y entonces Tallie pregunta que qué pasa si quedas con un tío que no te gusta, que si puedes dar media vuelta y largarte. Clara suelta una risa: joder, tía, pues claro, no te vas a quedar a la fuerza. Incluso a ti te hacen gracia los recelos de Tallie, pero ella no parece conforme. Continúa dale que dale. Que si hay que poner una foto, que si los que se registran son de fiar, que si hay manera de averiguar sus antecedentes. Y qué narices es eso del *match*.

—Lo del match es como una notificación de que le has gustado a alguien.

—¿Y pueden averiguar cosas de mí?

—Joder, Tallie, qué cagona eres —dice Clara poniendo los ojos en blanco—. Luego en el autobús te hago un perfil y así ves que no es para tanto.

—¿Da tiempo?

—Claro, joder.

—A mí ya sabéis que no me hacen mucha gracia ese tipo de

páginas —interviene Paola, y te preguntas si sospechará que tú también estás al corriente de su incidente en el Facebook.

—Bueno, a ver, gentuza hay en todas partes —concede Clara, y empieza a juguetear con una cajetilla de tabaco vacía, abriendo y cerrando la solapa. Tiene un tatuaje en forma de espiga en el antebrazo, un trazo fino como una hebra de bramante. Se vuelve hacia Tallie—. Piénsatelo de todos modos. Igual no es lo tuyo.

Tallie se muerde el labio, mira hacia sus amigas —a ti te pasa de largo— y esboza un gesto que es a la vez tenso y excitado, como si estuviese a punto de cometer un crimen de poca monta.

—Bueno, venga —accede—. Pero solo para ver de qué va.

—¿Puedes hacérmelo a mí también? —dices entonces.

Las chicas alzan la vista, sueltan una risa sincronizada que empieza y se extingue justo en el mismo timbre, como un coro de sirenas amaestradas. Clara Tibbets apoya el codo en la mesa. Le da un trago a su cóctel y desliza un labio por encima del otro para retirar la humedad. Tiene las facciones angulosas, y ahora, encuadrada entre sombras, parece aún más geométrica, llena de esquinas por todas partes.

—¿Qué tipos de tíos te molan?

Te parece toda una delicadeza que lo pregunte. En el colegio es *vox populi* que estás colada por Jordan. O alternativamente, también podrían sacar conclusiones: esta se cepilla todo lo que se menea. Pero la verdad es que ahora mismo las tres parecen intrigadas por tu respuesta. O quizá no eres más que una diversión para ellas, un animalito de circo a punto de ejecutar su número magistral.

Hasta ese momento, siempre habías pensado que las aplicaciones para ligar eran cosa de adúlteros, viejos, frikis, madres solteras o gente descaradamente espantosa. Y en cualquier caso, algo a lo que no haría falta recurrir, ni por asomo, antes de los cuarenta. Por eso, cuando te escuchaste a ti misma decirlo en voz alta, que querías un perfil en Tinder, lo asumiste como una de esas decisiones que estabas tomando por ósmosis y sin pararte a reflexionar.

Así que en ese punto te hallas ahora, sentada en la parada del autobús nocturno con Clara Tibbets y Tallie McGrath. Apretadas en el asiento las tres. Un vientecillo suave agita las plumas del top granate de Clara. Te hacen cosquillas en la mejilla mientras ella te instala la aplicación y va introduciendo los datos con diligencia. Es más sensata de lo que parece, y te gusta que ponga tanto cuidado en la ortografía. Sus uñas dando toquecitos a la pantalla, clic clic clic: mujer, hetero, dieciocho años, busca hombres en un área de cinco kilómetros. Guardar y continuar. Siguiente: peso y altura. Clara deja el dedo posado en el aire. Una ola de vergüenza y autodesprecio te sacude por dentro. El cursor parpadeando, y Tallie al otro lado del banco explotando pompas de chicle que huelen a clorofila. Pero le dices las cifras, y fíjate, no pasa nada, Clara teclea los datos con expresión neutra, y Tallie sigue mascando al mismo ritmo parsimonioso, no se atraganta con la saliva ni nada.

Enciendes un cigarrillo y le das una calada larguísima. Notas la lengua rasposa. Te levantas y caminas hasta el bordillo. Inspeccionas la carretera. Hace fresco, bastante, y la brisa nocturna te deja colorada la punta de la nariz. Estás feliz, a pesar de que Paola se ha marchado hace un rato con Jordan y por eso no se

encuentra ahí con vosotras, riéndose, y dando saltitos de frío, y arropándose las mejillas con las dos manos. Te olió a chamusquina en cuanto viste a Jordan aparecer por la puerta de la discoteca. Justo en el mismo instante en que salíais vosotras. Demasiada casualidad, pensaste. Y un nudito te ató las tripas cuando llegaste a la única conclusión que cuadraba: había ido a buscarla a ella.

A ti ni siquiera te dijo hola, rubita. Paola se estaba abotonando la chaqueta de punto y su cara estalló en una sonrisa enorme cuando le vio. Una marabunta de gente se agolpaba junto a la salida, todos los que habían apurado hasta el último minuto para coger el autobús de las doce. Quemaban piedras de hachís y se esperaban unos a otros apoyados en los bolardos del aparcamiento. Un grupo de chicos abrió unas cajas de pizza sobre el capó de un coche y te embistió el aroma a bordes tostados y a salsa de tomate caliente. Por ese motivo, a partir de hoy, cada vez que abras una caja de pizza, esta imagen hará una incursión repentina en tu mente: Paola y Jordan y las ramas bajas de los árboles mecidas por la brisa.

Te dieron ganas de llorar cuando él se la llevó aparte. Ya no era ningún secreto. Ni tampoco una hipótesis, ni una suposición. Hablaban de esa manera en que hablan un hombre y una mujer cuando ya no pueden aguantar por más tiempo la urgencia por estar solos. Las sonrisas torpes y desviadas hacia el pavimento, el cuerpo basculando de una pierna a la otra, las manos nerviosas. Y sus ojos. Titubeando, sondeándose con cuidado, desplazándose por superficies limítrofes y tartajeando un idioma común en el que hace ya siglos que se han besado.

Así que, ya ves, Miriam Dougan, no queda otra. La cuenta atrás se ha activado, y este no es más que el tráiler de tu tragedia.

Fue entonces cuando Clara te dio el golpecito en el brazo:

—¿Te vienes?

—¿Y qué pasa con Paola? —dijiste— ¿No la esperamos?

Tallie soltó una risita:

—Paola ya tiene su match.

Os habéis escrito ya varios mensajes. Te gusta releerlos por la mañana, mover la conversación arriba y abajo mientras mordisqueas las galletas del desayuno. A veces le escribes desde el autobús, o aguardando la cola del supermercado con la cesta encajada entre los pies. Un hola, guapo que brota del aburrimiento. Un meme tirada en el césped del parque. Pero cuando más habláis es sobre todo de madrugada. Antes de Tinder, antes de él, te quedabas hasta las tantas buscando en YouTube fragmentos de series, arañando esperanzas en blogs sobre cómo aceptarse a uno mismo. También había noches en que simplemente holgazaneabas o te mandabas wasaps con Vix o con Lukas. Pero ahora es mucho mejor hablar con el Estudiante.

Acomodas la cabeza en la almohada y apoyas las piernas contra el yeso fresco de la pared. Por la ventana de tu dormitorio entran sonidos de agosto. Coches trucados con las ventanillas bajadas y el reguetón a todo trapo. Murmullos de ruedas. Chicas que pasan hablando por sus teléfonos móviles, o más bien susurrando, un poco enfadadas a veces. Las suelas de sus sandalias dando palmetazos indignados contra la acera.

hola, cómo va?

Usas minúsculas también con él. Vuestro primer mensaje fue uno de Tinder, y tuviste cuidado de poner en su sitio todas las comas y los acentos. Al principio te agobiabas con ese tipo de cosas: si deberías utilizar las palabras completas, descartar los signos de exclamación. O tal vez lo contrario, dar una imagen más relajada, el tipo de chica que acepta planes de última hora y se olvida de devolver los libros a la biblioteca. ¿Qué clase de mujer quieres ser?

La pantalla del móvil se oscurece y posas la yema del dedo

para reanimarla. Aunque quizá es mejor no aparecer en línea constantemente. Jadeante y ansiosa. Cierras el WhatsApp y cambias de postura sobre el colchón. Hay una línea de luz amarilla bajo la puerta, tu madre debe de haberse levantado al cuarto de baño. Unos segundos más tarde, escuchas el jaleo de la cisterna, un siseo de agua, actividad de jabón, e intercalado entre medias, el grato sonido a marimbas de su mensaje:

q haces despierta tan tarde?

Abusa bastante de las abreviaturas, lo que en un principio te llevó a sospechar que era más joven. Monosílabos a porrillo. Ningún emoji. A decir verdad, te abruma tanto estoicismo, esas conversaciones en formato de bloque. Pero en fin, tú querías un hombre maduro.

es que siempre me duermo tarde

Esperas a que se conecte de nuevo. Estás mirando la pantalla con tanta atención que las letras afinan sus trazos, se encrespan, se vuelven borrosas. Añades deprisa:

y tú?

Es una suerte que viva tan cerca, a un kilómetro y medio nada más. Hubiese sido un coñazo tener que hacer malabares para planear una cita, cuadrar horarios, cambiar de autobús y todo eso. Aunque este chico seguro que tiene coche. En ocasiones, para ilusionarte más todavía, te lo imaginas enfrascado en actividades de adulto. Sus plácidas rutinas matinales. Bebiendo café a sorbitos, echándose el after shave mientras escucha las noticias del tráfico, sin camiseta, con los pectorales al aire y el pelo mojado.

En los mensajes te dice cosas como hola, mi niña o dulces sueños, preciosa, lo que inevitablemente te lleva a deducir que todo va viento en popa, y como consecuencia, te impide controlar el volumen de tiempo y esfuerzo que inviertes pensando en él. No quieres obsesionarte, así que recurres a estrategias ridículas para ponerte a prueba. Por ejemplo, apagas el móvil y te despreocupas de él olvidándolo en cualquier parte: el toallero, el sofá, el cajón de tu dormitorio. Lo dejas en casa cuando tu madre te manda a hacer un recado a la droguería. Y en principio funciona. Te sientes dueña de la situación. Quieres creer que así te evades, que así

desconectas, que regresarás más tarde y te encontrarás su mensaje allí por sorpresa. Pero, Miriam, pobre ilusa, llevarte una sorpresa sería imposible, porque no piensas en nada más. Y cuando vuelves de la droguería, empujas la puerta, abres de golpe el cajón, te arrojas sobre el teléfono con manos nerviosas, y el icono de mensajes ausente, el WhatsApp desierto. Así que le buscas, rastreas su nombre, acechas como una demente para ver si está conectado. Y no, resulta que no. Entonces arrugas la boca, suspiras. Sientes que has perdido el control de tus facultades mentales. Pero es normal, Miriam, no te castigues. Porque así funciona. En ciertas etapas de la vida, y sobre todo en lo que concierne al amor, lo razonable es estar trastornado, y la sensatez, una patología.

Hace varios minutos que se ha esfumado bajo la puerta la línea de luz, y tampoco se escucha ya el fragor del agua de la cisterna. Te incorporas y apoyas los codos en el alféizar de mármol. Un gato deambula en los contenedores. Una pareja sale abrazándose del hotel de enfrente. Respiras a pleno pulmón. En la calle flota un olor consistente a verano con intervalos de gasolina. Compruebas que tienes el móvil a mano. Eres perfectamente consciente de que le has enviado el último wasap a las 0:42. Lo sabes porque llevas un rato repitiendo los números en tu cabeza, no de un modo deliberado, con la intención de fijártelo en la memoria, sino que la cifra se te ha quedado grabada como un estribillo.

A las 0:56, el Estudiante responde:

sigues despierta?

Das un respingo. Pero contienes tu anhelo, y dejas que transcurran un par de minutos antes de responder.

sí, aquí fosilizada esperando a que me hagas caso

Presionas la tecla de borrar hasta que el mensaje desaparece.

sí, aquí aburrida esperando a que me dé conversación un chico guapo, pero puedo hablar contigo mientras tanto

Te ha dicho cómo se llama, pero en la agenda del móvil tú le has registrado como El Estudiante. Su nombre de usuario en Tinder es Estudiante25, y ha escrito en la biografía que busca «una chica agradable que sepa disfrutar de una buena conversación y una

copa de vino». Suena muy bien, aunque rancio y aséptico y un poco sobado. Y por otro lado, tú ya sabes de sobra para qué se apunta la gente a esa aplicación, y no tiene nada que ver con aflojarse una copa de vino mientras te dan palique.

así que soy tu segundo plato, qué mala eres, siempre me estás pinchando

pues si te gustan las chicas malas, estás de suerte, yo soy malísima en casi todo, jajaja

en casi todo seguro que no... pareces bastante lista

y tú muy guapo y superficial, la pareja perfecta

vaya, mi personalidad no te importa?

depende, cuánto mide tu personalidad?

A menudo te asalta esa urgencia por intercalar algo afilado y provocador. Como si eso te ayudase a establecer una línea: esta soy yo, no soy tonta, si me vacilas es porque me dejo. Lo que pasa, Miriam, es que otra vez no aprendes. Porque ahora has abierto la veda, y ya no puedes ponerte en modo novicia cuando a la noche siguiente él te pregunta que cómo te gusta que te lo hagan, que si fuerte o suave. Luego enlaza una ristra de emojis sonrojados —en ese tipo de comentarios sí agrega emojis—. Me vuelves loco, te dice, cómo me encanta esa carita preciosa que tienes, ese flequillito blanco de elfo. Hace dos días te pidió fotos y tú se las mandaste con poca luz. La posición de la cámara escondiendo tu cara en sombras, creando ángulos que no existen a pleno sol.

sales muy seria

es mi cara de seducirte

Y todavía te ocurre, ese bloqueo mental. Ese desdoblamiento en el que te preguntas: ¿debería haber dicho eso?, ¿suena un poco inapropiado?

Tú no le pides fotos, pero él te las manda igualmente. Sentado a horcajadas sobre una moto, jugando al voleibol en la playa, o en la puerta de la facultad con su chupa de cuero, que tiene un águila bordada a la espalda. Salta a la vista que no hay ni rastro de carne sobrante en su cuerpo, y que para él esa es una virtud de la que se siente tremendamente orgulloso. En una de las fotografías que te ha enviado, lleva unos bóxer azul oscuro, y los estira hacia abajo

con el pulgar, dejando a la vista un brote de vello ensortijado. Sonríes y te sonrojas. Es tan guapo que podría ser modelo o bombero. Sientes el impulso de decírselo, pero te parece demasiado pronto, demasiado halagador. Y mientras tanto, a medida que avanzan los días, la conversación se vuelve más densa y más pegajosa. Él insiste en que le mandes algo un pelín más picante, pero por supuesto, lo que tú quieras y cuando te sientas a gusto. Sin agobios, mi niña preciosa.

De modo que te incorporas y enciendes una luz enfocándola al techo. Al fondo de un cajón, guardas algunas prendas que todavía no has estrenado. Las compraste solo por cómo le quedaban al maniquí. Al cabo de varios minutos, te decides por unas botas de gamuza que te cubren hasta la rodilla y un conjunto de bragas y sujetador negros.

mmm, vaya culo

sí, es muy fotogénico

y le gusta que le den por detrás?

Miras la pantalla sin escribir. Al cabo de unos segundos tecleas una palabra, pero la borras de inmediato. Un emoji. Lo borras también. Clavas los ojos en el cursor, en su parpadeo apremiante. Él sigue en línea, te pone nerviosa, te da la impresión de que puede intuirlo, cómo escribes, borras, escribes, y luego te cagas de miedo.

no sé, no lo he hecho nunca

lo harías?

Escribes «puede», y te preguntas qué tipo de emoji debería acompañar a semejante insinuación.

te lo has montado con más de uno a la vez?

no, nunca he hecho tríos ni nada de eso

querrías?

Y en el mismo renglón, una ristra de emojis muertos de risa.

bueno, perdona, es que eres muy niña

oye, de niña nada, y además soy una persona muy abierta

yo soy muy abierto también, tengo un máster en comer

en comer qué?

jaja, me voy a la cama, dulces sueños, niña preciosa

Lukas opina que eso de buscar pareja por internet es siniestro, un poquito ida de olla. Y que para viejos de cuarenta y pico como nuestros padres, vale, pero que él prefiere conocer chicas en las discotecas o en las fiestas de su pueblo.

Le dices que estás de acuerdo, pero que es por probar. Además la aplicación ejerce un filtro automático, de modo que puedes acotar la búsqueda y escoger entre versiones aproximadas del tipo de tío que te interesa. Lukas le da una calada al porro, entorna los ojos, e insiste. Que no. Que no puedes captar la química con otra persona en un chat de internet.

Como si no lo hubieras pensado también.

Porque, vamos a ver, lo de conocerse en plan virtual tiene sus limitaciones, de eso no cabe duda. Para empezar, camufla las anomalías que el cara a cara destripa en cosa de cinco minutos. Véase: una voz aflautada, un tic inquietante en el ojo, un intenso aliento a bilis, o que se ría como una hiena. Evidentemente, ese tipo de lacras te inquietan. Pero no desistes, y se lo repites a Lukas: es por probar.

A lo lejos, las lucecitas del tráfico parpadean igual que pequeñas estrellas. El aire transporta aromas joviales a flores nocturnas. Piensas en el Estudiante. Piensas: soy joven, es verano, dentro de poco le conoceré. Piensas: ¿seré alguna vez tan feliz como hoy?

El pastor alemán bordea el banco, trae la nariz arenosa y deja a vuestros pies un palo despellejado. Lukas se agacha, trata de sujetar el trofeo por el extremo con menos babas. Se aleja unos metros y lanza el palo a una distancia prudencial. El teckel levanta la cabeza y vuelve a reposarla entre las patas. Tiene catorce años y pocas ganas de juerga.

—Hoy en el entrenamiento los chicos estaban hablando de ti —dice Lukas al sentarse de nuevo. Te vuelves hacia él, pero está ocupado limpiándose la arena de los dedos contra el pantalón—. Ha salido el tema del día aquel en el bosque, cuando te cogieron el sujetador... y estaban comentando si te habría sentado mal.

—No, joder. —Sacudes la mano en el aire y le pasas el porro —. Fue una chorrada.

—Jordan estaba preocupadillo.

—¿Ah, sí?

Lukas se ha quedado mirando el extremo del porro con gesto adormecido. Le lleva todavía varios segundos advertir que se ha apagado, y entonces se palpa el bolsillo en busca del mechero. Levanta la vista con gesto serio.

—¿No te sienta mal que te vacilen tanto y te suelten burradas?

Vas a decir que no, pero la verdad es que. O sea. No es que te siente mal, sino que preferirías. No sabes. Así que al final respondes:

—A ver, sé que no lo hacen a malas... —sacas un cigarrillo, lo manoseas un segundo y enseguida caes en la cuenta de que no te apetece. Lo devuelves al interior del paquete, nerviosa—. Aunque lo del sujetador sí que me cabreó un poco, la verdad... —suspiras —. Un poco bastante.

—¿Y para qué te lo quitas delante de ellos?

—No sé.

—Deberías ser más dura y ponerlos en su sitio. Así es imposible que te tengan respeto.

Presientes un dolor turbio detrás de los ojos, una punzada de lágrimas que hacen presión.

¿Por qué tiene que sacar ese tema?

Respeto, dice. ¿Es que se le ha olvidado con quién está hablando? ¿Quién eres tú, Miriam Dougan? La gorda, la Bufi, la Zampa. El respeto no es algo que esté en tu poder invocar. Para eso tendrías que ser Paola, o Tallie, o Clara, a quienes todos respetan, tanto los chicos como las chicas, e incluso los profesores, las cajeras del súper, los camareros, los policías, los conductores del

autobús, porque son delgadas y no tienen granos, ni pelos, ni gafas, ni lorzas, ni puntos negros en la nariz. No tienen nada de nada. Ni ortodoncia, ni papos, ni cara de abuela, ni voz de pito, ni la raya del pelo mal hecha, ni bizquean, ni sudan, ni se les transparenta el sujetador en gimnasia, ni hablan alto ni bajo, ni comen mucho ni poco, ni son enanas, ni jirafas, ni putones, ni monjas, ni sutilmente oscuras, ni mortalmente blancas.

Eso es exactamente lo que tienes que ser para que no se metan contigo. Para escapar del radar. Para que te respeten.

Nada.

Cambias de postura sobre el respaldo del banco y estiras las piernas. Percibes una tirantez en los músculos que te alivia.

—Creo que ya es tarde para ponerlos en su sitio —dices—. Me tienen calada.

Lukas coge aire, lo retiene unos segundos dentro de los carrillos y luego lo suelta de golpe. Te apunta con el dedo, como un profesor.

—Miri, tú eres una tía legal —dice—. Pero es que vas demasiado de simpática. Deberías ponerte un poco más borde.

—¿Quieres decir que los animo?

—No que los animes, pero se lo pones a huevo.

Te encoges de hombros, mueves unas piedrecitas con la punta del pie. Al otro lado del parque, las ventanas de algunos pisos están abiertas de par en par. Muestran armarios y esquinas de cuadros, lámparas de cáñamo y de cristal, estanterías llenas de libros. De cuando en cuando, hay personas que entran y salen de los cuadraditos de luz, como en una viñeta.

—Es que me da como pena ser borde —dices en un murmullo.

—¿Pena?

—Sí, porque, a ver... Son unos niñatos, pero son buenos chavales.

Y parece que esa razón le convence porque no dice nada, e incluso le hace sonreír. Así que bien. Respuesta correcta. Ni drama ni queja. Chica buena.

Sí, le mandé fotos de mis pechos por WhatsApp. Después me he sentido muy culpable, no tenía que haberlo hecho... Apenas le conocía.

Con ellos me fui voluntariamente, no percibí nada raro en un principio..., y cuando entramos en el portal... No sé, no pedí auxilio porque no me imaginaba lo que iba a pasar. Y no creí... No creí que viniera a cuento.

No, no me sujetaron con fuerza y tampoco me taparon la boca.

Es que no... no lo sé... No recuerdo quiénes me penetraron ni cuántas veces.

No, yo nunca había tenido relaciones en grupo. No había hecho ese tipo de cosas en mi vida.

No, tampoco lo sugerí.

Sí, claro que tuve miedo, empecé a ponerme nerviosa... pero no me planteé escapar. No sé por qué... Eran muchos, y yo... Solo me quedé en blanco..., y me dejé llevar.

No, en ningún momento intenté luchar. Yo solo quería que terminaran cuanto antes.

Pues la posición era como todo el rato agachada... Pero no lo recuerdo muy bien... Solo sé que sentía esa presión en la mandíbula y que me tiraban mucho del pelo, de la coleta.

Tampoco tenía heridas. Una... bueno, en la rodilla, pero esa no... Solo esa, no sé cómo me la hice.

En el hospital me sentí muy rara...

No, no me dolía... Entonces supongo que sí..., supongo que estaría, como usted dice...

Sí, lubricada.

18:46

La chica que está sentada en un escalón al lado de la máquina expendedora de bolas, y que a ratos saca el móvil del bolso y desliza los dedos por la pantalla, o se pone de pie y hace como que curiosea en un puesto de pulseras de cuero, y que después vuelve a su ubicación inicial, y se asoma por aburrimiento a la máquina expendedora y trata de adivinar el tipo de premios dentro de las bolitas de plástico, aunque en realidad tiene la cabeza perdida en otros asuntos más complejos y totalitarios, esta chica se llama Miriam Dougan.

Lleva desde por la mañana escogiendo entre distintas prendas de ropa y se ha echado espuma en el pelo para lograr un rizo más definido. Sin horquillas, ni moñitos, ni coletas. Así parece mayor, más madura, porque ese chico con el que ha quedado va a la universidad, y no quiere que la tome por una cría. Ahora mismo, mientras curiosea en los tenderetes, está tratando con todas sus fuerzas de no frotarse los ojos. Se ha pintado la raya y —sin que sirva de precedente— lleva perfilador blanco para destacar la mirada. Las pestañas son dos empalizadas espesas y negras. Los labios pringosos de gloss rosa pálido. Lo ha comprado esta misma semana a propósito de la cita. La marca que mencionó Tallie McGrath aquel día que estuvieron charlando en la segunda planta de la discoteca.

Por otro lado, hoy se ha depilado de arriba abajo. No solo las piernas, también las ingles y las axilas. A pesar de que, conviene apuntar, Miriam no tiene pensado irse a la cama esta noche con este chico.

18:49

Ha quedado con él en la puerta de un local de billares frente a la playa. Movida por la ansiedad, ha salido temprano de casa y ahora le toca esperar deambulando por los aledaños. Como es obvio, sin sacar la puerta de los billares de su campo visual.

El paseo marítimo bulle a esas horas atiborrado de gente. Caminan con cucuruchos de helado y sandalias de esparto, y el verano les pela los hombros en parches irregulares, como el mapa de un archipiélago. Miriam los mira pasar. Las chicas entran y salen de las tiendas con vestiditos de flores. Se sujetan el bajo automáticamente cuando suben un escalón, las columnas vertebrales marcadas como esqueletos de áspid. Y a ráfagas discontinuas, un olor pastoso impregna el aire: a bronceador, a plástico recalentado, a pescado frito. Frente a la puerta de un restaurante, el camarero asalta a potenciales clientes plantándoles en la cara un menú en cinco idiomas. Una familia se apiña en torno a las duchas al final de la playa, golpean las chanclas contra el soporte metálico y se desprenden de los pies pedacitos de algas.

Miriam se adentra en la arena sobre una pasarela de madera raída. Lleva un top ancho que le forma ondas por debajo del pecho. Pantalones abotonados hasta más arriba de la cintura. Y piensa en Vix, que todavía no está al corriente. Le da vergüenza contarle toda esa parafernalia del Tinder, de modo que, por ahora, se ha visto obligada a manejar todas sus emociones en solitario. Tampoco las chicas que le dieron la idea —Paola, Tallie, Clara— están al tanto de su cita con el Estudiante. Desde la discoteca, no han vuelto a tener contacto, no se ha dado la situación, a pesar de que se las cruzó por el centro comercial solo tres días más tarde. Miriam las saludó —quizá un poco demasiado efusiva— sonriendo y agitando la mano en el aire. Ellas también esbozaron sonrisas. Al pasar a su lado dijeron: hasta luego. Y en el «hasta luego» estaba la clave.

Así que el único ser humano sobre la faz de la Tierra que está enterado del plan de hoy es Lukas. Se lo ha contado por dos motivos: porque nunca la juzga y porque es un genio de la

informática. De hecho, le ha enviado un mensaje antes de salir de casa:

si no sabes nada de mí a las once, llama a la policía

ten cuidado, no te vayan a meter en una *snuff movie,* ha escrito él, y lo ha rematado con un emoji de pánico.

Por precaución, Miriam también ha sacado una captura de pantalla con los datos del Estudiante en Tinder. Se la ha mandado por WhatsApp a Lukas, y le ha recalcado que vive en un perímetro de un kilómetro y medio.

pero, miri, en serio, estás cagada o qué pasa?

no, tío, pero yo qué sé

19:23

Han quedado a las siete en la puerta de los billares.

Él ha llegado a las siete y dos. Ella llevaba allí desde menos catorce.

A las siete y veintitrés recibe un mensaje de Lukas, escueto, que dice: va todo bien?

Y ella solo responde: LE AMO

El pub donde ha reservado mesa está oscuro y claramente perjudicado por la moda *vintage*. Mucho ladrillo visto y madera despintada, y una profusión de artefactos nostálgicos de los noventa, en plan teléfonos de rueda y máquinas de escribir Olivetti. Sobre la barra, varias pizarras anuncian los platos de toda la vida reconstruidos con pinceladas modernas: hamburguesas de aguacate, perritos calientes con queso azul, gajos de patata servidos en cucuruchos de papel de estraza. A pesar de que no es muy tarde, casi todas las mesas ostentan ya el cartelito de reservado, y cuando os conducen hasta la vuestra, te complace que se encuentre al fondo, haciendo esquina, de modo que puedes sentarte en perpendicular y darle al Estudiante tu perfil bueno.

Todavía estás un poco nerviosa, te vuelan de sien a sien retazos de los mensajes que os habéis enviado. El recuerdo de ciertas palabras te provoca un cosquilleo en las tripas, no sabes si de vergüenza o de placer. Aprovechas para fijarte en él mientras le indica a la camarera los platos que habéis elegido. Es todavía más atractivo en persona. Tiene los ojos verde botella. La voz dulce y tibia, como un jarabe para la tos. Y te encantan los relieves que se forman en su mandíbula cada vez que traga saliva. En realidad, siendo brutalmente honestos, es mucho más guapo de lo que hubieras imaginado. ¿Qué narices busca un chico así en Tinder? ¿Y cómo es posible que se haya interesado por ti? Debería tener una novia rubia y delicada. Seguramente la tiene. Una de esas chicas que hacen yoga por las mañanas y se sacan fotos preciosas abrazando caballos. No sabes si te ha leído la mente, porque acaba de darle un trago a su cerveza y después de secarse los labios te dice: eres una monada, tienes una sonrisa alucinante.

El calor te tunela el cuerpo, notas cómo la sangre se te agolpa

en la cara. Me he debido de poner de color morado, dices, y él busca tu mano y te da un beso en el centro de los nudillos.

Santo Dios.

La camarera deja sobre la mesa un cubo de alitas de pollo y dos cucuruchos de patatas fritas. Dice: que aproveche, con una sonrisa solícita y maternal, como si hubiese intuido que es vuestra primera cita. Lleva un moño despeluchado en el cénit de la cabeza y pendientes de aro dorados y gruesos. Parece sacada del bar de *Thelma y Louise,* piensas. Y como suena ingenioso e inofensivo, lo dices en voz alta cuando se marcha. El Estudiante sonríe con la boca cerrada, se limpia los dedos con la servilleta.

Te cuenta que está trabajando en un programa de doctorado sobre el manejo de la prensa en el Pentágono. Le apasiona lo que hace, dice, y te alivia que por fin un tío no vaya de atormentado, lamiéndose las inseguridades y explotando su aura de malditismo. No, gracias a Dios, el Estudiante no es de ese palo. Por el contrario, le resplandecen los ojos mientras habla de coches deportivos y de *kitesurf,* y a medida que la conversación avanza, todo lo que desvela encaja perfectamente con el abanico de porvenires que ya te has imaginado con él. Te pregunta qué quieres estudiar cuando acabes el instituto. Todavía no has decidido, pero crees que Enfermería. Qué bien, dice.

La camarera regresa para llevarse el cubo de huesos de pollo. ¿Postre? Sus pulseras tintinean mientras acomoda el peso del cubo sobre una bandeja.

—Yo quiero un Aperol Spritz —dice él.

—Yo también.

—Así que... eres muy mala en todo —menciona cuando volvéis a quedaros solos.

—Ah —sueltas una risa floja y jugueteas con el cestillo de sobres de kétchup—. Sí, bastante.

Él sonríe. Los párpados le caen mansamente sobre los ojos. Estira el brazo para tocarte la mano y te preguntas si es un gesto ensayado.

—Me gusta que seas tan natural —dice.

—Pues si te refieres a natural en plan un poco palurda,

entonces te vas a volver loco de amor.

Estás plagiando algo, una serie o un libro que en su momento te pareció gracioso, pero no lo recuerdas muy bien. La sonrisa de él se atenúa sin llegar a esfumarse.

—¿Has conocido a muchos tíos en Tinder? —pregunta.

—La verdad es que no. Tú eres el primero.

Abre los ojos de par en par, como si le acabases de confesar que eres virgen.

—Pero bueno —aclaras—, he estado con muchos tíos fuera del Tinder.

Quizá tampoco es eso lo que esperaba oír. Resulta difícil sacar conclusiones, porque solo asiente alzando el mentón y dice: ah. Y a continuación:

—Seguro que no eres menor de edad, ¿no?

—A ver, qué plasta, ya te dije que no... —respondes—. Cumplí dieciocho hace tres meses.

Y además el amor no tiene edad, piensas en añadir, pero no lo haces, porque, a ver, Miriam, tampoco te flipes.

La camarera llega por fin con los cócteles. Limpia la mesa con un trapito y coloca las copas sobre dos posavasos de cartón verde. Ahora se la ve seria, con prisas, y mientras se aleja bebéis tan sincronizados que parece que estéis tratando de clausurar un momento incómodo. La música cambia de tono. Algo de los años sesenta. El Estudiante deja la copa en la mesa, se seca los labios y dice:

—Así que te gusta el sexo.

Sueltas una risa por la nariz, desvías la mirada hacia el posavasos.

—Joder —te encoges de hombros—. A quién no.

Pero ojalá no hubiese matado el momento con esa estocada. Porque lo ha matado, o como poco, malherido. Sin embargo, tú no quieres todavía tomar conciencia, de modo que simplemente sonríes, y durante unos segundos, te dedicas a cuadrar la base de la copa sobre el logotipo del posavasos.

El Estudiante te acaricia la mano.

—Perdona, no pretendía sonar tan brusco —dice.

—No, tranquilo, no has sido brusco.

—Lo que quería preguntarte es si lo has hecho muchas veces. O bueno..., si lo haces con regularidad.

Y esta vez, cuando le miras, su sonrisa evoluciona en otro espectro. Como la sonrisita de las chicas de clase cuando te preguntaban: pero, Miriam, ¿tú sabes lo que es un tampón?

—A lo mejor no tendría que ser tan directo, eres demasiado joven —arropa el cáliz de la copa con las dos manos—. A ratos en el WhatsApp no me lo parecías.

Te lanza una mirada profunda, dolorosamente tierna desde sus ojos verde botella. Y tú ya no puedes ser más consciente de cuánto deseas gustarle, de cuán humillante resulta que serías capaz de corregir y reacomodar todos los aspectos de tu personalidad en función de ese propósito.

—Tampoco he ido a un colegio de monjas precisamente —protestas.

Ahora sí que se ríe con naturalidad, echa la espalda hacia atrás y sus pectorales se hinchan por debajo de la camiseta.

—Las de los colegios de monjas son bastante guarras, no te creas.

Sonríes, le dedicas una mirada arrogante.

—¿Lo sabes porque has estado con muchas?

Una pareja toma asiento a vuestro lado. Ella lleva un vestido de rayas y el pelo recogido en una cola de caballo gruesa y mullida. Por detrás del hombro, le asoma el tirante del sujetador, que es violeta y de encaje. Deja el bolso en el suelo, y antes de mirar siquiera la carta, ambos extienden las manos sobre la mesa, todavía sucia de cercos, y entrelazan los dedos en un aleteo simultáneo.

—Pues sí —dice el Estudiante—, he tenido algunas novias de colegios católicos.

Vuelves la vista hacia él.

—¿Y cómo es que ahora no tienes ninguna?

—Me he llevado muchas decepciones —traga saliva. Te observa mientras tú asientes con la cabeza, y entonces prosigue—. Ahora me gustaría... conocer otro tipo de chicas..., pero no voy a

negar que me encanta el sexo, y no quiero posponerlo mucho en las relaciones.

—¿Estás viéndote con más chicas?

Es el tipo de pregunta que sabes que no cambiará en absoluto el rumbo de vuestra cita. Sea cual sea su contestación, vas a fingir que te parece estupendo, totalmente lógico, y que eres exactamente de la misma opinión.

—No, ahora mismo no estoy viéndome con nadie más —dice. Se ha puesto a rascar una de las aristas del posavasos, y las virutas de cartón se amontonan en una pelusilla bajo sus dedos. Te mira entonces con los ojos brillantes—. ¿Puedo preguntar ahora yo? —y cuando asientes, embiste—: ¿qué cosas te gusta que te hagan?

Fuerzas una mueca de asombro. Tensa, sobreactuada.

—Pues no te lo voy a decir —muerdes la pajita del cóctel con una sonrisa que te da una tregua.

Con el rabillo del ojo ves que el chico de la pareja de al lado hace una broma y que ella se ríe y se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja. Parecen un videoclip de Bruno Mars. Esa cursi aburrida con su zoquete, son tan predecibles que casi te dan ganas de soltarles un bofetón.

Pero bueno, volviendo a lo que interesa. Miriam, no seas pava. Cómo que no se lo vas a decir. Si en realidad es lo mismo que hablas con Vix, e incluso con Lukas, cuando os da por matar el tiempo jugando al juego de la verdad. Lo que pasa es que, claro, el clima es distinto aquí en el bar, mientras te enroscas mechones blancos entre los dedos y tratas de contener una retahíla de eructos con aliento a rebozado de pollo. Este chico te gusta. Es más, te encanta, esos ojos, y cómo se rastrilla con la mano las ondas del pelo. Y por Dios, que da igual que haya salido de una aplicación de citas. Que sois jóvenes, que os gustáis, que es obvio que tendréis sexo. Tú te mueres por que te bese. Ahora mismo si quiere. Y más adelante ya se irá viendo. Total, te has depilado de arriba abajo, te has embadurnado de crema hidratante con aroma de coco. Estás preparada. Así que, ya está. No seas pava.

Cuando salís, la calle huele a olas de mar y al humo afrutado de las cachimbas. Corre una brisa erizada. Te frotas los brazos y sacas el móvil, donde te encuentras una llamada perdida de Lukas y varios wasaps de Vix, que te ha propuesto ir a los multicines hace tres horas. El Estudiante también parece ocupado con su teléfono. La luz de la pantalla proyecta sobre sus mejillas un resplandor azulado. Tiene un lunarcito en la sien, la mano reposando en la trabilla del pantalón con esa dejadez tan sexual. Suspiras. Estás que no puedes más, anhelando su atención de nuevo, que te arrope en sus brazos y te aplaste contra su cuerpo. Guarda entonces el móvil y mira en tu dirección, te busca con parpadeos nerviosos, ajustando los ojos a la oscuridad. Da un paso hacia ti. Respiras profundo y él te acaricia el pelo, un mechón blanco que. Bueno, esto aún no lo sabes, pero dentro de algunos meses dejará de ser blanco, y todo a causa de este chico. De esta cita en la playa. De lo que trajo después.

—Adónde quieres ir —te pregunta.

—Donde tú quieras.

No conoces la zona, pero los nombres de los bares te gustan, ese toque británico y sofisticado. Campus, The White Orchid, Mr. Livingstone. Nada que ver con las discotecas poligoneras donde te arrastra la gente de clase: Dreams, el Tránsito, la Quimera. Qué ridículas suenan ahora, tratando de captar hordas de adolescentes con esa terminología intensa y pseudogótica.

—Puedo llevarte a un local donde hacen gin-tonics muy ricos —sugiere—. Pero hay que ir en coche.

Los mosquitos flotan como motas de polvo en el aura lechosa de las farolas.

—¿A qué hora tienes que estar en tu casa? —pregunta.

Y tú haces un gesto de suficiencia.

—A la que me dé la gana.

Me extrañó que estuviera tan suelta desde el principio. Cuando me acerqué dijo: yo puedo con vosotros y con los que me echen. Me sorprendió que hablase tan abiertamente de sexo, pero no me pareció raro.

Sí, todos éramos conscientes de lo que iba a pasar. O sea, era obvio, estuvimos hablando y planeándolo entre todos.

Por supuesto, con ella también.

Nos preguntó que cómo se hacía el sexo en grupo, que dónde se colocaba la chica. Nos dijo que se lo mostráramos, al principio con la ropa puesta, las posturas.

Sí, ella parecía encontrarse a gusto, se estaba riendo, en ningún momento dio la impresión de estar agobiada.

Estábamos todos claramente en un ambiente desinhibido.

Sí, claro que me excité hablando de ello.

Sí, he tenido sexo en grupo más veces.

No, no me parece raro.

Todo el tiempo hablando de sexo, dijo que era activa en la cama.

Cien por cien participativa.

De hecho se besó con el Kaplan.

No, evidentemente no hubo una situación en la que le preguntáramos: ¿quieres tener relaciones sexuales? Así, con esa formalidad, no surgió la pregunta. La cosa simplemente fluía.

No, no hubo ninguna situación de ese tipo. Ella estaba normal. No dijo ninguna vez quitaos o ya basta. Como ya le he dicho, en ningún momento se la vio incómoda.

Ella participaba como una más.

No tengo ninguna duda porque hubo felaciones, no solo penetración. Si alguien te hace una felación significa que la

persona es activa.

Siempre pone mala cara cuando le toca fregar las sartenes. Pero hoy no. Miriam ajusta la temperatura del agua, mete la sartén debajo del grifo y espera a que las costras de grasa, ásperas y calientes, se desprendan del teflón y naveguen en espiral hacia el desagüe. El lavavajillas despide un aroma intenso a manzana. Echa un chorro largo sobre el estropajo y lo exprime entre los dedos sacando burbujas del agua tibia. Frota con lentitud. Siente el impulso de escribirle un mensaje. Respira hondo. Y se contiene.

Después de los cócteles de ginebra no la besó. No se enrollaron a la salida del bar. Y cuando la llevó a casa y detuvo el coche frente a su portal, la miró de perfil, girando apenas el cuello, y masculló un adiós guapa con la entonación fatigada de un conductor de autobús.

Miriam se quedó quieta en el asiento del copiloto, se soltó el cinturón de seguridad en un gesto mínimo, poniendo cuidado en mantener la distancia, que no pareciese que estaba aprovechando para rozarle. Tampoco ella se sentía cómoda. Durante el trayecto, la conversación se había vuelto fláccida y comatosa, con Miriam insertando tediosas observaciones del tipo: esto antes era una tienda de mascotas, mientras él le correspondía con monosílabos lacios: mmm o ah, sí. Y sin embargo, antes de despedirse, fue el Estudiante quien sugirió que podían verse otro día. Que la llamaría, prometió, pero sus ojos contenían una sobriedad mustia, como una especie de empacho.

Y ahora Miriam se esfuerza por mantener la esperanza. Trata de serenarse con reflexiones facilonas estaría agotado, era muy tarde, quizá no le gusta hablar a la vez que conduce. Y por otro lado, si tan aburrido estaba, pudo haber escapado en cualquier momento. A no ser que... Podría ser que ella fuera quizá... ¿una

apuesta? Una broma de mal gusto. O una prueba a la que aquel chico se había visto arrastrado contra su voluntad. Pero no, no puede ser, imposible, cómo podría, aunque Dios mío, ¿tal vez?

Coloca la última sartén en el escurreplatos y mete el estropajo debajo del grifo para aclarar el jabón. La verdad es que sería un consuelo poder consultarlo con Vix. Lo que pasa es que no tiene ganas de aguantar su reacción cuando le cuente la historia, ese mohín arrugándole el labio: pero, tía, te has hecho un perfil en Tinder, estás grillada. Siempre es lo mismo con Vix. A pesar de sus opiniones más bien liberales, es partidaria de ciertas costumbres que a sus ojos marcan una especie de estatus. Por ejemplo, lo más aceptable es conocer a tu novio en un entorno social controlado, como el colegio, el cumpleaños de un amigo o un trabajo de verano. Y por eso, de momento, Miriam prefiere ocultárselo. No le apetece sentir que debe justificarse en cada recodo de la narrativa. Quedamos en la playa porque en realidad... él habla mucho de sexo pero en realidad... le envié una foto en bragas aunque en realidad...

Escucha la voz de su madre desde el salón: Miriam, voy a poner la película, y de fondo una musiquilla de logotipos danzantes e instrumentos de cuerda. En el extremo de la encimera, el móvil sigue inerte, en modo avión otra vez. Suelta un suspiro entre dientes. No le sale bien interpretar a esa otra Miriam, la que friega los platos sin prisa, la que se pasea tan ancha por la cocina y quiere creerse que está en modo avión para ahorrar batería.

—Ya voy —le dice a su madre.

Coge el teléfono y camina hacia el cuarto de estar desbloqueando el teclado. Pattie juguetea con el mando a distancia. Lleva una cinta en el pelo porque acaba de aplicarse una mascarilla exfoliante.

—¿Vas a ver la película o no?

Miriam levanta la vista. El fotograma en pausa muestra una panorámica de Manhattan.

—Sí —responde.

Ha desactivado el modo avión, y cuando devuelve la mirada hacia el móvil, el wasap salta con ímpetu en el centro de la

pantalla: preciosa, ayer estuvo genial, si quieres nos vemos el jueves en las fiestas de la explanada, iré con unos amigos.

Sonríe. Le tiemblan las manos. Ese ciclón pirotécnico en el estómago. Es tan feliz que tiene ganas de vomitar.

Vix contempla la foto con los ojos abiertos de par en par, sacude la mano en el aire: tía, qué bueno está. Al final te has decidido a contárselo porque, total, la cosa va de maravilla y además has quedado con él dentro de un par de horas. Hoy se inauguran las fiestas de la explanada, y toda la gente del barrio está allí. Se apiñan bajo las carpas de vinos y comen carne churruscada en platos de papel desechable. Los jóvenes han empezado a llegar un poco más tarde, en bandadas ruidosas y progresivas. Toman posiciones sobre la planicie de césped y se disponen a descargar de inmediato el contenido de las bolsas de plástico que traen del hipermercado. En el aire se mezclan aromas incitantes a marihuana y patatas fritas, y por encima de las copas de los pinos, se vislumbra girando casi vacío un gajo fosforito de noria.

El Estudiante ha confirmado que llegará a eso de las once con sus amigos, así que has tenido tiempo de sobra para contarle a Vix la historia completa. Con sus arreglos correspondientes, como es preciso, y censurando algunas de las —demasiadas— preguntas de él sobre sexo. Tampoco venía a cuento mencionar esa paranoia tuya respecto a su actitud en el coche. Toda esa angustia tan desproporcionada.

Vix te quita el móvil de las manos y amplía con los dedos la imagen. Examina la mandíbula, los abdominales, los hoyuelos de su sonrisa. Sientes un calorcito de orgullo, pero a medida que Vix desplaza el encuadre, y afila los ojos, y se entretiene, quizá más tiempo del necesario, en este u otro detalle, un temor impreciso se te clava en el pecho. Como si la verdadera intención de Vix fuera desentrañar dónde está el truco. Con ese gesto abstraído con que ahora mismo se mordisquea la uña, como si en el fondo estuviera pensando: esto no cuadra, aquí hay gato encerrado, ¿no es un poco

demasiado guapo?, ¿no es eso tremendamente raro?

Vix se llena los carrillos de aire sin dejar de mirar la pantalla del móvil, te dice:

—Vaya pedazo de tío. ¿Tiene algún hermano soltero?

Sonríes.

—No, pero algunos de sus amigos están muy potables. He cotilleado en su Facebook.

—¿Sí? ¿Están buenos?

—Yo no les haría ascos.

Sueltas una risa, y Vix dice: guarrilla.

También le has contado lo de que quiere especializarse en periodismo de guerra. A veces, cuando fantaseas con el Estudiante, tu cerebro proyecta imágenes en las que se arrastra cubierto de polvo por carreteras de Líbano, o bebe chupitos con mercenarios a la puerta de un bar en ruinas. ¿Cómo podrías ahora conformarte con menos? Todos esos tíos a tu alrededor que se jactan de querer estudiar Económicas, Derecho, Marketing, Procesamiento de Datos. Virgen santa, qué sopor.

A las once menos cuarto escuchas el bip bip del mensaje. Qué mono, dice Vix, tan puntual. Y que le encantaría quedarse para conocerle, pero ha prometido a Lachance que iría a buscarle a la parada del autobús. Luego aquí con toda la marabunta, no hay cobertura, se excusa, y añade: ¿nos vemos más tarde? Aprietas los labios. Nada te parecería más deprimente en ese momento que mezclar al Estudiante y a sus amigos con Jordan y con Paola. A qué lugar nefasto te devolvería semejante imprudencia. Con qué prontitud arruinaría tu nuevo estatus. Coges un buche de aire, niegas con la cabeza: no creo.

Sabes que has tomado la decisión apropiada cuando una hora más tarde estás en tu salsa y perfectamente integrada en el grupo. Al verte aparecer, el Estudiante te ha soltado un hola, guapísima, y te ha presentado a sus amigos con una sonrisa efusiva. Aun así, no has podido evitar una puñalada de inferioridad. Quizá ellos esperaban más de la chica del Estudiante. Después de los saludos

de rigor, uno de los chavales, que es bajito y regordete, y se halla bastante alejado de las fisonomías cuasi apolíneas de sus colegas, te ha plantado un porro en la mano y te ha dicho: para después, princesa; lo que te ha provocado un intenso cariño por todos ellos.

La explanada bulle de gente hasta donde alcanza la vista. Forman corrillos en el césped y toman asiento sobre bolsas de plástico y cazadoras desdobladas. El Estudiante, que es un caballero de pies a cabeza, te ha ofrecido su chupa de cuero, la del águila bordada en la espalda.

No hace falta, gracias, y además con lo bonita que es.

Como es evidente, no te separas de él. Te has colocado a su lado, no muy pegada, tampoco quieres dar la impresión de ser la típica novia necesitada. A pocos metros de ti, un grupo de chicas juega al «yo nunca». Dicen cosas del tipo: yo nunca he follado en un autobús, yo nunca me he tirado a un tío de más de treinta. Se ríen oscilando el cuerpo adelante y atrás. Dos de los amigos del Estudiante que estaban comprando cervezas se paran a hablar con ellas en el camino de vuelta. Buscas un cigarrillo en el bolso y al reacomodar la postura, posas la mano en el muslo de él. Se halla enfrascado en una conversación con el regordete de la perilla. Algo sobre un concierto, sobre unas entradas, pero a través del barullo solo captas briznas de conversación.

Los otros dos han terminado de hablar con las chicas del «yo nunca». Se acuclillan a vuestro lado y empiezan a sacar latas de cerveza de las bolsas de plástico. Te recoges el pelo en una coleta. De inmediato caes en la cuenta de que ese peinado te hace cara de pan y lo sueltas de nuevo. Miras al Estudiante. Quieres sentarte un poco más cerca, apoyarte en él como si fuera tu novio. Pero, Miriam, contente, aún queda noche. Coges la cerveza que te ofrece otro de los chavales, uno que antes se ha presentado como el Kaplan y que tiene unos ojos azul profundo, como de ciencia ficción. Sonríes agradecida, le das un sorbo a la lata y echas la espalda hacia atrás. Y entonces. Joder. Ahí están. Rompiendo el equilibrio irisado de tu burbuja. Jordan y Paola en mitad de la escalinata de piedra. Son ellos, seguro, reconoces esa camiseta naranja de Jordan, el andar un poco encorvado. ¿Van de la mano?

Estiras el cuello, se besan al borde de un escalón y algo de pronto se te fractura por dentro. Giras la cara, aprietas los dientes, te dedicas a arrastrar con el dedo la condensación de la lata hasta que calculas que ya no están cerca.

—¿Qué piensas, niña? —el Estudiante arrima su boca a tu rostro, te alarga una botella de tequila recién abierta—. ¿Qué te han parecido estos piezas? —inclina el cuello hacia sus amigos y guiña el ojo.

Es una mueca que nunca le has visto y que de pronto desata dentro de ti una oleada de amor extremo. ¿Cómo has podido dejar que la presencia de Jordan enturbiase el momento? ¿Cómo has sido tan boba?

—Pues muy majos —respondes.

Y con cierto cinismo descubres que —ahora sí— desearías que los del instituto te vieran. Con esos chicos mayores, universitarios, y tú sentada al lado del Estudiante, que a ratos te acaricia la espalda, que te ha injertado tan deprisa en su mundo. Es lo que Clara Tibbets decía. Los tíos mayores no se comportan como niñatos. Los chicos mayores te escogen. Punto final.

A la cuarta cerveza ya no paras de hablar, te ríes un poco más alto, un poco más fuerte, porque oye, qué pasa. Estos amigos, es la primera vez que los ves, pero parecen simpáticos, sobre todo el regordete de la perilla. Tiene la voz nasal y chillona, no muy masculina, y su sentido del humor es igualito que el tuyo, tirando a bobalicón, así que le resulta de lo más halagador que tú te rías a carcajadas, que te sofoques y tengas que taparte la cara con las dos manos. ¿Y tú? Tú estás en la gloria. Es una táctica que no falla. En cuanto llevas un rato bebiendo, te sientes más atractiva. Más libre. Una libertad que no achacarías en primer término a la borrachera, sino a un concepto acomodadizo de la belleza. Porque ahora mismo te ves irresistible, divina, capaz de todo.

Echas los hombros atrás, zarandeas el pelo.

—Os invito a otra ronda —dices, y ellos sueltan un par de vítores que te hacen reír—. ¿Tequila?

Necesitas sostenerte en el hombro del Estudiante para ponerte de pie. Como dicta la lógica, esperas que él te acompañe, y sin embargo, es otro quien se incorpora. El chaval de los ojos de ciencia ficción. El Kaplan, del que ya conoces algunas anécdotas, como que nada en un club y participa en competiciones, y que a veces incluso gana. Ahora se está sacudiendo los pantalones, tiene la espalda ancha, los brazos fuertes con las venas marcadas como bajorrelieves. No debe de ser complicado, piensas, que una chica se enamore de él.

La masa de gente se espesa a medida que os acercáis a los puestos. En las callejuelas más céntricas, donde vibra fuerte la música, los bares han instalado unos mostradores de aluminio portátiles. Este otro chico, el nadador con las venas de mármol, se te arrima muy cerca, percibes contornos de su figura contra tu espalda, y dice: joder, esto parece el puto metro en hora punta.

—¿Te gustan los tatuajes? —pregunta también, y cuando te giras ves que sus ojos caen en picado sobre la mariposa.

—Ah, sí. —rozas el dibujo instintivamente con las yemas de los dedos—. Solo tengo este, pero a lo mejor me hago otro. ¿Tú tienes alguno?

—Alguno —te mira con una sonrisa.

—Eso significa que si te desnudas pareces una butaca de cretona, ¿no?

Suelta una risotada larga.

—No, joder, tampoco es eso.

—Oye, pues aquí asoma algo —presionas con el índice una especie de triángulo oscuro en el centro del bíceps. Notas que el músculo se endurece, y cuando se remanga la camiseta, revela una hilera de flechas con distintas formas y remates de plumas—. Anda, qué chulo —dices—. ¿Tiene algún significado?

—Significa que si me desnudo estoy mejor que una butaca de cretona.

Sueltas una risa. La camiseta que llevas es ancha y abierta, se desplaza arbitrariamente por tu clavícula. Te la has puesto adrede para el Estudiante, pero no puedes negar que te agrada el efecto que provoca también en este chaval, el esfuerzo que le supone no

dejar los ojos pegados.

—Te pareces a alguien —dice—. Ah, sí, ya sé, a una de *Juego de Tronos*.

—¿En serio? ¿A cuál?

—No me acuerdo del nombre —sonríe—. Solo sé que era mala.

—Vaya por Dios, con lo bien que me estabas cayendo.

Una mano se desliza de pronto por tu cintura. Te giras deprisa y le sacudes un palmetazo, como si estuvieras espantando un insecto. El Estudiante hace un mohín, se frota el dorso de la mano.

—Idiota —murmuras con un tono ñoño, embelesado.

—Vengo a tomar el relevo —le dice a su amigo—, no vayas a robarme a la piba.

Cruzan una mirada, una sonrisa incierta y un poco larga, que solo ofrece interpretación al nivel de las pupilas de ellos. Te quedas esperando a que el Estudiante desvíe los ojos, que te haga partícipe de esa broma que a todas luces parece —eso crees— un piropo. Pero no ocurre, no busca tu mirada, no te incluye en la broma, solo le da una palmada en la espalda a su amigo cuando se marcha, y después mira al frente, a la barra, te pregunta qué habéis pedido, y sin ningún signo de afecto preliminar, percibes su mano templada que se abre camino por debajo de tu camiseta. La epidermis se te pone de punta. ¿Estás a gusto?, susurra en tu oído, y tú dices: sí. Te besa en el cuello, un beso de sangre caliente que desciende por el declive del hombro y dibuja espirales sobre el arco de tu clavícula. La masa de gente os mantiene pegados, camufla el trayecto de vuestros brazos, la posición de sus manos que reptan por dentro del sujetador. Te dice: me encantas. Te dice: eres preciosa, quiero lamer esa mariposa hasta borrarle las alas, quiero comerte el coño. Sueltas una risa, sientes sus dedos entrando y murmuras: para, pero no quieres que pare, quieres que la noche dure un millón de años, que te lleve a su casa, a una habitación a media luz, y que te desnude. Respiras deprisa. Hace calor. Un calor consistente que se te derrama por dentro del pecho. El corazón te atiza en los tímpanos, en la garganta, en las tripas, y entonces una corriente de electricidad que crece, y crece y se embala, y te explota de pronto,

justo entre las dos piernas, en una punzada tibia que te empapa las bragas.

Tallie camina a pasitos cortos, de ese modo algo torpe en que camina la gente cuando tiene miedo de dar un traspié. En el caso de Tallie se debe a los dos vasos de sangría que trae rebosantes desde el callejón. Le pasa uno a Paola, que se ha quedado esperando bajo los árboles para que no les quiten el único banco libre de la plazoleta. Y Paola, que se considera una persona de lo más perspicaz, advierte un destello en los ojos de Tallie.

—¿Por qué vienes con esa cara? —pregunta.

Tallie se seca los labios. Retiene una risa antes de hablar.

—Alucinante —dice—. He visto a la Bufi magreándose con un pedazo de tío.

Paola frunce la boca.

—Cuando dices pedazo de tío, ¿te refieres a que es un pedazo de gordo, o un tío buenorro?

—No, joder, un pibonazo.

—Venga ya. —Paola sopla una risa—. Pero será porque... ya sabes, porque luego les da lo suyo.

—Aun así, te lo juro, estaba demasiado bueno. —Tallie agita la cabeza. Los racimos de luces eléctricas desplazan sobre su frente un resplandor satinado—. O quizá... —esboza una sonrisa maléfica —. A lo mejor es que la Bufi es una máquina sexual. Deberíamos llamar a *Got Talent*.

—Ay, mierda, ahora tengo curiosidad. Podrías haberle hecho una foto disimuladamente.

—Bah, para qué. Ella ocuparía todo el encuadre.

Paola suelta una carcajada que la obliga a dejar el vaso en el banco a fin de no derramarlo. Está ya bastante borracha, y durante unos segundos no puede parar de reír. Se abraza la tripa, como si acabase de darle un cólico intestinal, y todavía están remitiendo

las convulsiones cuando Jordan se acerca.

—Qué os pasa, chicas.

Una sonrisita desubicada, un beso en la sien de Paola.

—Nada, que Miriam se estaba morreando con un tío en donde las sangrías.

—Con un tío, no —matiza Tallie, las pupilas abiertas como cerbatanas—. Con el David de Miguel Ángel.

—Venga ya.

Jordan suelta una risa grave, un tanto más comedida que la de las chicas, pero quizá solo sea que el dimorfismo de sus cuerdas vocales le da una sonoridad más discreta, menos hiriente. Mira a su alrededor, trata de localizar el fenómeno, pero únicamente se topa con un sembrado de cabezas.

—En serio, os juro que se estaban magreando cosa mala —insiste Tallie—. Tía, es que me parece surrealista. La Bufi no se ha visto en una así jamás —y entonces se gira hacia Jordan, le planta la mano en el hombro—. Lo siento, chaval, ya no eres el hombre de su vida.

Paola sonríe, le da un pellizquito en el costado a su novio. Están casi a los pies de la noria y las luces de los neones le orlan el pelo de reflejos cambiantes, verdes y fucsias. Jordan bebe un trago de cerveza, y luego otro, sin despegar los labios de la botella. No es que le importe. De encontrarse en ese momento con el Hobbit o con Lachance, seguramente se enfrascarían en un bucle interminable de bromitas. Sentiría esa presión. Paola le coge la mano.

—¿Pasa algo? —dice.

Jordan niega con la cabeza, fuerza una risa.

—No, nada —responde—. Es que se me ha ido la pinza.

No ocurre hasta casi una hora más tarde que le sacude un golpe en el hombro a Paola. Dice: mira, tía, mira, justo cuando los ve remontar la cuesta de la explanada. Miriam camina detrás, cogida de la mano del chico, sosteniendo en la otra un botellín de cerveza. Por suerte, las mareas de gente les cortan el paso, de modo que

Paola y los otros tienen tiempo de sobra para contemplar la escena a sus anchas. Tallie frunce una sonrisita: te lo dije. Porque no cabe duda. Resulta evidente que les une algún vínculo, que Miriam está, en efecto, con ese pedazo de tío.

Jordan se rasca el labio inferior con los dientes. Analiza con detalle la situación. Porque hay algo, no sabe..., no quiere ser un hijo de puta, pero eso que ha dicho Tallie es una crítica..., o bueno, no una crítica, pero sí una observación la mar de legítima. Ese tío podría ser casi modelo. Se lo imagina perfectamente en uno de esos catálogos de ropa juvenil: pantalones Dockers, chaleco burdeos, y una campiña desenfocada de fondo mientras camina en dirección a la cámara con las manos en los bolsillos y el abrigo abierto.

Jordan siente una oleada de inquietud, como una alarma que se le ha activado por dentro. Miriam no es mala chica, claro que no. Y aparte de los kilos de más, podría decirse que es casi atractiva. Tiene los ojos grandes, la nariz aceptable y simétrica. Incluso es posible que a algunos tíos les guste, a frikis llenos de granos, o pirados obsesionados con los videojuegos. A chicos con poco mercado, como Lukas... Pero el caso es que existe, por mal que suene, ese equilibrio. Lo leyó en Wikipedia una vez. La hipótesis de la semejanza o algo así, lo de no jugar en la misma liga, y resulta incluso más sospechoso cuando la superioridad física es la del hombre. Las mujeres se rigen por otros principios, son capaces de enamorarse de cualquier engendro solo porque las hace reír, o porque sabe escuchar, o porque es tierno, o considerado, o porque las trata muy bien. Y a veces, incluso, porque las trata muy mal.

Jordan le da otro trago a la cerveza, mira a Paola.

—Voy a mear —dice.

Con un nerviosismo cuyo origen no alcanza a entender, se va abriendo paso entre la maraña de gente. Da pasos cortos, sortea cabezas, coletas, tatuajes, codos en pico, un olor coagulado a tabaco, a cerveza, a perfumes mezclados con transpiración. Divisa los rizos de Miriam, los mechones teñidos de blanco que revolotean hacia sus hombros. Los separa todavía una selva de cuerpos. Jordan se inquieta, esquiva una papelera, un arbusto, la estatua a

caballo de un general, ya casi está, ya casi puede tocarla, y cuando se ve a una distancia de solo un brazo, alarga los dedos y le da un golpecito en la espalda. Miriam no se percata, apenas se inmuta, habrá pensado que era un roce accidental. Y ahora la turba de gente se mueve, Jordan se ve obligado a recular varios pasos. Grita: ¡Miriam, Miri! Pero nada. Hay otras personas que gritan al mismo tiempo que él, los unos a los otros, o hacia sus móviles: ¿no me ves?, ¿me escuchas?, ven aquí. Jordan resopla, se seca el sudor. Franquea un corrillo, una hilera de chicas, una cadena de prohibido aparcar, y por fin, ahí la tiene de nuevo. Le sacude un empujoncito en mitad de las vértebras: ¡Miriam! Esta vez ella se gira, tiene un gesto distraído en los ojos, la deslumbran los focos de un escenario, y entonces:

—Jordan, qué pasa —dice.

—Nada, adónde vas.

—Estoy con unos amigos.

Jordan asiente con la cabeza. De pronto se siente estúpido por haberse lanzado en su persecución sin ningún análisis preparatorio. El tío alto y rubio que quedaría tan elegante en una campiña desenfocada también se ha dado la vuelta. Mira a Jordan con gesto neutro. Lleva una chupa de cuero con un águila bordada a la espalda, macarra a más no poder, y el pelo le flota sobre la frente como en un anuncio de colonia con yates.

—Es que te he visto pasar y no sabía si nos estabas buscando —dice Jordan entonces.

—Ah, no. —Miriam sonríe agradecida, casi un poco halagadísima de que él, que estaba por ahí con Paola, haya tenido la deferencia de reparar en ella.

—Ese tío… ¿le conoces?

—Sí —dice Miriam—. Estoy con él.

Es la respuesta apropiada, «estoy con él». Porque abre un abanico de interpretaciones y todas se inclinan a su favor: he quedado con él, le conozco, es mi colega, mi rollete, mi follamigo, mi medio novio.

—Ah, bueno, entonces… —Jordan se queda atascado, ya no tiene muy claro qué pinta ahí. Y lo peor es que todo lo que se le

cruza por la cabeza contiene un matiz mezquino y penoso, e incluso ligeramente humillante, así que se rasca la frente, se ruboriza, y condensa toda la macabra epopeya que había forjado su mente en la única frase discreta que se le ocurre decir—: ten cuidado.

Miriam sonríe, tiene las mejillas sudadas. Las lentillas le rodean el iris con una circunferencia azulada.

—Claro, no te preocupes. Soy mayorcita —dice. Y a continuación—: Bueno, ya hablamos.

Parece que este va a ser el final de la escena. El plano definitivo. Y sin embargo, aún queda un intento más, todavía hay una posibilidad de que Miriam se libre, de eliminar de su vida un futuro plagado de conjeturas. Qué hubiera pasado si. De modo que, Miriam, presta atención, porque aquí llega el último pellejo de auxilio. Cuando Jordan insiste:

—Si quieres venirte más tarde, estaremos arriba, donde la noria.

Y ella se rasca el cuello. Durante unos segundos, parece que lo está sopesando: ah, dice, y luego: bueno, quizá, pero al final aprieta la boca, sacude la cabeza y sonríe: gracias, Jordan, en realidad, creo que no.

El dilema, la contingencia, la lógica, la intersección. Opuesto a la esperanza, la promesa, el ego, la fantasía. Qué hubiese pasado si.

Existe una realidad paralela donde el instinto de Miriam se pronunció: me quedo con Jordan.

Seis meses antes, dos meses antes, dos semanas, tres días, quién sabe, entonces hubiese dicho: sí, me quedo, me quedo con Jordan y con mis amigos.

O quizá si él hubiese insistido con más voluntad: no vayas. Si se hubiese mostrado menos ambiguo. Si le hubiese sacado de dentro las mismas preguntas que ella marea desde hace ya varias noches: ¿de qué los conoces?, ¿adónde vais?, ¿es tu novio?, ¿no te parece raro?, ¿no te parece que solo te quiere follar?, ¿adónde te llevan?, ¿y por qué fue tan seco en el coche?, ¿por qué te pidió tantas fotos desnuda?, ¿y por qué habla tanto de sexo, con esa obsesión?, ¿no es todo muy raro, no es todo tan tremendamente raro que casi deberías morirte de miedo?

Ah.

Bueno, quizá.

Gracias, Jordan.

En realidad, creo que no.

Entonces lo que pasó fue que nos marchamos de la explanada porque queríamos estar en un sitio tranquilo.

Pues la mayor parte del tiempo estuvimos hablando de sexo.

Alex la conocía de una página de contactos, habían quedado antes. Para los demás era la primera vez que la veíamos...

No recuerdo cómo empezó, pero alguien, creo que Kaplan, le preguntó si le gustaban las playas nudistas, y que si le ponía cachonda desnudarse delante de la gente... Ella... no sé qué respondió, no tengo los recuerdos frescos..., pero sí que seguía el juego. Y después Alex le preguntó que si le gustaba alguno de nosotros... Yo ya le había dicho a ella que me encantaba, que me parecía muy guapa... Y ella, aparte de con Alex, estuvo mucho tiempo con Kaplan, tonteando y tal... A mí me dijo que le parecía muy atractivo.

No sé cómo pasó, yo no estaba delante en el momento exacto, pero creo que el Kaplan empezó a besarla, y ella se dejó. A todos nos sorprendió bastante porque se suponía que había venido con Alex...

Sí, eso es, como la pareja de Alex.

No, Alex no se enfadó. Tampoco es que fueran novios.

Pues lo que ocurrió a continuación fue que ella se dejó besar. Vamos, que prolongó el beso.

Ahí fue cuando Alex le hizo la pregunta, le dijo: ¿estarías con los dos a la vez? Y ella respondió: con dos o con los que me echen.

Sí, textualmente, lo tengo grabado a fuego.

Pues a partir de ahí empezamos a buscar un lugar para..., bueno, para pasar a la acción.

No, no era la primera vez que yo tenía sexo en grupo. Por ella no puedo hablar.

Sí, eso he oído, que ella le dijo a Alex que nunca había tenido sexo con varias personas a la vez... Entonces supongo que sería verdad, pero a nosotros no nos lo hizo saber.

La idea surgió de repente, la hablamos entre todos.

Pues había tramos en los que íbamos Kaplan y yo hablando con ella..., o Alex y Kaplan..., no sé, aunque me hayan enseñado las imágenes de las cámaras de seguridad, no lo recuerdo.

Paramos en un hotel a preguntar si había habitaciones... Y luego ya fuimos a buscar un portal.

Sí, todos vivimos en la ciudad, pero obviamente no íbamos a meternos cinco personas a tener sexo en casa de nuestros padres. Kaplan comparte piso, pero aun así, tiene compañeros y no era plan.

Ella estaba al tanto, claro.

No, nada de eso, nunca dijo que quisiera irse sola con Alex.

Sí, estoy segurísimo de que quería con todos.

Pues lo baso en su modo de conducirse, en lo suelta que se la veía, en cómo hablaba de sexo, en los comentarios que hizo, en que se besó con el Kaplan. En todo eso me baso.

Vi a una mujer en el escalón de un portal buscando las llaves, entonces fue cuando me acerqué.

Mi objetivo era que entrásemos todos para tener un sitio íntimo, y subí al primer piso o al segundo, y esperé a que la vecina se fuese... Entonces bajé a abrirles la puerta.

Estaban todos esperando en la calle, ella también.

No, nadie la metió a la fuerza... Como mucho quizá hubo alguno, Alex o el Kaplan, que le daría la mano..., pero de la manera en que le das o le coges la mano a una amiga para que te siga.

Claro, sin violencia.

Hombre, estábamos ya dentro del portal, no queríamos hacer ruido y que nos oyeran los vecinos... Puede que yo chistara para que se callasen, pero en general, para que todos guardaran silencio..., no solo ella.

Pues fue algo así: chsss, no hagáis ruido, pero nadie le tapó la boca. De eso estoy seguro.

Nos metimos en un habitáculo, en una especie de entreplanta.

No recuerdo dónde me ubiqué yo... Ella me dijo... me dijo tal cual que la follara. Dijo: fóllame.

Y entonces le bajé los pantalones.

La oscuridad. Un tirón de pelo. Alguien que te baja los leggings, y manos que brotan hambrientas de todos los ángulos. Que te agarran, que te doblan, que tiran de ti. El pulso se te acelera, como queriendo avisarte. Tarde. Los chasquidos de las hebillas de los cinturones, las cremalleras, pasos que se deslizan pastosos en torno a tu cuerpo, y un siseo de ropa que cae. El olor a polvo, a sudor, a las distintas colonias. Y el frío duro de las baldosas.

No puedes hablar, ni gritar. Notas el cuerpo dormido, como si fuera de otra persona. O tal vez una cáscara, un exoesqueleto, algo que dejarás atrás cuando esto termine.

Te mueven de lado. Te giran en círculo. Ven aquí. Trae. Ahora yo. Sigues en pausa, tu cerebro hueco, plano, se deja. Las letras en tinta negra, dibujos con aristas en el abdomen, en las pantorrillas. Y el olor, ese olor, cada vez más punzante, de sus colonias.

Una bruma de ruidos mullidos, como si se hilasen debajo del agua. A veces una voz gaseosa: déjamela, chupa, me toca. A mí solo me la ha comido una vez.

No sabes, no ves, no piensas. Solo a ratos, ¿voy a morir? Tramos de aire, retazos de piel. La contracción, la rotación, la fricción. Cuánto tiempo ha pasado. Se ríen, la penumbra dibuja en sus rostros sombras inusuales, el vacío azulado en un ojo, un destello de saliva en los dientes. Trae, dame, ¿quieres que te la meta? Una burbuja de minutos que caen correosos y se derriten en el suelo a tus pies.

Hasta que, entonces, de repente, silencio.

Y otra vez las hebillas, las cremalleras, las ropas, deslizándose en sentido inverso, apresuradas, nerviosas, pasos que rechinan sobre las baldosas, que se separan de ti, que se alejan, y alguien que carraspea, sin mucho insistir.

Pero tú no reaccionas. No puedes moverte, ni tampoco hablar, como si le hubieran puesto un candado a tu voz. La camiseta dada la vuelta, el sujetador dislocado en el suelo. Las bragas bajadas. Y el olor, ese olor a colonia pegado en el paladar.

En el hueco de la escalera, la penumbra cambia de verde a violeta. Debe de ser algún cartel de la calle. Ahora los escuchas abajo, en el portal. Susurros, una risa. Una puerta que se abre y se cierra. Y ahora sí. Por fin. Del todo. Silencio.

Mira a esa chica, la que está sentada en el banco, debe de llevar un pedo brutal, pero no te pares, joder, disimula.

Qué pinta tiene esa niña. Hay que ver... Seguro que está borracha, o drogada... A saber dónde ha pasado la noche. Y con quién... Las jóvenes de ahora es que están más chupadas que la pipa de un indio. Ven aquí, *Lomu,* chsss, fuera de ahí.

Madre mía, esa chavala, pero qué le ha pasado... Tiene aspecto de haber llorado. Yo qué sé, ¿le pregunto? Buff, es que a estas horas no me apetece meterme en marrones, y además tengo un sueño...

Mira a esa chica, yo quiero que me den lo que le han dado a ella, jaja. Cállate.

Mira a esa chica.

Mira.

—Mira a esa chica.

Pero Tallie McGrath está demasiado cansada para enfocar la vista. Y además no tiene ganas de mirar a ninguna parte. Le duele el tobillo. La hebilla de la sandalia le ha levantado una ampolla, y anoche no se acordó de coger las tiritas. Así que nada, a fastidiarse. Abre el bolso, se lleva un cigarro a los labios. Hace un poco de fresco, de modo que va con la chaquetilla cruzada y dada de sí para abarcar más cintura. Solo una hora, piensa, y estará en casa. Descalza, caliente y bien arrebujada bajo las sábanas. Ojalá no hubiera quedado con Paola para desayunar. Anoche se encontró con unas amigas de la Escuela de Danza y se separó del grupo del instituto, así que quedaron en eso, en verse por la mañana. Parecía una idea divina: croissants, café, comentar la jugada con Jordan. En fin, Tallie lanza un suspiro. Y entonces, la voz a su lado:

—Mira a esa chica.

Monique, una de sus compañeras de baile, se ha parado en mitad del bulevar. Contempla a la chica del banco con una sonrisa torcida. No disimula siquiera, como si la chica fuera de cartón piedra. Como si estuviera ciega, o sedada, o muerta.

—Vaya percal —dice otra.

Tallie se detiene también, está hurgando dentro del bolso en busca de un mechero, y solo mira a la chica después de encenderse el pitillo. Frunce los párpados, expulsa el humo. Da un paso al frente y la ampolla le sacude un pinchazo. A sus espaldas, sus amigas intercambian un gesto de indiferencia y echan a caminar otra vez. Solamente al cabo de unos segundos se giran:

—Eh, Tallie, que te empanas.

Tallie hace un gesto con la mano, como pidiendo que aguarden. Avanza un paso más hacia el banco, un paso corto,

prudente, sin aproximarse más de la cuenta. La chica está quieta, mirando hacia el suelo, y no detecta el mundo que fluye en su periferia. Parece que está llorando, y la verdad es que tiene un aire a... No, pero no. Eso sería un poco. Aunque, en serio. ¿Podría ser...? ¿Miriam? La maraña de pelo rizado con los mechones blancos y esos muslos generosos poniendo a prueba la elasticidad de los leggings. Antes, en la explanada, Tallie no se ha fijado en su ropa, pero esta yuxtaposición de atributos horrendos cuadra perfectamente con la imagen mental que tiene de ella.

Se aclara la voz, está a punto de pronunciar su nombre, y entonces un tirón de la manga.

—Qué haces, vamos... Deja a la yonqui esa.

—No es una yonqui, creo que le ha pasado algo... Es una chica de mi instituto.

—Pues lleva un pedo de mucho cuidado.

Monique la coge del brazo y trata de dirigirla hacia la avenida. Al fondo, en la plaza, los camareros del primer turno han empezado a desplegar las sombrillas y a montar las mesas de las terrazas. Tallie endereza la espalda, se deja arrastrar por la mano que tira de ella. Está cansada, muerta de sueño. Y Paola ya se habrá puesto en camino. Además, le duele horrores la ampolla.

—Espera, joder —se para en seco—. Es que, en serio, es de mi instituto. Conozco a su madre.

—Bueno, tú verás —una de las chicas, la que no es Monique, hace un mohín—. Yo no puedo perder el autobús.

—Yo tampoco, Tallie —Monique aprieta la boca. La mira durante el margen de tiempo apropiado para darle la opción de cambiar de parecer, y entonces—: bueno, pues ya hablamos.

Tallie desanda el camino a la velocidad que le permite la herida. Hace casi una hora que ha amanecido y el sol saca destellos de los balcones y de los chicles fosilizados en las aceras. Junto al alcorque de un árbol joven, dos palomas picotean los restos destripados de un kebab. Tallie respira profundo. Se detiene a unos centímetros de la chica, que sigue con la cabeza agachada, mirando hacia el suelo de losetas rojas y blancas.

—¿Miriam?

La chica alza el rostro de golpe, como activada por un mecanismo. El rímel se le escurre por las mejillas en churretes grisáceos.

—Tallie —murmura. Y tiene la voz pegajosa. La boca deformada en un grito mudo y rectangular.

Tallie dobla las rodillas, se inclina hacia ella.

—Dios, Miriam, pero qué te ha pasado.

Toma asiento en el banco dejando un hueco entre medias. Se fija en los leggings manchados de polvo y en el bolso diminuto de cuero sintético que Miriam aprieta fuerte con las dos manos. Ante ese bolso, intacto y con la cremallera cerrada, su primera deducción es que no le han robado. Tampoco sangra, ni tiene heridas visibles, ni la ropa arrancada. Y Tallie empieza a pensar que lo que ocurre es que aquel pedazo de tío la ha dejado tirada —lógico, ¿no?— y que ahora, por haber preguntado, a ella le va a tocar tragarse el dramón de la chica despechada.

A su lado, Miriam sigue llorando. Nuevas remesas de lágrimas que le chorrean por las mejillas mugrientas. Enhebrada en un rizo, le flota una pelusa gris, y Tallie estira el brazo para desprendérsela, momento en el que repara en que Miriam tiene el pelo hecho un asco, como rebozado en arena.

—Bueno, tranquilízate —dice—, ¿quieres un cigarro?

Miriam niega con la cabeza, sorbe un sollozo.

—¿Ha pasado algo con ese chico con el que estabas?

Ahora Miriam abre la boca, pero no emite ningún sonido. Solo al cabo de un par de segundos murmura:

—Me han roto el móvil...

Al decir eso, abraza el bolso instintivamente. Descorre la cremallera, y muy poco a poco, como si sufriera algún tipo de parálisis, va sacando del interior un mechero, un paquete de tabaco aplastado, dos horquillas y, finalmente, el teléfono móvil.

—Me lo han roto —repite. Y su voz se rompe y rebrota.

Tallie observa las grietas que atraviesan la pantalla.

—¿No te funciona? —pregunta—. Está como lleno de mierda.

—Estaba en un charco.

—Qué asco. —Tallie arruga los labios en una mueca.

Se escuchan voces en la distancia. Las terrazas de la plaza ya están montadas y hay personas que se han sentado a desayunar. Empieza a hacer más calor. Y de pronto el cuerpo de Miriam se agita. Llora más fuerte, con hipidos y ruidos que manan a borbotones.

—Bueno, mujer, es una putada, pero solo es un móvil. Además, seguramente se ha mojado por dentro, y funcionará otra vez cuando se seque.

—Han sido ellos.

—Quiénes.

Tallie cambia el cruce de las piernas, se despoja de la chaquetilla de punto y la dobla sobre su regazo. Debería pasarle el brazo por la espalda a Miriam, acariciarle un hombro o cogerle de la mano como mínimo, lo que ocurre es que ella no es muy así, de tocar, abrazar y esas cosas. Suspira, se inclina hacia delante: venga, mujer..., y entonces repara en que Miriam también tiene un pellejo arrancado. Más mugriento que el suyo, en la parte blanda de la rodilla. Debe de dolerle una barbaridad, porque deja al aire un buen parche de carne rosada y húmeda, como una pechuga de pollo cruda. Tallie traga saliva.

—Oye... —murmura.

Pero Miriam apenas reacciona. Solo se sorbe los mocos y se limpia las lágrimas con el puño de la sudadera. De una de las ventanas al final de la calle, sale una musiquilla de aria. Algunos balcones han sacado a ventilar edredones blancos. Tallie consulta la hora en el móvil. Se pellizca el labio. Ya no llega a tiempo a su cita con Paola, así que abre el WhatsApp y teclea deprisa: estoy con Miriam Dougan en un banco, donde el hotel La Bahía. Ven para acá.

Treinta y seis minutos más tarde, Paola deja la bolsa de los croissants y la bandejita biodegradable con los cappuccinos encima de un escalón a la entrada del hospital. Ha dormido nada más que dos horas en el Mini Cooper del hermano de Jordan y los ojos le pesan como bolsas de arena.

Supo que algo no iba bien en cuanto las divisó en el banco. Tallie mordiéndose un padrastro, y Miriam con las mejillas ahumadas de rímel, como si hubiese llorado en mareas. Cogieron un taxi en la plaza. No sabían adónde ir, de modo que optaron por lo más simple y le indicaron al conductor que las llevara al servicio de urgencias del hospital. Tardaron nada. Ocho minutos. Sin embargo, al subir por las escaleras frontales del edificio, mientras Tallie recogía las vueltas todavía con medio cuerpo dentro del taxi, Miriam se acuclilló de golpe en el suelo y le retorció la muñeca a Paola: no puedo, gimió.

Y así se ha quedado. Con ese gesto perdido en los ojos, sentada al borde de un escalón. Solo a ratos, cuando ellas le hablan o le infunden ánimos, las mira desde esas pupilas que parecen de plástico. Les ha contado a trompicones. Les ha contado. Algo. Una imagen. Frases amputadas. Presentimientos. Semanas después, aún le sorprenderá cómo Tallie y Paola supieron rellenar los huecos vacíos, cómo descifraron las pausas. Porque ahora mismo no deja de sollozar, de estirar de la manga de la sudadera para frotarse los ojos. Y sigue aferrando el bolsito con las dos manos.

Tallie se acuclilla de espaldas al sol, toquetea la tirita de su tobillo. Como era de esperar, Paola tenía unas cuantas tiritas guardadas en un compartimento del monedero. Y sin embargo, a Miriam no ha querido darle ninguna para el raspón. Dice que podría contaminar la piel si le toman muestras. Ella es así de peliculera.

Una ambulancia sube a toda prisa por la rampa de acceso. Tallie se incorpora, camina hasta la entrada de urgencias y las puertas acristaladas se deslizan hacia los lados en un siseo neumático. Alguien la regaña por estar fumando.

—Señora, estoy en la calle —protesta.

—Tallie, ven.

Paola la llama con un tono mustio, sin inflexión. Al otro extremo de los escalones hay una pareja de su misma edad. Están escuchando algo en un móvil, un bullicio de voces metálicas sale del altavoz. Parecen tranquilos, por lo menos se ríen, así que no deben de haber acudido por nada grave. Ella lleva las uñas

pintadas de verde. Paola se vuelve hacia Miriam. Tiene los ojos de alguien a quien acabasen de rescatar de una pila de escombros, y el día es tan luminoso, hace un sol tan alucinante, que a Paola le causa todavía más lástima.

—Podemos esperar lo que quieras, de verdad —dice, y le posa la mano en el hombro—. Pero yo creo que deberías entrar... Porque puede que te arrepientas si no lo haces... —toma aire, trata de imprimir más ternura en su tono—. Ya sé que va a ser muy chungo, pero a lo mejor nos dejan estar contigo...

Paola habla y habla. Que estamos aquí, que te apoyamos, que no vamos a dejarte tirada, que si quieres que llamemos a tu madre, o que te traigamos algo, que si tienes frío, hambre, sed, miedo, angustia.

Y Tallie regresa hacia las escaleras con andar tranquilo. Apoya la espalda contra la barandilla de aluminio. Querría estar en la cama ya, con la tripa llena y los pies lavados, respirando el olor a suavizante de sus sábanas limpias y no ese pestuzo a clorofenoles que acaba de abofetearla a la puerta del ambulatorio. No le apetece nada seguir allí, no es amiga de Miriam, y tampoco tiene muy claro qué es lo que le ha pasado. Tampoco puede indagar y pedir detalles, o que les explique la historia entera desde el principio. Quedaría fatal. Y aparte, cualquiera se atreve después de como está reaccionando Paola. Por eso a ratos se esfuerza por parecer conmovida ella también. Construye en su cabeza frases de indignación: no te preocupes, tú tranquila, a todo cerdo le llega su sanmartín, y las añade después como una coletilla a las palabras de apoyo que elabora Paola. Aunque en su opinión, si es que se la piden, lo apropiado sería llamar a Vix o a la madre de Miriam, y que ellas se hicieran cargo. Es que es de lógica. Y además, ¿no se sentiría Miriam mucho más cómoda con alguien de confianza?

Tallie rompe el precinto y saca un croissant de la bolsa de plástico. Sacude las escamas de hojaldre que se le quedan pegadas entre los dedos. Del aparcamiento entran y salen coches con los intermitentes parpadeando, y se pregunta cuántas de esas personas acabarán de quitarse un peso de encima, y cuántos sostendrán en las manos sobres con noticias fatídicas. Tumores, síndromes,

patologías letales. Un escalofrío le sacude la espalda. La chica con las uñas pintadas de verde se despereza en un gesto que indica que está aburrida, o exhausta, o las dos cosas al mismo tiempo. Tallie suspira, se mete en la boca otro pellizco de croissant. Antes Paola le ha sugerido a Miriam que quizá deberían llamar a la policía, pero solo ha conseguido que se pusiera de los nervios: que no, que no, que por favor ni hablar, y le sujetaba a Paola las manos, como si le aterrara que sacase allí mismo el teléfono y empezase a marcar. Así que ahora, mientras coge un segundo croissant de la bolsa, Tallie no tiene muy claro qué más se supone que deben hacer.

Respiras hondo. Si hubieses entrado ya habrías salido, pero no sabes si quieres entrar. Si debes entrar, si tienes derecho a este pifostio que has montado o si solo estás haciendo una montaña de un grano de arena. En realidad, si lo piensas, quizá no ha sido para tanto. Porque la verdad. Y además según cómo. O si a lo mejor es que tú. Y ellos se imaginaron que.

Tallie acaba de sacar otro croissant de la bolsa. Le da pellizquitos al bollo y se los mete en la boca con parsimonia. Luego bebe cappuccino de un vaso de papel a sorbos cortos, en plan *Desayuno con diamantes*. Y tú, con ese dolor de cabeza, con ese zumbido dentro del cuerpo. Paola estira el brazo, te acaricia el hombro: ¿de verdad que no quieres comer nada?

Los colores gotean por los contornos de los objetos, punzantes y saturados. Y todo a tu alrededor —los árboles, las ventanas, los coches del parking— parece elaborado en algún material sintético, como si fuera un atrezo y no el mundo real. Lo más vergonzoso es que ellas lo sepan. Ni siquiera logras asimilar todavía lo que ha ocurrido, y cuando tratas de hacer memoria, las imágenes se te deslizan entre los lóbulos del cerebro como un recuerdo que no te pertenece del todo, que se disgrega en una textura imprecisa. La estela borrosa del trauma de otra persona. Aunque eso que dice Paola, lo del reconocimiento médico, quizá sí, quizá deberías...

En ocasiones, cuando te mueves, notas el semen áspero y seco pegado en las bragas, y no quieres pensarlo, pero estás convencida de que no han usado preservativos. A veces te la sacaban de la boca y te daban la vuelta. Sin pausas. Directamente. Dos a la vez. Tragas saliva, intentas respirar. El pulso se te acelera en las sienes, en la herida despellejada. Tomas aire, imposible, el estómago te da un vuelco, crees que es solo una arcada, pero hay algo que viene

detrás. Y a continuación, el espasmo, el eructo de jugos gástricos, y el vómito que te estalla contra los dientes y chorrea de golpe por los escalones. Durante varios segundos permaneces inmóvil, contemplando la hebra de baba que cuelga de tu boca hasta el suelo y que es del color del huevo batido. Una mujer de la edad de tu madre se te queda mirando. Paola se ha apresurado a sacar un pañuelo del bolso, y notas los dedos de Tallie que te recogen el pelo hacia atrás. No te preocupes, dice una de las dos.

Quiero irme, vocalizas. Pero en realidad no articulas ningún sonido, solo escupes más restos de vómito al suelo. No hables, tranquila. Eso lo dice Paola. El cráneo se te llena de astillas. Quiero irme. Un coche sale del aparcamiento y el sol estalla en la carrocería. Un gorrión remonta el vuelo. El poético arcoíris de un charco de aceite al pie de un camión. Podría ser un día precioso, la verdad. De hecho, es un día precioso al margen de tu tragedia. Y si ahora mismo sales corriendo, y vuelves a casa, y cierras los ojos con todas tus fuerzas hasta tapiar el ayer, quizá no resulte tan complicado hacer un remiendo. Si le callas la boca a tu mente, tarde o temprano te olvidarás. ¿Y Tallie y Paola? Ellas también terminarán olvidando. Así que adelante, puedes hacerlo, aplastar el recuerdo, matarlo a patadas, gritarle que pare, que fuera, que no, que no, que no.

Ese no que se te encasquilló en la garganta hace solo unas horas. Cuando eras tinieblas en la profundidad del portal.

Desde detrás del biombo, Miriam escucha el rasguear de un bolígrafo y un trajín de papeles que se cambian de sitio. Una tos contenida, un suspiro, los zapatos cómodos de la doctora que se desplazan acolchados por el suelo de vinilo. Y más ruidos: los raíles de un cajón, tapaderas de rosca, sobres que se abren y folios que se desdoblan, y susurros, cortinas, zumbidos, rumores de camillas por los pasillos. Miriam intenta ignorarlo, le pone nerviosa. Esa acústica de los hospitales tan comedida y tan sórdida.

Después de media hora en una sala de espera pintada de verde, una enfermera entró y dijo su nombre y le pidió que la siguiera a lo largo de una serie de galerías y puertas de vaivén. El dolor es ahora un poco distinto, una molestia encajada entre las piernas, como un pellizco interminable. La mujer que la atiende, y que está ahora mismo al otro lado del biombo, le ha explicado que es una ginecóloga especializada en agresiones sexuales, y luego le ha descrito, con sumo cuidado, todas esas cosas que iban a tener que hacerle, y sacarle, y meterle.

Miriam termina de quitarse los leggings del revés y los deja hechos un gurruño encima de la banqueta. Luego las bragas, que dobla en un cuadradito ordenado. Las piernas le tiemblan con violencia mientras se enfunda la bata de papel.

Cuando sale de detrás del biombo, la doctora se gira con una sonrisa mustia: ven por aquí. Y Miriam encoge los dedos de los pies y camina hacia donde le indica.

—Quédate de pie —dice ahora. Al recibirla se ha presentado como Nina o Nora, pero ya no se acuerda, y en el bolsillo de la bata solo lleva una plaquita que dice Dra. Balbi.

Se coloca delante de Miriam y le pasa los dedos por el pelo, el cuello, los hombros. Le levanta la coleta para mirarle la nuca. Lo

primero que va a hacer, explica, es buscar cardenales o heridas, y le pregunta si tiene alguna lesión en concreto de ese momento. Miriam dice que no, luego se levanta el faldón de la bata y le muestra la rodilla despellejada. Se muere de vergüenza, no debería haberla enseñado, no es el resultado de ninguna agresión, es una heridita de patio de colegio. Y entonces añade: en realidad, es una tontería.

La doctora Balbi asiente, no dice nada.

—¿Hay alguna parte del cuerpo que te duela?

—Es que... en concreto...

—Tranquila, tú solo dime lo que sientas.

—Es que no siento... no sé...

La mujer aprieta los labios, se inclina hacia ella.

—Oye, todo va a ir bien —dice.

Miriam se muerde las mejillas por dentro, no cree merecer ese afecto. Cierra los ojos, y se centra en percibir cada tramo de piel, cada fibra de músculo. Va desplazando su atención por las extremidades, tal y como te enseñan a hacer en los vídeos de yoga. Está tratando de discernir si algo le duele de verdad, algo acorde con el contexto. Y pese a que lo intenta con todas sus fuerzas, no es capaz de registrar una sensación que destaque. ¿Quizá la vagina?, ¿debería mencionar ese pellizco entre las dos piernas?, ¿o es solo un escozor normal y corriente provocado por la ansiedad? Un remolino de angustia le bloquea la respiración. Quiere hablar. Duda. No localiza el tipo de dolor que cree que le están exigiendo. Ese dolor de cuando te dislocan un brazo y te tiran al suelo, y después te la meten mientras tú forcejeas y chillas. No, ese tipo de dolor lacerante, de carne abierta, no es lo que ella ha experimentado. Así que solo repite:

—Creo que no siento nada.

La doctora se inclina para inspeccionar el abdomen. Lleva un moño flojo en la nuca y de cerca se distinguen las ondulaciones de las horquillas, metálicas y doradas. Ahora toca la zona de los brazos. Miriam asiente, junta los pies, percibe la fricción de un calcetín contra el otro. Sobre una de las encimeras, descansan varios botes de Betadine y una caja de apósitos. Desvía hacia allí

los ojos mientras la ginecóloga le sostiene las palmas hacia arriba, hacia la luz, y luego le repasa los antebrazos y raspa con una pinza bajo las uñas.

—Aquí están las muestras de la defensa —explica.

Miriam siente ganas de vomitar. ¿Qué defensa...? Y entonces en voz muy baja, casi un murmullo, dice: no me he defendido.

—No pasa nada, a veces no se puede. Casi nunca, en realidad.

El tono de la doctora Balbi es tranquilo, parece que quiera sonreír, pero Miriam no es capaz de devolverle la mirada. Esta mujer ha terminado una carrera, tiene un diploma, seguramente enmarcado, y es probable que haya salvado ya varias vidas, o como poco, las habrá mejorado. La gente acudirá allí para pedirle consejo y ella les dirá lo que tienen que hacer, como una especie de oráculo. Miriam se ve a sí misma, en ese momento, en el punto diametralmente opuesto, abajo del todo en la pirámide trófica de la jerarquía social.

—Muy bien —dice la doctora mientras marca cruces en un papel. Le hace un gesto a Miriam y camina hacia el sillón con estribos. Se le nota el esfuerzo en la voz cuando añade—: ahora voy a hacerte una exploración en donde te han penetrado.

Miriam baja los ojos al suelo. La sangre se le vuelve de piedra y tiene que hacer un esfuerzo terrible para no marearse. Hay algo dentro de su garganta que se interpone entre ella y todo el oxígeno de la habitación, como si su saliva se hubiese vuelto más densa y su tráquea más fina, y de pronto solo pudiese engullir el aire en espasmos ruidosos y sincopados.

—No pasa nada, podemos parar cuando lo necesites.

La mujer encoge los labios y la boca se le llena de pequeñas arrugas. Hay algo otoñal en sus facciones, algo que provoca alivio y que al mismo tiempo entristece.

Miriam se retuerce los dedos.

—Es que no estoy segura de... por dónde.

Espéculo, proctoscopio, transductor. Toda esa fauna de nombres que suenan a metal frío y a hurgar por las cavidades del cuerpo. A

cartografiarte por dentro. Desplegado a un lado de la camilla, el colposcopio parece un insecto enorme y acobardado, una criatura del Paleozoico. Miriam reposa las manos encima del esternón. Observa la cabeza de la doctora Balbi, que se acerca y se aleja entre sus piernas. No sabe muy bien qué está haciendo, ni buscando, y trata de concentrarse en las cortinas que cuelgan a su derecha, tupidas y amarillentas y extendidas por todo el riel. Entonces un sonido de rosca, un clic inquietante. Busca puntos en los que detener su atención, el reflejo blanco de la luz en los pomos, un póster al otro lado del cuarto donde los virus aparecen representados como monstruitos de colores. La doctora Balbi abre un plástico, extrae uno de esos palos que parecen bastoncillos de los oídos, y Miriam empieza a contar: un, dos, tres, cuatro, cinco. Respira lento, con la cabeza girada hacia un lado, hacia el biombo de paneles azules que esconde su ropa detrás. Nota un cosquilleo molesto. Pero resiste. Aprieta los dientes. Quiere moverse, quiere arrancar de su cuerpo la mano que escarba y chillar: ¡da igual, no importa, no quiero saber!

Y entonces piensa en su madre, que estará en casa todavía dormida, o tal vez recién levantada, meneando la cucharilla dentro del café, incapaz de imaginarse a su hija ahora mismo, con las piernas abiertas y una mujer sacándole fotos de la vagina, metiéndolas en un sobre donde quizá luego escriba: Miriam Dougan/violación.

Le ponen una vacuna contra la hepatitis. Le dan la píldora anticonceptiva. Unos antibióticos para la gonorrea, la clamidia, la sífilis. Le piden que orine en un bote, le sacan una muestra de sangre. ¿Es para saber si estoy borracha? La doctora sacude la cabeza mientras aprieta el algodón contra el pinchazo. Sonríe con lástima. Miriam deduce que esa debe de ser su sonrisa más habitual, el modo en que mirará a todas las mujeres violadas que pasan por su consultorio: oh no, no fue culpa tuya, por supuesto que no le incitaste.

Cuando por fin terminan las pruebas, le indica una puerta que conduce a un cuarto de baño, y le pregunta si necesita alguna prenda de ropa.

—¿Ropa?

—Sí, una camiseta o unas bragas limpias. Tenemos prendas de varias tallas.

Ah, Miriam comprende. Debe de ser para las otras pacientes. Las que llegan hasta allí vivas por los pelos, las que irrumpen por la puerta de urgencias, llorando y cagadas de miedo, sangrando por la nariz, con las medias rajadas y los botones de la blusa arrancados. Eso debe de ser lo más típico. Lo natural. Y por eso ofrecen ropa de repuesto tras la exploración.

Pero ella. Con sus leggings intactos. Con la camiseta impoluta, salvo por unos insultantes cercos de sudor.

Que si necesitas ropa, preguntan.

Si todavía no sabes lo que pintas aquí.

¿Denunciar?

De eso nada.

¿Y este policía? ¿Cómo que alguien del hospital les ha informado?

Pero si tú ni siquiera sabes si. Y además, cómo llamarías a.

Porque echar mano de esa palabra, violación, sería como insultar a todas las mujeres que de verdad han sido agredidas, que gritaron, que imploraron, que lucharon por escapar. Mujeres que no habían mandado con anterioridad fotos de sus tetas ni de sus bragas.

¿Cómo vas a explicárselo a la policía? ¿Dónde están las marcas, los moratones, los labios partidos?

Superviviente de violación. Así lo llaman ahora. Ya no eres solo una víctima, eres una superviviente. ¿Superviviente de qué? ¿Acaso te pusieron un cuchillo en el cuello? ¿Cuándo ha estado tu vida en peligro? ¿Te amenazaron siquiera?

No, señor. Si ni siquiera intentaste pararles. Ni siquiera un amago. Y entonces la policía empezará a hacer preguntas. Que por qué te fuiste con ellos. ¿Les incitaste? ¿Y de qué estuvisteis hablando? Pero ahora ya no te acuerdas, y entonces ellos dirán: tranquila, reflexiona, tómate tu tiempo. Como si fuese tan fácil. Ese tiempo que te plantan bajo los morros y que nunca cumple su cometido. Esa entelequia. Porque nadie puede nunca tomarse su tiempo. Ni en un examen, ni en una entrevista, ni en una relación de pareja. Y mucho menos delante de la policía, intentando dilucidar qué les dijiste a esos tíos para que se permitiesen el lujo de conducirte a un portal, de bajarte las bragas. Eso de que te tomes tu tiempo no existe, el tiempo siempre llega a su fin antes de que estés preparada.

Y tú no quieres tomarte tu tiempo.
No quieres, siquiera, que te inviten a hacerlo.
Así que no. No vas a denunciar.

6:23 de la mañana

Chico 1: buenos días, nos hemos follado a la gorda, está grabado (emoji de carcajada)

Chico 2: el Debutante ha pasado la prueba

Chico 1: el chivo se lo ha hecho por todos los sitios habidos y por haber, aquí os mandamos un videoclip para animar el desayuno

7:07 de la mañana

Chico 5: joder..., si lo llego a saber no hago turno doble anoche

Chico 6: hijos de puta, qué envidia (emoji de carcajada)

Chico 5: me parto con el Chivo y sus caretos a la cámara mientras la encula

Chico 4: me he puesto fino, qué descarga de huevos, chavales

Chico 6: y el debutante? macho, kaplan, di algo, estás orgulloso? has pasado la prueba?

Chico 3: en la gloria, tíos, metiéndome un bocadillo entre pecho y espalda, el estómago lleno y los huevos ligeros. Alex ha escogido bien, no me puedo quejar, buenas tetas

Chico 1: me he portado bien, no era tan gorda

Chico 6: es la que te llevaste a tomar los gin-tonics donde la playa?

Chico 1: esa misma

Chico 2: vaya trabajito de seducción, la tuvo que morrear de antemano.

Chico 1: no la morreé (emoji de vómito), en el coche iba

acojonado de que se me lanzase al cuello

Chico 2: ya, pero bien que le ha sobado las tetas hoy

Chico 1: eso sí, jaja, trabajo de campo, pero nuestro kaplan ha sido la estrella, aunque casi se la birla el chivo

Chico 5: jajajaja, pieza

Chico 6: entonces ha pasado la prueba, no? kaplan tiene pelos en los huevos

Chico 1: como maromas de barco

Chico 6: ya he visto el vídeo, glorioso

Chico 4: puta gorda

12:12 del mediodía

Chico 5: eh, chavales, han detenido a cuatro hombres por agresión sexual en las fiestas de la explanada... no sois vosotros, ¿no?

Chico 7: no, joder, cómo van a ser ellos

Chico 6: por qué iban a ser ellos?

Chico 5: porque son cuatro tíos con una pava

Chico 7: pero estos no han violado a nadie, joder

Chico 6: claro, chaval, no flipes

Chico 5: la pava de las noticias tiene dieciocho, alex dijo que la del tinder era una cría

Chico 7: ¿pero era menor?

Chico 5: no, creo que no

Chico 6: tío, no les llegan los mensajes, tienen los móviles apagados

Chico 5: los cuatro?

Chico 7: joder, dicen que los detenidos tienen entre veintidós y veintiséis. Justo como ellos

Chico 6: a ver, relajémonos, cómo van a violar a nadie? además Alex me enseñó los mensajes que se enviaban: que si comer coños, que si tríos, enculadas... Ella hasta le mandaba fotos en bolas

Chico 5: eso me tranquiliza

Chico 7: del Chivo me creo cualquier cosa, jajaja

Chico 6: se habrán quedado sin batería y estarán sobados con una resaca de la leche

Chico 5: joder, está saliendo en las noticias y seguro que son ellos, todo cuadra

Chico 6: en serio???

Chico 7: estoy cagado, chavales

Chico 7: dicen que son de la zona del puerto y que algunos tienen antecedentes de conducción temeraria y desorden público

Chico 7: y también denuncias por hurto

Chico 6: como el chivo y el papke, joder

Chico 5: joder, joder, joder

Un tirón desde atrás. Una mano que le sujeta fuerte del hombro y le descoloca la camiseta. Y este chaval, al que todos llaman el Estudiante, y que en ese momento se encuentra en la pista de baile, a tope con la música y el alcohol, deduce que quien le agarra así, tirándole de la camiseta, solo puede ser uno de sus colegas. Cuando se gira tiene una sonrisa en los labios. Esa sonrisa automática de los momentos de gloria. Y de pronto el Estudiante se pone tieso, contrae los músculos. Y la sonrisa se desactiva.

Pero qué coño...

Porque resulta que el que le ha sujetado del hombro es un policía. Y cuando el chico mira a su alrededor, divisa a sus camaradas, acorralados por más policías que les están indicando que los acompañen, que caminen hacia la salida. Que se muevan ahora mismo sin protestar.

Se confunde usted, agente. Nosotros no hemos hecho nada.

A juzgar por su tono, se diría que el Estudiante está más molesto que acojonado. Le viene a la cabeza el porro que tiene escondido dentro de la cartera. Y también la bolsita de marihuana del Chivo, con lo patán que es el Chivo. Si al menos el custodio fuese Ray Papke... Pero bueno, tranquilidad, no puede ser que les metan un puro por esa chorrada. También es que este policía, joder, menuda cara de pocos amigos. Y entonces: sigan andando. Se adentran por un callejón que huele a pescado y a ropa húmeda. Y ahora al Estudiante le da por especular: no pasa nada, será otra anécdota para descojonarnos más tarde en el grupo de WhatsApp, lástima que Kaplan se lo esté perdiendo. Kaplan... A ver cómo les encuentra después, se suponía que iban a verse en...

Saquen algún documento que los identifique.

De modo que esto va en serio. Ahora les exigirán que se

vacíen los bolsillos y entonces se acabó todo. El porro. La bolsita de hierba. Pero no. No parecen interesados en eso, y mientras dos de los policías contrastan sus datos, el otro les indica que se levanten las camisetas, que necesitan tomar unas fotografías.

¿Perdón?

Estáis denunciados por agresión sexual.

Pero cómo. ¿Y eso por qué?

Parece ser que el bocadillo de salami que este otro tío —el Kaplan — se ha metido hace un rato entre pecho y espalda, no le ha sentado del todo bien. Percibe cierto trasiego por el estómago, como si lo tuviera lleno de grumos. Y para colmo, se ha cortado el paladar con una arista de pan. Sin embargo, a excepción de estos incidentes livianos, todo marchaba hasta ahora a las mil maravillas, y el Kaplan, que está fresco como una rosa, iba camino de encontrarse con sus colegas para seguir de farra unas horas más.

Y mira por dónde, aquí ya no hay juerga que valga. Sus amigos llegan con cara de funeral. ¿Qué coño pasa? Se masajean las sienes, resoplan, cruzan los brazos y los descruzan. Ese galimatías de gestos que se contagian unos a otros. Porque resulta que están denunciados. Los cuatro. El Chivo le da una patada al tronco de un árbol. El Estudiante se llena los carrillos de aire. Solo Ray Papke mantiene la compostura.

Yo flipo, tíos.

¿Pero estáis de coña?

Que no, joder, cómo vamos a hacer coñas con eso.

Pero denunciados por qué, ¿la habéis liado? ¿No se os puede dejar solos ni un ratito de nada?

Se refiere al ratito que él ha dedicado a guardar cola donde los bocadillos, y luego a embucharse un café, y un poco más tarde, a pasear a su perro mientras se examinaba con la lengua la herida del paladar. Una herida que ya no siente, que ya no existe, igual que ya no existe tampoco el ardor de estómago que hace cinco minutos le dejaba en la boca un regusto a bilis. Ya no existen ni el sueño, ni el cansancio, ni nada, porque este nuevo percance echa a

patadas de su cabeza cualquier otro tipo de preocupación.

Empieza a hacer un calor sofocante. Kaplan se mueve hacia el parche de sombra que proyecta un árbol sobre la acera. Encaja los dedos en las trabillas del pantalón. Pero a ver, tiene que ser un error. Saca el móvil del bolsillo trasero y abre el WhatsApp sin ninguna intención en particular. Arriba del todo, la última conversación es la del grupo con los colegas. La frase del Chivo: puta gorda, en donde Kaplan desenfoca los ojos hasta que las letras pierden densidad. Qué bien estaban ahí. Cómo se han reído. Poniéndoles los dientes largos a los que no pudieron salir porque tenían exámenes, o trabajo, o simplemente porque son unos calzonazos.

Toma aire y mira de nuevo hacia sus amigos. Se rasca el cuello en un gesto lento, desubicado, e insiste en una zona enrojecida por un grano.

Bueno, ahora en serio. Tú, Alex, ¿lo juras por tu madre?

Que sí, joder.

¿Y por qué nos denuncian?

Por agresión sexual y delito de daños.

Ah. Kaplan siente un calorcillo de alivio en el pecho. Pues entonces es obvio que se han confundido, nosotros no hemos hecho nada de eso.

Eso quiero pensar yo, que se han confundido.

A ver, no hay otra explicación. Estarán buscando a otros.

Supongo.

Y por lo que nos han dicho, también hay un parte médico.

Ah, ¿lo veis? Ahora fuerza una risa, le sacude una palmadita al capó de un coche aparcado. Es imposible que haya un parte médico por lo del portal. Os lo aseguro, imposible. Además, ¿qué coño es eso del delito de daños? En fin, yo tengo la conciencia bien tranquila. Y en el peor de los casos, podemos enseñarles los vídeos, eso no hay forma de rebatirlo.

Lo que Kaplan se espera cuando termina de hablar es un murmullo de aprobación, una coral de sonrisas apaciguadas, pero lo que recibe no es más que un suspiro, un carraspeo. Una frase que no arranca. Y de nuevo esa orquesta de gestos difusos.

No lo entiende. Cómo es posible que las cosas se hayan torcido así, sin ton ni son, después de una noche espectacular. Kaplan se apoya en la portezuela de un coche aparcado y se mordisquea una uña. Ray Papke está enfrente, con los ojos clavados en la gravilla, tan abiertos que casi podrían caérsele al suelo. Y la temperatura sigue subiendo, las camisetas revelan los puntos críticos de transpiración. En el muelle se escuchan gaviotas, cada vez más irritantes y más numerosas.

El Chivo deja salir una risa incrédula. Arruga el ceño en un mohín, como un niño al que acabasen de echar una bronca injusta y desproporcionada.

¿Creéis que los vídeos serán prueba suficiente?, pregunta.

Kaplan deja de mordisquearse la uña.

Pues claro, ahí se ve todo.

Tienes razón, resopla el Chivo, ahí se ve todo. Se ve cómo disfrutó. La muy guarra.

En la fase procesal en que nos hallamos, los peritos forenses mantienen de modo unívoco, y después de someter su dictamen a condiciones de efectiva contradicción, que se cumplen los criterios del trastorno de estrés postraumático.

Según la Prueba Pericial Psicológica, concretada en los informes del Psiquiatra y del Psicólogo Forense, la denunciante reaccionó de forma intuitiva respecto a la situación en la que se hallaba, y adoptó una actitud inconsciente de pasividad, conocida como inmovilidad tónica. Dicha reacción consiste en un estado de parálisis involuntaria en el que los individuos no son capaces de reaccionar, moverse y, en ocasiones, incluso de hablar. Por lo general, se manifiesta junto con otros síntomas, tales como entumecimiento, descenso de la presión arterial, sensación de frío, temor por la propia vida, disociación mental y colapso.

Los Médicos Forenses, ratificando su informe ampliatorio, han precisado que frente a una situación de peligro, se anula la respuesta racional del cerebro superior, y se actúa con el cerebro primitivo del sistema límbico.

En otro orden de cosas, a través de las pruebas periciales, queda detallado que las víctimas de agresiones sexuales que sufren inmovilidad tónica, muestran mayor probabilidad de desarrollar con el tiempo trastornos de ansiedad o estrés postraumático. Esto se debe al sentimiento de culpa asociado a la incapacidad de defenderse o pedir auxilio.

Hasta en un 70% de los casos, según algunos informes, las víctimas de violencia sexual experimentan inmovilidad tónica.

Aunque no es una circunstancia inusual, a Miriam le sorprende encontrarse la casa vacía y en silencio. No recuerda muy bien cómo ha hecho el camino de vuelta, apenas ha sido consciente de la mayoría de las transiciones, e incluso los estímulos exteriores parecían arrimársele con precaución: lentos, borrosos, amortiguados. Por ese motivo, esperaba un torrente de alivio al cerrar tras de sí la puerta, una especie de clarividencia y de distensión muscular. Pero la proximidad a su mundo real: las pantuflas de su madre bajo el perchero, la vajilla secándose en el escurreplatos, el precario consuelo de su lista de películas todavía por ver, todos esos detalles que antes acorazaban su vida y la volvían tan predecible, se le antojan ahora anómalos e inoportunos. Y por un momento está tentada de salir a la calle otra vez.

Pero claro.

Adónde.

Miriam suelta las llaves en el sifonier, y aunque se plantea echar el cerrojo e incluso la cadenita de seguridad, al final no hace ninguna de las dos cosas. Su madre tiene hoy turno de mañana y no volverá hasta las cuatro o las cinco. Eso le quita un peso de encima, no sabe si sería capaz de disimular.

Mira a su alrededor. De conservar intacta la capacidad de discernimiento, quizá pensaría: me voy a duchar, me voy a restregar con el guante de crin cada centímetro de piel, me voy a desinfectar hasta el alma. Y sin embargo, simplemente deja caer el bolso sobre la alfombra y apoya las manos en el sillón reclinable. Cierra los ojos, los aprieta hasta que sus párpados estallan en prismas afilados y blancos. Ojalá ya fuera de noche. Se deja caer en un extremo del sofá y se saca las zapatillas sin desanudar los

cordones. Le molesta la ropa, el elástico de los leggings, la camiseta arrugada y sucia del día anterior. Las lentillas le arañan las córneas. Sabe que debería quitárselas por el bien de sus ojos, pero no es capaz de moverse, cambiar de postura, taparse los escalofríos con la manta que su madre ha doblado sobre el respaldo cuadrando perfectamente todas las puntas. Miriam se pliega hacia un lado, encoge las piernas como una navaja a medio abrir. Nota las bragas mojadas del suero salino que han usado en la exploración. Le escuece. Ahora sí, más que antes. El estómago le sacude espasmos reflejos. Y recuerda: lleva sin comer desde ayer. Pero de ayer hace nada más que unas horas, cuando se hallaba sentada en el césped de la explanada recogiéndose el pelo en una coleta y volviéndolo a soltar. Siente una náusea, cierra los ojos, y a los pocos minutos, se queda dormida.

Son casi las cinco cuando llega su madre. Como suele ser su costumbre, viene cargada con bolsas del supermercado y del brazo le cuelgan un par de vestidos que acaba de recoger en el tinte. Miriam hace un ruidito mientras despierta de un sueño intermitente. Abre los ojos. Escucha los pasos secos que entran en la cocina. Una silla arrastrada. El plástico de las bolsas que se desarrugan a medida que Pattie va sacando los cartones de leche, el tartar congelado, las latas de atún.

—¿No has visto mi nota?

—¿Qué nota?

Miriam se incorpora, tiene los ojos secos, las lentillas endurecidas como papel. Se rasca un párpado con el nudillo. Y todas las horas previas la embisten de golpe.

—Te he dejado una nota de que había filetes de pollo en la nevera.

Una pausa, el chasquido acolchado de la puerta del congelador, y entonces:

—¿No has comido?

—Es que no tenía hambre.

—¿A qué hora has llegado?

—No lo sé. Pronto.

—¿Qué tal ha ido?

Miriam resopla, apoya la frente contra el respaldo del sofá. Su madre nunca pregunta tanto.

—Me han contado en la clínica —prosigue Pattie— que han detenido a un grupo de hombres por violar a una chica.

Una corriente de viento helado, un pinchazo caliente en los tímpanos. Miriam traga saliva, y cuando va a responder expulsa nada más que un espasmo:

—Ah…

—Te he estado llamando pero tenías el móvil apagado.

Al otro lado del pasillo, ve a su madre enmarcada por el rectángulo de la puerta de la cocina. La ventana al fondo con sus visillos de crochet.

—Tampoco es que me haya preocupado —protesta Pattie—, pero vamos, podrías estar un poquito pendiente del teléfono.

Miriam no responde. En realidad no la ha escuchado. O no la frase al completo. El sonido de las palabras le llega lento y vitrificado. Como algo que ella debe encargarse de recibir, y luego metérselo por las orejas hasta el cerebro, para una vez allí, proporcionarle un significado.

—Qué gente más bestia hay por el mundo, de verdad.

Pattie habla hacia el ticket del tinte. Menea la cabeza y desliza el dedo por el papel. Miriam se aclara la voz.

—¿Y quién…, cómo te has enterado de eso?

—Nos lo ha contado una mujer que ha venido a quitarse unos papilomas. Pero luego ha salido en las noticias.

—¿En las noticias?

Miriam da un respingo, saca el móvil del bolso y entonces recuerda que sigue con la pantalla hecha añicos, que lo tuvo que secar con la manga, que el charco que brotaba de los cubatas volcados tenía la forma de la península escandinava. La cara le arde. Empujada por un instinto mecánico, se levanta deprisa y camina hasta un espejito decorativo con forma de sol que hay en la pared frente al sofá.

Al menos se cepilló bien el pelo en el hospital y se lavó los

restos de maquillaje. No tiene tan mal aspecto entonces. No, ¿verdad? Vuelve al sofá. Se toca el apósito que le han puesto en la rodilla y recupera el móvil de entre los cojines.

—... así que no me he enterado muy bien de lo que ha pasado. —Pattie lava los tomates de uno en uno bajo el chorro del fregadero. Los va colocando en fila sobre un trapo de cuadros—. Lo hemos oído en la pausa de la comida, pero supongo que en las noticias de por la noche dirán más cosas. Hay que tener cuidado en esas fiestas, con toda la gente que va y el alcohol que hay de por medio...

Miriam no dice nada. Está apretando con todas sus fuerzas el botón de encendido del móvil. Una maraña de pensamientos se le coagulan al fondo de la garganta. Y entretanto, dentro de la cocina, el grifo del fregadero se cierra, una ventana se abre, su madre bosteza y pasa a su lado con la consistencia de un ectoplasma, pregunta algo, una frase sencilla, pero Miriam ya no funciona a las mismas revoluciones. Sigue codificando datos y se ha quedado encallada en la costura entre esos dos mundos: uno en el que ella desató la avalancha al poner la denuncia, y este otro, donde su madre bosteza y compra tartar congelado y alinea tomates encima de un trapo de cuadros.

El móvil emite entonces una vibración tenue, como un insecto nervioso. Miriam contiene el aliento. La pantalla se enciende. El contoneo del logotipo pixelado por las grietas. Y un vértigo mudo que le retuerce las tripas. Porque durante los muchos segundos que le lleva introducir su contraseña y el maldito número pin y acertar con las teclas en las heridas de la pantalla, le ruedan por la cabeza toda clase de conjeturas, a cuál más macabra. Si tendrá algún mensaje, o quizá cientos.

¿Eres tú, Miriam Dougan, la que sale en el vídeo con las tetas al aire? ¿Eres tú la estrella invitada en ese pedazo de orgía?

Regresa al salón. Los dedos le tiemblan mientras aguarda a que el móvil escupa de golpe las últimas doce horas.

Quince wasaps de cuatro conversaciones.

Mamá: ¿estás en casa? / ¿has llegado ya?

Irene (Prima): guapa, te veo en lo de la abuela la semana que

viene? / qué tal las fiestas, por cierto?

Vix: hola perrilla, qué tal con tu amado? / estás en casa ya? / qué fuerte, han detenido a unos tíos en las fiestas / joder, deja de sobar

Paola Landy: hola Miriam, cómo estás? / soy Paola, no sé si has visto las noticias, han detenido a los tíos, llámame si necesitas algo / me alegro de que pusieras la denuncia al final / siento haber sido tan pesada, me sentía muy mal dándote la charla justo después de que pasaras por algo tan traumático, pero creo que has hecho bien / bueno, llámame luego / hola otra vez / supongo que no te apetece hablar con nadie, espero que estés bien

—¿Quieres cenar los filetes de la comida o te preparo otra cosa?

Miriam aparta la vista del móvil y mira a su madre con ojos exhaustos. Va a responder, pero tiene los labios pegados, la saliva arcillosa.

—No tengo hambre —dice.

—¿Pero has comido algo en todo el día? —escucha desde la cocina.

—Sí, un bollo...

En ese instante, Miriam deduce que más le vale ser rápida y mantenerse ojo avizor. A partir de ahora, va a tener que remodelar muchas mentiras sobre la marcha.

—Un bollo. —Pattie chasquea la lengua y lo encadena con un bufido para que quede claro que no le hace ninguna gracia—. Luego no me des la lata con que te compre comida sana y que si leche desnatada y pan integral.

Ha terminado de recoger, y al pasar al salón, se dirige directamente hacia la ventana para descorrer las cortinas.

—¿Qué haces a oscuras? —dice.

Miriam se coloca la mano sobre los ojos. La luz que entra desde la calle es blanca y mordiente, tan irreal que parece capaz de desencadenar reacciones químicas monstruosas. A unos pasos de ella, Pattie se ha quedado parada y la mira con atención. El cuello ladeado y una mano en la cintura, como una jarra de una sola asa. Con la otra mano sostiene las fundas de plástico de la tintorería.

—¿Te pasa algo?

—No, nada... Es que estoy supercansada.

—¿Esa es la ropa de ayer?

Un gesto neutro. Silencio.

—Madre mía. —Pattie suspira—. Date una ducha y vete pronto a la cama.

Se cambia entonces los vestidos de mano y esquiva un revistero de camino al pasillo. Miriam permanece unos minutos más sentada entre los cojines. Poco a poco, sus ojos se acostumbran a la claridad. Por las ventanas abiertas entra un rumor veraniego, y el cielo es todavía de un azul pálido hasta donde alcanza la vista. Reclina la nuca sobre el respaldo. Se imagina perfectamente el ecosistema que bulle ahora mismo ahí abajo. La gente moviéndose a pasos lentos por las aceras, los motores de los autobuses gruñendo en el cruce, el staccato inseguro de una clase de piano. Esta es la otra vida, se dice, la que he dejado de lado. Tiene los ojos clavados en un arco de luz en el techo, y el timbrazo repentino del móvil le corta la respiración.

La policía, piensa.

El hospital.

La televisión.

Ellos.

Pero el nombre que parpadea en la pantalla es el de Vix. Miriam silencia el teléfono. Lo esconde bajo un cojín para rebanarle el aliento. Da igual. El relleno de microfibra le transmite zumbidos intermitentes. A la cuarta sacudida lo saca y se lleva el aparato a la oreja.

—Vix —dice.

—Vaya, por fin. ¿Qué tal?

—Bien, estaba sobando.

—Ya me lo figuraba. ¿Vas a la manifestación de esta tarde?

—¿Qué manifestación?

—Joder, ¿te has sobado o te has puesto a hibernar? —Vix sopla una risa contra el micrófono—. Eso significa que anoche bien, ¿no? Quiero saberlo todo con pelos y señales.

—Eh..., sí, ya te contaré.

En el hueco de silencio que deja Miriam, se desinfla el entusiasmo de Vix. Así que un sonido gutural, una risita incrédula al otro lado de la línea.

—¿Ya está? ¿Nada más? Joder, sí que debes de tener resaca. —Vix respira contra el auricular—. Bueno, ¿quedamos luego y me cuentas?

El registro de su voz ha cambiado, y ahora emplea un tono sobrio, cauteloso. Miriam traga saliva.

—No creo que salga hoy —dice—, estoy hecha polvo. —Hace una pausa instintiva en la que espera que Vix proteste, pero no escucha ninguna reacción. Y Miriam, que está empezando a temerle al silencio, como si el silencio pudiese de pronto abrirse por la mitad y poner todos sus secretos al descubierto, añade para resultar más creíble—: es que quiero dormir.

Vix suspira.

—Pues duerme luego... ¿No vas a ir ni a la manifestación ni nada? Yo he quedado con Hugo, y a lo mejor más tarde se unen Jordan y los demás. Aunque a saber, está pegado a Paola como una lapa...

Miriam escucha. Deja que las palabras de Vix le goteen por la piel. Todos esos nombres le suenan ahora lejanos y acartonados. Jordan, ya ves tú... Y Paola, que hasta ayer no era más que un zarandeo de ropa con olor a flores, la ráfaga de una coleta rubia en la puerta de clase, un tintineo de risas.

Hace veinticuatro horas apenas se hablaban. Miriam solo tenía su teléfono memorizado en la agenda para cotillearle los estados del WhatsApp. Pero al salir de la comisaría, Paola se mostró tan solícita: voy a darte mi número, insistió, y Miriam se vio en la obligación de fingir que lo apuntaba.

Hace veinticuatro horas, las fiestas no habían siquiera empezado.

Hace veinticuatro horas exactamente, Miriam estaba en su cuarto con las dos puertas del armario abiertas. Pasándose las planchas por el pelo mechón a mechón. Escuchando una playlist de bandas sonoras, y untándose crema perfumada por el escote mientras escogía la camiseta adecuada para su violación.

Un titular: CUATRO DETENIDOS POR UNA PRESUNTA AGRESIÓN SEXUAL.

Un rótulo sobreimpreso en pantalla: LA MANIFESTACIÓN AFECTARÁ EL TRÁFICO DE LA ZONA CENTRO.

Una reportera que se atusa el pelo cuando la cámara la pilla desprevenida y después aprieta los labios en un rictus tenso. A sus espaldas, pancartas e hileras de policías, y bocas que gritan, y gente que avanza por la carretera con las palmas de las manos en alto.

Bajo esta imagen, un texto: VIOLACIÓN EN LAS FIESTAS DE LA PLAZA DE LOS FRANCESES.

Una concejala de vete a saber qué partido pidiendo a la gente que salga a la calle, que no permanezca impasible. Estandartes que dicen: POR UN MUNDO SIN AGRESIONES SEXUALES. Una caseta que reparte panfletos. ¿Panfletos de qué? Y también pegatinas y chapas para las solapas de las chaquetas. Todo muy populoso y entretenido.

Una cadena de personas que enlazan los brazos.

Una chica que menea la cabeza y se queja de la inseguridad.

Y más reclamos en la pantalla.

Noticias de última hora: CONCENTRACIÓN ESPONTÁNEA EN CONTRA DE LA VIOLENCIA SEXUAL.

Pattie Dougan sopla el vaso de té que acaba de calentar en el microondas y una bruma de vaho le empaña las gafas. Las deja a un lado, sobre el reposabrazos, y después de frotarse los ojos, mira de refilón a su hija, que está envuelta con una manta en la esquina del sofá, inmóvil y encogida, a pesar de que no hace frío. Le inquieta además que no haya probado bocado, y dice que no tiene

ganas de salir esta noche, así que Pattie le pregunta, quizá por tercera vez, pero cambiando el orden de las palabras, la elección de los verbos e incluso la entonación: ¿seguro que no te pasa nada?

Miriam dice que no. Ella no modifica su táctica. Usa las mismas palabras, el mismo tono de voz. Si acaso, acompaña su respuesta con una contracción breve en los hombros para añadirle veracidad.

Primer plano de la reportera en la Plaza de los Franceses. Una caterva de gente a sus espaldas, algunos se paran a saludar. Permanecen en los alrededores chupando cámara.

«Concentración de repulsa por la agresión sexual de una chica de dieciocho años. La policía ha detenido a cuatro hombres y continúa con las investigaciones.»

Panorámicas de la explanada. De las calles por donde caminaron, por donde torcieron. Los cruces y los parques en los que hicieron un alto para liarse unos porros. El garaje. Ese garaje, el beso, el chupetón. Un primer plano del portal. Parece distinto a la luz del día. La fachada de ladrillo blanco, los buzones dorados atornillados a un muro de mármol, una rampa para personas de movilidad reducida. Nunca se fijó en nada de eso.

Vamos, deprisa, entrad.

Miriam siente ganas de vomitar, pero no mueve un milímetro de su cuerpo. Le aterra que cualquier gesto o comentario pueda contribuir a que su madre encaje las piezas. Y presiente que todas las rutinas de su organismo, incluso las más básicas y cotidianas —respirar, rascarse, toser— se expresan a un volumen más alto del habitual, como si estuviesen confabulándose para delatarla. De modo que coge aire despacio, lo expulsa despacio, traga saliva despacio. Si pudiese decirle a su pulso que se callara, lo haría. En una pausa publicitaria, estira el brazo para alcanzar el teléfono y los dedos le tiemblan. Solo quiere fingir que todo va bien, que no le interesa lo que dicen en las noticias. Que esa es claramente la pesadilla de otra mujer. La pantalla del móvil emite una luz. Un mensaje de Tinder. El pánico le rebaña el vientre.

Porque Miriam cree, o sospecha, aunque en el fondo sabe que es del todo imposible, que hay millones de factores que la señalan.

Y que si abre el perfil de Tinder, ahí estará él: puta, cómo te has atrevido. De modo que borra de inmediato la aplicación, la desinstala del móvil, se cubre otra vez con la manta. El corazón le late a lo bestia en la vena del cuello.

—Oye, ¿se te ha roto el teléfono? —Pattie acaba de incorporarse y sostiene en la mano la taza con restos de té.

—No... o sea, se me cayó anoche.

Pattie se queda quieta. Parece que va a decir algo, a soltar una regañina, tal vez. Pero no lo hace.

—Bueno..., compraremos otro —un silencio. Un silencio raro, y entonces—: ¿quieres algo de la cocina?

Miriam se rasca el ojo para desplazar una lágrima. Con un hilillo de voz dice: no.

Dicen que había unos vídeos, pero ¿tú los has visto? Joder, claro que los he visto, estuvieron rulando por ahí, los pasaron los del Armstrong, pero ya nadie los tiene o nadie quiere reconocer que los tiene porque por lo visto es delito tenerlos. Puede que incluso verlos, vete a saber.

Lukas no sabe muy bien si es verdad, o si solo exageran para dárselas de enterados. Los del grupo a veces lo hacen.

¿Y qué salía, qué se veía? Pues a la Bufi dándolo todo. El chaval que está hablando y que jura por sus muertos que ha visto el vídeo, frunce una sonrisa perversa. Se coloca el puño frente a la boca y conforme lo mueve, mueve también la lengua contra el carrillo, simulando, tal cual, una comida de rabo. Las chicas siempre protestan cuando les ven hacer ese gesto, les llaman cerdos, niñatos, asquerosos. Para fastidiarlas, ellos lo repiten una y otra vez. En mitad de las clases, en la fila del comedor, desde la ventanilla del autobús.

Ya, pero a lo que íbamos. ¿En el vídeo qué sale *exactamente*? ¿Qué opináis los que lo habéis visto? ¿Parece que quería o que no quería? Oscar Bartolomeu se encoge de hombros. Chico, ni idea, yo diría que sí, porque está ahí callada haciendo de todo, y no forcejea, ni se resiste, y ni siquiera pone cara de asco cuando se las mete en la boca. Pero mira, yo no digo nada, que lo mismo voy a la cárcel. Y no quiero que nadie me tache de degenerado.

Pues yo te voy a confesar lo que pienso. Pienso que ella quería, que al principio estaba tan pancha, y que a mitad del asunto, o hacia el final, más o menos, se empezó a arrepentir, porque joder, estaba quedando de putón verbenero, y aun así, pues vale, siguió, y entonces fue cuando se dio cuenta de que la estaban grabando, que se la veía metiendo la lengua por la puerta de atrás,

tú ya me entiendes.

Este chico que tanto habla, Charlie Koch, se jacta de estar muy bien informado. A los otros chavales les cae simpático porque en sus historietas siempre recurre a metáforas perspicaces. Limpieza de sable, puñalada de carne, empujar por la popa. Y de verdad, ojalá hubierais visto los vídeos. Yo lo flipaba con la tía esa. Claro, bonita, vas de guarra, y luego te mueres de la vergüenza, de modo que es más fácil decir que no querías, que te forzaron, que estabas drogada, borracha, o cagada de miedo, que temías por tu vida, joder, hay que tener cara para decir eso, que temías por tu vida. Así te libras de que te pongan el letrero de puta, que es lo que es esa Miriam Dougan, por si os interesa saberlo. Pero bueno, es mi opinión.

Luego hay otros que no dicen nada. Conocen de vista a esos tíos, que a decir verdad, son unos piezas —ojo, unos piezas, que de ahí a violadores va un trecho—. Pero a fin de cuentas, los cuatro son la mar de normales, como tú y como yo.

Jordan se sienta en un banco, a la sombra de un árbol detrás de la pista de baloncesto. Enciende un cigarro y mira los pedazos de cielo nublado que asoman entre las hojas azafranadas. Cuando llegan los otros y le rodean, entonces se escuchan cosas del tipo: yo qué sé, tío, mejor no opinar, la gente es una bocazas. Luego un rumor de murmullos efímeros, a los que en ocasiones Jordan se une: no somos quiénes para juzgar.

Pero sabe que solo lo dice porque le tiene cierto cariño y porque van al mismo instituto, y que si fuera una tía cualquiera, de otra calle y de otro colegio, entonces lo más probable es que él también estuviera de risas, mirando los vídeos en bucle y cacareando: páralo ahí, mira cómo la chupa, qué asco da, la muy cerda.

Se gira hacia Lukas, que se ha apoyado en el respaldo del banco, y aguarda a que le pasen el porro mientras devora un paquete de galletitas saladas.

—¿Tú has hablado con ella? —le dice.

Y Lukas se concede una pausa. Se lleva la mano a la boca hasta que termina de masticar.

—¿Yo? —responde—. Qué va.

Fue el cumpleaños de su abuela la semana pasada. Ochenta. Así que hoy lo celebra en su casa con una comilona masiva. Desde debajo de la maraña de sábanas, Miriam lucha por convencerse de que la realidad no será tan terrible como lo que se cuece en su fantasía. Todo ese decorado aguardando para poner a prueba su ansiedad. Las guirnaldas, los globos, los lacitos, las dos mesas, la fauna de sillas y de banquetas, los platos desbordando sándwiches de cangrejo, ensalada de col. Y luego esa afluencia de adultos brotando por los rincones, sujetando copas, pitilleras, mecheros, las gafas de ver; interrogándola por los exámenes y por el verano. Que si ya tienes novio.

Miriam se da la vuelta sobre la almohada y aprieta fuerte los ojos, solo quiere que el día termine, volver a casa, reptar de nuevo bajo el edredón. No quiere hablar, ni preguntarle a la gente qué tal, ni que se lo pregunten a ella. Ni siquiera es capaz de escuchar. Su cerebro se ha convertido en una masa fofa y reblandecida, un emplasto permeable por donde entran conceptos que le suenan de algo, pero que no logra hilar en una textura. Y por supuesto, imposible estudiar. Hace días que los libros descansan en la misma posición sobre su escritorio. El marcador amarillo intercalado entre los apuntes de Economía, señalando la unidad donde se quedó leyendo la tarde antes de.

—No entiendo que te dé tanta pereza ir a la fiesta de tu abuela. —Pattie entra en el dormitorio taconeando. Se acomoda el cuello de la camisa y se saca por fuera el colgante de plata que solo se pone para los cumpleaños y para la cena de Navidad de la clínica—. ¿No te apetece ni siquiera ver a tus primos?

Y Miriam se gira de costado sobre el colchón.

—No.

Las temperaturas han bajado ligeramente en comparación con la semana anterior. El sol se refleja en los coches, en el césped recién regado, saca destellos tornasolados de las mesas metálicas de los cafés. Caminan despacio. Pattie abrochándose la chaquetita de algodón, Miriam con el móvil nuevo en la mano. Acaba de leer el wasap de su prima Irene —petarda, a qué hora llegas?—, y a continuación, barre de la pantalla las dos llamadas perdidas de Paola Landy. Desde la última vez que la vio —el viernes al salir de la comisaría— Paola ha intentado contactar con ella en varias ocasiones, pero Miriam no ha respondido. Su madre le da un golpecito en el codo.

—¿Estás enfadada? —pregunta.

—No.

—Pero te pasa algo.

Miriam hace una mueca.

—No, los exámenes.

Antes de que les abran la puerta, se coloca estratégicamente detrás de su madre. Hace meses que no ve a ninguna de esas personas, y Miriam les permite que la abracen y que la miren de arriba abajo y que comenten: qué mayor estás. También que se tomen la libertad de anunciar que parece cansada, y que seguro que ayer saliste de fiesta, pillina. Y ella sonríe, dice: sí. A otros en cambio les dice: no, tengo exámenes. Pero no se acuerda de a quién le ha dicho qué cosas. Es un buen plan en realidad, piensa, voy a quejarme de que no me encuentro bien, de que estoy mareada, y así me meterán en un cuarto con las contraventanas cerradas. Además, es totalmente cierto, no se ve capaz de engullir ni un gramo de esa alegría.

Todavía no ha terminado de cruzar el vestíbulo y su abuela ya la ha obligado a meterse en la boca un canapé de cangrejo. Dos de sus tíos le preguntan por las fiestas de la explanada: sí, muchos conciertos. Pasa de largo, desvía los ojos al suelo. El sabor dulzón del cangrejo le provoca una náusea, coge una servilleta y lo

escupe. Es solo cuestión de tiempo que alguien lo suelte: ¿te enteraste de que violaron a una chica en tu barrio? Entonces el golpecito en la espalda. Irene sonríe. Hola, prima. Lleva un top finito de seda y una coleta abultada que le brota de la coronilla. Miriam sonríe también. Tratando de no rozarla con la servilleta, responde al abrazo en que la envuelve su prima. La encuentra más delgada y más rubia cada vez que la ve.

—Te estaba esperando —dice Irene, y entonces añade bajando la voz—: vamos a fumar fuera.

Miriam asiente con la cabeza. Una de sus tías —la madre de Irene— está pasando un trapo húmedo sobre un hule con estampado floral.

—¿Dónde vais?

—A la calle —dice Irene.

—Y qué vais a hacer en la calle.

A excepción de su madre, a Miriam la enervan casi todos los adultos de la familia. No entiende ese afán que muestran por indagar en sus vidas y después ridiculizar sus tragedias haciendo aspavientos y poniendo los ojos en blanco: «ya sabes, la ha dejado el novio», «le ha entrado un complejo tontísimo por los granos», «todo el santo día quejándose de que no tiene tetas». Al menos Pattie no hace nada de eso. Cuando se mete en su vida, Miriam lo reconoce, siempre lo hace por un motivo sensato. Ni siquiera le daba la lata cuando era pequeña. No le preguntaba continuamente qué tramaban, ni por qué cerraban la puerta, y tampoco la obligaba a racionar las bolsas de dulces. Sus primos, en cambio, tenían que contentarse con escoger dos gominolas y ver cómo sus padres custodiaban el resto.

Ahora la madre de Irene está interrogándola sin parar, que adónde van, que por cuánto tiempo, que se aseguren de volver antes de la una. Pattie observa la escena brevemente y regresa a la conversación sobre probióticos con su otra prima Margot, que está de lo más parlanchina y embarazada. Miriam suspira, nota que la servilleta donde ha escupido el cangrejo se ablanda de humedad. Margot remata la cháchara con alguna ocurrencia y todos se echan a reír. Alguien repara en Miriam, que no se ha reído, o no con la

intensidad esperada: eh, Miriam, estás ida, le dicen. Y otro invitado observa, por enésima vez, que parece cansada.

—Seguro que te has pasado la noche de pingo —dice Margot mientras se acaricia la tripa.

—No —responde Pattie—, ayer no salió —e inmediatamente junta los labios en un gesto grave.

—Es que tengo que estudiar —dice Miriam.

Todavía no se plantea cómo logrará escabullirse de esa mentira. Cuando ya le sea imposible ocultar que no ha estudiado, que no ha aprobado ninguna, a pesar de que nunca sale de la habitación.

Que cómo lleva los exámenes, le preguntan.

—Bueno, ni fu ni fa.

Irene resopla a su lado. Agita los brazos mientras su madre no para de darle la charla.

—Y cuántas te han quedado.

—Economía y Matemáticas.

—Tu tío puede darte clase.

Miriam asiente con la cabeza, le suena a la típica tarde echada a perder. Merendando milhojas y zumo de bote mientras su tío le explica cómo eran las matemáticas en los años setenta.

—No hace falta, gracias.

Y además para qué. Cada vez que fija la vista en cualquier superficie —un libro, una película, las cortinas del baño— pierde completamente la noción del tiempo. La realidad se desdobla en desenlaces alternativos: si hubiese quedado más tarde con Vix, si me hubiese vuelto con Jordan. Y entonces, como no podía ser de otro modo:

—Oye, ¿fuiste a las fiestas de la explanada? —La voz de Margot, dulce, atiplada, la típica mujer en la madurez que rebaña con ansia las sobras de la juventud—. Creo que tocaron los Waves of Glory. ¿Qué conciertos viste?

Miriam entierra la mano libre en el bolsillo para impedir que tiemble, pero no sabe qué hacer con la otra, la que sostiene la servilleta mojada. El cerebro no le funciona tan rápido, y necesita elaborar más mentiras. Un surtido de ficciones para rellenar todo

ese hueco de tiempo que pasó de rodillas en el portal.

—Ahí fue donde violaron a esa, ¿no? —comenta uno de sus tíos mientras se lleva un canapé a la boca.

—Sí —dice otro. Y el gesto ausente con que uno cambia de canal cuando sale por quinta vez un cataclismo en Camboya.

Entonces Irene:

—¿Fuiste a la manifestación?

Y una aportación más desde la puerta de la terraza:

—¿Se sabe ya quiénes son los hijos de puta?

—Fueron cuatro tíos de la zona del puerto —apunta Irene—. Algunos tenían antecedentes. Y hasta novias.

Miriam inhala y exhala. Con el diafragma, como les aconsejan a las personas con miedo a volar. Las rodillas le tiemblan. Toma asiento en la esquina del sofá, y ve cómo alguien saca su móvil y otro desgrana una conjetura. Escupen vocablos que le son familiares: agresión, detenidos, portal. La chica de la violación, dicen, esa tía de la que abusaron. Que vamos a ver, escucha resoplar a su primo, un poco guarra sería.

—¿Y cuándo son los exámenes?

Miriam levanta la vista. Su tío, el de las clases de matemáticas.

—Ah, pues...

Se rasca el esmalte mordido. Finge que piensa. No recuerda las fechas de los exámenes. En diez días, más o menos. Lo que no se le olvida es que el viernes de esa misma semana debe acudir al hospital para que la revisen de nuevo y le pregunten si se ha tomado bien todas las medicinas. Luego le darán otra cita. Más análisis. A fin de descartar infecciones, el papilomavirus, la posibilidad definitiva de un embarazo.

En un pedacito de papel de cocina lleva escondida una pastilla blanca. La última dosis del antibiótico para la clamidia y la sífilis. El tratamiento para el VIH dura más tiempo. Cuatro semanas. Y aun así tendrá que repetir el test otras dos veces antes de olvidarse para siempre de la puñetera enfermedad. Miriam no es pesimista en ese sentido, pero hay ocasiones en que le supone un esfuerzo tremendo aplacar la angustia. Cada mañana, nada más

levantarse, camina directa hasta el baño y se traga las pastillas en el grifo del lavabo. Luego otra vez por la noche, después de lavarse los dientes. Trata de no cruzarse con su madre por el pasillo. A veces la oye canturrear mientras dobla toallas o riega las plantas, y entonces le entran unas ganas terribles de ponerse a llorar. Ahora mismo también, con toda esa gente dando la brasa. Se imagina cómo sería soltarlo de pronto: la fecha de los exámenes no la recuerdo, pero dentro de dos meses tengo que repetirme las pruebas del sida. Yo soy la chica de los abusos. Con qué cara la mirarían, qué silencio acompañaría a semejante explosión. Un silencio de muerte, tipo Hiroshima. Tan sórdido y perturbador.

Las farolas de la calle ya están encendidas cuando bajan del autobús. Van cargadas con bolsas de tuppers y con una maceta de orquídeas que la abuela le ha dado a Miriam mientras se alargaban las despedidas: para tu cuarto, hija, que las flores dan mucha paz. Y ella no ha sabido discernir si se trataba de un comentario generalizado o si iba dedicado a su estado de ánimo en particular.

Después, durante todo el trayecto de vuelta, Pattie no ha dejado de atosigarla con que cómo se encuentra, que si le pasa algo, y que ya vale Miriam por favor no me mientas.

—Ay, mamá, no te estoy mintiendo —ha protestado. Y que solo estaba preocupada por los exámenes.

El atardecer de finales de agosto trae una brisa con olor a océano, y en el horizonte, el cielo es de un color malva tan alucinante que podría ser el decorado de un musical. A Miriam eso le entristece, toda esa belleza que no está en condiciones de apreciar. Cuando enfilan ya calle arriba, casi a la altura de su edificio, distingue la silueta de una chica que le resulta familiar. Tiene el pelo liso y suave, los ojos clavados en las puntas de sus Converse con plataforma, y deambula de aquí para allá con las manos encajadas en los bolsillos. Miriam aminora el paso, estrecha la bolsa de tupperwares contra las costillas. Su madre lleva un rato hablándole sobre su prima Margot y que las embarazadas no deberían teñirse el pelo. Y aquí es donde Miriam ha dejado de prestar atención, porque Paola está allí delante, justo en mitad de su trayectoria, y es imposible esquivarla para alcanzar el portal.

Cuando Paola las divisa a su vez, hace un gesto con la mano y camina en su dirección. Se percibe en lo largo de sus zancadas que se está conteniendo para no ir más deprisa, para no correr. Seguramente es una reacción por defecto.

—Hola —saluda.

—¡Hombre, Paola! —Pattie sonríe también. Mira a su hija sin disimular la sorpresa—. ¿Habíais quedado?

—No, bueno... —dice Paola—. Es que quería preguntarle a Miriam una cosa de los exámenes —su tono es tan vacilante y entrecortado que resulta obvio que ha improvisado una respuesta sobre la marcha.

—Ah, muy bien, ¿tú también tienes alguna recuperación?

—No.

Pattie asiente con un gesto desubicado, y Miriam comprime los tuppers aún más fuerte contra su estómago. No es capaz de intuir qué tipo de expresión está componiendo su cara. De pronto, la calle se ha llenado de escaparates y ventanas abiertas, y un olor intenso a carne condimentada empieza a salir del interior de los bares. Allí, en mitad de la acera, las tres mujeres parecen tres actrices primerizas que hubiesen olvidado a quién le corresponde decir la próxima línea. Pattie se cambia la maceta de brazo y mira a su hija: bueno, pues te veo en casa, resuelve. Se despide a continuación de Paola, y Miriam la observa mientras se aleja. Presiente que va a seguir caminando hacia el portal, que va a sacar de un momento a otro el manojo de llaves y que va a dejarla ahí tirada. Pero no, porque gracias a Dios, Pattie desvía su trayectoria y empuja la puerta de la tienda de electricidad, unos pasos más adelante.

—Perdona que me haya presentado así —dice entonces Paola —. Es que no sabía nada de ti..., y quería preguntarte qué tal estás.

Miriam asiente mecánicamente.

—Estoy bien, gracias.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Paola lleva el pelo suelto, partido en una raya estricta, como si la hubieran trazado con bisturí. Exactamente el mismo peinado que el día de. El día aquel. Por la mañana. Miriam no puede dejar de mirarla, de mirar esa línea blanca y resplandeciente como una pista de sílice que surcase un fulgor de centeno, y entonces siente que la línea se ensancha, que serpentea, que se rompe en dos, y

que es de pronto una brecha que regurgita recuerdos: el olor a bactericida de la sala de espera, las paredes pintadas de verde. El arcoíris en una mancha de aceite.

—También quería decirte —prosigue Paola— que si necesitas algo... —Frunce una sonrisa cohibida, como si de repente se sintiera un poco fuera de lugar—. O sea, ya sé que tienes a Vix y a otras personas, pero bueno... Solo quería que supieras que puedes contar conmigo.

Miriam mira hacia el suelo, donde los adoquines reflejan las luces brumosas de los comercios.

—Gracias —dice, y entonces dirige la vista a la tienda de electricidad. Una mano gruesa de hombre trajina entre los artículos del escaparate.

—Supongo que a tu madre no se lo has contado, ¿no? —pregunta entonces Paola.

Ha girado el cuello siguiendo el trayecto de los ojos de Miriam.

—No, no se lo he dicho a nadie.

—Ya... —Paola se rasca el hueso de la clavícula—. Bueno, y... ¿qué tal estos días?

—No sé. Normal.

—¿Has... has ido a un psicólogo?

—No, de momento no.

—Ah vale, bueno, no a todo el mundo le gustan —y entonces añade—: ¿Sabes si va a haber un juicio?

Miriam toma aire, necesita enderezar la columna para hacerle hueco al oxígeno.

—No lo sé, creo que aún están investigando.

—Te lo pregunto... —Paola se retuerce las manos, trenza los dedos a la altura del pecho. En ese momento, Miriam no sabría discernir cuál de las dos está más incómoda—. Perdona que saque ese tema... Solo te lo pregunto porque yo iría a declarar para ayudarte. Y Tallie también.

Frunce una mueca. Parece que hay una frase pendiente en su boca, que va a añadir algo más, pero al final no lo hace. Y en cualquier caso, Miriam ni siquiera lo nota. Se ha quedado en

blanco después de esa palabra: juicio. El bochorno del atardecer le acaricia la espalda. Y en las paredes del cráneo le reverberan las voces de las personas que pasan de largo. Mujeres que taconean, niños que gritan, enjambres de adolescentes que bajan del autobús.

—Si te apetece que quedemos un día... —dice ahora Paola con timidez—. No me refiero... para hablar de este tema, obviamente... Podemos hacer lo que tú quieras.

Miriam no sabe qué responder. Nunca se había fijado, pero Paola tiene los dientes de abajo un poco montados, lo que de pronto, sin ton ni son, le da muchísima lástima. Se ha quedado mirándola sin reaccionar, así que Paola prosigue:

—Bueno, si me necesitas, ya tienes mi teléfono.

—Sí.

—Puedes llamarme a la hora que sea, de verdad.

—Gracias —repite Miriam.

Baja la vista y las lágrimas le desdibujan la calle. Pero todavía le da para distinguir cómo Paola extiende la mano y avanza un paso hacia ella. ¿Qué piensa hacer?, ¿abrazarla?, ¿darle un apretón cariñoso en el hombro? Un sonido de campanillas la arranca del estupor, cuando de pronto la puerta de la tienda de electricidad se abre hacia dentro, y Miriam reconoce por fin el vestido azul de su madre. Se frota los ojos para retirar la humedad.

—¿Seguís ahí?

Pattie se detiene en mitad de la acera mientras dobla un recibo y lo guarda después en el monedero. Una bolsita de plástico le cuelga del brazo que sostiene la orquídea. Paola se ha dado la vuelta también. En la curva del cuello le brilla una cadenita de plata.

—¿Vas a estar en casa para cenar? —pregunta Pattie.

Pero Miriam ya ha respondido antes de que termine la frase.

—Sí, subo contigo.

A su lado, Paola recula un paso dejándole hueco para escapar.

—Bueno, ya te escribiré —dice, y encoge la boca en una sonrisa incompleta—. No hace falta que me respondas.

Una nota en el buzón. Sin sobre, ni sello, ni remitente. Un papel mal doblado tamaño cuartilla que, aparte de los pliegues intencionados, muestra ciertas arrugas, como si lo hubieran metido a toda prisa —quizá con inquietud, o con rabia— por la ranura.

La sostienes entre los dedos, todavía en mitad del portal. Venga, ¿para qué te lo piensas? Tírala y punto. No la leas. Pero. Te quedas parada. Las llaves comprimidas en la otra mano te dejan una marca en forma de sierra contra la carne. Aflojas el puño. Tragas saliva. No la abras, no la abras, no la abras.

GORDA, PUTA, CARA DE PAN.
DI LA VERDAD. MENTIROSA. SABES QUE MIENTES.

Las vocales escuálidas y mal cerradas. Los palos de las consonantes torcidos.

Te preguntas.

Quién.

Por qué.

Qué saben. Y cómo te han encontrado.

Por qué hablan, por qué te buscan. Por qué quieren hacerte jirones. Si no te conocen. Por qué.

Pues porque sí, Miriam Dougan.

Porque es gratis.

Porque es anónimo.

Porque no hay consecuencias.

Porque te odian.

Y porque pueden.

Por eso.

Vix desplaza las perchas de una en una buscando la talla de camiseta adecuada. Del otro brazo le cuelgan varias prendas de ropa —una falda, un chubasquero de entretiempo, una blusita con estampado de rombos—. En los expositores de alrededor, otras clientas desdoblan y desparraman jerséis, se arraciman frente a las secciones que ostentan el cartelito rojo de REBAJAS AL 50%.

Miriam se ha apoyado contra el espejo de una columna, y contempla las manos ansiosas de Vix arrinconando las perchas. Ese siseo áspero del metal.

Vix engulle una pompa de chicle.

—Mira —dice, y saca una camiseta a tirones.

Miriam arruga la boca:

—No sé.

—¿Y tú no compras nada?

Niega con la cabeza.

—No.

En realidad solo ha salido de casa porque Vix ha insistido, así que no se siente en la obligación de mostrar además entusiasmo. Anoche, cuando hablaron por teléfono, Vix estuvo prácticamente monologando sobre Lachance. Había conocido a su madre, por fin, porque se habían topado con ella de bruces por el paseo marítimo. Así que hizo una descripción exhaustiva de cómo se saludaron, de la actitud de la madre, de la timidez de Lachance. Y después, como no podía ser de otro modo, sacó el tema del Estudiante. Qué bueno está, tía, te lo tienes que tirar como sea. Miriam sintió una punzada en el centro de la garganta. Se dejó caer en la silla del escritorio y empezó a encender y apagar compulsivamente el interruptor de la lamparita. Dijo deprisa: no ha salido bien, prefiero no hablar de ello. La respuesta fue tan cortante que Vix se quedó callada.

Cambiaron de tema de inmediato. Los exámenes. Jordan. Otra vez Lachance. Las rebajas de final de temporada. Vix le insistió en que se vieran al día siguiente, que saliera de casa, que no seas amargada, joder. ¿Es por ese tío? Y Miriam se mordió las mejillas por dentro. Que vale, que sí, que quedaban, pero por el barrio.

Esto no se lo confesó a Vix, pero no se siente a gusto alejándose de su casa. Presiente que algo puede ocurrir. Hace ya varios días que un policía la llamó por teléfono. No se explayó, le comunicó simplemente que esos chicos estaban ahora en prisión preventiva y que esa sería su situación hasta la fecha del juicio. Luego dijeron casi lo mismo por televisión. Miriam miró hacia su madre, pero parecía más ocupada en limpiar una mota de mugre del mando que en atender las noticias. Eso le proporcionó cierto alivio. Y entonces, esa nota en el buzón. Solo recordarla le pone los pelos de punta. Las mayúsculas enfurecidas: MENTIROSA.

—Si quieres luego podemos quedar con estos. —Vix camina con decisión hacia un expositor de sombreros—. No sé qué plan tenían, pero no te preocupes, Jordan y Paola no suelen estar. Puedo llamar a Hugo de todos modos para confirmarlo.

Miriam suspira. De nuevo esos nombres que le suenan a otro universo, uno que mirase a través de un cristal, como una maqueta o un pequeño experimento científico.

—No me apetece mucho ir —dice—. Quiero estar pronto en casa.

Sí, porque de lo contrario tendría que tejer más excusas para su repentino rechazo al alcohol. No conviene mezclarlo con los antirretrovirales. Y la verdad es que solo desea estar ya de vuelta, ovillada en el sofá, tragándose series hasta que le escuezan los ojos.

—¿Por qué no has querido salir estos días? —pregunta Vix.

—Tenía que estudiar, ya te lo he dicho.

—Pero si todavía nos queda tiempo… —protesta sin mucho fuelle—. El otro día, por cierto, fui con Hugo al Café Siena y nos encontramos a Lukas y a sus padres.

Miriam aprieta los labios, se imagina la frase que está de camino.

—Nos dijo que llevabas varios días sin bajar con él a pasear a

los perros.

¿Ah, sí? ¿Eso dijo? Pues bien, para que quede claro. La verdad del asunto es que Lukas lleva también varios días sin dar señales de vida, y Miriam ha empezado a preguntarse qué es lo que sabe. Si le han llegado esos vídeos —que supone que sí—, y qué conclusiones habrá sacado. Porque no ve otro motivo. Y cada día le resulta más evidente, hasta un punto insultante, terriblemente sucio y doloroso, que Lukas la está esquivando. Miriam no ha visto los vídeos. No sabe hasta qué punto se la reconoce, o si no es más que un borrón, un volumen en claroscuro como las grabaciones chapuceras de los fenómenos paranormales.

—Oye, ¿te apetece ir a la piscina la semana que viene? —Vix habla y habla, y Miriam siente que es incapaz de seguirle el ritmo —. Podemos llevarnos los apuntes y estudiar allí, porque después ya va a hacer un frío que te cagas para bañarse...

Miriam desliza los dedos por la seda de una camisa.

—Bueno —dice.

—Tía, estás de un soso —protesta Vix—. ¿Es por los exámenes?

—No...

—¿Por el tío ese...?

—Ay, Vix, que no.

—¿Es por lo de Jordan y Paola? —y al sugerirlo, las cejas se le tensan como arpones.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Entonces. Un aleteo de coraje. Y Miriam se plantea, sí, se plantea, sacarlo de dentro, confesárselo a Vix. Total, es posible que ya lo sepa, o que se entere pronto. Y de todas maneras, mejor decírselo ya, antes de que el tema se imponga, antes de que por cualquier alusión fortuita cobre vida y las hipótesis empiecen a desfilar por la lengua de Vix. Antes de que suelte algún comentario inocente, como sus primos.

—Verás... —comienza a decir—, es que no creo que me presente a los exámenes.

Ya está. Un preludio. Y en cuando Vix le pregunte por qué, va

a dejarlo salir del tirón. Todo. De principio a fin, e incluso lo que no se atrevió a contarle a la policía.

—Pero ¿qué dices? ¿A ninguno?

Miriam niega con la cabeza.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

Miriam toma aire. Es otro de los hábitos que se descubre haciendo a menudo, llenarse los pulmones de oxígeno sin conseguir hincharlos del todo.

—No, no se lo he dicho.

—¿Y por qué no vas a presentarte? —Vix sacude la cabeza—. Joder, con lo que has estudiado ya.

—No sé, estoy nerviosa. Como con ansiedad.

—Bueno, pero eso puede ser... Yo qué sé, igual es pasajero. —Vix la mira sin comprender—. Tienes que intentarlo.

Miriam asiente. Percibe ya los síntomas iniciales, cómo su organismo empieza a somatizar las palabras que va deglutiendo. Un dolor de cabeza que se fragua junto al oído, una sucesión de pinchazos en el tracto intestinal. Le encantaría que Vix dejase de darles la vuelta a las etiquetas y la mirase a ella para variar, que se lo pusiera un pelín más fácil. Ahora está examinando desde todos los ángulos un bolso acolchado de color fucsia. Es bien hortera, pero aun así lo añade a la pila de ropa que lleva colgada del brazo. Entonces cuenta las prendas y le tiende dos camisetas a Miriam.

—Coge tú esto para que nos dejen pasar.

Dentro del probador Miriam se siente aliviada. El cubículo le proporciona cierta seguridad, como una coraza que crea una separación entre ella y el mundo. Últimamente es así, halla refugio en la claustrofobia. Vix se saca los pantalones del revés y desliza el cuerpo dentro de un vestido con orificios en los costados. Le hace un gesto a Miriam: vamos, coge algo, he traído también para ti. Miriam se enfunda una camiseta al azar. Tiene el cuello de pelo sintético y una cremallera larga que le baja por el escote. En cuanto Vix repara en ella, tira hacia abajo dejándole el canalillo al aire.

—Eh, tú. —Miriam suelta una risa.

—Te queda muy bien, cómprala.

—No sé, no creo.

Pero Vix ya está a otra cosa. Abre su mochilita de lona y saca una barra de labios. Después se acerca al espejo abriendo la boca de par en par. El chicle le asoma a un lado de la lengua, arrugado y brillante de saliva. Miriam se acuclilla. Del probador de al lado les llega una cadencia de voces. Un tono de chica joven, y otra mujer mayor con la garganta arenosa. El aleteo de una cortina, una percha que cae al suelo. Vix está ahora pellizcándose las mejillas, sonríe a los ojos de Miriam en el espejo.

—¿Quieres pintarte los labios?

—No.

—Anda, sosaina, ven.

Vix saca el móvil y junta su mejilla con la de Miriam. Tiene la piel tibia, con un delicado olor a maquillaje, y no deja de menear la mandíbula cambiándose el chicle de lado. Saca una ristra de fotografías apuntando al espejo, se abrazan, sonríen, ponen cara de intensidad, fruncen las bocas hasta darles la forma de una frambuesa. Las luces del probador crean en sus rostros relieves difusos. Vix le baja la cremallera del top, da un traspié, suelta una carcajada y el chicle se le cae de la boca. Desaparece entre las prendas enmarañadas. Joder, dice. Tira el móvil, lo buscan a rastras, y ahora Miriam sí que se parte de risa. Vix moviéndose a gatas, levantando dobladillos y pliegues, y Miriam se ríe tan fuerte que se le empañan los ojos, se ríe muy alto, como si solo tuviera un motivo para reírse y no quisiera por nada del mundo dejarlo escapar. Una especie de *carpe diem* ordeñado con un ansia psicótica. Vix recupera el chicle, lo mira con un gesto travieso y lo guarda dentro del bolsito acolchado que dentro de unos minutos devolverá a su estante en la tienda. Qué haces, no seas cerda. Vix suelta una risa: shhh, cállate. Miriam está sentada en el suelo, se tapa la cara: tía, que me voy a hacer pis. Y ahora Vix se cruza el bolso por delante del pecho, le pasa el brazo por los hombros a Miriam. Tira una foto. Dos. Las mejillas encendidas, los ojos brillantes.

—Voy a ponerlas en Facebook —anuncia tras un repaso fugaz. Sigue sentada en el suelo y se ha remangado el vestido hasta la mitad de los muslos.

El espejo les devuelve una imagen de sí mismas acaloradas, como si estuvieran un poco borrachas.

—Te etiqueto —dice Vix.

—Vale.

Escucha la notificación en el móvil y lo desbloquea de inmediato. Miriam añade las fotografías a su perfil, algunas están un poco movidas. En todas parece feliz, más de lo que en realidad es. Esa alegría tan sobreactuada y febril. Y tan incorrecta.

La cosa va así. Vix ha quedado a las 19:15 con su novio, Hugo —Lachance—, y han decidido que pasarán la tarde en el cine. Mientras esperan en la cola para comprar palomitas, le nota más callado de lo habitual. A ratos, Hugo saca el móvil, abre aplicaciones de fútbol, de tenis, el WhatsApp. Luego lo cierra todo sin mostrar ningún interés. En las pocas ocasiones en que busca conversación, lo hace para comentar asuntos que no vienen a cuento. Insiste, por ejemplo, en aquel incidente de las fiestas de la explanada. Lo de la chica esa a la que violaron. Qué pesadito se pone. Dos horas más tarde, cuando salen del cine y tiran a la basura los envases de palomitas, a Vix todavía le da la impresión de que su novio le esconde algo.

Lachance no es el más bocazas del grupo, aunque tampoco se caracteriza por su discreción. Se podría decir que es el típico chaval de carácter ambivalente: inseguro y engreído a partes iguales. Su código moral está todavía en vías de desarrollo, y a veces —por motivos de supervivencia— se sirve de los puntos débiles de los otros para salir a flote. En cambio, su novia Victoria —Vix— es más comprensiva. Tiene un lado tierno que destaca sobre otros rasgos secundarios de su personalidad, y todo indica que, a medida que pasen los años, su talento para la empatía prevalecerá sobre el resto de sus cualidades.

También, y hablando de todo un poco, no hay coyuntura más jugosa en la adolescencia que verse con un secreto entre manos. Los secretos son, de hecho, un atajo para consolidar la amistad y tienen el don de rescatar a las parejas de la abulia. Un secreto escabroso refuerza un ego debilitado, y un secreto compartido crea vínculos que, en adelante, solo necesitarán renovarse con miradas, sonrisitas y codazos en el costado.

Interceptar un secreto en la adolescencia es algo así como que te toque la lotería. Uno puede admirar este precioso regalo durante un tiempo, abrigarlo, mimarlo, adornarlo un poquito incluso, y luego escoger oyentes entre su círculo de favoritos. Conviene también detenerse a considerar: ¿qué voy a hacer con él?, ¿de qué forma voy a sacarle partido?

Otra ventaja de los secretos es que son editables, porque siempre se cuentan en diferido. Difícilmente podrán rastrear los protagonistas en qué tramo de la cadena se trapicheó con los pormenores.

Hugo Lachance se ha dado un plazo de trece horas por si acaso era Vix la que acudía a él con el chismorreo. Pero ella parece absorta en otro tipo de cosas, así que a la salida del cine le pregunta sin medias tintas que si sabe algo de Miriam. Ya puede sentir en las muelas el sabor esponjoso de las palabras que están por llegar. El secreto asomando la lengua, como el gajo de una naranja, ácida y deliciosa.

—Sí, la vi hace un par de días —dice Vix—. Estuvimos de compras.

—Y... ¿te contó algo?

—Pues no sé. Algo de qué.

—¿La notaste rara?

Lachance, como buen adolescente sediento de atención, trata de estirar el momento, hacerlo suyo.

—Pues no sé —responde Vix—. No la noté rara, pero parecía un poco apagada.

Se encoge de hombros y detiene los ojos en un punto fijo para ayudarse a reflexionar. La verdad es que, si lo piensa bien, Miriam estaba un poco rara el otro día. Pero es lógico, ¿no?, después de llevarse un palo con ese tío del Tinder. Debía de estar muy ilusionada. Y por otro lado, eso de no presentarse a ningún examen tiene que ser un bajón.

—Es que —prosigue Lachance— creemos que le ha pasado una cosa —frota una fila de dientes contra la otra.

Y Vix, haciendo gala de su afilada intuición, capta al instante que su novio se encuentra en un callejón sin salida. Porque a

menudo los secretos también incorporan esta dualidad, sobre todo cuando no son de buen gusto ni para el emisor ni para el oyente.

Vix frunce el ceño.

—¿Cómo que a Miriam le pasado algo? ¿Cuándo?

—Es que es un tema un poco fuerte.

—Qué tema.

—¿Has oído algo sobre unos vídeos?

—¿Unos vídeos de qué?

Muchos vecinos se han despertado hoy sacudidos por la noticia: «Salen a la luz los nombres de los cuatro acusados. Estas son sus caras».

«Es una desgracia», declara la dueña de un comercio del barrio. «Esos chicos van a vivir estigmatizados para siempre.» Los detalles de la agresión siguen sin estar claros y la policía ha rechazado hacer declaraciones mientras continúe la investigación. El nombre de la víctima no ha sido difundido para preservar su intimidad.

La hermana de uno de los detenidos ha relatado a este medio que la denunciante había quedado anteriormente con uno de los acusados, que mantenían largas conversaciones sobre sexo y que se mandaban fotografías subidas de tono.

«No sé qué tipo de educación le habrá dado su madre», dice otra vecina sorprendida por el revuelo. «¿Cómo se mete en un portal a esas horas con cuatro hombres?».

«Esos chicos tenían un futuro», lamentan sus conocidos. «¿Cómo pueden haberse visto involucrados en un acto así?». Alex Devillers acababa de licenciarse en Periodismo y estaba cursando un doctorado gracias a una beca otorgada por su buen rendimiento académico. Por las mañanas, trabajaba en un almacén —del que ha sido despedido, según informan fuentes cercanas— para ayudar a su madre a llegar a fin de mes y para pagar las clases de su hermana en el conservatorio de canto. «No sabemos cómo se las apañará ahora esa pobre viuda», dice la empleada del estanco entre lágrimas.

Adam Kaplan, otro de los detenidos, despuntaba en el club de natación y entrenaba al equipo infantil de fútbol. Los familiares no dan crédito: «son unos chicos magníficos».

Volviendo al lugar de los hechos, un hombre que paseaba a su perro a primera hora de la mañana asegura haber visto a la chica antes de que interpusiera la denuncia: «estaba sentada en un banco medio borracha. No pensé que necesitase ayuda. No tenía el aspecto de una persona a la que han agredido».

Algunos testigos también afirman que la denunciante se mostró «muy cariñosa» con varios de los detenidos durante la noche en la que transcurrieron los hechos. Un conocido añade «que le gustaba estar en compañía de varones y que su carácter era *demasiado* afectuoso».

Miriam se sienta al borde del colchón. Se rasca el pelo, que hace cuatro días que no se lava, y camina descalza hasta la cocina. Hay un post-it de su madre pegado en el hule. TIENES NATILLAS EN LA NEVERA. Miriam desvía los ojos hacia las ventanas, a ver si están bien cerradas. Se asoma al pasillo y comprueba que Pattie ha cerrado con llave al salir. Ahora atesora ese tipo de obsesiones. Luego hay otras. Buscarse úlceras en la boca, examinar secreciones vaginales, manosearse los ganglios del cuello. Dentro de tres días terminará con el tratamiento del VIH, pero eso no va a erradicar sus manías. Porque ya no le tiene miedo a ninguna afección en concreto, sino al concepto genérico de enfermedad. Recientes y difusos dolores musculares, náuseas perpetuas, un hormigueo de cristales en las dos manos.

Despega el post-it y lo vuelve a pegar unos centímetros más a la izquierda, haciendo coincidir la esquina del papel con un vértice del patrón cuadriculado del hule. Repasa con la uña la caligrafía de su madre: natillas nevera. Le gusta el descuido con que traza las letras, las enes volcadas que se asemejan a úes. Durante un rato se queda sentada con la mano posada en la frase. Le duelen los brazos, la espalda, el aparato digestivo en toda su longitud. No tiene hambre, no tiene nada de hambre. De hecho, vomitaría. Y en un gesto ausente, como si obedeciera a un acto reflejo, se pone de pie y saca una tarrina de natillas del frigorífico. A continuación, camina hasta la encimera y vacía el contenido en el fregadero. El aroma a canela le cosquillea en la pituitaria mientras contempla la masa viscosa desplazarse hacia el desagüe. No le pone freno a las lágrimas. Le gotean por la barbilla, y hay tanto silencio en la casa que las oye golpear de una en una contra la encimera. Siente que podría estar llorando el día entero. Sin descanso. Abre el grifo para

deshacerse de los últimos coágulos cremosos. Y piensa en su madre. Se la imagina la noche anterior echando la ramita de canela en la leche, rallando la piel del limón, removiendo la masa en espirales cansadas. No tiene fuerzas para enfrentarse a ella dentro de unas horas, cuando regrese y le dé por inspeccionar la nevera. ¿Tampoco te comes las natillas? A ti te pasa algo.

Y en efecto, le pasa. Le pasa que le duele todo y no le entra nada. Como una de esas gripes violentas que te dejan con el cuerpo hecho trizas. Solo que esta enfermedad es distinta. No la apaciguan las siestas ni el correr de los días, y la modorra se alterna con trances de una lucidez afilada, como si percibiese los estímulos en carne viva, como si toda su epidermis fuese una llaga.

Vix la llamó hace dos días, justo cuando se publicaron los nombres. Siete llamadas perdidas, y una ristra de wasaps desquiciados. Los signos de interrogación emparedando las frases, y todas esas mayúsculas imperativas. QUE ME LLAMES, MIRI, COÑO. Pero aún no la ha llamado, y el último mensaje de Vix solo dice: pase lo que pase, te quiero. A veces Miriam relee la frase y se da cuenta de que no le conmueve tanto como debería. Que no dice nada. Que no se la cree.

Quizá debería haberse callado, no haberse quedado atontada en el maldito banco hasta que Tallie la encontró... Tendría que haberse puesto en pie, haber buscado una farmacia o un centro de planificación familiar y pedir la píldora del día siguiente. Y ya está. Seguir con su vida, dejarles a ellos seguir con las suyas. Ni siquiera..., fíjate, de repente ni siquiera está segura de que la agredieran. Seguramente no tenían intención de cometer ningún crimen, y quizá lo que denunció en realidad no era tal cosa. Porque si ella hubiese dicho: ya basta, fin, se acabó, hasta aquí hemos llegado. Entonces esos chicos la hubieran dejado en paz, no se habrían convertido en violadores. Pero no dijo nada. Mandó una foto de sus tetas por WhatsApp, y ahora con qué derecho se retractaba y les jodía la vida.

Se acerca hasta el fregadero y vacía un segundo cuenco de natillas. Retira los restos con agua. Llora a espasmos, sorbiéndose la nariz. El olor lacerante de sus colonias, el tintineo de los

cinturones. Ahora yo, me toca a mí, levanta el culito. Todas esas palabras engarzadas en su hipocampo como metralla. Se limpia las lágrimas con el antebrazo y se acuclilla en el suelo. Solo piensa en su madre.

Si se entera.

Si alguna paciente va a la clínica y se lo cuenta.

Cualquier tarde de estas.

Las dos en esta misma cocina, madre e hija, atrapadas en una espiral de neurosis.

Solo piensa en su madre.

Al otro lado de las ventanillas del autobús, el horizonte es cálido y azafranado, como un septiembre para beber cócteles en la playa. Siente más calma al atardecer. No soporta la luz del día. Las mañanas punzantes con sus ínfulas y pretensiones: levántate, haz algo, vístete, espabila. Miriam se queda parada frente a la entrada de la consulta. Sobre las puertas acristaladas hay un cartel de letras azules que reza: Centro Dermatológico Estético. Y aunque solo quedan veinte minutos para cerrar, varias mujeres aguardan aún en la sala de espera. Se distribuyen en asientos alternos y ocupan las sillas contiguas con sus bolsos descomunales. Miriam recula un paso, la escena que venía ensayando en su mente resulta incompatible con ese contexto. En su plan aparecía ella sola, como mucho con otra paciente. Su madre tecleando recetas al otro lado del mostrador, y entonces la cara de sorpresa de Pattie: hombre, cómo tú por aquí.

Pues ya ves. Porque tiene que ser aquí. En casa no. Si hablasen del tema en casa entonces las palabras se quedarían rodando por las habitaciones, apoltronadas en el sofá, se enroscarían detrás de los libros, y reptarían por dentro de las grietas del suelo. Por eso prefiere hablarlo en la clínica. O en otra parte. En mitad de la calle, por ejemplo, caminando en línea recta para no tener que mirarla a la cara.

Pero el caso es que Miriam se ha quedado parada con los dedos entrelazados en el umbral de la sala de espera. Las que

aguardan son tres mujeres, una de ellas embarazada, y también hay un niño sacudiéndole palmetazos a las hojas de un ficus. Está tentada de dar media vuelta, pero las mujeres ya la han detectado y le dedican una sonrisita de ambulatorio. Ese rictus efímero que significa a la vez: hola, buena suerte, qué cosa esto del médico, espero que no tengas herpes zóster ni cáncer de piel. Miriam les devuelve la sonrisa y toma asiento en el extremo más solitario de la habitación.

Transcurre por lo menos un cuarto de hora. Un largo silencio de puertas que se abren y cierran, y sillas que ruedan, y teléfonos que chillan en la recepción. En la mesita enfrente de ella, las portadas de las revistas muestran mujeres con la piel impoluta. Y entonces una cadencia de voces, unas pisadas nerviosas y la recepcionista del turno de tarde que entra en la sala de espera abrazando una carpetita. Se para en seco cuando la ve. Los pendientes de plástico basculando sincronizados a ambos lados de su cabeza.

—¡Miriam! —dice.

—Ah, hola, Sigrid.

—¿Has venido a buscar a tu madre? Ven conmigo.

Como una especie de favor o de trato privilegiado, la conduce hasta una silla detrás del mostrador de la recepción. Los fluorescentes del techo bañan las paredes de una luz melancólica, y junto a los calendarios plegables de gatos, hay cajitas de clips y portalápices de cerámica atiborrados de bolis. Miriam se acomoda en la silla acolchada, saca el móvil del bolso y empieza a toquetear la pantalla. Al parecer, su madre está ocupada en una extirpación de uñas por micosis, y todavía tardará un rato, así que Sigrid le ha traído sin preguntar una taza de café que suelta un olor consistente a leche vegetal. No tiene ningún wasap nuevo. Los últimos son de Paola y de Vix. E incluso Lukas ha dado por fin señales de vida. Ayer por la noche: ¿estás bien? Eso fue todo. No más preguntas. Y un abismo de silencio detrás.

A Miriam no le pasa inadvertida su dejadez. Que se ha puesto en contacto solo por compromiso y que probablemente prefiere no recibir ninguna respuesta. Pues muy bien, perfecto. Aun así, es el

único mensaje al que se ha dignado contestar. Una frase críptica a su vez: ¿lo preguntas dada la situación o a propósito de tu retirada? Como era de esperar, él se está tomando su tiempo.

Miriam cierra el WhatsApp y suelta el móvil dentro del bolso. Se lleva a los labios la taza de café, que ya se ha quedado frío, y contempla su propio rostro reflejado en la superficie del líquido. Las mejillas caídas por la gravedad, los ojos hinchados como frutas a medio abrir, la boca compacta e inexpresiva. Siente de inmediato una avalancha de autodesprecio. Aparta la taza disgustada y la coloca frente a una foto enmarcada de la sobrina de Sigrid. Antes, cuando miraba a otras chicas se preguntaba cosas del tipo: ¿qué carrera estudiará?, ¿tendrá novio?, ¿cómo se sentirá al ser tan guapa? Ahora, mientras contempla el gesto risueño de la chica de la fotografía todo se reduce a una idea procaz y totalitaria: ¿te han violado alguna vez?

Cuando Pattie sale por fin de la extirpación, se deja caer en una silla al lado de Miriam y flexiona el cuello sacando crujidos de varios ángulos. Saluda a su hija sin aspavientos.

—¿A qué se debe este honor? —dice.

—Ya ves.

Por un momento, ha olvidado que estaba allí precisamente para contárselo. Casi era reconfortante, ese silencio a convento. Y ahora, en cuestión de segundos, todo va a reventar. En cuanto Miriam termine de tragar saliva y de rascarse el cuello con esa saña neurótica.

—Mamá —dice, y le sorprende que su voz salga nítida, esquivando la bola gomosa de su garganta.

Inclinada sobre el mostrador, su madre sigue sellando recetas, anotando en un cuadernito nombres larguísimos.

—Mamá.

Pattie alza la vista con mirar distraído.

—¿Te has comido las natillas? —dice.

Y Miriam aprieta los labios:

—Mamá, me ha pasado una cosa.

Pattie Dougan. ¿La conoces? Es la madre de la chica de los abusos.

A partir de ahora, esa coletilla. La madre de la chica de los abusos. El instituto de la chica de los abusos. Aquí compra el pan la chica de los abusos.

Y Pattie que apenas respira debajo del alud de remordimientos, que tiene la cabeza encharcada, los recuerdos vagándole por el cuerpo, ciertas cosas que pensó que eran leves, intrascendentes. Pero que no, que no eran leves. Que eran, de hecho, su responsabilidad.

El día en que Miriam llegó a casa con el flequillo teñido de blanco, y ella, Pattie, estaba sentada en la mesa de la cocina leyendo una revista de decoración.

—Oye, te queda muy bien —dijo con una sonrisa, y más que una madre, parecía una coleguita enrollada. Porque en el fondo ese pelo le parecía espantoso. Una ridiculez de la edad. Pero no quiso herirla. La historia de siempre. Y lo que pasa es que Pattie se siente perdida, se aturulla en esa tribu de madres que ya no gritan ni sacuden tortazos, que te invitan, en cambio, a reflexionar.

Por el barrio se rumorea que Pattie Dougan nunca ha querido ser muy severa, porque ya suficiente es el trauma de que su hija no tenga padre. De ahí que la pobre siempre ejerza el mismo papel.

¿Puedo tatuarme una mariposa? Oh, sí, seguro que es preciosa.

¿Encima de un pecho? Donde a ti te guste.

¿Y me dejas fumar en casa ahora que has descubierto que fumo? No veo por qué no.

¿Me dejas irme este fin de semana a la playa con unos chavales a los que no conozco de nada, pero absolutamente de nada? Por supuesto, cariño, pásalo bien.

Sin perder la esperanza de que esas rebeldías livianas terminarían por extinguirse tarde o temprano. Porque eso es la adolescencia, en el fondo, una enfermedad transitoria.

Y sin embargo, hace dos noches, la pobre Pattie Dougan soñó con su hija, o más bien sufrió una pesadilla terrible, en la que Miriam irrumpía en su dormitorio soltando berridos: ¡porque sabes qué! odio este tinte de pelo, odio cómo me queda, odio estar gorda, y que me dejases siempre acabarme la bolsa de gominolas. Por qué no me la quitabas como los tíos a Irene. Y por qué no preguntas nunca a qué hora voy a volver. Exacto, Pattie, y mírate ahora...

No le pasan inadvertidas las miradas de los pacientes en la sala de espera, de las madres que van a consulta y la estudian de arriba abajo mientras ella confirma las citas en el ordenador. Y Pattie Dougan comprime un puño dentro del otro, hace crujir los nudillos.

A la pregunta crónica, siempre responde lo mismo: estamos bien.

Pero sabe lo que hay detrás. No es difícil imaginar las hipótesis que todos marean, lo que luego debatirán en familia mientras recogen los platos después de la cena: esa Pattie Dougan, no me extraña.

Porque incluso ella es de la misma opinión. Si alguna vez me hubiese plantado. Si hubiese sacado un tono de madre. Si se lo hubiese dicho muy claro: ¡no!, ¡ni hablar!

Porque bastaba con algo tan fácil.

Pobre Pattie. Bastaba con decirle que no.

Las 3:57 de la mañana. Enciendes la luz y retrocedes sobre el colchón hasta apoyar la espalda en el cabecero. En la mesilla descansan tus gafas, el móvil, la caja blanca de los ansiolíticos con el prospecto asomando. Buscas un cigarrillo por el cajón. Ahora fumas a todas horas, tu madre se ha vuelto todavía más transigente. Como esos padres que se divorcian y de pronto ya te permiten tener un perro. Pues el resultado es el mismo cuando te violan. Incluso te miran con gesto tierno cuando les dices que no vas a presentarte a los exámenes de recuperación.

Las 4:28. Pero ya te has acostumbrado a no dormirte hasta que amanece. Las pastillas no sirven de mucho, aunque solo hace cinco días que te las recetaron y el psiquiatra ha recalcado que no las dejes, que tengas paciencia, que pueden tardar hasta tres semanas en hacer efecto. También te han recomendado terapia, pero no quieres. Qué terribles preguntas te harían. Qué sacarían de ti.

Las 4:39. Le das una calada al cigarro. Te preguntas por ellos. Dónde estarán ahora mismo. El Estudiante, el chico con los ojos de ciencia ficción, el retaco de la perilla, y el otro, el alto, que apenas te dirigió la palabra, pero aun así pidió turno y te la metió. Esos cerdos. Aprietas los dientes, la rabia se vuelve densa y quema tan fuerte que a veces, lo juras, la sábana te abrasa sobre la piel.

Las 5:17. Muchas personas lo saben. No te lo han dicho a la cara, pero lo intuyes. En ese silencio turbio que migra por sus pupilas

cuando apareces. Además ahora hay palabras prohibidas: guarra, facilona, puta. Ya nadie las pronuncia en tu presencia, y te preguntas si es porque, a grandes rasgos, la gente lo considera el diagnóstico de tu caso.

Las 5:29. No quieres dormir. Dormir es como abrir una puerta a todo lo que pudo ser y no fue. A todos los ojalá y en vez de. Sueñas con el portal. El mismo atrezo, los mismos actores. Solo que en tu sueño sí gritas. O sales corriendo. A veces un vecino te esconde en su casa y ellos arañan la puerta mientras tú chillas a pleno pulmón. Un día soñaste con el Estudiante como si fuese tu novio. Te compraba un pajarito y muy dulcemente decía: fue culpa tuya, y tú consentías: sí, así es. Te da vergüenza ese sueño. El psiquiatra te ha pedido que lleves un registro de lo que sueñas, que lo apuntes en un cuadernito nada más despertarte. Pero este sueño no, este no lo apuntaste.

Cuando dan las 5:40 y el amanecer deja una cenefa amarilla detrás de las azoteas, llevas ya cuatro horas espabilada y odiando. Te ha dado por pensar últimamente que ojalá tuvieras secuelas. Una infección o un trauma físico. O como poco, un desgarro de primer grado. Algo que se pudiese desinfectar y coser, algo de lo que nadie dudase. Los médicos se lo mostrarían a sus estudiantes en un Power Point: y esto de aquí, amigos míos, son las clarísimas marcas que deja una violación. Las imágenes son perturbadoras.

Miriam le da un golpecito al móvil para consultar la hora, las dos y catorce de la madrugada, vuelve a dejarlo sobre la mesilla y al cabo de unos segundos la pantalla se oscurece de nuevo. Lukas todavía no ha reaccionado a su wasap con la fotografía. Un selfi en el espejo del cuarto de baño con el flequillo castaño otra vez. Sobre los hombros, una toalla con lamparones de humedad, y enarbolando en la mano el bote de tinte vacío: mi nuevo y viejo look.

Abre de nuevo la conversación. Junto al mensaje, las dos marcas que se volvieron azules hace más de seis horas le provocan un malestar cercano al cabreo. Aunque mejor no darle más vueltas. Se gira en la cama y teclea: oye, que no me has dicho nada de mi pelo. Siente un escalofrío cuando el nombre de él aparece y desaparece en lo alto de la pantalla, como la cabeza de un niño jugando al escondite. Solo que Miriam no está jugando. No precisamente.

eh, estás despierto?

sí

Miriam se acomoda de costado sobre el colchón.

muy bonito tu corte de pelo (emoji sonriente)

gracias! qué estás haciendo?

nada, chorradas

Al cabo de unos segundos, Lukas desaparece otra vez. Miriam suspira. Nunca se ha visto en la necesidad de mostrar miramientos con él, y sin embargo, ahora se obliga a esperar. Abre la galería de fotos a sabiendas de que solo pretende matar el tiempo. Borra un par de imágenes, y cuando considera que ha transcurrido el plazo de minutos apropiado, regresa a la conversación.

oye, capullo, no me ignores (emoji sonriente). Y seguido: te

apetece quedar esta semana?

El nombre de Lukas resurge y se queda quieto en lo alto de la pantalla. Está escribiendo. O eso anuncia el texto que se eterniza junto a su nombre. Aunque en realidad, Miriam lo sabe, no es verdad, no está escribiendo. Está pensando, rectificando, corrigiendo, quedándose en blanco. Está buscando eufemismos y dando rodeos. Y por ese motivo, su respuesta, cuando llega, resulta decepcionante. Tan inversamente proporcional a la masa de tiempo que ha tardado en confeccionarla.

es que estoy muy liado estos días

Miriam resopla, teclea deprisa.

haciendo qué

pues estudiando, tú no?

no me voy a presentar a los exámenes, además tengo revisión en el hospital el mismo día del examen de Economía

vaya

Silencio. Diez segundos. Veinte. Treinta y cinco.

tío, en serio, te pasa algo?

Y de nuevo, su nombre suspendido en lo alto. Discurriendo, matizando, sentenciando. O a saber.

escucha, ya hablaremos

de qué hay que hablar? es por lo mío?

Lo mío, el portal, los vídeos, este cisma entre nosotros, las noticias, lo mío, mi violación.

sí, es un poco por eso

Ahora es ella la que no sabe qué responder, la que debe de estar sostenida en lo alto de la pantalla del móvil de Lukas. Pero él se desconecta deprisa, no se regodea masticando su culpabilidad. Miriam presiona entonces el icono de la llamada, escucha los tonos y se sienta en la cama. Le tiemblan las manos. Abre una brecha en la cortina y mira hacia las fachadas naranjas iluminadas por las farolas.

—Sí —la voz de Lukas suena gomosa, probablemente por la falta de uso en mitad de la noche.

—¿Me puedes explicar qué leches te pasa?

Silencio. Un silencio turbio, trabado por la respiración y por

las impurezas de la línea telefónica.

—¿Lukas?

—Sí, sigo aquí... —dice en un susurro ronco. Debe de estar intentando que no le escuchen sus padres—. Miri, es que..., lo siento, sé que seguramente es un momento muy duro.

—Seguramente no. Seguro.

Está apretando los dientes, y al relajar la mandíbula escucha un crujido en el interior del oído.

—Verás, es que creo que ahora mismo es mejor que te apoyes en Vix o en otras amigas... Me refiero a que te apoyes en chicas. Yo no puedo ser de mucha ayuda.

—Tú has sido uno de mis apoyos más importantes desde hace siglos.

En la pausa de él, Miriam adivina una especie de remordimiento. Pero no el tipo de remordimiento que provoca la mala conciencia. Lukas es así, no le gusta que le involucren. Y en cuanto esta llamada termine, el tormento acabará para él. No lo someterá a ningún ejercicio de introspección posterior.

Pero bueno, por lo menos no ha colgado. Al otro lado del teléfono, Miriam escucha el chasquido de la piedra de un mechero.

—¿Y bien? —resopla.

—¿Puedo preguntarte algo con total confianza? —dice entonces Lukas.

—Por supuesto.

—Todo lo que le has contado a la gente y a la policía es verdad, ¿no?

—Claro que es verdad.

—No te enfades, es que..., ya sabes, hay chicas que se inventan cosas para llamar la atención.

Una ventana se enciende en el último piso del hotel. Miriam cierra la cortina y se deja caer de nuevo sobre el colchón.

—Yo no me he inventado nada —dice, y aprieta los párpados.

Una imagen le cruza la mente de sien a sien. Porque hay una cosa que quizá. Que no es que sea mentira, pero tampoco. Una frase. Y se lo preguntaron directamente, pero la verdad es que. Bueno. En realidad, no cambia nada. Y tampoco lo recuerda muy

bien.

—Te sorprendería conocer las estadísticas de denuncias falsas de violación —está diciendo ahora Lukas, y emplea un tono resentido, poco menos que acusador—. Hoy en día, cualquier mujer puede joderle la vida a un tío como le dé la gana.

Miriam se da cuenta de que mientras escucha está asintiendo con la cabeza, y a medida que Lukas desarrolla su explicación, una herida le crece por dentro, le descubre niveles de angustia que no sabía que estuvieran aún por abrir. Seguro que hay estadísticas, claro que sí. Hay estadísticas para todo. Pero y qué. ¿Qué se supone que debería decir ella ahora? ¿Cómo tendría que reaccionar? Protestando no, claro. Porque si protesta, entonces otra vez está sacando las cosas de quicio, y mira cómo te pones, tía, joder, que yo solo estoy contándote lo que he leído. Y la verdad es que ni siquiera tiene ganas de discutir. De modo que solo se abandona al vaivén de la voz de Lukas, y se deja caer, sin ofrecer resistencia, en una tristeza envolvente y negra como el alquitrán.

—Miriam, ¿me oyes?

—Sí —abre los ojos, se masajea el entrecejo—. Es que... no sé por qué sacas eso de las estadísticas. Me parece tan cruel y... misógino.

Lukas hace un silencio en el que se entreoye un chirrido de fondo, un crepitar de aire, como si estuviese cambiando de postura.

—Eso es verdad, no lo niego —dice—, pero también hay hordas de taradas a las que les encanta poner a los hombres de hijos de puta y violadores, como si todos fuéramos la misma mierda.

—Yo no creo que sea así.

—Lo he visto en la televisión con mis propios ojos. Lo vi en tu manifestación.

—Me refería a que no creo que todos los hombres sean la misma mierda.

Nota la garganta tirante. La forma en que Lukas ha dicho «tu manifestación», con ese desprecio. Está tumbada mirando hacia el techo, y dos lágrimas simultáneas le mojan el pelo.

—Verás, esto no tiene nada que ver con lo tuyo... Pero me canso ya de este rollo. —Lukas suelta un bufido—. El otro día, en una entrevista, una profesora dijo que todas las semanas le llegaban trabajos de alumnas describiendo cómo habían abusado de ellas. Que si las habían mirado así o asá, o un taxista les había rozado la rodilla. Mira, no puedo creerme que a todas las tías del planeta les pasen cosas. Joder, ¿a todas? Y aparte, el hecho de que te toquen el culo tampoco es para suicidarse. A mí me roza el peluquero con la polla cada vez que voy a cortarme el pelo.

Miriam no dice nada. Sea como sea, le da la impresión de que siempre le corresponde a ella justificarse. Pero todavía fuerza la voz. Porque a pesar de todo, no quiere por nada del mundo perder a Lukas. Y además, seguro que no piensa así en realidad, que solo lo dice porque está mal informado, repitiendo chorradas que ha escuchado soltar a otros tíos.

—Lukas..., ¿podemos hablar de nuestro caso concreto? ¿De ti y de mí?

Se aprieta con los dedos en el centro del esternón. Pensaba que podría reiniciarlo todo con esas palabras, darle al asunto un matiz privado. Pero al decirlo en voz alta comprende que no. Que ya la ha dejado sola.

—La verdad —dice él en un murmullo— es que ahora mismo no me siento muy cómodo quedando contigo. Bajando al parque y todo eso.

—Por qué.

Lukas hace una pausa, suspira contra el auricular.

—Escucha, yo... entiendo cómo te afecta lo que ha pasado. Es una putada muy gorda... Pero la verdad, Miri, es que esos tíos no te cogieron ni te amenazaron con una navaja. Tú entraste con ellos a ese portal, no les dijiste que te dejasen en paz... Ni siquiera intentaste marcharte... Joder, es que... ni siquiera te sacaste sus pollas de la boca.

Miriam se queda callada. Un frío de tundra y de labios de muerto le baja por la espina dorsal. Lukas ha parado de hablar, pero entonces retoma el discurso.

—Seguro que estabas acojonada, no me cabe duda, pero cómo

esperabas que lo supieran ellos... —Lukas chasquea la lengua, y Miriam lo intuye, que lo peor está por llegar—. Y perdona que lo diga a lo bestia, pero es como cuando les sigues el rollo a Jordan y a esos, y sueltas burradas y te quitas el sujetador. Das lugar a malentendidos, y luego no puedes ir por ahí quejándote y pidiendo respeto —su voz suena ahora más brava, como la de un político que se envalentona a medida que avanza en su disertación. Y entonces Lukas respira y expulsa el aire con esfuerzo, como si lo empujara—. Sinceramente..., yo creo que lo que te pasó fue un malentendido, pero no una violación.

Miriam aprieta los labios y se aparta el teléfono de la oreja, tiene las mejillas frías, empapadas. Está a punto de colgar, pero no lo hace, y todavía puede escuchar a Lukas, su voz incisiva y metálica:

—De verdad que lo siento.

Ese lo siento de las rupturas. Esa disculpa que solo encierra un adiós.

Miriam se sorbe los mocos, le da igual que él la oiga.

—Ya no estoy a gusto —prosigue Lukas—. Porque es que... estos han hecho tantas chorradas contigo en la piscina y en el bosque..., y no me apetece que me pille por medio... La posibilidad de ser falsamente acusado de agresión, o lo que sea, me preocupa bastante...

Miriam suelta el teléfono junto a la almohada. Se queda mirando hacia el techo, a un gajo de luz atravesado por sombras de ramas que tiemblan. Unos segundos más tarde, escucha cómo, al otro lado de la línea, se corta la comunicación.

Señores, bienvenidos, buenos días. Espera en esta sala a que te llamen. Por favor, tomen asiento en los pupitres asignados. Un poco más abajo, este pie más adentro en el estribo. No giren los folios todavía, y ni libros, ni cuadernos, ni un teléfono a la vista. Extraeremos una muestra de tejido. Y a partir de ahora, silencio, recuerden que, en total, tienen dos horas. Durará un segundo nada más. Muy buena suerte a todos. Y ya puedes vestirte. Solo un boli, tomen nota: ¿has sentido más molestias en las últimas semanas? Joder, ese tema es de los chungos. ¿Y sangrados? Tenían que caer precisamente los mercados colusivos. Remángate, ¿con la doxicilina terminaste? Pues esa justo no me la he estudiado. ¿Y qué tal te has encontrado desde entonces? Defina cada caso y ponga ejemplos. Para el test del VIH hay que esperar, seis semanas por lo menos. Y después de corregir, enviaremos por email los resultados. Pero tú estate tranquila. Repasen bien cada respuesta, que aún hay tiempo. ¿Has tenido pesadillas o recuerdos persistentes? A ver, hagan memoria, que seguro que lo saben. ¿Pensamientos intrusivos? Describa brevemente el crack del 29... Vamos a subir los ansiolíticos... y el sueño americano. La terapia es importante en estos casos, y hablar si te hace falta. Por favor, guarden silencio.

No es que escoja a propósito ese camino, es que le pilla justo de paso. Cada vez que Tallie McGrath va a casa de su amiga Paola o se acerca hasta el estanco a escondidas, o cuando su madre le planta el monedero en la mano y la manda a comprar al supermercado, pero al grande, al que tiene varios tipos de fruta, y por supuesto, siempre que es su turno de sacar al perro a la calle; todas esas veces, el puñetero banco.

Se pregunta si algún día pasará por el bulevar y no pensará: ahí está, ahí fue, ahí la vi.

Porque ya es casi un secreto a voces, y cada vez que el rumor salta de boca a oreja: tengo noticias frescas, pero jura que no lo vas a contar, entonces todos los hablantes y los oyentes saben que ella, Tallie McGrath, fue la descubridora, la que primero la vio o, al menos, la que primero se paró a prestarle auxilio a la chica que estaba sentada en el banco, sola y mugrienta y desconsolada.

Ahora Tallie vuelve a desviar los ojos hacia el banco de piedra mientras va camino de la Escuela de Danza. Lleva puestas las mallas y una cazadora vaquera. Colgado del hombro, un enorme bolso de poliéster plateado donde guarda la ropa para cambiarse, los calentadores, las zapatillas, las mangas de algodón, y también una cajita de horquillas y resina para las puntas. Aunque lo disimula muy bien, cada vez que pasa por esa calle, la visión del banco le sacude un bofetón de remordimientos. La punzante clarividencia de que ha traicionado la confianza de alguien. Porque, por otro lado, también fue ella, la mismísima Tallie McGrath, la que unos días más tarde, a la vuelta de la feria de artesanía, guio a Clara Tibbets hasta esa zona del bulevar. No le parecía correcto mantenerla desinformada y al margen, y cuando doblaron la esquina, señaló el banco con la mano con la que

sostenía una barrita de muesli: mira, Clara, ahí la encontré.

En la torre de la iglesia las campanas anuncian las seis de la tarde. Tallie aprieta el paso. Durante los calentamientos, siempre hace corrillo con Monique y Solange, y hoy es el primer día de clase después del parón del verano, de modo que tendrán que ponerse al día. También a nivel físico, deduce, porque en el mismo instante en que atraviesa las puertas del aula, y se apoya en la barra, y arquea la pierna hacia atrás como la cola de un escorpión, percibe las consecuencias de los últimos meses holgazaneando en la playa.

Después de tres tandas de ejercicios de empeine, sus compañeras empujan por fin la puerta batiente. Caminan hacia ella con parsimonia. Monique se sienta en el suelo. Solange se endereza el moño echando mano de un surtido de horquillas. Lleva una chaqueta cruzada de un tono coral fluorescente, y le pregunta a Tallie por los últimos días de vacaciones.

—No te vemos desde las fiestas de la explanada, ¿no? —suelta entonces Monique.

—Es verdad, hace un montón.

—Cuando te dejamos con esa chica...

Tallie traga saliva. Dice:

—Sí.

—Te va a tocar declarar en el juicio, supongo.

—¿El juicio?

—Ya sabes de lo que hablo.

Esta vez Tallie se sirve de un sonido gutural para responder. Monique no va más allá, y aprovecha un ejercicio de flexibilidad para esconder la cabeza entre los brazos.

—¿Qué día empiezas las clases? —pregunta al cabo.

—El jueves.

Solange, que hasta ese momento había guardado silencio, interrumpe la serie de estiramientos de suelo y descansa las dos manos en el linóleo. Por debajo del body de poliéster, las costillas se le marcan como teclas de xilófono.

—A ese ritmo no vas a llegar a ninguna parte, Monique —dice frunciendo una sonrisita.

Tallie ha apoyado el talón en la barra y tiene ahora mismo el estómago pegado a la pierna. Es una postura incómoda, pero está dispuesta a prolongarla hasta que sus compañeras lleguen a ese punto tan enigmático adonde quieren llegar. Con el rabillo del ojo, ve cómo Solange se incorpora con un delicado movimiento de insecto.

—Esa chica que te encontraste en el banco... —empieza a decir—. Era ella, ¿no?

Tallie exhala contra la pierna el aire que retiene en los pulmones. Cuenta despacio hasta diez antes de aflojar los músculos, y entonces se endereza del todo.

—Era una compañera de clase que estaba un poco borracha —dice.

—Ya —insiste Solange—, pero es la misma chica del portal y las agresiones, ¿verdad?

Tallie carraspea, se humedece los labios mirando a Solange, y a continuación deja caer el tronco hacia un lado, como una flor malherida.

—A ver, es una chorrada que lo niegues, ya nos han llegado algunos cotilleos.

Desde esa posición, con la cabeza inclinada, se fija en que las rodillas de Solange son huesudas y prominentes, como ruedas de poleas. Cuando se incorpora de nuevo, Tallie pone los brazos en jarras.

—Pues entonces ya lo sabéis todo, ¿no?

—En realidad, sí, pero queremos que nos lo confirmes.

—No te mosquees, Tallie, no te lo preguntamos en plan carroñero —dice Monique con una suavidad pastosa. Tiene los ojos castaños, una mata de pelo oscura y rebelde que siempre se le escurre de las horquillas, y por culpa de su constitución, se ve obligada a seguir una dieta eterna de espinacas y yogures descremados—. Mi hermana mayor fue al instituto con uno de los chavales —añade.

Tallie percibe que los músculos se le endurecen, como si su cuerpo entero se pusiese en guardia.

—¿Ah, sí? —murmura.

—Sí, coincidieron en varias clases. Y en el grupillo de mi hermana dicen que la chica de tu colegio ha ido por ahí inventándose cosas.

Tallie se mira las punteras satinadas de las zapatillas de baile. Dentro de la sala flota un olor consistente a friegasuelos que, por lo general, solo advierte en momentos de mucha tensión. Antes de las pruebas de evaluación, por ejemplo, o cuando le toca improvisar una coreografía en solitario.

—¿Y qué cosas se ha inventado según ellos? —pregunta.

Y lo pregunta con genuina curiosidad. Aunque a causa de su tono abrupto, y de esas cejas rubias y finas y un poco picudas, siempre parece estar perdonándole la vida al que tiene delante.

—Pues por lo visto —dice Monique—, se morreó con este chaval de la clase de mi hermana.

—¿Y ese quién es? ¿El tal Alex Devillers?

—No, Alex Devillers es el que había quedado con ella en Tinder —aclara Monique—. Este que yo digo, el de la clase de mi hermana, se llama Adam Kaplan, y también se morreó con tu amiga... Por lo visto estuvieron hablando de toda clase de mierda pornográfica antes de meterse en el portal. Lo he escuchado de fuentes superfiables.

—Vamos a ver, para empezar, no es mi amiga —corrige Tallie —. Solo va a mi colegio, y además... —entonces se calla, agita la mano en el aire. Resopla—: da igual.

Coge una esterilla de un montón alto y se tiende de espaldas con unas bandas elásticas para estirar los metatarsos. Durante varios minutos, se queda mirando hacia el techo, hacia los paneles de led rectangulares y blancos que le dan ese aspecto anémico al cutis de las bailarinas. Es consciente de que quizá debería intervenir para proteger a Miriam. Que eso sería lo adecuado. Pero no está acostumbrada a pensar bien de ella. Ya no digamos a manifestarlo en voz alta. Y siendo del todo sinceros, tampoco tiene motivos para contradecir a Solange, ni para poner en tela de juicio esos testimonios alternativos.

—¿Tú estabas con ella cuando fue a denunciar? —pregunta entonces Monique.

Tallie se muerde el labio en un intento por reaccionar.

—No —responde—, no sé qué le dijo a la policía. Yo no estaba delante.

—Ah —Monique intercambia una mirada con Solange. Suelta una risa ronca que incluso a Tallie le resulta hiriente en exceso—. Pues te lo contamos nosotras, bonita. Por lo visto los invitó a desayunar.

Tallie frunce el ceño.

—¿Perdón?

—Como lo oyes.

—Eso es un bulo, vosotras mismas la visteis hecha un guiñapo en el banco. Y vamos a ver... —entonces de nuevo cierra la boca. La encoge en un puntito redondo y minúsculo, porque sabe que debería callarse, mantenerse neutra y al margen. Pero es que no puede, es superior a sus fuerzas, y además, ni que Miriam Dougan fuera su amiga. Así que respira profundo y sacude—: a ver, no voy a negar todo lo demás. Me parece superprobable que tontease con esos chavales y que les morrease, porque no cabe duda de que la chica es ligerita de cascos. Pero os aseguro que cuando yo me quedé con ella estaba traumatizada.

—Claro que sí —concede Monique en tono pausado—. La pregunta es, ¿por qué estaba traumatizada?

—Y eso qué significa.

Monique chasquea la lengua. Se lleva la mano al moño para comprobar que las horquillas siguen en su lugar.

—Pues que quizá la chica se vino abajo al darse cuenta de que la situación se le había ido de las manos. Cuando pensó en las consecuencias, ya sabes. Los vídeos y todo eso.

Desde luego, es algo que sopesar. Un giro en el argumento que cuadraría. Y por unos segundos, Tallie se retrae hacia el núcleo de sus recuerdos. No los recuerdos del día en que se tropezó con Miriam sentada en el banco, sino sus otros recuerdos, los de todo el año anterior despreciando sus risitas histéricas y su actitud de niñata cuando se desvivía por llamar la atención de Jordan y los demás.

Siente un enorme alivio cuando por fin aparece la profesora y

se ven obligadas a dejar la conversación. Aunque Tallie ya no logra centrarse en la clase. De poder elegir, preferiría que no la asaltasen cierto tipo de pensamientos (que reconoce que son abyectos, mezquinos, inhumanos), pero halla un placer reconfortante en ellos, una satisfacción que la avergüenza. No puedo ser yo quien construye estos juicios tan sádicos, se dice. Esa letanía de conclusiones macabras: «era obvio», «cómo no», «se lo merece», que la hacen sentir vil y despiadada. Si alguien leyese mis pensamientos, se plantea a menudo, tendrían que meterme entre rejas. Tendrían que expulsarme de la sociedad.

Mira a esa chica, es la de la violación. Mírala. Comiéndose una pizza tan ancha.

Mírala, sentada en un bar, bebiendo un refresco, ¿no te parece que está flirteando con el camarero?

Mírala, dicen que tiene un tatuaje en el pecho, no podía escoger otro sitio. Ahora lo lleva tapado. Para que no la llamen, ya sabes, puta.

Mírala con la boca pintada de rojo.

Ese rojo de furcia.

Mírala, joder, mírala. ¿No se la ve muy relajada? Ahí, sonriendo, como si nada.

¿Tú sabes de aquellas fotos? ¿Las que se hizo en un probador? Casi tenía las tetas al aire. Fue solo unos días después. Y estaba partiéndose de la risa. ¿De qué se reía? No debería haberse reído de esa manera tan basta.

Porque, en serio, ¿de qué se reía? ¿De qué se reía *tanto*? No debería reírse.

Pero a ella qué más le da.

Mírala. Hablando, fumando tan relajada.

Mira qué poco le importa.

Mírala.

Mira si era guarra.

Dentro de la cama, con un cigarro en la boca y el ordenador descansando encima de las rodillas, una noche empezaste a buscar. ¿Qué quieres saber, Miriam Dougan? ¿Hay algo que te intrigue en concreto? ¿Algún chismorreo en particular? El cursor parpadea en lo alto de la pantalla, tic-tac, tic-tac. Quiero saber qué leen los demás. Entonces tienes que enlazar las palabras, la fórmula mágica: violación, fiestas, portal. ¿Te atreves?

No.

Cierras la tapa del portátil de golpe y echas la cabeza hacia atrás. Durante varios minutos desenfocas la vista en una mancha de humedad en el techo. Todavía no te lo puedes creer. Es surrealista, esa epidemia de morbo. Más de doscientas mil entradas en internet. Tu propio artículo en Wikipedia. Con índice y referencias, igual que en las publicaciones científicas. Y toda esa masa de gente que escudriña tu caso. Que devora con frenesí cada capítulo de tu vida. ¿Por qué? Pues porque eres como un culebrón. Y no solamente por eso. También por venganza, por vanidad. Para comprobar si son capaces de rastrearte, de encontrar tu perfil en las redes sociales, y así divulgar cómo te llamas, quién eres, la cara de guarra que tienes.

A medida que pasan los días, se multiplican las páginas web, se perfilan mejor los detalles. Toda clase de juicios sobre tus tetas y tu tatuaje. Resulta que han salido a la luz transcripciones de tus mensajes con el Estudiante. Y más fotos de ellos. Sus contextos, sus anhelos, sus ambiciones. Los medios de comunicación les han dado un nombre: los cuatro jinetes. A la prensa le encantan esas figuras retóricas. Y si tecleas esas palabras —si te atreves—, también saldrá todo. Toda la mierda.

«Recorremos el trayecto que siguió la víctima con sus

acosadores hasta el portal»

«Fotos exclusivas de los cuatro jinetes»

«A.D., apodado el Caballo de Troya, buscaba mujeres poco agraciadas por internet»

Y más titulares. Lo que pensaste, lo que hiciste, lo que te obligaron a hacer, que si incitaste, que si estabas drogada, que el sexo en grupo era tu vicio, y que se podían medir por kilómetros las pollas que te habías comido. Pero tranquila, que hay más.

«Niñata, se te fue de las manos»

«Las 10 razones por las que se lo merecía»

«7 momentos en los que pudo haber escapado»

«Calientapollas, te dio miedo que subieran el vídeo a Pornhub»

Aquello te sorprendió. Hasta ese momento, creías que los insultos tan descarnados estaban reservados a los políticos o a los delincuentes. Que a la gente solo se le iba tanto la olla ante una injusticia flagrante o una venganza particular. Pero resulta que no. Tú también tienes esa capacidad. Suscitas odios rabiosos.

Y así todo. Todo el rato. *Ad nauseam.*

Te imaginas a todas esas personas que no te conocen de nada, arrellanadas por las noches en su sofá. Atiborrando el buscador de Google con permutaciones de sustantivos: chica-portal-violación. La gente del barrio arañando carnaza. Porque solo el hecho de verte de lejos ya les proporcionará cierto estatus: yo pasé por allí, vivo en la calle de al lado, la conozco de clase, del parque, de vista. Encantados de que les suministres jugosas anécdotas para la próxima sobremesa.

Y sin embargo, no puedes quejarte, no puedes llamarles ratas, cerdos, respetad la identidad de las víctimas. Porque, ¿te acuerdas? Tú has sido ellos mil veces. Los atentados de Francia, esa noche de disparos en el Bataclan, y tú con los ojos pegados al móvil, intercambiando mensajes con Lukas desde debajo del edredón. Tío, ya van sesenta muertos. Deslizabas el dedo por la pantalla para actualizar las noticias, a ver si salen más datos, más muertes, más salvajadas, una nueva tragedia en otro punto de la ciudad, que no decaiga el horror, que no ceda el nudo de la garganta. Lo flipo, tío,

yo me muero, yo no superaría eso. Dedicaste la tarde siguiente a engullir helado de *stracciatella* mientras ojeabas historias desoladoras sobre los muertos. Qué edad tenían, en qué trabajan, si estaban enamorados, embarazadas, recién casados. Cuáles eran sus sueños.

No puedes llamarles ratas. Tú has sido ellos primero.

Cuando abre los ojos, la luz que baña la habitación es lúgubre y fangosa. Miriam se gira sobre el colchón. A través de una rendija entre las cortinas vislumbra una estría de nubes compactas. Eso la reconforta. Todas las temporadas deprimentes deberían llegar así, piensa, respaldadas por cielos color de orina.

Arranca el móvil del cargador y camina en un tambaleo letárgico hasta la cocina. La casa entera desprende un olor cremoso a mantequilla blanda y a ventanas abiertas. Su madre ha empezado a preparar tostadas francesas en la sartén, y durante unos segundos, Miriam la contempla con la frente apoyada en el marco de la puerta. Se frota los ojos con los nudillos, se rasca algo pegajoso de la comisura del labio, hasta que, de pronto, el timbrazo del teléfono fijo la sobresalta. Su madre la mira. En el gesto lacio de Miriam, Pattie confirma que no tiene intención de responder, de modo que suelta la espumadera y baja la intensidad del fuego. Están esperando la llamada de la psicóloga. Después de casi un mes empeñada en que ni de coña, que me da mal rollo, y que con las pastillas me apaño, ahora resulta que Miriam ha cambiado de parecer.

Pattie descuelga, saluda con un florido: sí, dígame. Y entonces inclina el cuello: ah, sí, un momento... Se gira hacia Miriam: son los de la depilación láser para confirmar la cita de pasado mañana. Miriam niega con la cabeza, vocaliza: no, no, no. Se cobija en un rincón. Seguro que la han oído, a pesar de que su madre está tapando con la mano el auricular. Pattie se aclara la voz: no puede ir, sentimos no haber avisado. Y Miriam se muerde las mejillas por dentro, aprieta hasta que siente un pinchazo. Esa llamada de la vida normal, de su pasado, como si se hubiese colado por error desde una realidad simultánea en la que otra Miriam, más feliz y

más relajada, todavía se depila las piernas con láser y lleva el flequillo teñido de rubio. Es algo que se plantea a menudo. La divergencia en el tiempo donde ella escogió el rumbo que conducía a la oscuridad de un portal. Y por eso, ahora se ve obligada a presenciar los coletazos de su antigua vida desde el universo equivocado.

Pattie ha vuelto a subir el fuego. Está amontonando sobre un plato las rebanadas de pan, esponjosas y calientes. Miriam se apoya de nuevo en el marco.

—Ponte algo de desayunar —oye decir a su madre.

Arrastra los pies hasta la cafetera, trata de ignorar el dolor de cabeza que ya le palpita en la sien. Enciende el interruptor, y de camino hacia la ventana coge una tostada del plato. Hace frío. A través de los visillos con bordados geométricos, Miriam mira a la gente que pasa por la calle con los paraguas abiertos y las capuchas aplastadas contra la cabeza.

En la mesa, atrapado bajo un pimentero, descansa el volante para la revisión de las seis semanas y la prueba de Papanicolau. Pero Miriam ya ha dejado de ponerse nerviosa. Ahora le preocupa más el asunto de la psicóloga. Le inquieta lo que pueda sacarle de dentro. ¿De qué van a hablar en realidad? Si ni siquiera sabe qué responder cuando le preguntan cómo se siente. Triste, supone. Y percibe que la palabra ha adquirido un espesor diferente en su voz. Antes la tristeza era algo ambiguo, un revoltijo de rutinas hostiles —pena, celos, nervios, frustración—. Porque suspendía un examen, o porque Jordan pasaba de ella, o porque alguien en clase la había llamado gorda. Pero la tristeza de ahora es distinta. Un elemento puro y sin adulterar. Una madriguera tupida en la que al final terminas por acoplarte. Contra esa tristeza, Miriam no opone ninguna resistencia, igual que tampoco lo hizo con la violación.

Le da un mordisco mínimo a la tostada y desliza la mano por el borde de los visillos. Desenfoca la vista hasta que los árboles se difuminan sobre el océano gris del asfalto.

—También hay mermelada casera —dice Pattie, y fuerza una sonrisa tensa, un poco apopléjica.

Miriam dice algo. Dice: genial, o algo así, porque unos

segundos después no tiene muy claro si ha llegado a responder a su madre. Dentro de la cocina, la luz es cada vez más rancia, como si el sol se estuviera muriendo. Y piensa: necesito algo pequeño, algo para superar este día. Escoger una película para después. Un baño caliente. Un pijama limpio y cómodo. Se da la vuelta despacio. Pattie ha metido la sartén bajo el chorro del fregadero y desprende con los dedos unos recortes secos de huevo.

—Mamá.

—Dime, cariño.

Miriam deja la tostada en el borde de la mesa. Va a preguntarle si pueden encargar pizza más tarde y quizá comérsela en el sofá. Sacar la manta gruesa, elegir juntas una película. Entonces una lágrima cae sobre el hule, y de pronto, espantada, descubre que no es capaz de respirar, que ha olvidado cómo se hace, que necesita deshacerse primero de ese trozo de pan tostado que le está haciendo bola contra la mejilla. Las lágrimas le congestionan la nariz, intenta tragar, pero la garganta se contrae bloqueada, como si tuviera cemento. Y el corazón se le pone a mil. Me voy a asfixiar, piensa, me voy a morir. Y mientras tanto, más terror, más sofoco, más lágrimas que se apelmazan detrás de sus ojos. Hace otro esfuerzo, aprieta los dientes. Y por fin lo logra. Traga. Lanza un jadeo. Un espasmo en el vientre. Una arcada. Se apoya en la mesa convulsionando, y antes de que le dé tiempo a pensar, una gelatina de pan semidigerido se desparrama sobre el hule de peces tropicales.

—¡Miriam!

Pattie se da la vuelta con la sartén chorreando jabón.

—¿Te encuentras mal? ¿Qué pasa?

Un estruendo de loza contra el fregadero. Miriam está esperando a que acaben las sacudidas para decir que no pasa nada, que no se preocupe. Se apoya la frente en la mano. No quiere llorar, no quiere que su madre tenga que consolarla. Noche tras noche ve esa bruma escarlata en sus ojos, y no quiere, no se imagina causar más dolor, pero está de rodillas en el suelo de la cocina, y todavía lucha por meterse en los pulmones todo el oxígeno que le falta, mientras le abrasa de bilis la garganta,

mientras el frío de las baldosas se le incrusta en los huesos, pero sobre todo esa luz, esa luz de enfermedad crónica que entra por la ventana. Y por fin coge aire, se limpia la boca con la servilleta que le tiende su madre. Pattie está blanca, el pelo teñido resalta su palidez.

—¿Qué pasa, cariño?

Miriam endereza la espalda, se apoya en su hombro.

—Mamá —dice con ojos cansados—, ¿podemos ver hoy una película juntas?

Mi vida es una pesadilla. Apenas puedo comer, ni dormir. Estoy tomando pastillas para la ansiedad. No sé cómo ha podido pasarme esto. Yo siempre he llevado una vida de lo más normal. Mi familia está destrozada... [pausa] Todavía no entiendo cómo... [un sollozo le corta el habla] No sé qué hago aquí, todavía hay días en que me despierto y no puedo creer que las cosas hayan ido tan lejos... Hace un año yo era una persona como cualquier otra, con los mismos problemas que cualquiera, tenía mis amigos, mis planes... Esto es totalmente irreal.

(Declaración de uno de los acusados ante el magistrado.)

El primer día de clase te levantas temprano. Te duchas, te vistes, te secas el pelo y lo recoges con una goma mirándote en el espejo. Después desayunas sin prisas. Un saludable cuenco de muesli con un kiwi cortado en rodajas. Tragas pastillas con leche, enjuagas los platos en el fregadero y preparas la ropa para ir directa al gimnasio a la vuelta del instituto. Mucha gente —tu madre, la psicóloga— alberga la esperanza de que este regreso a la rutina te hará bien. Nada como tener la cabeza ocupada durante ocho horas al día.

En el autobús te plantas los cascos y subes el volumen de la música a tope. No quieres cruzar la vista con nadie durante todo el trayecto. Ya pronosticas que va a ser extraño cuando entres en clase, aunque no sabes muy bien qué esperar. Cuchicheos, miraditas, gestos de consternación. Eso sin duda. Quizá una pintada en la pizarra, el típico monigote con tetas. Una flecha señalándolo con tu nombre. Vete a saber. Y sin embargo, por una vez, Miriam Dougan, te equivocabas.

Desde el mismo instante en que cruzas el umbral de la puerta, se hace patente el giro en la trama. Y por cómo se vuelven las caras, por cómo te miran, enseguida deduces. Ya no eres la chica gorda, la Zampa, la Bufi. Ahora te has convertido en algo mucho más original y sofisticado: la chica violada. Mejor aún: la chica violada y vilipendiada. Y no te pasa inadvertido el cambio de actitud, sobre todo en lo que respecta a tus compañeras. Sonríen al pasar por tu lado, te saludan con voz cantarina y se aseguran de que las has escuchado. Algunas se paran, y dicen: Miriam, guapísima, si necesitas apuntes o lo que sea, que por favor cuentes con ellas. Casi dan lástima. Las pobres criaturas, acechando la oportunidad de hacerte un favor. Deben de estar exhaustas. Todas tan alerta. Juntas como hermanas. Confiando en que no recuerdes

la otra versión: Miriam, tienes la peste, Miriam, qué torpe eres, ¿tú sabes lo que es un tampón?

Santo Dios. Todas esas sádicas.

Una alumna dos años más joven te ha regalado una camiseta de color rosa, tiene un mensaje en letras brillantes que reza: PARA LAS MUJERES A LAS QUE TODO LES SUDA EL COÑO. La tipografía alocada, moderna, alternando trazos gruesos y finos, como si fuese el eslogan de una start-up. Suspiras: gracias.

Oh, de nada.

Parece halagada de que aceptes la camiseta, un poco excitada también, como si fueses una estrella de cine a la que ha interceptado a la salida de un hotel para regalarle un peluche. Y así todas, una por una: qué tal va todo, cómo te encuentras. Te aprietan el brazo, tan entregadas, como si de repente fueran tus mejores amigas: hablemos de temas alegres, ¿qué te parece lo de Jennifer Aniston? Pero sabes que no quieren nada con Jennifer Aniston. Se mueren por los detalles. Qué hay de cierto en tu drama, cuándo va a ser el juicio, y qué va a pasar con todas las contradicciones en la narrativa. Y aunque no te interesa, ellas insisten: que sí, que no cabe duda de que tú eres sincera, que están de tu parte, y que menuda panda de cerdos, que la sociedad está enferma, que la moral, la política, que esto no puede ser, y sobre todo, que quede bien claro lo empáticas y comprometidas y progres que son.

En la primera pausa, Vix acude a buscarte. Está con Lachance, que mira hacia el interior de tu aula con cierta fatiga. Se le ve ansioso por desaparecer de la escena, y finalmente se despide de Vix y se aleja dando zancadas en dirección a las escaleras. Este año solo coincides en clase con Tallie y con Clara. Vix y Paola no están en el mismo grupo. Los chicos tampoco, se han ido por la rama de tecnológico, lo que a decir verdad te produce un alivio enorme.

—¿Has visto lo que han montado en el vestíbulo? —dice Vix, y aprieta los labios hasta hacerlos desaparecer.

Os rodea un olor consistente a migas de pan y a embutido.

También a ropa nueva, a plástico frío, al poliéster de las mochilas compradas la semana anterior.

—No sé si quiero verlo —dices—. Es sobre lo mío, ¿no?

—No del todo, pero se le parece.

Lo que han montado es en realidad un tablón de corcho de donde cuelgan varios dibujos sujetos con alfileres. Muestran a chicas de fiesta, divirtiéndose en bares, con vestidos cortos, muy cortos, o caminando solas de noche por una acera. En medio de los dibujos, hay una lista larguísima de varios renglones escrita en hojas de color malva. Y desde lejos, desde el pie de las escaleras, e incluso desde detrás de las puertas dobles acristaladas del patio, se puede leer en letras panzudas y rojas: ESTO ES SEXISTA

*Comentar la ropa de una mujer

*Aconsejarle a una mujer que lleve espray antivioladores

*Pensar que una mujer se lo ha buscado o que flirteó demasiado

*Decirle a una mujer que no debería caminar sola por ciertas calles

*Sugerir que una mujer no debería hablar de sexo en público

...

Y así tres hojas tamaño folio.

Debajo del tablón, sobre la típica mesa escolar de color verde pálido, se amontonan torres de cuestionarios, panfletos informativos y cuadernillos sobre la violencia de género.

—No creo que lo relacionen contigo —dice Vix—. Solo es..., ya sabes, concienciación y todo eso. Es lo que está de moda.

—Sí, supongo.

—Lo he visto en más sitios —insiste Vix—. De verdad.

—En dónde.

—En el centro comercial y en la biblioteca.

Asientes sin convicción.

—Seguro que no es solo por lo tuyo, Miri... Y además, en el instituto casi nadie sabe que es a ti a quien le pasó... O sea, los más cercanos y los de clase, pero nadie más.

—Ya, bueno —dices—. Como si no se fuese a correr la voz.

—A lo mejor no tanto como creemos...

Suspiras. Pasas de seguir hablando. Y además nada de lo que Vix diga va a aliviarte. Es cierto que la propagación de tu nombre se ha frenado y ahora hay multas muy gordas para quien filtre tus datos, pero eso no garantiza tu inmunidad. Ocurrió, sin ir más lejos, hace un par de semanas. Fue el hincha de un club de fútbol, al parecer. Tú ni siquiera sabías quién era ese tío, ni cómo te conocía, y sobre todo, por qué invirtió tanto tiempo y esfuerzo en joderte la vida. Al menos, los medios de comunicación reaccionaron deprisa. Tu abogado, la policía. Borraron toda mención, aniquilaron el rastro. Pero todavía crees marearte cuando al abrir un artículo tropiezas con nombres similares al tuyo: Maria, Marion, Mirna. Así que, como resultado, han tenido que subirte la dosis de clonazepam.

Aunque en realidad ha sido un poco por todo.

Y ahora lo que faltaba. Esta parafernalia. La gente merodeando enfrente del corcho cada mañana. Se les ve entusiasmados. El afán con que desdoblan los panfletos y los manosean. Algunos sacan fotos de los dibujos con sus teléfonos móviles. También de la lista de indicios sexistas. En ocasiones, se vienen arriba y agregan renglones. Pero tú no. Tú nunca. Tú siempre pasas de largo. Escondes la cara y subes a toda prisa las escaleras.

Enero de 2018
Una semana después de la resolución del juicio
Diecisiete meses después de la violación

Enderezas la espalda sobre el respaldo y paseas la vista por los cuadros gigantescos de las paredes. Escenas de guerras y caza mayor. Los marcos labrados y envejecidos con un efecto de falsa carcoma. Justo enfrente de ti, hay una puerta cerrada, y a través de la mitad superior, que es de vidrio esmerilado, se aprecian brumas en movimiento que se asemejan a figuras humanas. Permanecen mucho tiempo sentadas, y después se levantan y se desplazan por el cuadrado translúcido interrumpiendo el flujo de luz. Junto a esa puerta hay una plaquita dorada que reza: WINFRIED KAZATCHKINE. ABOGADO PENALISTA. Y qué bonito es todo a tu alrededor. Los muebles de palisandro, las paredes revestidas de madera de nogal, las sillas talladas, y seguramente muy caras, con las patas rematadas en garras de león. Incluso el aire tiene algo de suntuoso. La habitación entera desprende un olor regio a cera de muebles. Y a lo largo de los pasillos, mármol, mucho mármol, y seda con brocados. Armarios con bajorrelieves de generales romanos, tapices franceses, lamparitas de vidrio, cocker spaniel de porcelana, y sobre una cómoda Luis XVI a tu lado, una profusión de vasijas y cerámica china pintada de azul.

Se trata de un bufete con mucho prestigio. Sus abogados ostentan millones de títulos, y por lo general se dedican a resolverles los contratiempos a marqueses y alcaldes. Solo en ocasiones contadas aceptan casos populacheros como el tuyo, sobre todo si se han hecho eco las redes sociales y no dejan de machacar

con el tema por televisión. Cuando miras a tu alrededor, no cabe duda de que los decoradores se han partido los cuernos para dejar bien clarita la diferencia de estatus. Y piensas de nuevo: qué pinto aquí, qué más voy a contarles, deberían haberse contentado con la sentencia.

El interior del despacho huele a tabaco. Las enormes ventanas, orientadas al norte, dejan ver pedazos de cielo de un azul depresivo, como el gas propano. Cuando empiezan a hacerte preguntas, por algún motivo no puedes hablar. La saliva se te va de la boca y balbuceas palabras entrecortadas. Dejas las frases a medias, las subordinadas babeando en el filo de todos tus «es que», «no sé», «en realidad». Clavas la vista en un reloj decorativo encima del escritorio. Es tan feo y recargado que casi te gusta. Apenas escuchas al abogado, ese señor Kazatchkine, que está lleno de arrugas, y desde algunos ángulos, según cómo le caiga la luz de la lamparita, parece una criatura de cartón piedra.

Hace rato que ha empezado a soltar una parrafada. Dejas el gesto en pausa y asientes como si entendieras de lo que habla. Te dejas llevar por sórdidas obsesiones, por ejemplo, a qué ojo deberías mirarle mientras escuchas. No es posible mirar a los dos a la vez, acabas de darte cuenta, y este súbito descubrimiento empieza a sacarte de quicio. Desplazas la mirada de un ojo al otro con inquietud. Cada vez que te hace alguna pregunta, te aclaras la voz sin necesidad. Contestas invariablemente: no sé.

Deberíais recurrir la sentencia, te explica, porque la condena de cinco años es absolutamente irrisoria, prácticamente un insulto. Ya ves que la fiscalía ha comunicado de inmediato su desacuerdo. Y no olvides que, por otro lado, los abogados de ellos también están considerando la opción de presentar un recurso. Desde su posición, aducen que no se respetaron los derechos de los acusados, ni tampoco su presunción de inocencia y que el tribunal dictó la condena bajo una terrible presión mediática.

Así que más reuniones, más preguntas, más sopesar los pros y los contras, y más firmas, burocracia, ese lenguaje barroco que no comprendes, ni quieres que te aclaren tampoco, y todas las exposiciones, y razonamientos, y desviar los ojos hacia el reloj

espantoso pero casi bonito del escritorio, y los madrugones, y las tazas de café oscuro. Todo enfocado a la meta de lograr convencerte.

El señor Kazatchkine se quita las gafas. Abre un armario de madera maciza con las puertas de cristal, y saca un montón de papeles con membretes y escudos, como si fueseis a declararle la guerra a Enrique VIII. Hay dos o tres documentos que necesita que verifiques. Todos empiezan con un enunciado solemne: En su declaración del día ... a las ... de la mañana, en la dependencia policial de la calle ..., manifestó usted que ... Lees el papel varias veces. Te inquieta el modo en que se articulan las frases. Esas estructuras tan frías que parecen acertijos trucados, como si los hubiesen diseñado a propósito para que te equivoques. Para ir a pillar. Y a continuación, el señor Kazatchkine descerraja: ¿lo ratificas? Esa pregunta con eco de guillotina.

Sí, respondes a todo, lo ratifico. Me reafirmo en que no hablé de sexo, o al menos, no en plan explícito. Y tampoco besé al otro chico, a ese señor Kaplan, como ellos aseguran en su declaración. Jamás flirteé ni tonteé con ellos. Yo solo quería marcharme con Alex, que era el chico con el que había quedado. Y por otro lado, lo de que yo sugerí que fuéramos a desayunar todos juntos, no sé por qué se han inventado eso, resulta evidente que es un disparate.

Hubo más de una ocasión para contar tu historia, la mañana siguiente a la noche en que todo ocurrió. Durante dos horas, en comisaría, formularon un millón de preguntas para rellenar con más chicha tu versión de los hechos. Entonces no pensaste que tuviese importancia. Ese par de omisiones. Que quizá sí que hiciste cierto tipo de comentarios, y que por alguna razón estúpida besaste al Kaplan, pero un beso de nada. Y te lo callaste, sí, porque, ¿acaso importaba? No eran más que un par de detalles que en ese momento te provocaban una vergüenza terrible, y además, solo servirían para enrevesarlo todo, para confundir a la policía y distraerles del verdadero problema. Que era que estabas cagada, que no te imaginabas ni por asomo que las cosas acabarían así,

joder, de verdad. Que no querías, que no sabías, y que ni de lejos llegabas a sospechar lo que ellos interpretaron y lo que hicieron después.

El problema, sin embargo, es que luego te reafirmaste en esta primera versión. También delante del abogado, de tu madre, de la psicóloga, e incluso el mismísimo día del juicio, sentada en esa silla rígida enfrente de los magistrados. Tragándote un par de verdades que ellos, los cuatro jinetes, habían repetido hasta la saciedad, que coincidían en sus cuatro declaraciones, y que tú insistías en que nunca jamás. Las palabras aullándote en el estómago mientras todas esas personas te miraban a las pupilas, mientras el micrófono amplificaba tus titubeos. Y no es que dejases ciertos detalles al margen, no es que los esquivaras. Te lo preguntaron sin circunloquios. Los abogados de ellos, que no cesaban de apuntarte con sus bolígrafos: señorita, ¿no es más cierto...? Y tú sudabas y tiritabas por turnos, conocías de antemano lo que ellos habían testificado ante el juez. Aunque también declararon patrañas que sabes —con una certeza absoluta— que no son verdad. Ellos, por lo que se ve, también han editado su parte.

Y ahora te mueres de miedo, porque quizá si confiesas que mentiste en el juicio, los magistrados concluirán que el resto de tu testimonio también es una calumnia, y entonces te meterán en la cárcel. Quizá has cometido un delito terrible. Y ahora cómo vas a dar marcha atrás.

A veces, para consolarte, piensas: en realidad no cambia nada, el resultado es el mismo, me violaron. Y justo después: ¿seré capaz de sobrellevar esta carga toda mi vida?

A la salida del cine, han pasado por la inauguración de una tienda de cosméticos en el centro comercial. Vix ha enfilado directamente hasta el fondo porque quiere curiosear entre los expositores de máscaras de pestañas. Pero Miriam no es capaz de centrarse en nada. A ratos echa la cabeza hacia atrás o se asoma de puntillas desde el otro lado de una estantería de geles de baño. Necesita tener controlada la puerta, y en concreto, a los demás compradores: los gestos que adoptan, a quién acompañan, su aspecto, sus ademanes, sus patrones de locomoción.

Hoy no es precisamente su mejor día. Tampoco ayer, ni lo que va de semana. Y sin embargo, hubo una época buena. Hace no mucho. Un paréntesis de seis días entre la tarde en que le tocó declarar y la llamada del señor Kazatchkine apremiándola para recurrir la sentencia.

Todo el tiempo anterior al juicio es una nebulosa.

El último año del instituto fue complicado, resultaba evidente que los profesores estaban siendo de lo más generosos en las notas de evaluación. E incluso el jefe de estudios hacía la vista gorda cuando Miriam faltaba a clase porque sufría crisis de pánico. La selectividad la aprobó por los pelos, y entonces pensó: quizá ahora logre desconectar, quizá pueda disfrutar del verano. Sin embargo, era imposible ignorar la sombra del juicio, la idea de encontrarse de nuevo con ellos, cara a cara, en la misma habitación. Durante una de sus muchas citas con el señor Kazatchkine, Miriam le preguntó —es decir, le suplicó— si podía declarar por videoconferencia, es que no puedo verlos, en serio, pero la respuesta del Tribunal fue tajante: no. Así que ataques de ansiedad, insomnio, ronchas por todo el cuerpo y un principio de úlcera que los médicos trataron con antibióticos; y otra vez venga a vomitar,

venga a dejarse comida en el plato, nuevos botes de pastillas multiplicándose en el armarito del baño, sudores, llantos con hipo, agorafobia, un incremento significativo de las visitas a la psicóloga.

La universidad llegó como un soplo de aire fresco. Por fin podía confundirse entre la multitud. Sus compañeros parecían gente agradable, comprensiva. Parecían. Pero el juicio. Y no le quedaron fuerzas ni ganas para explorar ese mundo.

Recuerda cómo se le disolvieron los nudos del pecho el día en que bajó las escaleras de los tribunales, justo después de haber prestado declaración. Era una mañana soleada de finales de enero. Se sentó con su madre en el jardín de una pizzería, y aunque estaban en pleno invierno, se puso las gafas de sol y se recostó en el respaldo de la butaca a recibir los rayos del mediodía. Por fin, ya está, sonreía Pattie mientras cortaba triangulitos de pizza. Y Miriam contemplaba las ramas robustas de los castaños, el sol esparciéndose por la capa uniforme del queso fundido. Se sentía feliz. O casi. Sí, pensaba, ya está.

Al salir de la tienda de cosméticos, se ven obligadas a atravesar por en medio de una cola descomunal de clientas. Esquivan los globos que ruedan a la deriva y también a las azafatas de pelo liso que empuñan botecitos de crema. Como era de esperar, no han comprado nada, pero Vix ha recopilado un buen puñado de cupones de descuento que ahora está guardando en el bolso.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

Se ha rociado con varias colonias y su jersey desprende una saturación de olores robustos y sensuales. Miriam echa un vistazo a su alrededor. Es sábado por la tarde y el centro comercial está abarrotado de gente de todos los rangos de edad. Siente un brote de angustia.

Hace tres días se decretó la salida de los cuatro acusados de prisión preventiva. Hasta que se resuelva la apelación —y eso puede tardar más de un año—, se les concede la libertad provisional con ciertas obligaciones, como la de no abandonar el país o comparecer con una determinada periodicidad en el

juzgado. Les han retirado los pasaportes, eso dijeron en los informativos, y Miriam solo piensa que ojalá se fugasen de todos modos. Que se escondiesen lejos, lejísimos, en la otra punta del mundo.

Como es obvio, también les han impuesto una orden de alejamiento, pero eso no la consuela. Que no puedan acercarse a ella, ni a su casa, ni a la universidad, pero sí, en cambio, al centro comercial, al cine, a la tienda de cosméticos, el polideportivo o la explanada. Será así mientras se evalúa el recurso de apelación que ya ha presentado la fiscalía. Pero si finalmente el tribunal falla a favor de los acusados, entonces quedarán libres. No volverán a pisar la cárcel. Nunca jamás.

Después de recorrer la zona de restaurantes, deciden sentarse en una de las mesas altas de la tienda de gofres. Hay demasiadas personas, piensa Miriam, pero la psicóloga insiste: que salga, que se relacione, que no se quede encerrada en casa. Enfrente de ella, Vix toquetea la pantalla del móvil. Se ha suscrito a un boletín de noticias para recibir de inmediato todas las novedades del campus. Ahora está obsesionada con no sé qué seminarios de cultura visual.

—La semana que viene hay una fiesta donde el campo de rugby —dice. Tiene las mejillas arreboladas, aunque probablemente sea por la calefacción—. Podríamos ir juntas y así te presento a Gigi y a Manon, igual te convencen para que vengas a los seminarios.

Miriam sonríe con flojera. Sabe que son las típicas invitaciones que irán perdiendo fuerza a medida que pase el tiempo, e incluso a Vix le parecerá una lata tener que acoplarla a sus planes en cuanto se aclimate y conozca a más gente en la facultad. En cosa de un par de meses, ha hecho ya bastantes amigos o, al menos, se ha creado un circulito de personas afines. Después de las clases, toman cervezas en la cantina o acuden a espectáculos cultos en salas de teatro mugrientas. Persisten en ese jadeante entusiasmo por descubrir gurús y pasiones y dimensiones ignotas de su intelecto. Miriam no puede evitar sentir cierta envidia. Ella ni siquiera ha sido capaz todavía de acercarse a ninguna de sus compañeras de clase. El día en que se decretó la

libertad provisional, el hall de la facultad estaba repleto de gente que gritaba: injusticia, violadores, y agitaban pancartas con cara de malas pulgas. No tuvo las narices de entrar.

—Por supuesto, hay que escoger muy bien lo que nos ponemos para la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La del campo de rugby. —Vix está doblando en un patrón asimétrico el envoltorio del azucarillo. Levanta la mirada con entusiasmo—. Tenemos que dar una imagen muy cool.

Miriam fuerza una mueca. No tiene ninguna intención de acudir a esa fiesta, pero prolongará la conversación hasta que derive a otro tema o se extinga sola. Al menos, agradece esos torpes intentos de Vix por distraerla.

Se limpia con la servilleta y le da un sorbo corto a su Coca-Cola, donde un par de hielos navegan pulidos y transparentes.

—¿No vas a llevar a Lachance a la fiesta? —pregunta.

Vix junta los labios, se retira una miga de gofre de la comisura.

—Hugo nunca quiere venir. Le da pereza conocer a mis amigos. Y lo de las exposiciones y el teatro, ni te cuento...

Miriam resopla.

—Pues vaya. —Y tras una pausa—: ¿qué hacen últimamente los del colegio? ¿Siguen viéndose?

—Sí, siguen yendo por la zona del poli. Aunque ya no pisan el Dreams ni ninguno de esos bares casposos. Ahora les ha dado por los torneos de dardos.

—Qué plastas. —Miriam se mordisquea una uña—. ¿Los ves a todos en general?

Vix comprime una sonrisita.

—Cuánto interés repentino... ¿Me estás preguntando por Jordan?

—No, joder —suelta un bufido, arruga una servilleta y la suelta hastiada—. No sé, pregunto por todos en general.

También a ella le sorprende esta curiosidad que de pronto le bulle por dentro. Durante meses, le ha dejado muy claro a Vix que no quería saber nada del grupo, que se sentía decepcionada.

Aunque tampoco es que les guarde rencor.

El distanciamiento fue triste, pero gradual, lo que al menos volvió la tristeza un poco más tolerable. Después de que la noticia estallase, y sobre todo, después de que los medios de comunicación lo convirtieran en una especie de reality show, era evidente que ciertos hábitos pararían en seco. Lo de preguntarle que cuánto le medían las tetas, por poner un ejemplo. Y también ciertas coñas, toqueteos, chistecitos, el cachondeo repetitivo durante la clase de Educación Física. Toda esa machaconería que nunca le había hecho ni pizca de gracia, y que de pronto también a ellos parecía resultarles incómoda. Pero no paró ahí. Hubo más cosas. Algunas que no tenían por qué esfumarse. Los abrazos, la complicidad, los wasaps de madrugada. Ahora rehuían todo contacto con ella. Y Miriam percibía la angustia en sus ojos cuando los sentaban juntos en el laboratorio de prácticas. Así que les dejaba espacio, se pegaba a la pared. Pensaba: deberían plantarme en la frente una de esas etiquetas amarillas de mercancía tóxica.

Fue un alivio cuando por fin terminaron las clases. Seguramente para ellos también, a juzgar por la prontitud con que los perdió la pista.

—¿Te parece bien que pase por tu casa el sábado antes de la fiesta? —dice Vix—. Podemos ir a cenar.

Miriam desliza la yema del dedo por el contorno de la bandeja.

—Pues…

—Oye —Vix estira el brazo, le toca la manga del jersey—, podemos hacer otro plan nosotras si lo de la fiesta no te convence.

Miriam levanta la vista, está a punto de sonreír, y entonces un abismo de pánico se le congela en los ojos. Ha divisado la figura por encima del hombro de Vix. Una nuca castaño claro. Una chaqueta de cuero con un águila bordada en la espalda. Y de pronto no puede mover un músculo, tiene frío, mucho frío, tanto que las piernas le empiezan a dar sacudidas bajo la mesa. ¿Por qué ha hecho caso de la psicóloga? Haz tu vida, distráete, medita, intenta no darle vueltas. Es como cualquier otro tipo de convalecencia, le prometió. Así que tranquila, paso a paso, inspira

y espira, practica deporte, imagina una playa. Y no es solo cosa de la psicóloga. Todo el mundo a su alrededor prescribiéndole verbos imperativos. Su madre, Vix, Paola, la profesora de yoga, los vídeos zen de YouTube. Afloja los músculos, relájate, siente, respira.

No quiero respirar. No quiero vivir.

Vix se ha dado la vuelta al detectar el terror en su rostro. Trata de atisbar algo —o a alguien— en la taquería mexicana del local contiguo, entre el laberinto de mesas adonde enfocan ahora las pupilas de Miriam.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Miriam agita la cabeza en un gesto mínimo. Apoya los codos sobre la mesa y esconde la cara entre las manos. Sobre la bandeja de plástico, en la dirección de sus ojos, hay una mancha de sirope de fresa con un pelo largo atravesado. Fija ahí la mirada, en la mancha, en el pelo, y siente que va a desmayarse.

—¿Miri?

—Creo que está ahí.

—¿Quién?

Miriam compone un gesto de dolor, como si empezara a sentirse indispuesta. Y lo que pasa es que Vix no es una persona adulta, no sabe muy bien cómo reaccionar ante el peligro. Alguien más maduro —Pattie, por ejemplo— se hubiese puesto de pie, la habría cogido del brazo: venga, tranquila, vamos a comer un helado. Y se hubiesen escabullido en silencio. Pero lo único que Vix consigue decir es:

—Joder, no mires. ¿Te ha visto?

Y Miriam, que ni siquiera está completamente segura de que sea él, aprieta los puños hasta dejarse las uñas marcadas.

La nuca castaño claro con el pelo del Estudiante se inclina y bascula hacia el grupo de gente que le acompaña. Han tomado asiento en una mesita junto a la barra y están ahora mismo despojándose de las prendas de abrigo. Miriam afila los ojos, limita su campo visual a la silla entre cuyas patas plegables le asoman las piernas. Lleva unas botas Timberland marrones. Unos pantalones de color beige con la raya marcada. Miriam se pregunta si tiene una madre que le plancha y le dobla la ropa y después se la deja

apilada a los pies de la cama. Nunca se le había ocurrido pensar que esos chicos también tenían madres, y que esas madres escucharon *in situ* sus declaraciones. Toda esa terminología del campo semántico del putiferio. Así lo traducirán ellas: fue solo sexo, jolgorio, una noche de excesos. Esa chica se lo buscó.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta Vix.

Pero Miriam todavía no es capaz de moverse. Las extremidades le pesan como sacos de arena y el cerebro se le ha llenado de aire, de modo que no está en condiciones de desplazar su atención hacia Vix, y muchísimo menos de plantearse una maniobra.

En la mesa de la taquería, el chico que podría o podría no ser el Estudiante se ha quitado la cazadora del águila y la ha dejado colgada sobre el respaldo. Va con dos chicas, a su lado son muy bajitas, e incluso desde aquella distancia es posible distinguir el color oscurísimo de sus pintalabios. Ambas llevan moños altos y esponjosos, minifaldas, bolsos amplios de los que sobresalen libros de texto.

—Miri, ¿nos vamos? —repite Vix. Estira el brazo por encima de las bandejas con restos de gofre, y coge a Miriam de la muñeca —. Venga, tranquilízate.

Miriam toma aire. Las rodillas le tiemblan tan fuerte que le da miedo ponerse de pie y desplomarse.

—No —susurra—, cállate.

Solo quiere cerrar los ojos y desaparecer. Le duelen las sienes de tanto como aprieta las muelas, y no puede apartar la mirada de esa nuca castaña, de los moños esponjosos, del bordado del águila ondulándose en el respaldo. Porque mientras los mire, mientras se mantenga alerta, sabe que están ahí, en la distancia. Pero si aparta la vista, entonces pierde el control, y de pronto él está en todas partes, se gasifica, satura el espacio a su alrededor. El Estudiante tiene ahora mismo esa capacidad, hace metástasis en su vida entera. Y por eso Miriam no puede permitirse el lujo de modificar la posición de su cuerpo y dejar de mirar.

—Voy a llamar a Hugo para que vengan a recogernos — sugiere Vix.

Saca el teléfono a toda prisa y le da unos golpecitos impacientes a la pantalla. Miriam está sentada sobre sus manos con las piernas cruzadas, dice: ¡no!

Lo más extraño de todo, lo más inquietante, es la parsimonia que la rodea. Todas esas personas apoltronadas en sus asientos, mojando nachos en guacamole, o charlando mientras juguetean con los flecos de una bufanda. Y ahora la nuca castaña se pone de pie. Se remete la camisa por dentro del pantalón. Las chicas deslizan hacia atrás sus banquetas y recuperan sus bolsos del suelo. Al parecer han pedido comida para llevar, y un empleado se aproxima y les tiende unas bolsas de cartón, que ellos cogen de inmediato. Hay otro chaval, a Miriam no le suena de nada. Se arrima a una de las chicas y la abraza por la cintura. Le queda pequeña, muy pequeña, y eso que ambas llevan zapatos de plataforma.

La cazadora del águila abandona la silla y se adapta de nuevo a la hechura marcada de los trapecios y los deltoides. El ángulo del movimiento indica que van en su dirección, probablemente hacia el tramo de escaleras que sube a los multicines. Y Miriam se queda quieta. Contiene el aire. El corazón se le ha metido dentro de todos los órganos y ha impuesto un ritmo tiránico: bum-bum-bum-bum. Cuenta hasta tres. A ver, quizá no es él, no está segura, y además solo le ha visto la nuca. Sería una estupidez que quedase con chicas, que pasease a la vista de todos, y cuántas águilas habrá por el mundo bordadas en cazadoras de cuero. Así que, en un arranque de audacia, levanta los párpados, y el chico que no le suena de nada la mira de refilón, le sacude un codazo a su amigo, que parece ausente al principio. Pero entonces. Ya está. El Estudiante gira el rostro. Pestañea. Y en esa fracción de segundo en que su cerebro establece las conexiones, y un montón de dendritas se excitan y se despolarizan y derraman la información, sus labios se curvan y dejan al aire una fila de dientes blanquísimos, una sonrisa carnívora. Miriam contiene el aliento. Él la recorre de pies a cabeza. Y ella baja la vista hacia sus uñas mordidas. Y se pregunta. Siempre lo mismo. Si de verdad ha pasado. Si es real. Si era él, si la ha mirado. O si todos aquellos segundos han transcurrido quizá en

la pesadilla de otra persona, en el interior de otro cuerpo. A miles de vidas de allí.

Hay transcripciones del juicio por todas partes. En las noticias de algunos periódicos se adjuntan documentos descargables. Otros han optado por añadir un enlace al pie del artículo. Asequible, gratuito, como un suplemento dominical. Te mueres de vergüenza cuando lo piensas. La divulgación de ciertas palabras. Anal, mamada. Pero ya no te vienen ellos a la cabeza, ya no son sus voces trallándote el cráneo. Ya no son ellos, ni tampoco tú.

Beso negro, comerle el coño, yo por detrás y él por la boca, era una orgía, estaba gimiendo, hubo felaciones, varias, muchas, no sé decir cuántas.

Antes te dolían como bayonetas. Pero ahora ya no. Porque ahora. Tu madre.

Le has pedido que por favor no lo lea, que por nada del mundo abra ninguno de esos artículos. Y ella dice que lo promete. Hace semanas que va contigo a todas partes, te lleva en coche al gimnasio, te dice que te acompaña de compras «para mirar unas botas ella también». Por las noches la escuchas buscando quehaceres en la cocina, pasando el trapo cien veces por la misma encimera. Se suena los mocos más de la cuenta. Sabes que lo ha leído. Anal. Mamada. A veces irrumpes en su perímetro, y ella se gira y te da la espalda. Esconde la cara. Como si no lo supieras.

—¿Qué vas a hacer? —te pregunta.

—¿Qué voy a hacer con qué?

Deja un silencio entre medias.

—No quiero recurrir —dices.

—Deberías.

No protestas, ya no quieres darle más vueltas. Estás cansada de ver cómo los días se te amontonan rompiéndote la esperanza. Y tu vida, pausada, atrapada en ese paréntesis, mientras los demás

progresan y crecen, propulsados por la fuerza motriz de la vida. Cada uno con sus ilusiones. Anhelando que llegue el calor, el verano, un ascenso, un estreno, un amor, los días de vacaciones. Mientras tú, Miriam Dougan, vas quedándote atrás. Mientras esquivas a tu madre después de la cena, y rezas para que no saque el tema de nuevo, para que lo olvide y lo deje pasar. Y de momento, parece que respeta tus decisiones, porque no insiste, no da la lata. Ese no ha sido, ni será nunca, el estilo de Pattie Dougan.

Cuando salís a la calle, te lleva directa a las zonas más fulgurantes del centro. Entra y sale de los comercios, señala la ropa de los maniquíes, abre compulsivamente los frascos de las colonias y te los planta debajo de la nariz: mira qué bien huele esta, ¿te gusta?, ¿la quieres?, ¿te la regalo? Te coge de la muñeca y tira de ti hacia las colecciones de primavera. No deja de hacer comentarios sobre cosas sin importancia: qué originales son estas sillas, mira esas plantas, qué frondosas están. Y por eso no puedes ser más consciente de lo mal que lo pasa. ¿Tienes hambre?, ¿vamos al cine?, ¿qué tal hoy? No piensa dejar que el silencio se instale, que prepare el terreno a obsesiones morbosas y recurrentes. A presagios odiosos que la llenan de rabia y la hacen querer explotar.

—Mamá, no voy a recurrir —repites.

—Pero solo dime por qué. —Se muerde el labio inferior, y al liberarlo, se deja marcadas las huellas de los incisivos—. Quiero que se pudran en la cárcel —insiste.

Sabes que no puede más, que se quiere morir. Que las palabras están frescas en su cabeza. Anal, mamada. Porque no imaginaba ni la mitad. Orgía. Yo por detrás y él por la boca. Y entiendes que no va a dejarlo pasar. Que le resulta imposible. Porque no es justo. Porque ella no puede creérselo, y está decidida. Va a entregarse en cuerpo y alma. Va a machacarles. Y tú le dejas pensar que es así. Porque su dolor es incluso más fuerte que el tuyo. Porque no puedes competir con el dolor de tu madre.

Tallie ha mandado un mensaje avisando de que llegará en diez minutos, así que Paola apaga la televisión y sube las escaleras hacia su dormitorio, donde la luz de la tarde baña los muebles de un ligero tono albaricoque. Echa un vistazo rápido para comprobar que no hay ninguna arruga en la colcha, y se cerciora de que los cojines forman una composición armoniosa.

Han quedado para envolver los regalos de cumpleaños de Clara. Después bajarán al centro a comprar una tarta, y a eso de las ocho o por ahí, se encontrarán en el parque con el resto de la cuadrilla. Desde que empezaron las clases en la universidad ya solo se reúnen los sábados, aunque Paola sigue viéndose regularmente con Tallie, y por supuesto, con Jordan.

Para no arrugar la ropa de cama, Paola toma asiento en el escritorio, y durante unos minutos se entretiene buscando noticias en internet.

«La víctima quiere pasar página, pero sus abogados insisten en recurrir la sentencia»

«Manifestaciones en varias ciudades en contra de la decisión de Tribunal»

«Salen a la luz imágenes de los cuatro jinetes abusando de otra joven, un caso anterior a lo sucedido en las fiestas de la Plaza de los Franceses»

Ha leído ya un par de artículos cuando la puerta del dormitorio se abre y Tallie se deja caer contra el marco con un gesto cómico de cansancio. Trae las mejillas coloradas de frío, y mientras se afloja el nudo de la bufanda, pregunta: ¿qué haces? Pero en cuanto Paola empieza a contarle, alza la mano en un aspaviento: estoy hasta las narices del tema.

—¿Has escogido papel de envolver? —añade.

—Sí —responde Paola—, a ver qué te parece. Es de estrellitas.

A Tallie el papel de estrellitas le parece bien. O sea, le importa un pimiento en realidad. Se tumba a los pies de la cama y abraza un cojín apretándolo contra el pecho.

—Bueno, venga, ¿qué leías? —dice—. ¿Alguna novedad con la Bufi?

Lleva el pelo recogido en una trenza de espiga que ha aprendido a hacer esa misma mañana en un tutorial de YouTube, y se ha pintado los labios de un rojo acuoso, como el brillo que dejan las piruletas.

—No... —murmura Paola—. La pobre debe de estar de los nervios.

Tallie permanece tumbada en la cama, asiente con un sonido nasal. Ha desenfocado la vista en el techo y no le apetece hacer el esfuerzo de cambiar de postura.

—Ya, bueno —dice—, es lo que hay.

Con el rabillo del ojo, ve a Paola levantarse y atravesar la habitación hasta un espejo de cuerpo entero. El sol del atardecer entra de forma oblicua y destaca unos restos de polvo en los bajorrelieves del marco. Tallie se gira sobre el costado opuesto. Aplana con los dedos los flecos de un cojín.

—¿Has hablado con ella últimamente? —pregunta.

—Bueno, más o menos —dice Paola.

Y entonces se calla. No añade que casi todos los días establece algún tipo de contacto con ella, o que al menos lo intenta. Casi siempre por WhatsApp. Y que cuando la llama, espera más tonos de los que les concede a las otras personas. Aunque Miriam pocas veces responde.

Paola se quita una horquilla y se alisa el pelo de la frente con la mano. Bajo la luz nítida de la calle, su cabello es todavía más rubio que en el cuarto de baño.

—Pibonazo, no te mires más, que te vas a desgastar —dice Tallie, y cuando Paola termina de reubicar la horquilla, y regresa, y se arrodilla de nuevo entre los pliegos de papel de regalo, añade —: ¿de qué hablas en realidad con la Bufi? ¿Te usa como psicóloga?

Paola chasquea la lengua.

—Deja ya de llamarla así. Y no, nunca hablamos de nada relacionado con su trauma.

—¿De qué entonces?

—Pues no sé, lo típico: la universidad, las rebajas, cosas así. El otro día me estuvo explicando cómo hacer suavizante casero.

Tallie hace una pausa, se recuesta de nuevo, pero Paola tiene la ligera sospecha de que no ha dado el asunto por terminado. Y en efecto:

—Yo creo que esto de la apelación —empieza a decir Tallie— funciona como esos concursos que ofrecen premios superjugosos. Luego el presentador se pone a picarte para que te arriesgues por un premio más gordo, y al final por avaricia lo pierdes todo.

—Y eso se aplica al caso de Miriam porque... —Paola levanta la cabeza, hace un gesto ampuloso con la mano invitando a Tallie a continuar.

—Pues porque debería contentarse con la sentencia y punto. Más vale pájaro en mano.

En una habitación contigua, se escucha una tos clara de niña pequeña. Las tijeras se deslizan a través del papel de estrellitas con un rumor relajante. Y también es relajante la parsimonia con que Paola alisa los pliegos, recorriendo los dobleces con las yemas de los dedos.

—Bueno, por lo visto todavía no ha decidido qué hacer —dice Paola—. Y aparte, si recurren, ella no tiene ningún pájaro que perder.

Tallie gira la espalda sobre el colchón. Le da pereza entrar en matices, y la verdad es que solo está tratando de guiar la conversación hacia el punto que le interesa. Porque presiente que Paola —desde un anhelo espontáneo, totalmente ingenuo, maquinal e instintivo— se ha volcado tanto en la causa con la esperanza de hallar una especie de redención. Lo gratificante de estar del lado de lo correcto. Eso es típico de Paola.

—Pues supongo que sabes —prosigue— que hay detalles en su testimonio que no están muy claros.

Paola suspira.

—Eso lo decidirán los jueces, ¿no?

—Ya, pero si te digo la verdad... Cuando yo tuve que declarar, por ejemplo, fueron directos al grano. Lo único que les interesaba era saber cómo me la encontré, qué pinta tenía y cosas así. —Tallie hace una pausa. Se rasca el labio inferior con los dientes, y respira el sabor a frambuesa de su pintalabios—. Pero en cambio —continúa—, no me preguntaron qué pensaba de la vida de Miriam, o cómo se comportaba en el colegio. Ni tampoco si la vi en las fiestas de la explanada antes del incidente. No me siento como si lo hubiese contado todo.

Hace énfasis al pronunciar la palabra todo, la te propulsada contra los dientes, como un pedacito de cáscara amarga que necesitase escupir. Paola no reacciona enseguida. Está demasiado concentrada cortando cuadraditos de papel celo y pegándolos en el borde de la mesilla.

—No sé por qué iban a preguntarte eso —dice al cabo—. Miriam es la víctima, no una acusada.

Una bruma de risas sube desde el jardín por las ventanas abiertas. Un olor a leña quemada. El llanto lejano de un niño. Paola se desencaja las tijeras de entre los dedos y echa la espalda hacia atrás apoyándose sobre un brazo.

—Y aparte... qué habrías contado si te lo hubiesen preguntado.

—Pues... —Tallie se para en seco, suspira—. A ver, no hubiese contado nada. Pero el caso es que yo la vi aquella noche en el local de sangrías. Estaba de risas con esos tíos, y bajándose así el escotazo para enseñarles el tatuaje en la teta.

Paola se encoge de hombros. Desprende una de las tiras de celofán que cuelgan como flecos de la mesilla y la pega en otra parte de la madera.

—Ya... —dice.

Solo eso, ya, porque Tallie ha soltado un bufido y no la ha dejado acabar. Ahora se ha tendido boca abajo sobre el colchón, formando con las manos una especie de cuenco donde acomoda la cara.

—También, joder, ¿cómo sabemos que fue una violación? Lo

de que se morreó con el Kaplan ese, lo dicen todas las chicas de la Escuela de Danza... Y no me extrañaría, la verdad. Es el tipo de actitud que le pega a la Bufi. —Tallie se pellizca el labio en un gesto pensativo y al cabo de unos segundos lo libera con un chasquido pastoso—. Sinceramente, yo creo que se morreó con los dos. Con el tal Alex y con su amigo. Y a saber si con alguno más. Pondría la mano en el fuego, vamos, seguro que iba de flipada. Y si tú dices que no, es que eres una hipócrita, Paola.

Paola siente un burbujeo en el pecho, se afana en calmarlo antes de soltar nada que la delate. Ha puesto tanto empeño en apoyar la versión que se supone que debe apoyar, que nunca se ha detenido a pensar si hay algún detalle que le chirríe. Y lo que más le molesta es que tenga que venir Tallie con esos humitos a desarroparle la conciencia.

—Por supuesto, también la respaldarás cuando dice que no habló en absoluto de sexo, ¿verdad? —embiste Tallie de nuevo—. Porque claro, esa actitud no es nada, pero que nada propia de la Bufi. Nunca se pasaba de lista con Jordan, ni con el Hobbit.

—Ya, bueno, pero que hables de sexo tampoco significa que quieras hacerlo dos segundos más tarde —murmura Paola—. Y ya ves que Jordan y el Hobbit no cogieron y la violaron.

Tallie se encoge de hombros.

—Vale —insiste—, y en alguna de vuestras charlitas íntimas, ¿te ha hablado de lo del desayuno?

—Qué del desayuno.

—Eso de que les propuso ir a desayunar justo después.

Paola se queda mirando hacia la pared de un modo en que parece que esté rebuscándose por dentro de la memoria. Pero Tallie tiene la plena consciencia de que solo está tratando de discernir cuál es la respuesta más apropiada.

—No se me ha ocurrido sacar el tema. —Paola frunce el ceño —. Y sinceramente, me parece ridículo. Eso del desayuno se lo han inventado ellos.

—¿Los cuatro? —Tallie alza el rostro, deshace la concavidad que forman sus palmas.

—Pues supongo que se habrán puesto de acuerdo, sí.

Tallie suelta un suspiro.

—Mira, no sé. Es su palabra contra la de ellos, y ese detallito lo cambiaría todo de perspectiva.

—Ay, Tallie —resopla Paola—, pero qué perspectiva. Miriam tenía heridas.

—Tenía un enrojecimiento, a mí también se me irrita después de follar, sobre todo cuando llevo bastante sin hacerlo. A veces hasta me limpio luego en el baño y veo un poco de sangre en el papel.

Paola toma aire, deja a un lado el regalo que estaba envolviendo y estira las piernas sobre la moqueta. Palpa a tientas bajo la cama, en busca de la cajetilla que esconde entre el somier y el colchón.

—Vamos a ver —protesta—. Incluso si dijo esas cosas y les chuleó, lo que cuenta es que no quería. Dijera lo que dijera al principio, eso da igual. —Alza los ojos y mira a Tallie desde el suelo con un gesto reprobatorio—. Las chicas también tenemos derecho a soltar burradas sin que nos violen.

—Ay, que sí, no te pongas en plan catequista. —Tallie frunce el ceño, sus ademanes son bruscos, geométricos—. Solo digo que es todo muy confuso, y ella misma declaró que nunca les dio a entender que no quería...

—Porque eran unos animales. Yo también me quedaría en shock si cuatro tiarrones empiezan a quitarme la ropa... Si tan claro estaba todo, ¿por qué no dejaron que se desnudase ella solita?

—Yo qué sé por qué.

En el piso de abajo se entreoyen las voces cavernosas de un televisor. Dibujos animados o algún programa infantil. Paola se pone de pie, enciende el cigarrillo con el que lleva un rato jugueteando y camina hacia la ventana. Abre una de las hojas.

—Tallie... —murmura—, ¿por qué los defiendes?

—Mira, no te pongas dramática, sabes que no los estoy defendiendo para nada.

—Da la impresión de que si pudieses dar marcha atrás dirías algo diferente en el juicio.

Tallie pone los ojos en blanco.

—Ay, Dios, sí, seguro que sí...

Paola expulsa una columna de humo hacia afuera de la ventana. Corre una brisa agradable, y un grupito de madres gira en ese momento desde el recodo del parque. Llevan ropa de aerobic, mallas fosforitas y cintas en el pelo. Ya las ha visto otras veces. Aparecen sobre esa hora empujando carritos de bebé y se plantan en el césped a hacer estiramientos de yoga. Paola se las queda mirando hasta que pasan por delante de su jardín.

—Y por cierto —dice entonces—, esos tíos ya habían agredido a otras chicas. Has leído la noticia que salió ayer, ¿no?

—Sí, lo de los abusos en la fiesta de un instituto.

—Pues ya ves. —Paola agita la cabeza—. Fueron como bestias a por una chica que estaba borracha y se hicieron fotos metiéndole mano por todas partes... Si eso no te parece de pervertidos...

—Ya te he dicho que sí me parece de pervertidos, joder, no seas brasas.

—Entonces no sé por qué te empeñas tanto en atacar a Miriam.

—Oye, ¿y tú nunca te cansas de ir de santa por la vida?

—¿De santa?

Tallie resopla hacia el techo:

—Bah, déjalo.

—No, déjalo qué.

—Pues que me cuesta creer que Miriam te preocupe tanto. ¿En realidad te da tanta pena? ¿O es que te encanta tener un motivo para explayarte en tu caridad?

Paola entorna los párpados.

—Tallie, de qué vas.

Nota cómo el cigarro le tiembla entre los dedos. Le da una calada ansiosa. Porque, es que, de verdad, a veces, la puñetera Tallie. Y sí, Paola lo reconoce. Cuando la gente se mete con Miriam, y ella se ve en la coyuntura de defenderla, es cierto que experimenta un extraordinario placer de inmediato. Como si el pecho se le llenase de un montón de lucecitas compasivas que la elevasen dos palmos por encima del resto. No puede evitarlo, es un

sentimiento que la asalta como un acto reflejo, y que en realidad, también la avergüenza ligeramente. Ahora mismo, por ejemplo, las mejillas le abrasan, seguro que se ha ruborizado. De modo que se gira dándole la espalda a Tallie.

—Mira, yo no voy de santa —dice—. Miriam me da pena, y vale que no me quedo sin dormir por las noches, pero me fastidia que esté mal.

—Bueno, muy bien... —Tallie sacude la cabeza—. Pues tampoco yo soy un ogro.

—A ver, ya lo sé. Solo digo que deberías ser un poco más comprensiva con ella... Sobre todo por cómo empezó todo. Tú también estabas en Tinder, te hiciste el perfil justo a la vez.

—No compares. —Tallie se incorpora de golpe y la trenza se le descuelga en perfecta verticalidad sobre el colchón—. Además, más a mi favor. Precisamente porque sé que hay animales de esos, me cuido mucho de con quién quedo y dónde.

—¿Y eso no te parece una mierda? El otro día leí que el mayor temor de los hombres cuando van a una cita a ciegas es que aparezca una gorda; y el de las mujeres, que las asesinen.

Tallie curva la boca en una sonrisita.

—Pues entonces él también se dio de bruces con sus terrores.

—Joder, Tallie.

Incluso de morros y soltando una palabrota, Paola no puede evitar sonar infantil, como si solo estuviese jugando a enfadarse.

—En serio —prosigue—, ¿te parece normal que tengamos que ir por la vida cagadas de miedo?

—No, no me lo parece, pero creo que es lógico que te sugieran que tengas cuidado. Y para que lo sepas, yo no estaba nada de acuerdo con aquel corchito ridículo del instituto.

—¿Cuál? ¿El de la lista de cosas sexistas?

—Sí, ese mismo.

Paola se separa de la ventana. Deja la muñeca apoyada en el alféizar, el cigarro humeando hacia el exterior.

—¿Con qué no estabas de acuerdo?

—Pues con lo del espray antivioladores, por ejemplo. ¿Qué tiene de malo que te recomienden llevarlo? O el hecho de quejarte

porque las chicas tienen que andar con cien ojos por la calle. Es una puta mierda, claro que sí, pero es lo que hay. Y negarlo es tan absurdo como irte de viaje al Amazonas y decidir no vacunarte porque, oye, yo tengo derecho a ir a mis anchas por la selva.

—Ya, pero no estamos en la selva.

—A efectos prácticos, sí que lo estamos. Porque siempre puedes cruzarte con un pirado y eso es imprevisible. Por mucho que te joda.

Paola cabecea mirando hacia la calle. Rasca con la uña una manchita de pintura vieja en el cristal. Está pensando. En los resquicios que deja Tallie le vienen a la mente tonterías que ocurrieron hace ya mucho tiempo. Se acuerda, por ejemplo, de aquellos dos chicos que la arrinconaron en los columpios, cuando ella tenía doce años y ellos quince, solo porque querían saber cómo de blandito era un pecho. O el conductor del taxi que a las dos de la mañana le preguntó si quería tomar una última copa, y ella sintió un miedo atroz y solo dijo: mi padre me está esperando despierto, aunque era mentira y enseguida empezó a rezar para que no acelerara. Pero del que más se acuerda es de aquel tío al que conoció un mes de agosto en la piscina del club de tenis. Él la invitó a una cerveza y ella dijo que vale, porque era nuevo y no muy agraciado, y le estaba costando hacer amigos en la urbanización. Le daba un poco de pena, así que en vez de una cerveza, se tomaron tres, y luego un cóctel en el paseo marítimo. Al final de la noche, él le pidió salir, y Paola dijo que no, que lo sentía si le había dado esa impresión, pero que solo quería que fueran amigos. Se acuerda todavía de cómo él se levantó de golpe, mosqueado. Le echó en cara que se hubiese quedado hasta tarde, que para qué le daba esperanzas. Y ella tuvo ganas de soltar: me he quedado por lástima, capullo. Regresaron a la urbanización en completo silencio, y cuando ella se giró para despedirse, él la cogió por los hombros y le plantó en la boca un beso húmedo y carnoso, un beso mojado que era más grande que toda la boca de Paola. Le hubiese insultado, pero ni siquiera podía quitárselo de encima. Y entonces él le pellizcó el culo y salió corriendo. Le sonrió desde el cruce. Paola recuerda también que hacía viento. Un viento flojo

que le movía el pelo y le enfriaba la saliva de aquel imbécil alrededor de los labios. Y todavía ella, todavía, tuvo apuro de limpiarse con la manga, porque el tío le daba pena, porque era un marginado.

Suelta ahora un suspiro larguísimo y rompe el final de su cigarrillo sobre la tierra de una maceta. Cuando se aparta de la ventana, las madres de las mallas fosforitas se han dispuesto en un corro y hacen estiramientos de espalda tomando los carritos como punto de apoyo. A veces se inclinan hacia delante y miran a sus hijos para comprobar que están bien. Les hacen cucadas para que también ellos sepan que las tienen al lado.

Hay algo en lo que Tallie tiene razón. Estamos de verdad en la selva.

Hay tertulias en la televisión. Los presentadores son tíos jóvenes con camisas azul claro y frondosos tupés que se peinan hacia atrás con espuma. Dan la bienvenida a la audiencia desde detrás de unas mesas enormes con forma de arco e invitan a distintos expertos cada semana. Los abogados de ellos llevan corbatas monocromáticas. A otros colaboradores los reconoces porque han salido de concursos estruendosos y chabacanos como *La Casa de los Líos* y *Al Mejor Postor*. A mitad del programa, una azafata camina con paso elegante hasta una pantalla donde se dispone a presentar un Power Point: «Eritema vaginal», reza la primera diapositiva, en letras grandes y amarillas Times New Roman, y a continuación un esquema del cuadro clínico y unos gráficos de lo más instructivo. Sentada a la mesa hay también una periodista que hace dos años no dejaba de atosigar a la exmujer de un cantante. Ahora campa a sus anchas en los coloquios que se celebran en tu honor y les grita a los abogados: machistas, miserables, ratas. Tiene la boca operada y el pelo recogido en lo alto de la cabeza para parecer más delgada.

Uno a uno, van analizando tus síntomas inmediatos y también los trastornos a largo plazo: que tienes depresión, estrés postraumático, que sufres pesadillas continuas, que tomas pastillas y que por las noches casi no puedes dormir.

¿Quién se lo ha dicho?

«La chica se sentó en un banco a llorar», las letras sobreimpresas en la pantalla, y un cartelito rojo que parpadea: EXCLUSIVA

Emiten los vídeos que grabaron las cámaras de seguridad de algunos comercios. La calle flanqueada por una ristra de árboles y de papeleras. Ellos. Tú. Una bruma de luz que difumina los

contornos de vuestros cuerpos. Tu coleta, la sudadera anudada a la cintura. Ya no la tienes, ni tampoco ninguna de las prendas de ropa que llevabas aquella noche. Las tiraste al contenedor de basura dos días más tarde.

El presentador se reclina hacia atrás en la silla, chasquea la lengua y murmura: duras imágenes. Quiere hacer ver lo profesionales que son todos allí, que atesoran carreras, empatía, experiencia, y que a pesar de sus gestos histriónicos, no está en absoluto preocupado por su tupé. Les cede la palabra a los invitados, se desvive por parecer competente, dice: análisis de conducta, escisión del yo o esta noche trazaremos los perfiles psicológicos de los acusados. A continuación van desfilando por la pantalla fotos de ellos. En bares, en coches, en motos, en toallas de playa, en la mesa de un restaurante con las manos cruzadas sobre un mantel desechable de papel blanco. Las caras de los demás invitados pixeladas y en segundo plano.

Algunos de los familiares han querido contar su versión. Hablan desde habitaciones en semipenumbra donde no es posible verles la cara. Y otra vez con la tabarra de siempre: que esa chica quería, porque se lo aseguro, señores, mi hermano, mi hijo, mi primo no es un violador, quizá un idiota, un maleducado, un patán, eso sí, pero no un violador.

En el programa han abierto una línea para que la gente envíe sus comentarios por WhatsApp. Marean hipótesis acerca de cómo te pudiste sentir. La de los morros operados levanta la voz: que no, que no, que no disfrutaste. Y ¡qué barbaridad es esa de que los invitó a desayunar! El abogado trata de meter baza, se acaricia la corbata antes de hablar. Él recurre a otro tipo de artillería, dice: sexo grupal, sexo anal.

¿Por qué dice sexo continuamente? Llamar sexo a lo que tú has vivido es igual que llamar caricia a un arañazo. El presentador se incorpora: quince segundos. Y luego: lástima que no haya más tiempo, me está encantando el debate. Pues oye, chico, de nada.

Hay psicólogos que contactan desde otras partes del mundo. Entran en directo por videollamada. Estás harta, harta, harta. Imágenes de gente que grita. Todas esas mujeres que se agrupan y

chillan lo que tú no chillaste. Lo saben todo de ti.

¿Cómo?

Pues, Miriam, porque eres toda una estrella. Y hay gente rompiéndose el alma en los platós de televisión. Ministros desbocados y locutoras lacrimógenas con mechas rubio ceniza. Te ponen enferma, te irrita su rabia, esa indignación tan superficial, cómo se les desgarra la voz, compitiendo para ver quién es el más entregado, quién odia más a tus agresores, más incluso que tú. Y quién es la que alberga más saña, y más asco, y cómo les cortarían el pito y se lo harían comer. Sí, tal cual, porque así de ofendidas se sienten. Todas esas chicas con pinta de no haberte hablado en la vida si te hubiesen conocido en el instituto. De haberte llamado la gorda, la Bufi, la Zampa. Y que ahora, de pronto, son tus abanderadas. Se dan la mano y gritan: justicia, hermana, todas unidas. Exactamente el tipo de chicas que nunca querían hacer los trabajos contigo, que se apiñaban en el recreo y hacían corrillo, que te miraban con aprensión: por favor, que no me toque con ella, quitad de mi vista a todas las Miriam del mundo.

Sí, son las mismas.

Pero eso no es todo. ¿Te has enterado? Hay visitas guiadas a tu portal. No al de tu casa, donde vive tu madre, sino a tu otro portal, tu gran escenario. La gente acude en grupitos como en Pompeya. Se paran delante del banco, se llevan la mano a la boca, los dedos en forma de gancho: oh no, qué miedo, qué horror. Pero nunca se sacian. Aún quieren más. Más del miedo, más del horror.

Cuéntame TODO.

El hotel La Bahía donde quizá te hubieran violado —en una cama, en un suelo enmoquetado, con una ducha minúscula para limpiarte los rastros de semen—, y luego, si me acompañan, aquí a la derecha pueden ver el supermercado turco que la víctima describió a la policía. Haremos una parada por si alguien quiere comprar una botella de agua.

¿Saben si hay tienda de souvenirs?

Pero esto es solo el principio, después vendrá lo demás. La gente te mencionará en sus tesis de fin de carrera, escribirán novelas y reportajes. Ensayos, poemas, piezas teatrales. Porque

menuda injusticia, hasta aquí hemos llegado, es hora de que cambien las cosas. Y tú, Miriam Dougan, tú les inspiras.

Hermana. Amiga. Si te sientas al lado de Miriam, coges la peste.

Yo sí te creo. Libres. Sin miedo.

¿Tú sabes lo que es un tampón?

Las manos entrelazadas. Juntas como hermanas.

Y sin embargo.

Apagas la luz y bajas el volumen del televisor. Te reacomodas bajo la manta.

Hoy y siempre, en medio de la penumbra de tu salón, estás totalmente sola.

Pues ella estaba acuclillada en el suelo, o sentada, no lo recuerdo muy bien... Se estaba vistiendo, buscando su ropa, igual que hacíamos todos en ese momento...

Yo no recuerdo exactamente qué estaban haciendo mis amigos, ni en qué orden salimos del portal, solo sé que yo no fui el último.

Nos fuimos escalonados. Según eyaculábamos, pues nos íbamos.

Alguien estaba de pie a mi lado mientras me ajustaba el cinturón, puede que fuera Kaplan.

No, no le preguntamos nada, no sé, no surgió... Puede que suene raro, pero es así como fue, no nos dirigimos la palabra al terminar...

Sí, entonces lo que ocurrió es que yo me retrasé un poco porque no encontraba mi chaqueta... No veía mi chaqueta, y al cabo de un rato, me la encontré hecha una bola al lado de unos cubatas aguados... Entonces me senté en un escalón para comprobar que no faltaba nada... Que tenía el móvil, la cartera...

No, claro que no pensé que ella nos habría robado, solo estaba mirando por si... por si algo se hubiese caído de los bolsillos con el ajetreo: el carné, alguna tarjeta, lo típico...

Ella estaba agachada con su móvil en la mano.

Completamente vestida.

No, yo no tenía la menor idea de que su teléfono estuviera roto.

No, no le dirigí la palabra tampoco en esa ocasión, no pensé que viniera a cuento...

Sí, y lo que ocurrió a continuación fue que ella nos preguntó que dónde íbamos a desayunar.

Resulta que él ya tenía una novia. Y la quería. Pero también está la pandilla. Son su alma, su corazón, su clan, su manada. Aunque por aquel entonces solo hacía cinco meses que los conocía.

La primera vez que Adam Kaplan tuvo algún tipo de contacto con ellos fue en el torneo de billar que organizaron en Harvey's. Su primo, al que apodaban el Chivo, le convenció de que se apuntase y esa misma tarde le presentó al Estudiante. El local se hallaba en un callejón que bajaba a la playa. Era amplio, con mesas viejas de formica y paredes amarillentas y sudorosas. Kaplan no pudo evitar fijarse en la decoración: bufandas de equipos de fútbol, peluches intimidantes, fotografías combadas y sujetas a los muros con chinchetas. Todo cubierto de un aura sórdida de pringue y roña. Aquella tarde hacía un calor asfixiante, de modo que muchos de los tíos iban sin camiseta, sobre todo los que podían alardear de abdominales. También —sorprendentemente— había chicas que de vez en cuando se paseaban hasta la barra en bermudas. Pedían jarritas pequeñas de cerveza con limón, y mientras aguardaban, apartaban las moscas a cachetazos y se levantaban el pelo en la nuca para abanicarse con los dedos. Era difícil acercarse a ellas, llamar su atención. Habían cogido sitio en las mesitas de madera que daban a la calle y miraban consistentemente hacia el horizonte. No parecían estar allí por el torneo, y solamente cuando era el turno del Estudiante se levantaban para merodear entre los billares y soltaban frases del tipo: cómo va el campeonato o buena jugada, aunque era evidente que les importaba un pimiento.

Por el barrio se decía que el Estudiante era un buen partido. Al menos, Kaplan lo había escuchado en más de una ocasión. Cuando no estaba en la biblioteca, absorto en su doctorado, se pasaba las horas matándose en el gimnasio o jugando al billar.

Vivía con su madre y con una hermana pequeña que asistía al conservatorio. Y para bordar el currículum, era de los pocos chavales del barrio que no atesoraba antecedentes penales. Aunque a decir verdad, los delitos del Chivo y de Ray Papke tampoco eran para poner el grito en el cielo. Hurtos, multas de tráfico. Chorradillas de poca monta, sin más.

Kaplan recuerda a menudo aquel torneo. Le asaltó una corazonada, como si fuese el comienzo de algo trascendental. El Estudiante iba en cabeza. Llevaba ganadas cuatro partidas, pero no mostraba ninguna emoción. Parecía salido de una película antigua, de esas donde los tíos se reúnen en bares llenos de humo y se despiden dándole un toquecito a su Fedora blanco. A ratos se apoyaba en la pared de las máquinas recreativas y fumaba entornando los párpados. Siempre había alguien que se le acercaba para darle palique. Y a Kaplan no le pasó inadvertido que su primo, el Chivo, era uno de los que mendigaban su compañía con más insistencia. Cada dos por tres se le podía ver orbitando a su alrededor, riéndole todos los chistes. Se reía incluso de los comentarios que no eran chistes, que solo eran comentarios. Y lo cierto es que parecía un poco patán, el típico esbirro pelota de dibujos animados. Incluso Kaplan no pudo evitar sentir un poco de vergüenza ajena.

Durante el torneo, llegó a muchas más conclusiones. Por ejemplo, que el Estudiante no era un tío que soportase perder, y que vivía con la plena conciencia de que su atractivo físico era canjeable por cualquier tipo de bajeza. Le resultaba imposible contener sus reacciones, y al único que de verdad respetaba era a Ray Papke, mientras que el resto del mundo parecía provocarle un intenso hastío. Por eso, Kaplan se sintió tremendamente aliviado cuando el Estudiante celebró una de sus jugadas: menudo hacha, le dijo, ¿seguro que eres primo del Chivo o es que uno de vosotros es adoptado? Y entonces le presentó al resto de la cuadrilla.

Encajó enseguida, por supuesto. Kaplan era un tío enrollado. Después del torneo robó un cajón de cervezas de la barra de un restaurante, y más tarde, en la discoteca, besó en los morros a aquella tía que se había quedado dormida entre dos sillones.

Grande, le llamaban, ídolo, maestro.

Los sábados iban al fútbol, a los billares. Montaban barbacoas impresionantes en el chalet de Ray Papke, donde se abastecían de vodka y farlopa, y las chicas terminaban lanzándose con las tetas al aire a la piscina. Aunque nada más mítico que la fiesta de graduación de aquellas chavalas del instituto. Fue el Chivo —siempre el Chivo— el que encontró el evento en el Facebook por casualidad. Una juerga en una casa de las afueras, tipo *Risky Business,* pero mejor: plagada de jovencitas que recién empezaban a catar el alcohol. Y lo sencillo que fue colarse, lo descaradamente fácil que resultó engatusarlas y verlas caer una a una, borrachas perdidas. Hasta hace bien poco, Kaplan se descubría reviviendo esa noche en su mente cada dos por tres. Le provocaba un subidón de energía. A veces, antes de dormirse, se masturbaba pensando en esa fiesta. En esas chicas.

Pero aquello no bastaba. Si quería ser parte definitiva del grupo, uno más del clan, entonces necesitaba un bautismo de fuego. ¿Por ejemplo? Te tienes que follar a una gorda, dijo Ray Papke. Pero si ya me follé a una en el instituto. El Chivo soltó una risa. Eso no cuenta, este es otro tipo de polvo, una actividad más coral. ¿Sexo en grupo? Kaplan estuvo a punto de atragantarse con la cerveza. Los miró de uno en uno. En los labios le hormigueaba una sonrisa sarcástica. ¿Y esto lo hacéis a menudo? No, solo cuando se tercia. Estallaron en carcajadas y él se sumó a sus risas. ¿Conforme? Conforme. Pero hay otra condición: el que elige a la gorda es el Estudiante.

Por entonces, Kaplan llevaba ya varios meses saliendo con Violet, que es un poco el tipo de chica de la que le gusta fardar. Los pantalones vaqueros le sientan de lujo, y tiene los ojos de un azul muy profundo, como el color que le ponen al planeta Neptuno en los documentales de ciencia. Kaplan recurrió a esa comparación al poco de conocerla y ella se quedó impresionada. A Violet no la compartiría con nadie, no señor. Que la toquen, vamos, que se atrevan. Además ella tampoco se dejaría, es bastante decente. De

hecho, Kaplan se sorprende a menudo pensando que podría casarse con Violet. Es su media naranja. Nunca protesta, ni le echa en cara gilipolleces, e incluso le ha perdonado varios deslices. Pero obviamente no sabe ni la mitad. Los otros chavales del grupo, a excepción del Chivo, también tienen novias, y aun así nunca desperdician la ocasión de follarse a una tía en los baños de un bar. Algunas veces llegan más lejos y se acercan a los polígonos a buscar prostitutas. Se lo hacen con negras o con asiáticas. Les da morbo, dicen.

Pero bueno, pese a todo, no son malas personas. Con Ray Papke siempre puedes contar para que te preste su coche. Y su nivel cultural es alucinante. Le apasionan la música y los aviones de la Segunda Guerra Mundial. Y lloró muchísimo en el funeral de su abuela. E incluso el Chivo, que en ocasiones resulta de lo más deleznable, ha demostrado ser bastante leal. Fue él quien acompañó a Kaplan a hacerse el tatuaje. Le dijo: verás qué cachondeo follándonos a la gorda. Y a Kaplan le entró la risa. Que su primo tuviera el cuajo de soltar eso, como si él fuera flaco... Lo del Chivo con las tías es de coña. A veces se diría que el grupo es su única baza para tener sexo.

Fue fácil con esta chica del Tinder, la muy cerda... Debería darse con un canto en los dientes. Ahora va de víctima por la vida, pero se la veía bien suelta en los mensajes que le mandó al Estudiante. Y también el día de la explanada. En eso coinciden todos, estaba cachonda perdida, encantada de ser el centro de atención y de tener a cuatro maromos para ella solita. Y eso es precisamente lo que le jodió, que se le viese el plumero. Pero da igual, porque ellos no van a dejar de insistir. Confían en que al recurrir la sentencia, se revisen de nuevo los vídeos. Por lo visto, un comité de expertos va a analizarlos de principio a fin. Así que tranquilidad, que no cunda el pánico. Es evidente que la tía lo estaba buscando. Se va a arrepentir de haber denunciado y de haber tenido los huevos de apelar después.

Kaplan le da una última calada al cigarro y pisotea la colilla en el suelo hasta dejar un derrape carbonizado. Cambia una mirada con el Estudiante, que está pálido, sudando como un pollo,

y tiene en los ojos una bruma rosada de no haber dormido. El calor es sofocante, pastoso, del que ondula los árboles en el horizonte cuando vas por la carretera. Y Kaplan toma aire, resopla. Porque, joder, a ver si se resuelve todo deprisa. A ver si les dejan en paz de una puta vez. No ve el momento, después de tantos meses entre rejas. En fin. Se masajea la frente. Un pequeño ajuste en el nudo la corbata, la chaqueta que vistió por última vez hace dos años, en la boda de su hermano. Quién iba a decirle que la siguiente ocasión en la que se pondría tan elegante... Pero bueno, basta de comeduras de tarro, el abogado debe de estar esperando.

La chica que sale a recibirte en la peluquería no debe de ser mucho mayor que tú. Te coge el abrigo y te indica que tomes asiento en una butaca junto a la mesa de las revistas. En las paredes hay fotografías de mujeres preciosas con las melenas hinchadas por el viento, y un delicado aroma a aerosoles inunda la habitación. Sacas el móvil, buscas un ángulo más o menos decente, y te haces un selfi que de inmediato mandas a Vix.

te lo vas a cortar mucho al final?

eso creo, luego te envío foto

tía, estoy discutiendo con hugo ahora mismo

y eso? por whatsapp?

sí, estoy hasta los huevos de que pase de mis planes con los de la uni

Relees el mensaje antes de responder, en realidad entiendes la posición de Lachance. Te imaginas a Vix en modo metralla proponiendo planes multicolores igual que hace en ocasiones contigo.

joder, vix, tampoco le obligues si no le apetece

no digo que venga siempre, solo que haga un esfuerzo, yo me paso la vida con sus putos amigos

sí, pero ya los conocías del colegio, no son gente nueva

ay, tía, no sé, es que tengo una rabia y una ansiedad...

a ver, si no quiere no quiere, tampoco seas dramática

te parece que cabrearte con tu novio porque pasa de tus planes es ser dramática?

Resoplas. Porque sí, te lo parece. Y entonces la chica que antes se ha llevado tu abrigo regresa.

bueno, vix, yo qué sé.

—Tu turno —dice la chica, y despliega una sonrisa magnífica

de azafata de *El Precio Justo*.

La sigues hasta la parte de atrás, donde hay una fila de lavacabezas y estantes plagados de lociones capilares. Te indica que tomes asiento, y entonces:

—¿Qué quieres hacerte?

Cuando se lo explicas, no es capaz de disimular un gesto exagerado de sorpresa, casi de espanto —otra muestra de lo joven que es—, y mientras acomoda tu cuello sobre el lavacabezas y comprueba la temperatura del agua, repite: qué lástima, como si tu pelo fuera un animalito al que tuviese que degollar. Cierras los ojos. El chorro de champú resbala hacia ambos lados del cráneo con la consistencia de una clara de huevo. La chica entierra las manos en tu cabeza y masajea las sienes hasta que la clara de huevo se convierte en un arrecife de espuma que te cosquillea en la frente.

Hoy ha llamado el señor Kazatchkine. No es nada sorprendente, llama casi todos los días. Insiste en que te tienes que decidir pronto. Que solo os dan dos semanas de plazo si queréis presentar el recurso de apelación. Añade, de paso, que no le han quedado muy claros algunos puntos. Siempre se disculpa primero: perdona si te hago revivir ese momento tan atroz. Y entonces: ¿puedes describir otra vez cómo fue el final? ¿Cómo se marcharon? ¿Se despidieron?

Es un hombre tirando a viejo, más mayor que tu madre, que viste invariablemente trajes de chaqueta gris pizarra y corbatas burdeos con estampado paisley. Apenas le queda pelo, y las arrugas le dan a sus ojos una expresión fatigada de san bernardo. A veces, mientras cenas, te lo imaginas trabajando hasta tarde en tu caso, metido en la cama y con la espalda apoyada contra un cabecero de capitoné. Se sube las gafas y se masajea los párpados, toma notas vertiginosas en su libreta de piel sintética: eyacular, lubricada, ahora déjame a mí, ¿dónde vais a desayunar?

La peluquera aclara el champú, te pregunta si quema el agua. No deberías estar pensando en nada, y mucho menos en la apelación. La psicóloga te ha aconsejado que cuentes de tres en tres hacia atrás cada vez que te atasques en un pensamiento

obsesivo. Cien, noventa y siete, noventa y cuatro. Por si eso no funcionase, llevas también una goma de pelo alrededor de la muñeca. Cuando te entre ansiedad, estira la goma todo lo que puedas y suéltala a lo bestia, hasta que te hagas a tope de daño. Eso te lo ha recomendado Vix, lo leyó en una revista. Cien, noventa y siete, noventa y cuatro. El chorro de agua te cosquillea en las sienes, te bloquea un oído y después el otro. Te sumerges en un silencio de mar abisal. Esta chica, la peluquera, tan joven y tan menuda, parece capaz de fiarse del mismo demonio. Quién sabe si a ella también, alguna vez, algún tío. Ahora mismo hay cuatro mujeres en el local. Resuelves mentalmente la regla de tres. Solo el dieciséis por ciento de las mujeres denuncian.

¿Te apetece un té o un café? No, gracias. Hace frío sin la toalla envolviéndote la cabeza. ¿Entonces el corte cómo lo quieres? ¿Por la barbilla? ¿Seguro? Sí, seguro. Porque así acabará por fin el dilema. Si deberías llevar el pelo suelto, o en una coleta, o si quizá el moño sigue siendo lo más apropiado. Porque una melena rizada resulta demasiado provocativa, demasiado sensual. Eso has oído. ¿Te hago las uñas? Tenemos manicura de gel, acrílicas y *shellac*. Sacan un tríptico con los diseños, y te lo plantan delante como una carta de postres. Haces un gesto con la cabeza. No, nada de uñas, ni hablar. Te las has cortado a propósito y hace semanas que no te las pintas. Los ojos tampoco. No, de verdad, nada de manicuras. Solo quieres pasar desapercibida, mimetizarte con el cemento de las aceras, ser parte del decorado, un capítulo de relleno, que no se te note, que no se te vea. Hacerte pequeña, pequeña, pequeña. Un puntito minúsculo en la habitación.

Sacas el móvil del bolso mientras esperas a que otra empleada, una con gafas de concha, termine de pulverizar laca sobre el cardado de una anciana. Por lo visto la chica joven solo lava cabezas. Le das un golpecito a la pantalla y el teléfono cobra vida. Dos llamadas perdidas del abogado. Suspiras. Solo quieres que todo termine. Y es que además, si supieran, si confesaras que, pero cómo vas a.

La chica joven regresa y te coloca uno de esos baberos enormes que se cierran por detrás con un velcro. Ajusta la silla

mientras la peluquera mayor se aproxima y te endereza la cabeza con las dos manos: ¿Por aquí?, pregunta, y te acerca el peine a la yugular como una navaja. Sí, consientes. El borde de las tijeras te acaricia la piel, los mechones caen al suelo como serpentinas. Algunos rizos más cortos ruedan por el montículo de tus hombros y después se despeñan. Es curioso, pero sientes por ese pelo que se amontona a tus pies el mismo apego que sentirías por una pelusa. Como si no cayese de tu cabeza, como si fuese de otra persona y tú te limitases a presenciar la escena desde un rincón. Esa falta de sincronía, has escuchado, también les asalta a los que sufren derrames.

Cien, noventa y siete, noventa y cuatro.

Ojalá sufriera yo un derrame.

Noventa y uno. Ochenta y ocho.

¿Dónde vais a desayunar?

El señor Kazatchkine. Pattie Dougan. Miriam Dougan.

Un despacho atiborrado de muebles marrón oscuro. La puerta cerrada y las persianas venecianas subidas hasta la mitad. El sol entra a raudales por los tres ventanales a la izquierda. Un reloj de pared marca las nueve de la mañana.

W. KAZATCHKINE: ¿Tienes algún motivo realmente para no seguir adelante?

MIRIAM DOUGAN *(se mira las manos, pensativa):* Sí..., la verdad es que me gustaría dejar esto atrás y vivir como cualquier otra chica.

W. KAZATCHKINE *(asiente con la cabeza, encoge las comisuras de la boca):* Claro, lo entiendo..., pero aparte de eso, ¿hay algún otro motivo? Porque podrás vivir como cualquier otra chica muy pronto. Este proceso solo se alargaría unos meses más.

VOZ DE MIRIAM EN OFF: Cuéntaselo. El beso del Kaplan. Su lengua caliente en tu boca. Venga, ¿se lo vas a ocultar?

MIRIAM DOUGAN *(levanta la vista de golpe, como si algo la hubiera sobresaltado, pero mantiene un tono tranquilo):* Si la decisión depende de mí, prefiero no seguir.

W. KAZATCHKINE *(la mira fijamente, es una mirada neutra, inexpresiva, sin ninguna emoción que prevalezca): Ya...* Pero tú ni siquiera tendrías que comparecer... No va a ser tan estresante como en el juicio. Ahora lo dejarías todo en mis manos. Y ya tenemos mucho avanzado. Por nuestra parte alegaríamos trato vejatorio e intimidación.

VOZ DE MIRIAM EN OFF: Te parecerá bonito. Tirarles más años encima después de estar callándote parte de la verdad. Porque fue

culpa tuya y lo sabes. Mentiste. Tonteaste con ellos. Y este pobre hombre, que vive en la inopia también. Intimidación, dice. Y trato vejatorio... Calentona, guarra, fue tu responsabilidad.

PATTIE DOUGAN *(se inclina hacia delante, posa las dos manos sobre un bolso que sostiene en su regazo):* ¿Usted qué recomienda, señor Kazatchkine? Quiero decir... Usted es padre también, y como padre... ¿Qué cree usted que...? *(Se queda callada, con la convicción de que el señor Kazatchkine sabrá deducir por dónde va su pregunta.)*

W. KAZATCHKINE: Yo..., como padre..., pues seguiría adelante con el recurso, por supuesto. Entiendo que ustedes están deseando darle carpetazo al asunto y continuar con sus vidas..., y evidentemente estos trámites lo prolongarían un poco... Pero lograríamos que esos hombres se quedasen en la cárcel más tiempo, que es lo que realmente merecen... *(Coge un bolígrafo del escritorio, le sacude unos golpecitos al tablero de palisandro.)* Y puedo asegurarles que tenemos todas las de ganar, sobre todo ahora que ha salido a la luz ese caso de la fiesta de graduación... Por suerte, los medios de comunicación se han hecho eco. Eso nos beneficia. Todo el mundo ha visto las fotografías y cómo emborracharon a una de las chiquillas y luego abusaron de ella. *(Se da un golpecito en la mano con el bolígrafo.)* Con el agravante de que además se trataba de una menor de edad.

PATTIE DOUGAN *(gira la cara hacia su hija):* Cariño, es la recta final. Para endurecer la pena. Y luego podrás vivir más relajada.

W. KAZATCHKINE: Entiendan que no tenemos mucho tiempo. Dentro de seis días se cumple el plazo para interponer el recurso... *(Encoge los labios.)* Por supuesto, no nos hemos quedado parados. He avanzado trabajo por si acaso se decidieran..., pero necesito una respuesta definitiva hoy mismo.

PATTIE DOUGAN *(asiente repetidamente con la cabeza, como uno de esos perros que adornan los salpicaderos):* Claro, claro, lo entendemos. *(Se gira de nuevo hacia su hija.)* ¿Verdad?

Miriam se queda callada, mantiene los dedos cruzados para impedir que le tiemblen. Siente una modorra que la deja sin energía, suelta las riendas. Otra parte de sí misma las recoge. Una que traga saliva, y se muere de miedo, y la obliga a encogerse de hombros y a

inclinar la cabeza en lo que parece un claro gesto de conformidad.

El señor Kazatchkine empuña el bolígrafo.

W. KAZATCHKINE: ¿Entonces seguimos adelante?

Pattie acaricia la mano de Miriam con las puntas de los dedos. Levanta los ojos hacia el abogado.

PATTIE DOUGAN *(ahora sin ninguna inflexión en la voz):* Sí, seguimos.

Por supuesto que a estas alturas todo el mundo ha oído hablar de esa chica, la que estaba celebrando su graduación y que sale en varias fotografías, borracha o desvanecida, sobre una cama enorme de matrimonio en lo que parece una suite, y que está pixelada y con la ropa torcida, mientras ellos cuatro la abrazan y la rodean, encorvándose sobre ella, cercándola, comprimiéndola. Con las sonrisas boyantes. Las pupilas encarnadas y relumbrantes por el efecto del flash.

Vix vuelve a doblar el periódico que ha cogido de un montón alto a la entrada de la facultad y le da varios tragos a un vaso de cartón, donde su té con leche ya se ha quedado frío. En la pared de azulejos enfrente de ella, unos tablones acristalados notifican fechas de exámenes, un cambio de horario en la asignatura de Mitología, y la celebración de los seminarios sobre Literatura y Cine que darán comienzo la semana que viene. Vix ha ido a apuntarse esa misma mañana y, de paso, ha preguntado si podían venir alumnos de otras carreras. Por si acaso le da por comentárselo a Miriam, aunque no tiene muy claro si le apetece decírselo. Todavía está mosqueada por lo de que la llamase dramática con todo el morro. Y encima, cuando salió de la peluquería le mandó una foto de su corte de pelo y luego empezó a contarle no sé qué movida del abogado. Ni la menor alusión a su bronca con Hugo.

A veces —demasiadas— Miriam se comporta de ese modo, como si todo siempre y a todas horas girase en torno a ella. Y Vix se harta ya de ese vaivén psicológico. Lo que pasa es que, claro, nunca es el mejor momento para echárselo en cara. Ella no puede ponerse en su piel, no se imagina lo que debe de ser tomar pastillas para la ansiedad, y luego otras tantas para la depresión, que por lo

que entiende son trastornos opuestos. Tampoco tiene ni idea de lo que es vivir a dos escasos kilómetros de unos tíos que te violaron y que, para colmo, la gente no deje de comentarlo y de airear tus traumas por televisión.

Se levanta del banco del vestíbulo, donde lleva un buen rato sentada, y camina hacia una papelera para arrojar el vaso con restos de té. Mientras estira los músculos de la espalda, suelta un bostezo. Está haciendo tiempo hasta que Manon salga de su clase de Teatro Renacentista, y después irán a comer a la cantina de Ciencias Físicas, porque allí es donde estudia el nuevo ligue de Manon. Vix no puede ocultar la fascinación que siente por ella. No se parece a nadie que haya conocido en el instituto. Es culta y desenvuelta, y habla de temas verdaderamente profundos para los que debe de haberse leído un montón de libros y de biografías, e incluso las secciones aburridas de los periódicos. Por eso, Vix alberga la esperanza de que si se pega a gente como Manon, ella también logrará con el tiempo convertirse en una persona más carismática.

Dado que todavía le sobran unos minutos, recoge los apuntes del banco y enfila a lo largo de un pasillo donde las puertas desembocan en aulas enormes y soleadas. Es casi la hora del almuerzo, de modo que todas están completamente vacías y abiertas de par en par. La universidad es sensacional, piensa Vix. Ella podría en ese mismo instante entrar en una de esas clases y ningún profesor la perseguiría para preguntarle: cómo te llamas, de qué curso eres, aquí no se puede estar, deberías ir a reunirte con tus compañeros. Así que, por ninguna razón en particular, va y lo hace. Se adentra en el aula que tiene más cerca y toma asiento en un banco. En la pizarra hay anotaciones desordenadas sobre Ficción Especulativa, Eurípides, Cupido y la mente inconsciente. Vix se reclina sobre el respaldo y trata de descifrar el sentido de las frases, hallar algún tipo de conexión. Está totalmente enfrascada, cuando el teléfono vibra de pronto en su bolsa de lona. No articula ningún movimiento al principio. Y durante una fracción de segundo, deja su mente vagar por la lista de nombres que desearía que aparecieran en la pantalla: Manon, Miriam (quizá), o ese

compañero que ha prometido dejarle sus apuntes de Lingüística. Sin embargo, está casi totalmente segura de quién puede ser, y le da una pereza insoportable sacar el móvil de entre los libros y confirmarlo.

Porque en efecto: Hugo.

Vix se mordisquea el labio. No llega a desbloquear la pantalla, sino que deja los ojos inmóviles sobre el comienzo del mensaje: te envío las fotos del sábado en la bolera de... Toma aire y suelta el teléfono dentro de la bolsa. Ahora se siente culpable, no ha contestado siquiera al wasap que Hugo le mandó anoche deseándole que duermas bien, preciosa. Y lo más doloroso es que no hay vuelta atrás. Porque hace semanas, mucho antes de aquella última discusión, ya había perdido las ganas de verle y no puede ignorar por más tiempo que están en un punto donde sus caminos divergen. El teléfono vuelve a vibrar. Varias veces. Las fotos del sábado en la bolera entrando en tromba. Y no quiere verlas. No quiere mirarle en las fotos. Su sonrisa ingenua mientras ella pasaba la noche con Manon y otra gente de clase, después de haberle contado que tenía una migraña horrorosa.

Cuando el teléfono por fin enmudece, Vix toma una bocanada de aire y extiende los brazos sobre la mesa. Reposa la cabeza en un codo. Necesita sacarse toda esa mierda de dentro, hablarlo con alguien, pero la única persona con quien se ve capaz de sincerarse es con Miriam. Sus padres no cuentan, como es obvio. Y Manon y las demás compañeras no lograrían darle al asunto la magnitud que merece. En alguna ocasión, han dejado caer, así sin mucha delicadeza, que Hugo no es más que un novio con fecha de caducidad, y aunque al principio la consolarían y harían un esfuerzo moderado por mostrarse apenadas, en realidad solo lo verían como un incidente necesario e inevitable. Un drama en el que demorarse lo justo.

Miriam, en cambio, lo vería como lo que es. El fin de una era. Porque conoce toda su trayectoria. Estuvo antes y durante, y estará —eso espera— después. Y por eso es la única persona que puede ayudarla.

Ahora mismo, Vix lo admite, esta disyuntiva con Hugo es el

problema principal de su vida, y no puede evitar que todo lo demás a su alrededor se emborrone en una red de tramas difusas y secundarias. Lo que incluye —por mal que suene— la apelación de Miriam y su estrés postraumático. Y eso no la hace sentirse culpable. Al contrario, la irrita no poder transmitirle a Miriam ninguna de sus preocupaciones. Nunca. Porque evidentemente ella no debería tenerlas, ya que sus padres siguen casados, no está pendiente de su peso continuamente, y además, no tardó demasiado en encontrar un novio cuando se lo propuso. Sin mencionar, por supuesto, que jamás han abusado de ella.

Por el contrario, prácticamente desde que la conoce, siempre ha habido algún drama fraguándose en la vida de Miriam: lo del sobrepeso, su tema con Jordan, el resultado de un test del sida, una carta amenazadora en el buzón, un ataque de pánico, el juicio, la excarcelación, el recurso. A todas luces es obvio que los problemas de Vix suenan ridículos en comparación. Dramitas mediocres que antes o después terminan aquejando a todos los seres humanos y que, por tanto, no resulta apropiado reivindicar. De pronto siente un brote de rabia que le calienta el pecho. Yergue la cabeza. Ahora mismo querría escribir a Miriam, y decírselo: mira, sé que lo tuyo es peor, pero mis problemas también son importantes, me gustaría poder contártelos sin que me llames dramática.

Saca el móvil del bolso con la intención de soltarle todas esas palabras que le queman en la punta de los dedos. Pero al encender la pantalla, la retahíla de wasaps de Hugo le saltan a las pupilas. Suspira, apaga el móvil. Recoge la bolsa del asiento contiguo, y luego los libros, que cuadra de un golpe seco sobre el tablero de madera. Sin concederse un segundo para pensar, sale deprisa del aula y se deja absorber por el bullicio reconfortante de los pasillos.

—¿Y qué vas a hacer? —Paola se acerca la taza de *chai latte* a los labios sin llegar a beber—. Yo creo que solo quieren meterte miedo.

Te encoges de hombros y desvías la mirada hacia la carretera. Es una mañana luminosa del mes de febrero que huele a cemento mojado, y aunque corre un viento desordenado, y tenéis que dejaros los abrigos puestos, os habéis decidido a tomar asiento en la terraza de la cafetería porque dentro no está permitido fumar.

—¿Entonces no te planteas denunciar otra vez? —insiste Paola.

—En ese otra vez —apuntas— está la clave —y tu propia voz te resulta extraña, artificiosa, como si ya no se acoplase bien al sarcasmo.

En cosa de dos semanas has pasado por la comisaría en tres ocasiones, y la verdad es que te da vergüenza volver. Durante la última visita el policía no dejaba de sobarse la cara, como si tratara de mantenerse despierto.

—Yo creo que probablemente es solo una persona o dos, lo que pasa es que son muy pesaditos —dice Paola, y deja la taza encima del plato con delicadeza, como si fuese una falta de consideración hacer ruidos fuertes en tu presencia.

—Ya —dices—, puede ser.

Pero en realidad no lo crees. Esa gente que te llama al móvil y te deja notitas en el buzón, son estilos distintos de insulto. Algunos se abandonan al desahogo rudimentario de encadenar palabrotas; otros son más sutiles, te amenazan guardando la compostura. Por eso te apuntaste a las clases de kárate. Y ahora tienes que decirle a tu madre que lo has dejado. Todo el mundo con esa gilipollez en la boca: tienes que aprender un arte marcial, así te sentirás más

segura.

Coges el vaso de *smoothie* y le das un par de sorbos sin ganas.

—Llevo tres semanas haciendo pellas de kárate —dices.

Paola levanta la vista. Es la primera persona a la que se lo confiesas, y te sorprende no sentir culpabilidad, ni tampoco alivio. Desde hace días, es como si tuvieses el umbral del dolor atrofiado. Los estímulos solo te afectan a un nivel epidérmico, e intuyes que todo lo que rompe tu precaria estabilidad —el insomnio, la apelación, los exámenes de la facultad— ha terminado por instalarse en tu vida como una enfermedad crónica.

Paola saca el paquete de cigarrillos y reacomoda el bolso sobre su regazo. El viento le levanta el pelo. Hay otra pareja sentada varias mesas más allá, tienen más o menos vuestra edad y llevan gorros de lana y mitones. Están fumando también y te preguntas —igual que te preguntas ahora respecto a cualquier ser humano que se cuela en tu periferia—: ¿me reconocen? Miras a Paola, que ahora lucha por encajar su mechero de florecitas dentro de la cajetilla. En realidad, no te apetece mucho estar allí, y solo has accedido a quedar con ella porque desde hace semanas no deja de interceptarte por las tiendas del barrio.

—En realidad tienes razón con eso del kárate —dice—. Por mucho que entrenes, ya me dirás qué podrías hacer tú frente a Dwayne Johnson, La Roca. —Esboza una sonrisa horizontal. Pone tanto esfuerzo en querer apoyarte que no sabes si de verdad te comprende. Y entonces añade—: ¿has escrito algo en el diario?

Te pellizcas el labio antes de responder. Hace un par de semanas, coincidiendo con el comunicado oficial de que la fiscalía iba a recurrir la sentencia, Paola te esperó —o más bien se hizo la encontradiza— a la salida del gimnasio y te regaló un cuaderno de tapas de cuero. Era muy elegante, probablemente bastante caro, con un cordoncito para envolverlo y una ilustración de dientes de león en la portada. Lo llamó diario de gratitud, y la idea era que cada noche anotaras cinco o seis cosas por las que te sintieras afortunada. No tiene que ser nada espectacular, aclaró Paola, a veces los pequeños detalles marcan la diferencia. Algo del tipo: hoy he acariciado a un perro o me he comido un pastel de chocolate

increíble. Sí, muy bien, lo captabas. Le diste las gracias por el detalle y cuando llegaste a casa colgaste la bolsita del pomo de un armario. A no ser que tu madre haya hecho limpieza, debería de seguir en el mismo lugar.

—La verdad es que todavía no se me ha ocurrido qué escribir —dices.

—Ya..., pero tienes que intentarlo, en serio. Es una manera de apaciguar la mente.

Asientes. Vocalizas una especie de monosílabo, a ver si así logras que te deje en paz. Y probablemente funciona, porque Paola da un sorbito al chai latte y durante unos segundos se queda en silencio, con la cabeza girada hacia los coches que entran y salen de la rotonda.

—Supongo que lo llevas mejor en la universidad —dice al cabo—. Allí la gente está a otras cosas, no todo el día cotilleando como en el barrio.

Sueltas un resoplido a modo de risa. La universidad es, de hecho, el nuevo centro neurálgico de debate. Entre clase y clase, tus compañeras comentan acaloradas las injusticias de la sentencia. Convocan reuniones y te invitan a mesas redondas en lóbregas aulas de paredes color vómito. Esa chica, te llaman, la de la violación.

—Sí, bueno, en la universidad hay menos cotilleo, pero el tema está en boca de todo el mundo —te retiras un mechón de la frente y te sorprende que acabe abrupto, a la altura de la barbilla. Sigues olvidando que ya no tienes la melena de antes. Unas mesas más allá se escucha un quejido metálico. La pareja que estaba fumando se levanta al unísono. Apagan los cigarrillos contra un cenicero de cristal y vuelven a entrar en la cafetería con los vasos a medias. Miras a Paola de nuevo—. La verdad es que estoy un poco hasta las narices de todo.

—Ya...

—En fin —suspiras—. ¿Y a ti cómo te va? Me siento mal acaparando siempre la conversación.

—Ah, todo en orden —dice, y agita una mano en el aire, quitándose importancia.

—¿Qué tal con Jordan? —una especie de viento te enfría el cráneo, pero sabes que es un vértigo pasajero. Que solo obedece a lo inusual del contexto y de la pregunta.

—Bien, todo bien —repite.

Se inclina para coger la taza y apura las últimas gotas de su chai latte. El rictus infinitesimal de sus cejas delata lo ansiosa que está por dejar el tema. ¿Tan mal se siente? Sabes que podría ser más sincera. Podría decir: pues, chica, todo me va genial, maravilloso, de vicio. Pero se calla. Porque sería como plantar tus miserias frente a un espejo de aumento: esto de aquí, este valle verde esmeralda es mi vida, y este lodazal pestilente, la tuya.

—Jordan te manda saludos —dice al cabo.

Ah, cómo no. Asientes con gesto cansado. Jordan siempre te está mandando saludos a través de otra gente: Paola, Vix, Lachance. Sin embargo, nunca jamás te ha llamado, y ni siquiera ha sido capaz de escribirte un miserable mensaje. Un poco lo mismo que Tallie, que se mostró tan amable el día que te encontró y también en urgencias, pero después se esfumó de la faz de la Tierra. Aunque al menos la actitud de Tallie es consistente. No cede a la cómoda hipocresía de mandarte saludos en diferido.

Otro que ha seguido en su línea, demostrando una coherencia admirable entre sus palabras y sus acciones, es Lukas. En ocasiones, le ves desde la ventana cuando sale a pasear al pastor alemán. Atraviesa la calle en diagonal y desaparece en el cruce que conduce hasta el parque. Su otro perro, el teckel, murió de viejo hará unos seis meses, pero solo te llegó la noticia porque un vecino se lo contó a tu madre.

—¿Y cómo llevas lo de la apelación? —pregunta entonces Paola.

—Eso ya es cosa del abogado. Él se encarga.

—Es una pesadez, pero seguro que va a merecer la pena. —Suelta un bufido, que debe de ser para ella lo más cercano a decir una palabrota—. Tu declaración es consistente, y en cambio las de ellos...

Bajas los ojos. La bola densa y salada en el centro de la garganta. De pronto te encuentras exhausta, una impostora frente a

esa pureza virginal de Paola que va por ahí regalando diarios de gratitud y que ni siquiera es capaz de decir palabrotas. Te mordisqueas un pellejito del labio. Casi podrías echarte a llorar.

—Sí —murmuras—, todo el mundo está convencido de que les endurecerán la condena.

Y el beso de Kaplan, me gustáis todos, ¿dónde vais a desayunar?

—Hay muchísimas personas apoyándote por todo el país.

Desvías los ojos hacia la carretera.

—Ya lo sé.

Eso es verdad, son muchísimas. Demasiadas. Ojalá no fueras tan popular. El día en que se falló la sentencia, un montón de mujeres acamparon frente a las escaleras del tribunal de justicia. Llevaban camisetas con mensajes escritos a rotulador y enarbolaban rosas de color durazno. Ese es ahora el símbolo con el que te identifican. Dado que todos los colores ya estaban pillados por el sida, los homosexuales y el cáncer de mama, a ti te han asignado este, el durazno, un tono a medio camino entre el naranja pálido y el rosa mugriento. Te recuerda al tinte de las enaguas.

Pero a juzgar por su gesto, a Paola debe de encantarle todo ese despliegue, e incluso el hecho de que exista un símbolo que te represente. Una rosa, nada menos.

—Deberías estar orgullosa de lo que has creado —dice con una sonrisa—. Todas esas mujeres saliendo a la calle para demostrar que están de tu parte.

Respiras profundamente. El viento levanta el polvillo acumulado al borde de la calzada. Una bolsa de plástico remonta el vuelo. Y otra vez esa sensación de que el mundo se te echa encima, que se carga de ruidos y de colores que burbujean. Aprietas los dientes. La ansiedad se te amarra a las piernas. Si pudieses ahora mismo gritar, correr, perder el conocimiento. Y Paola, Dios santo, que no se cansa de ser positiva, de sonreír. Ojalá desapareciera. Ojalá ella y todas esas mujeres se metieran en casa a ocuparse de sus propios asuntos y se callaran la boca.

—Yo solo quiero que me dejen en paz —dices—. Estoy hasta las narices de que remuevan mi mierda.

Cambias de postura y cruzas los brazos en un nudo sólido.

—Ya, te entiendo —murmura Paola—. Hay gente muy oportunista, pero a otros sí que les importas.

—Oh sí, seguro —bajas los ojos—. En mi opinión, ninguna de esas personas está haciendo nada de esto por mí. Solo quieren sacar tajada.

Paola frunce el gesto.

—Bueno..., a ver..., lo que quieren es... algo para las mujeres. Quieren justicia.

—Ya, qué bonito queda decirlo así, pero hasta ahora a nadie le había importado una mierda ser justo conmigo... Nadie me ha respaldado jamás.

Paola traga saliva. Sus uñas tamborilean sobre la mesa.

—Sí, entiendo lo que dices... Es solo que ahora...

—¿Ahora qué? ¿Ahora tengo amigas?

Se encoge de hombros, probablemente va a salir del paso sin ninguna introspección previa.

—Sí —responde.

—¿Tú eres mi amiga ahora?

—Bueno..., no sé...

Sueltas una risa ofensiva. Con el rabillo del ojo puedes ver cómo Paola se reacomoda en la silla. Los ruidos de la calle han cesado, y de pronto lo único que se escucha es la percusión nerviosa de sus uñas sobre el tablero de aluminio. Entonces te acuerdas de Vix.

Hace como dos semanas que no llama ni te manda ningún mensaje. Está un poquito borde, en realidad. Y ahora que Paola retuerce ese tema, te da por pensar que te hubiese gustado de verdad tener una amiga. Una amiga antigua con la que entregarte a hazañas de chicas: llevar pulseras idénticas, hacer coronas de margaritas, escribir *friends forever* en la puerta de un baño. Vix fue lo más aproximado, pero llegó tarde, y ahora es obvio que ya no estáis en la misma onda. Por otro lado, no debe de dar abasto con su grupito de clase, asistiendo a todas esas exposiciones de fotografía y cubismo conceptual.

Incluso a Lachance le tiene frito.

La puerta de la cafetería se abre de par en par. Deja salir a una mujer que mira hacia el cielo y se abrocha de inmediato la gabardina. Paola sacude de la mesa una miga de brioche.

—Ya sé que nosotras —empieza a decir— no nos hemos portado muy bien contigo precisamente.

Durante unos segundos parece esperar una reacción por tu parte. Un gesto de conformidad o cualquier otra señal inequívoca de que le concedes la absolución. Pero no piensas darle ese gusto. Tienes los ojos clavados en las pelusas de tu abrigo cuando la escuchas decir:

—Mira, siento que fuéramos tan bobas. A lo que me refería era a que... si hay algo bueno en todo esto..., es que las cosas están cambiando. Todas esas chicas que salen a la calle...

—Todas esas chicas hace dos meses me hubiesen llamado gorda a la cara sin inmutarse —sacudes la cabeza con brusquedad —. Quizá ni siquiera hace dos meses, quizá ahora mismo, en la parada del autobús, a la vuelta de cualquier manifestación.

—Bueno, yo no creo que pasase eso... y de todos modos...

—Además, yo no estoy aquí para ser la inspiración de nadie.

—Ya, me refería a que...

—Lo que pasa es que ahora me tienen pena.

—No tiene nada que ver con la pena.

—Claro que sí.

Paola gira la cara hacia un lado, arruga la boca y la relaja de nuevo.

—Bueno, ¿y qué más da si es por pena?

—¿Cómo que qué más da? No me gusta que me tengan pena.

—Verás, nunca he entendido muy bien esa expresión. Me parece la típica bordería que la gente dice en plan arrogante. — Paola te mira con un gesto tierno, como una pedrada empapada en un bálsamo de plantas medicinales—. Y tampoco comprendo esa aversión hacia la palabra pena. Sé que a mí también me han tenido pena alguna vez, y no me pareció ofensivo. De hecho, creo que es la reacción natural.

Te quedas callada. A decir verdad, solo has dicho esa frase porque sonaba rotunda y heroica. Y probablemente no es más que

una escena que has visto explotada hasta la saciedad en millones de películas. Una brisa fría se te enrosca en el cuello, donde antes el pelo te servía de protección.

—A mí me da mucha pena lo que te ha pasado, Miriam —dice entonces Paola—. Pero no quiero ayudarte solo por eso.

Asientes. Miras al cielo para contener un burbujeo de lágrimas.

—Verás, todo eso lo digo porque... —Paola suspira, se masajea la frente. El viento dobla una fila de tulipanes en el macizo de la rotonda—. Escucha..., lo mío no es comparable con lo que te ha pasado, ni mucho menos. Pero insisto tanto porque... no sé si sabes que hace dos años tuve que quitarme del Facebook... Había un tío que no me dejaba en paz. Me entró un miedo horrible, ponía comentarios en todas mis fotos, y cada vez que publicaba algo, siempre era el primero en reaccionar, como si tuviera un sexto sentido, yo qué sé... Luego por privado me escribía unas cerdadas que ni te imaginas, y me dijo que sabía dónde vivía, los nombres de mis hermanas y de mis padres... Le bloqueé y todo, pero se creaba perfiles nuevos, lo pasé fatal... Me sentía muy... vulnerable. Hablé con una amiga de mis padres que es psicóloga. Y pensé en denunciarlo también, pero al final no lo hice.

—Por qué no.

—No sé, me daba vergüenza. —Paola mete la cucharilla en la taza y arrastra hacia el borde unos ribetes de espuma—. Pensaba que la gente iba a reírse de mí. Por hacerme la víctima, ya sabes.

—Ya...

—Durante varios meses mi padre me acompañaba a todas partes porque me daba miedo salir sola. Y por eso me dio mucha rabia cuando aquel día, en urgencias, te planteaste no denunciar.

La miras hasta que termina de hablar. Un rayo de sol halla hueco entre dos nubecillas plateadas y baña de luz la fachada de enfrente. Por una ventana abierta salen canciones.

—¿Cómo me viste? —preguntas.

Paola inclina la cabeza, suelta la cucharilla en el plato con un gesto desubicado.

—Me refiero —aclaras— a qué es lo que pensaste nada más

verme. ¿Crees que estaba en estado de shock?

—Por supuesto que estabas en estado de shock. Lo dejé muy claro en el juicio, y Tallie también. ¿Por qué preguntas eso?

Pues porque sinceramente ya nada te parece real. Porque cada día que pasa te crece más adentro la incertidumbre, y temes que tu imaginación haya empezado a construir incluso tus emociones. A veces, estás mirando por la ventana del autobús, o sentada relajadamente en una terraza, o te sorprendes de pronto soltando una carcajada mientras ves reposiciones de *Friends,* y entonces te apuñala por dentro la duda, la misma que consumió a Paola. ¿Quizá estoy sacándolo todo de quicio?

La hermana del Estudiante tiene la misma cara que él, las mismas facciones que él, la misma sonrisa de labios finos, y el mismo tono castaño de pelo que combinaría a las mil maravillas con una campiña inglesa desenfocada de fondo. La hermana del Estudiante lleva el cabello más largo, suelto en ondas hasta la cintura. Y en su fisonomía destacan las mismas cejas suaves, el mismo mentón, la misma nariz recta y estilizada, e incluso los mismos dedos huesudos que juguetean ahora con un llavero dorado en forma de corazón.

Desde hace un buen rato, aguarda apoyada en un coche enfrente de la tienda de ultramarinos, flanqueada por dos amiguitas cuyos biotipos siguen su mismo patrón. El labio se le riza al verte pasar. Deja al aire dos incisivos blanquísimos enrejados por las hebras de la ortodoncia. No debe de tener más de trece o catorce años.

Zorra, más te vale que mi hermano se libre.

Lleva horquillas de tréboles y un jersey azul de crochet.

Gorda, guarra, puta.

Todas esas palabras que seguro que no le permiten decir en su casa y que no combinan en absoluto con su voz de conservatorio de canto.

Zorra, sabes que mientes.

Aprieta los puños. Camina hacia ti. Se detiene a un centímetro de tu cara.

Más te vale decir la verdad.

Y la verdad, al menos como tú la recuerdas, y que debe de ser, o que es, casi seguro, lo más cercano a la versión objetiva, porque lo tienes fresco y en carne viva, y lo has revivido miles de veces dentro de tu cabeza, es que ese tal Kaplan, el chaval de los ojos de ciencia ficción, caminaba a tu paso en el momento en que salisteis del bar y también unos minutos más tarde, cuando doblasteis el callejón que sube hacia la avenida. Te estaba contando de una playa nudista. La que empieza un par de kilómetros más allá del paseo marítimo, ¿sabes cuál? Sí, mujer, justito detrás de la duna. ¿Has estado alguna vez? Oh sí, por supuesto. El otro, el gordito de la perilla, al que llamaban el Chivo, iba y venía y bebía a morro de una botella de vodka. Se le escurrían hasta la barba riachuelos de alcohol. ¿Tú eres de las que se ponen tan anchas en topless? Pues sí, quizá —risita—, no te lo voy a decir.

—Ah, entonces seguro que sí —soltó el Chivo con arrogancia —, ya nos has confesado que de mayor vas a ser enfermera cachonda.

—Cachonda perdida —apuntaste.

—¿Sabes cómo se llama este hueso? —el Chivo se señaló la entrepierna. Dejó salir una risotada, y miró al Kaplan de refilón, como para ver si su broma tenía el éxito que esperaba.

—Ahí dentro no hay ningún hueso —dijiste.

—Pues yo me la noto dura como un hueso.

Te lanzó una mirada. Te guiñó un ojo. Y tú te echaste a reír. Por los callejones olía a meado y a comida recalentada. Las papeleras regurgitaban bolsas de plástico, cajas de pizza, envoltorios de dónuts. E incluso flores. Rosas rojas partidas en dos.

Cuando salisteis de la avenida, el reloj de la catedral marcaba las cuatro y dos, eso crees recordar. Y tú clavabas los ojos en la

espalda del Estudiante, en su nuca castaña y en el águila bordada en su cazadora. Iba unos pasos adelantado, hablando con ese otro tío: Ray Papke, al que todos llamaban siempre por el nombre y el apellido. Así llevaba toda la noche. Toda la maldita noche hablando con él. ¿Y tú mientras tanto? Pues calladita, disimulando. Su desapego te ofendía, pero no querías parecer una histérica, y mucho menos delante de sus amigos.

Atravesasteis un parque desierto, un aparcamiento. Estabas cansada. Un pelín mareada también. Hubiese sido maravilloso que en ese momento el Estudiante te cogiese la mano y dijera: bueno, chavales, cada mochuelo a su olivo, hasta la próxima, nosotros nos vamos. (Por si te lo preguntan. Por si te lo preguntan en algún juicio, ese era el final que esperabas.)

Y sin embargo, quien te rodeó con el brazo fue el Kaplan. Empezó a tararear la canción de un anuncio de pasta, y tú te echaste a reír. Le seguiste el juego y os pusisteis a bailar la melodía en mitad de la calle. La garganta te escocía horrores. Por el tequila, supones, y también por el hachís, que a juzgar por el aspecto que tenía la piedra, debía de ser de la mejor calidad. El Estudiante se aproximó entonces. Te plantó un beso seco en la boca.

—Oye, qué pasa —soltó—. ¿Te pone este menda?

Señalaba a su amigo con el mentón. Un destello de sarcasmo en los ojos, como si la pregunta contuviese un secreto. Miraste al Kaplan, soltaste una carcajada. Pues la verdad es que sí, pensaste. De modo que lo dijiste en voz alta:

—Pues la verdad es que sí.

Querías ver si se ponía celoso. O cachondo. No tenías muy claro con qué talante afrontar su actitud. Se comportaba igual que aquel día que te llevó a casa en coche, como si, francamente, le importaras un pito. Y por eso te entusiasmó que tu complicidad con el Kaplan le incomodase, que empezara a picaros y a repartir pullas. Hasta que de golpe, sin ton ni son, el Estudiante se echó a reír —además sin medida, enseñando todas las muelas y sus empastes, ¿a qué venía eso?—, y mientras se alejaba de nuevo dejándote a solas con Kaplan, todo el anhelo anterior dio paso a una bruma de desconcierto. Te sentiste decepcionada. Y también

un poquito idiota.

Pero el caso es que Kaplan, que seguía clavado en su sitio, te miró con sus ojos de ciencia ficción: ¿lo has dicho en serio?, ¿te gusto?, y tú bajaste la vista, se te escapó una risa rara, nerviosa. Escondiste la cara: perdón. Y echaste a andar más deprisa, un poco abotargada por el alcohol. Los otros tres iban delante, acababan de doblar una esquina y el Chivo se paró en un portal. Habló con una mujer, una chica tal vez, no distinguías sus rasgos desde esa distancia. Solo te llamó la atención cómo abrazaba su bolso contra el estómago. Quizá temía que la hubieseis acorralado para robarle.

—¿Qué hacen? —dijiste.

El Estudiante volvió entonces sobre sus pasos. Te acarició el pelo, se enroscó entre los dedos un mechón blanco.

—Así que te gusta mi amigo Kaplan —dijo.

—Pues sí, mucho. —Esbozaste un gesto juguetón y le golpeaste con el dedo en el pecho, justo en el centro de las costillas —. A este paso, me va a gustar más que tú.

—Pues bésale.

—Qué.

Miraste a Kaplan, le tenías a un palmo. Una mueca desubicada.

—No, de qué vas.

—Por mí no te cortes.

—Muy bonito. ¿Te pone que me bese con otros tíos o qué?

—Sí, me pone.

Arrugaste la frente. Recuerdas un aguijonazo de rabia, el calor furioso en el pecho.

—Pues muy bien. —Miraste al Kaplan con aire altivo—. Un pico nada más.

Pero el caso es que cerraste los ojos, y dejaste que su lengua entrase despacio, que te acariciase los dientes. El Kaplan tenía los labios cortados, un regusto astringente en la boca a causa del cigarrillo que todavía sostenía en la mano. Hacía calor. Una brisa templada te movió el pelo. Del supermercado turco en la acera de enfrente salía una música de instrumentos de cuerda, y luego un parloteo de chicas atravesó la calle. La lengua de él se movía muy

lenta, y de repente un pellizco. Una mano que te apretó con ansia la carne del culo. Abriste los ojos de golpe:

—Bueno, ya vale.

Entonces un susurro raspado: ¡venga, entrad! El Chivo aguardaba en el escalón del portal, sostenía la puerta de forja con un gesto apremiante. De la chica que hacía un minuto se aferraba a su bolso con uñas y dientes ya no quedaba ni rastro. ¿Está dentro?, dijiste, y a continuación: ¿dónde vamos? Pero nadie respondió a tus preguntas. El Estudiante giró la cabeza, te cogió de la mano: ven. Y el Kaplan: vamos.

Olía a piedra fría y a yeso desnudo. Te dejaste guiar por las manos de ellos, ya no distinguías de quién, subiste las escaleras a trompicones. Los ventanucos que asomaban a un patio tenían cristales esmerilados. Y un escalón, un giro, otro tramo. Varios pisos más arriba se escuchó una tos seca. El bisbiseo de un grifo. ¿Dónde vamos? La luz del techo —mustia, blanca, insuficiente— se apagó con un chasquido tajante. Y el corazón que te sacudía mamporros contra la tripa, que daba la alarma, como si él ya supiera.

El tintineo de un cinturón. Un retortijón de miedo. Y alguien que te sujeta del pelo y que te dobla por la cintura. No puedes hablar, ni gritar. Las extremidades dormidas. Y piensas, estoy a oscuras. Estoy sola. Y no sé quiénes son.

Resulta que a la psicóloga le parece una idea fantástica lo del diario de gratitud. Miriam solo lo mencionó de pasada durante una sesión, la típica anécdota de relleno que no esperaba que diese lugar a un diálogo alternativo. ¿Por qué te resistes a escribir nada?, le preguntó la psicóloga. Y Miriam no supo qué responder. Salió de la consulta con deberes para la semana siguiente: anotar al menos cinco razones por las que se consideraba afortunada.

Con la intención de otorgarle más solemnidad a la tarea, se ha sentado en el escritorio, ha encendido la lamparita, ha abierto el cuaderno, e incluso ha llegado a posar la punta del bolígrafo sobre la hoja beige de papel reciclado. Sigue con el pijama de ayer y lleva en la cabeza una de esas cintas de tela de toalla para apartarse el pelo de la cara. Ya se ha cansado del nuevo corte, se le mete en los ojos continuamente y solo logra domarlo con el secador. A ver si al menos crece deprisa. Miriam cruza los brazos sobre el cuaderno. Tal y como le sugirió la psicóloga, se ha forzado en meditar con anterioridad para dejar fluir los pensamientos positivos. Sin embargo, todo lo que se le pasa por la mente le suena simplón o artificioso, o advierte al cabo de un rato que lo está plagiando de algo integrado en su memoria, pero que no es una idea suya original. Finalmente cierra el diario, y se levanta de la silla. Se deja caer en la cama. Media hora después, está totalmente repanchingada con la vista clavada en el móvil. Encadenando vídeos de japonesas que fabrican su propia crema hidratante.

Acaba de empezar un tutorial cuando su madre se asoma desde el pasillo.

—Ah, estás despierta —dice.

—Sí.

Pattie empuja la puerta. Hace una pausa en la que Miriam la escucha rascar con la uña el contorno biselado del picaporte. Sabe que ha venido, como de costumbre, a evaluar su estado de ánimo, y en efecto, unos segundos más tarde, Pattie no puede evitar preguntar:

—¿Cómo estás?

Miriam se encoge de hombros sin despegar los ojos de la pantalla.

—Pues bien. Normal.

Su madre sacude la cabeza. Pasea la vista por el cuarto en busca de algún detalle que comentar a fin de prolongar la conversación. Repara entonces en el cuaderno de tapas de cuero que descansa sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —pregunta, y se adentra unos pasos para observarlo de cerca.

—Nada, un cuaderno.

—Es muy bonito.

Pattie se ha detenido junto a la mesa y lo admira sin ponerle la mano encima, del mismo modo en que examinaría una pieza a través de la vitrina de un museo. Una nunca puede prever la reacción de un adolescente cuando se trajina con sus objetos personales.

—Por cierto —empieza a decir—, ¿has hablado con Vix últimamente? Hace varios días que no llama.

—Pues estará ocupada, yo qué sé.

—¿Estáis enfadadas?

—Que yo sepa no.

—¿Por qué no la llamas tú?

Miriam chasquea la lengua.

—No me apetece hablar con nadie, ya bastante que aguanté las charlitas de Paola el otro día.

—Bueno —Pattie suspira, se apoya en el canto del escritorio, y durante unos instantes se entretiene abrochando y desabrochando la correa metálica de su reloj—. Entiendo cómo te sientes, pero si te aíslas es peor.

—Ay, mamá —Miriam cambia de postura con brusquedad—,

no te pongas en plan dalái lama. Y además, tú qué sabes. Yo no me he aislado de nadie. Si últimamente no hablo con Vix es porque siempre está con Lachance y con sus rollos de la universidad.

Pattie se muerde el labio inferior, está tratando de ponerse en la piel de un adolescente a marchas forzadas. Quiere añadir algo sabio, algo impactante y conmovedor. Aunque lo más probable es que sus palabras solo le suenen a Miriam rancias y cavernarias. Así que al final solo murmura:

—Bueno, hija, si yo no digo nada, solo quería saber cómo estabas.

—Pues perfectamente.

Durante varios segundos ambas se quedan calladas, con la vista enfocando a planos distintos del dormitorio. Lo único que rasga el silencio es el clic sostenido y acobardado de la correa del reloj de Pattie, que al cabo de unos segundos suelta un suspiro y sale de la habitación.

En la pantalla del móvil, una japonesa se masajea las puntas del pelo con aceite de coco hasta que Miriam cierra la página con hastío. Se encuentra rara después de haber mencionado a Vix. En un gesto mecánico, busca su nombre en el WhatsApp y amplía la foto del perfil. Sale con Lachance, por supuesto, sonriendo como una descosida. Miriam aparta el teléfono, no le apetece nada escribirle, sobre todo viendo lo pasota que está últimamente. Si al menos tuviese con ella lo mismo que tienen Tallie y Paola, una amistad simbiótica, intensa, a prueba de bomba. Y también, siendo sinceros, es que está hasta las narices de ser siempre la amiga con la vida de mierda.

Busca el tabaco por la mesilla y se acomoda en el alféizar, donde durante unos minutos se dedica a manosear un cigarrillo sin encenderlo. Es un día claro, soleado, y tan solo unas nubes inocuas pintan el cielo como brochazos de tiza. Sobre las ramas de los castaños brotan pequeñas inflorescencias, y echando la cuenta, Miriam deduce que ya hace tres días que es primavera. Enciende el cigarro y sus ojos se topan de nuevo con el diario de gratitud. Lo observa indiferente. La verdad es que incluso el nombre le parece una ñoñería, la típica cursilada hípster. Esos cuadernos son para

otro tipo de chicas, piensa. Intensitas que fotografían nubes y atardeceres y gotas de lluvia desenfocadas.

En cualquier caso, y por entretenerse con algo, Miriam se inclina para alcanzar el cuaderno. Antes ha dejado un bolígrafo enganchado en la primera página, así que lo recupera y se dedica a mordisquear la tapa de plástico mientras clava los ojos en la hoja en blanco. Garabatea su nombre: Miriam Dougan. Lo observa. Desliza la mano hacia abajo y lo escribe otra vez. Varias veces, en múltiples dimensiones y tipografías. Miriam Dougan. Miriam Dougan. Miriam Dougan. Con líneas rectas y disciplinadas en los primeros trazos, y recargándolo después con volutas y arabescos. Entonces sus dedos se embalan, escupen palabras en el papel pautado. Imbécil, dibujan, y también: cerda, idiota, guarra. A continuación, en letras mayúsculas, vociferantes: es una mentirosa??? Los signos de interrogación los incorpora más tarde. Repasa con insistencia las curvas, añadiéndoles más volumen, más relieve, de modo que ahora resaltan mucho más que la frase. Durante un buen rato, se queda contemplando las palabras mientras fuma y suelta el humo de lado. Quién eres de verdad, Miriam Dougan, el yo real. Habría que exfoliar capas y capas. Porque ni siquiera a la psicóloga es capaz de explicárselo. Y además, cómo va a soltarle así, a las bravas, ciertos pensamientos. Tiene miedo. Mucho miedo. Y una vergüenza atroz que apenas la deja dormir.

Durante la última sesión salió a relucir el tema de la chica menor de edad. Su homóloga de la fiesta de graduación, que estaba borracha perdida y sufrió manoseos y vejaciones. Sin embargo, Miriam no se ve capaz de sentir compasión. No se identifica en absoluto con ella. En ocasiones, no se identifica, siquiera, consigo misma.

Y no quiere ver las fotografías, ni que se las mencionen. No ha indagado en los periódicos. Cuando la psicóloga le pregunta por qué, ella dice que le da cosa. Pero lo cierto es que esa chica de la fiesta de graduación se le antoja como un personaje ficticio, un docudrama, o la típica historia sensacionalista. No sabe cómo sentirse al respecto. Y cómo podría confesárselo a la psicóloga. Esa

tendencia sociópata. Esa patología.

Miriam aplasta el cigarro contra el cenicero de cerámica. Antes de cerrar el diario de gratitud, arranca de cuajo la hoja que ha garabateado, y también las dos hojas consecutivas. No vaya a ser que esas líneas marcadas con saña hayan quedado impresas en varias capas de papel. Luego lo rompe todo en trocitos minúsculos, los aprieta en el puño, y camina directa hacia el cuarto de baño. No vuelve a salir hasta un par de minutos más tarde, cuando tras varias descargas de la cisterna, los pierde de vista.

¿Que si le gustaba la chica? Pues la verdad, no tanto. Estaba un poco gordinflas. Pero oye, a las cinco de la mañana y con seis o siete copazos, una chica es una chica.

La que sí que estaba bien buena era la de la fiesta de graduación, la chiquilla esa, menudas tetas tenía. Y menuda boca para mamarla.

La del portal era una ballena, dicen.

No, joder, tampoco es eso. Tenía sus kilitos, pero era atractiva, de rasgos simétricos y tal. Los ojos eran bastante bonitos. La piel, el pelo. Ya sabes, el tipo de persona que mejora físicamente a medida que la vas conociendo.

Ahora Adam Kaplan se sienta por las tardes —estas recientes y preciadas tardes de libertad— en un rinconcito sombreado del jardín de sus padres y mira los crepúsculos caer. Visita a familiares cercanos y mantiene largas conversaciones telefónicas con los lejanos, que no dejan de repetirle lo buen chico que es, y que seguro que todo esto va a terminar muy pronto y entonces saldremos a celebrarlo. Algunas noches, hace planes con sus amigos de toda la vida. Beben cervezas en la playa o se reúnen en algún piso y ven partidos de fútbol por televisión. No le pasa inadvertido cómo la gente a su alrededor trata de rellenar los silencios. Le cuentan anécdotas de los últimos quince meses. Se encargan de convencerle de que no se ha perdido gran cosa.

Otra actividad a la que Kaplan le dedica una cantidad ingente de horas es a marear obsesiones. De un tiempo a esta parte, padece un ansia enfermiza por disfrutar a tope de cada instante. Paladearlo en silencio. A solas, a ser posible, con la esperanza de

que así le dure más tiempo. Porque eso es precisamente lo único que le queda: el hoy, el ahora, el presente inmediato. Y la clara conciencia de que podría perderlo todo en un pestañeo.

El resto de la gente de su entorno —sus padres, sus hermanos pequeños, sus conocidos—, todos cuentan con la garantía de que el ahora seguirá renovándose. Mañana, el mes que viene, dentro de dos años, dentro de diez. Avanzan aprovisionados de porvenires. Pero en la cárcel no hay nada de eso. La cárcel es un sumidero de tiempo. Un agujero negro que te rompe la vida sin darte la opción de emplearla en nada que valga la pena. Por eso hoy, esta noche, sentado en una mesa de seis en la fonda del puerto, Kaplan hace un esfuerzo indecible por no darle vueltas a la cabeza. Sorbe despacio su cerveza de trigo y deja que la liviandad del ambiente lo abrace. En el aire, registra olores a caldo caliente, a pan de plancha, a verduras ablandadas en sartenes. Y desde la barra le llegan algarabías que se embrollan y se superponen: clientes que piden más rondas, abrigos que sisean, vidrios que chocan, mujeres que se secan la boca con servilletas de papel y luego las conservan arrugaditas dentro del puño.

En torno a él, sus amigos siguen contando historias y Kaplan no logra pausar el tráfico de pensamientos inútiles. Observa, por ejemplo, que el jersey de uno de sus colegas está plagado de pelusas marrones, y quizá, si él regresa a la cárcel, para el año en que salga ya no quedará ni rastro de esa prenda de ropa. Y un día cualquiera, ya con canas y con arrugas, preguntará: ¿te acuerdas de aquel jersey que llevabas durante la cena en la fonda? Y su amigo arrugará el ceño: ¿de qué jersey hablas? Porque, claro, para él habrán pasado un millón de años, un millón de ahoras, y las modas habrán nacido y se habrán marchado, y los jerséis se habrán roto, o encogido, o reemplazado.

Kaplan cambia de postura y el cuero sintético de la banqueta emite un quejido.

Tú, que estás en Babia.

Uno de sus amigos le lanza una corteza de pan.

Sí, suspira. Quiero disfrutar la cerveza porque..., bueno, porque nunca sabes cuándo va a ser la última.

Otro chaval, uno que lleva una gorra dada la vuelta, le suelta un capirotazo amistoso.

Anda que... ¿Cómo va a ser la última, pieza?

¿Qué pasa, que la vas a palmar en cuanto salgas del bar? ¿Te va a endiñar un camión o qué?

Tú haz como tu primo. Mira lo tranquilo que está.

Joder, es que el Chivo no da para más.

Se ríen. Bromean. Intentan quitarle hierro al asunto, pero ven la cara mustia del Kaplan y recogen amarras de nuevo.

A ver, Kaplan, no te pongas en plan cazurro. Vuestros abogados son cojonudos.

Eso quiero creer...

Que sí, tío, confía. El de la gorra cruza los brazos. Los vídeos siguen ahí, ¿no? Los va a revisar otra gente que sabe de leyes.

Ya, pero los vídeos no añaden nada nuevo.

Bueno, pues lo que sea. Si os han animado a recurrir, es porque saben que este circo no tiene ni pies ni cabeza.

Exacto, le apoya el del jersey de las pelotillas. La decisión es de los jueces, y ni caso de las verduleras que salen por la tele.

Te lo digo yo, Kaplan. Tú no pisas la cárcel otra vez.

Y sí, puede que tengan razón. Kaplan se agarra a todos los argumentos que le dan sus colegas. Percepciones optimistas y endebles, pero que necesita creer con todas sus fuerzas. El Chivo le envía mensajes todos los días, se muestra muy confiado. E incluso Violet —que, para sorpresa de muchos, le ha perdonado— es de la misma opinión, porque joder, es que está claro, aquella tía quería, tonteó con ellos a muerte. ¿Acaso no es obvio? Si hasta le dio un morreo de camino al portal. Qué coño esperaba.

Pero, claro, ahora ya nada de eso les sirve. Porque la chica puede de repente no querer, la chica puede quedarse petrificada, la chica puede estar sufriendo el peor momento de toda su vida y todavía callarse, porque la chica está paralizada por el terror, y la chica puede sufrir un shock y permanecer muda. Existe incluso la posibilidad de que la chica piense: no por favor, y que su cerebro lo grite con todas sus fuerzas, pero que ni aun así le salga la voz. Ni la más levísima vibración en su tráquea. Los pulmones

hinchándose y vaciándose sin romper la resistencia de las cuerdas vocales. Y ni rastro de la palabra que debió estallarle contra los incisivos y reventarle de puro pavor el diafragma: NO.

Porque así son las cosas. La chica puede no decir nada. La chica puede exhibir la serenidad de una ameba. Y entonces: asesino, violador, hijo de puta.

No hay derecho.

Claro que no, tío, y por eso este juicio lo tienes ganado.

Ten confianza.

¿Cómo lo ibas tú a saber? ¿Acaso es tu culpa que ella se quede callada? Esa zorra. Porque esa tía quería, estaba mojada, se metía las pollas hasta el esófago como un tragasables. Sale en los vídeos. Esa puta quería.

Ahora dice NO. Ahora dice: cerré los ojos.

¿Y cómo lo ibas tú a saber?

Exacto. Los otros tampoco supieron. Ninguno.

Es la palabra de cuatro contra la suya.

Me sometí porque estaba asustada.

Y a mí qué me cuentas, pirada.

Cómo lo iba yo a saber.

Miriam abre la puerta del departamento de Fisiología, donde ha ido a entregar un trabajo de fin de semestre. El profesor la mira de reojo, como con reprobación por haber esperado hasta el último día del plazo. Apunta su nombre en un papel. A su lado, un portátil zumba con la potencia de un refrigerador viejo, y tras la ventana a su espalda las ramas de los cedros responden al viento en un campaneo lento, cada a una a su modo, como si tirasen de ellas sedales invisibles. El catedrático pasa a toda prisa las páginas grapadas y coloca el trabajo de Miriam sobre una montaña de cuadernillos entregados también esa misma mañana. Se ve que no es la única que ha apurado hasta la fecha límite.

Cuando sale del edificio ha empezado a llover y las nubes se extienden hasta el horizonte grises y lanudas. Las hojas caen a bandazos hacia los recintos ajardinados, dibujan hélices en el aire en un parpadeo amarillo. Miriam se sube la cremallera de la chaqueta. Es la hora a la que finalizan muchos turnos de clase, y la mañana es tan fea que nadie tiene ganas de caminar, de modo que todos los autobuses pasan cargados de rostros abrigados y parlanchines. Para cuando Miriam llega a la altura del campo de fútbol, la lluvia es tan fuerte que muchos alumnos han optado por refugiarse bajo las marquesinas de las facultades. Se arrebujan dentro de los abrigos y fuman un cigarrillo tras otro, esperando a que escampe. Miriam calcula la distancia hasta la siguiente parada, son por lo menos cinco minutos a pie, así que se echa la capucha por la cabeza y se decide a entrar en la cafetería que hay en el centro del campus.

Es un local concurrido, más aún en un día lluvioso, aunque probablemente todas esas personas deberían encontrarse ahora mismo en otro lugar: un aula, un laboratorio de prácticas, la

biblioteca. Miriam busca con la mirada un asiento libre y pide un cappuccino en la barra. Mientras se desprende de la chaqueta, escucha que alguien grita su nombre desde una de las mesas del fondo: ¡Miriam!

Se gira por inercia, imagina que es otra Miriam a la que llaman. Pero hay una chica que le sonríe y que se está poniendo de pie. Tiene el pelo corto, una bufanda tipo Burberry encintándole el cuello, y no deja de hacerle señas exageradas con los dos brazos.

—Eh, Miriam. Ven.

Sí, la recuerda. Se llama Eva. Es alta, sociable, y una de las primeras personas a las que Miriam conoció cuando empezó la carrera. Durante un par de semanas se sentaron juntas en todas las clases, acudían a los mismos seminarios solo para ahorrarse la vergüenza de tener que deambular solas. Luego Miriam dejó de asistir a la facultad. Sin previo aviso. Ni siquiera se habían intercambiado los números de teléfono.

Algunas de las chicas que hay sentadas con Eva le suenan de vista. Están corriendo las sillas y han empezado a desocupar un trozo de banco donde se amontonan bufandas y abrigos de todos los tamaños y pelajes. Con la chaqueta a medio desabrochar y el bolso colgando del codo, Miriam se acerca al grupo y toma asiento donde le han asignado. Apoya su café en la mesa, sonríe con timidez. Está tan nerviosa que trata de reducir al mínimo sus movimientos. Le da pavor derramar algo, meter un codazo, pisotear un abrigo. Incluso trata de coger aire y expulsarlo flojito. Así de aterrada se siente.

Eva le presenta a sus cuatro acompañantes, aunque Miriam solo retiene los primeros dos nombres: Wilma y Zaza. El resto los pierde, en parte por el fragor de la cafetera y en parte por esa aplastante angustia de haberse convertido de pronto en el centro de atención.

—Oye, menuda sorpresa —dice Eva—, ¿qué haces por aquí?

Tiene una sonrisa grande y sana que le resplandece incluso por dentro de las pupilas. Miriam sujeta con los dedos el contorno de su taza, pero no se atreve aún a levantarla del plato.

—Te has cortado el pelo, ¿no? —prosigue Eva—. Te queda

muy bien.

Miriam asiente, se toquetea las puntas rizadas, murmura: SÍ, al tiempo que las otras chicas dirigen la vista hacia ella e intercambian sonrisas de aprobación.

—¿Y cómo es que estás por aquí? —dice Eva—. ¿Tienes alguna práctica?

—No, he venido a entregar un trabajo.

—Uff. —Una chica que no le suena de nada agita la mano en el aire—. El de Fisio, ¿no?

—Sí, ese.

—Joder, yo lo terminé anoche a las dos de la mañana. ¿A ti también te ha puesto cara de bulldog?

Miriam sonríe.

—Parecía que me estaba perdonando la vida.

En torno a la mesa, las risas se alternan con resoplidos. También se escuchan un par de insultos ligeros, dedicados al tipo en cuestión.

—Ese hombre es un amargado —dice Eva. Ha empezado a liarse un pitillo con un pellizco de tabaco que acaba de coger de una lata. Entonces añade—: ¿qué tema has escogido para el trabajo?

—Endocrino.

—Ah, guay. Ese ya lo tenemos, pero no importa —dice—. Es que vamos a intercambiarnos los apuntes que hemos recopilado para los trabajos. De momento tenemos Linfático, Digestivo y Endocrino. Solo nos quedan... —suelta una risa—. Todos lo demás.

—Eso es un montón, ¿no? —pregunta Miriam con un gesto desubicado.

—Pues sí, más bien. —Eva sonríe, se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja. Al otro lado del ventanal, los estudiantes caminan protegiéndose el pecho con las carpetas o con enormes tacos de fotocopias que acaban de comprar en reprografía. A pesar de la llovizna, casi nadie lleva paraguas, y diminutas gotitas blancas se les posan en el pelo y en los hombros. Eva desliza la lengua por el borde del papel de fumar—. ¿Te vas a matricular en Legislación y Ética el semestre que viene? Estábamos hablando de

eso, porque la otra opción de las once de la mañana es Informática, así que...

—Ya..., la verdad es que no lo he pensado todavía.

Miriam levanta la taza, se la lleva a los labios. Le da un sorbo corto al café y vuelve a dejarlo sobre el platillo.

—Oye, si es porque no puedes ir a clase no te preocupes, yo te dejo los apuntes —interviene otra de las chicas. Tiene un precioso pelo azabache que le asoma por debajo de una boina francesa. Miriam sonríe agradecida, se siente mal por no recordar su nombre.

—Claro —dice Eva—. Si el horario no te va bien, no te agobies. O si algún día necesitas lo que sea...

Deja la frase inacabada. Es evidente que Miriam está faltando demasiado. Algunas de las asignaturas ya las tiene perdidas por no haberse presentado a las prácticas, y como es lógico, a sus compañeras no les han pasado inadvertidas tantas ausencias.

—Bueno, espero no seguir faltando mucho... —desliza la yema del dedo por el canto de la mesa, insiste en un tramo áspero del contrachapado—. Es que estos meses pasados..., bueno, he tenido algunos problemas.

En la pausa que sigue, las chicas la respaldan con sonrisas indulgentes o asienten con la cabeza. Se esfuerzan por mostrarle apoyo, cada una a su estilo, pero todas en idéntica sintonía. Igual que las ramas de los cedros resistiendo los embates del viento.

—Has hecho bien entonces —dice Eva—. A las cosas hay que darles la prioridad que merecen.

—Mira. —La chica que tiene al lado ha sacado un folio de una carpeta—. Si entiendes mi letra, yo puedo dejarte casi todos los apuntes del curso —dice.

Se ve que son anotaciones tomadas a toda prisa, tratando de aglomerar la información. Y resulta curioso cómo destacan ciertas particularidades en la grafía, un atisbo de la personalidad de esa chica que despatarra los rabos de las consonantes como insectos muertos.

—Se entiende muy bien, gracias.

Al otro lado de la mesa, Eva está inmersa en una conversación

con Zaza. Así, mirándolas desde enfrente, Miriam piensa que parecen personajes de distintas épocas puestos juntos por error. El contraste de Eva, que es pálida y rubia, con un corte de pelo años veinte y un jersey de Lacoste azul cielo. Y Zaza, que lleva dos trenzas escuálidas, la raya del ojo violeta, y una bandana de flores anudada en la nuca. Se la ve muy vivaz, gesticula con las manos y con las cejas, y Eva la escucha embobada, asintiendo y dándose pellizquitos en el centro del labio. En el banco a su lado, los bolsos de lona y las carpetas forradas de pegatinas resaltan contra el día gris y ventoso que se desata fuera. Y Miriam percibe que el calor ya empieza a metérsele por los pies. Todo es exactamente como se lo imaginaba. La dinámica de la universidad, donde no detecta ningún afán por agrupar a la gente en categorías. Y escucha a esas chicas reírse, bromear con esa complicidad aún en ciernes, y quiere quedarse. Quiere encontrarse un día sentada entre ellas, y recorrerse a pellizquitos el labio mientras una amiga le confía un secreto, mientras otra chica la mira de lejos y reflexiona: quiero un día encontrarme aquí en medio, recorrerme a pellizquitos el labio mientras, etcétera.

La chica de la boina francesa que, hace un instante, Miriam cree haber escuchado que se llama Lilly, le lanza un azucarillo a la de la caligrafía despatarrada.

—Tú, que te empanas —y entonces se vuelve hacia Miriam—. Ya te acostumbrarás a Rita, siempre está en la parra.

Y la tal Rita finge que se amohína. Miriam sonríe, quiere con toda su alma participar, aventurarse con una broma, pero todavía no se siente lo bastante integrada. Descruza los brazos. Repara de pronto en la carpeta de Rita, que sobresale de un bolso de cuero y está forrada de pegatinas de marcas vintage. Una de las pegatinas, Miriam afina la vista, tiene esa forma. Esos contornos, ese color. Aunque desde esa distancia no sabe. Solo es capaz de ver la mitad. Pero si ladea la cara. El trozo parece. O es.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Rita se gira hacia la carpeta, roza con los dedos el asa del bolso.

—¿El qué?

—Esa pegatina.

Miriam señala lo que parece una rosa. De un tono como anaranjado. Lo que vendría a denominarse color salmón. O durazno.

—Ah, la rosa... —dice Rita—. ¿La conoces? Es el símbolo de las manifestaciones esas de...

—¿Y hay pegatinas?

—Sí. —Rita abre entonces una cremallera lateral y saca un fajo bien gordo, como un taco de cromos—. ¿Quieres una?

—Ah, no sabía que habían hecho... pegatinas —termina de decir Miriam, y, mientras tanto, Rita ya ha alargado el brazo por encima de los platos con restos de muffin y le tiende un taco bien generoso. Miriam está a punto de decirle no, gracias, pero se ve a sí misma extendiendo la mano a su vez y cogiendo las pegatinas, a las que echa un vistazo rápido.

—Gracias —dice.

Esta chica, Rita, tiene una mirada agradable. Los ojos azules y saltones como uvas. Pero en plan sexy.

—Oye, ¿quedamos mañana para la biblioteca?

Eso lo acaba de decir Zaza, parece ser que a nadie en particular, porque se he repanchingado en su asiento con los ojos girados hacia la barra mientras se enrosca la trenza con el dedo.

—¿Y la clase del profesor Wagner?

—Buah, pasando.

—Yo voy a ir —dice Eva—. ¿Tú vienes mañana, Miriam?

—Pues... —Miriam endereza la espalda—. Es que he faltado tanto... Me tengo que organizar otra vez, y tampoco sé si voy a tener tiempo de estudiar para los exámenes.

Eva asiente. Afloja los párpados con un poco de lástima.

—Escucha, nosotras tampoco hemos empezado a estudiar aún.

—Claro, mujer —apunta Rita—, no te agobies.

—Ya te irás organizando. Nosotras quedamos algunos días para estudiar en la biblioteca.

—Ya... —Miriam se muerde el labio—. Es que no sé si podré seguiros el ritmo... Ahora mismo hay un asunto en mi casa... —

Toma aire, sacude la cabeza en dirección a la taza de café, semivacía.

Eva frunce la boca. Y esa otra chica de la boina francesa, la que cree que se llama Lilly, chasquea la lengua en un gesto de consternación.

—Hay épocas que son una puta mierda —dice—. Yo también pasé una temporada horrorosa el año pasado y casi no pude venir a clase... Al final di el curso por perdido, pero bueno, eso ya quedó atrás, y ahora vuelta a empezar.

—¿Estás repitiendo curso?

La chica asiente y traga simultáneamente un buche de zumo de melocotón.

—Sí —dice—, soy la retrasada del grupo. —Suelta una risa y mira a Eva, que agita la cabeza con cadencia de madre. Debe de ser una broma interna.

—A ver... —dice Eva—. Cada uno tiene su ritmo. Y eso de medir el tiempo por ciclos es un invento del ser humano.

Alza la barbilla con solemnidad y entonces tuerce la boca en un gesto cómico.

—¿A que sí? —añade.

—Sin duda —la repetidora de la boina se vuelve hacia ti—. Aquí, la madre superiora Eva nos ha acogido a todas bajo su ala y ha planeado grupos de estudio para llevarnos por el buen camino.

Se le adivina en el tono un deje de admiración. Eva le pasa el brazo por la espalda, esboza su sonrisa de dientes sanísimos. Tiene la frente brillante e irregular a causa de unas cicatrices de acné que no trata de disimular con maquillaje ni con cremas hidratantes marrones. Zaza las interrumpe, empieza a hablar de una librería donde venden compendios de segunda mano. Tirados de precio, dice. Y Miriam advierte que los músculos se le disuelven en una extraña laxitud, como si acabase de salir de una sesión de masaje tailandés, o de soltar una carcajada muy alta, huracanada, o un chillido desproporcionado desde la cumbre de una montaña. Es una sensación increíble, maravillosa, se nota exhausta y relajada a la vez, y desearía que continuase lloviendo, que el día permaneciese gris y ventoso y horrible, mientras ella se refugia allí

dentro, evaluando caligrafías y soltando bromas internas, dejando la conversación fluctuar hacia asuntos cruciales y primigenios como los grupos de estudio y los ciclos del tiempo.

En cuanto escucha que su madre se pone los zapatos, coge las llaves del sinfonier y las guarda en el bolso, y luego cierra la puerta con un chasquido rotundo, Miriam se despereza y migra del dormitorio al salón con la manta y el móvil y el paquete de cigarrillos. Corre las cortinas que Pattie se ha encargado de descorrer. Si hay alguna ventana abierta, también la cierra. Hoy debería ir a clase, y sin embargo, se derrama en el sofá, enciende la televisión y deja que los programas matinales y las telenovelas den paso a los concursos tibios del mediodía. Y luego las noticias, los deportes, el tiempo, películas de sobremesa sobre niñeras asesinas y adolescentes toxicómanos, y entre medias, pausas publicitarias interminables que recrean playas y campos de trigo. Las pantallas, piensa Miriam, son un espacio tan cómodo en el que dejar la mirada muerta.

La semana que viene es el gran día. El tribunal celebrará una vista pública en la que cinco magistrados escucharán los alegatos de las partes del caso. Después se retirarán a deliberar, y unas horas más tarde, darán a conocer el fallo. Ella ya se sabe de memoria el proceso, el señor Kazatchkine se lo ha explicado cien veces. Desde su posición, reclamarán que se aumente la pena por el delito continuado de violación. La fiscalía solicitará que se tengan en cuenta los factores de intimidación y violencia que no se apreciaron durante el juicio. Y los acusados, por su parte, exigirán ser absueltos. Casi seguro, dice el señor Kazatchkine, insistirán en que ella accedió a tener relaciones sexuales. Eso también sale por televisión. Todo el santo día. Aunque no en los canales que Miriam escoge para entrar en letargo.

Tumbada de espaldas, se enciende un cigarro y, durante un rato largo, se tortura buscando en el móvil cuáles son las

consecuencias de mentir en un juicio. Luego borra el historial. En la escalera se escuchan voces de niños. Más anuncios en la televisión. Cereales integrales, un refresco sin azúcar, todoterrenos que surcan desiertos rojizos. Este tramo de vida es lo mismo, piensa Miriam. Un inciso, un paréntesis. Una pausa publicitaria en la que no cabe otra actitud que dejar la mirada muerta.

Gira la cabeza. Trata de aliviar la tirantez en el cuello. La televisión proyecta parpadeos malva sobre el estuco del techo. En sus pensamientos, se filtran retazos de aquella mañana en el campus. Eva le mandó un wasap dos días después: que si vienes a estudiar a la biblio. Miriam respondió que tengo cosas que hacer. Le gustaría volver a verlas, pero no sabe, no puede, no se siente parte del universo en el que ellas habitan. Piensa también en Vix. Y en el porcentaje de chicas.

Y entonces enciende el móvil de nuevo. Y la busca.

Después de tanto tiempo evitándola. Después de ignorarla vilmente. Desde el mismo instante en que salió a la luz. Las fotografías, los testimonios. El rechazo que le provocaba.

Pero ahora, por algún motivo, la busca. Teclea deprisa, como si tuviese miedo de que todo desapareciese de pronto, de no dar abasto, de echarse atrás.

No sabe su nombre porque a ella también la protegen los medios. Sin embargo, no resulta difícil dar con los términos que la catalogan. Los cuatro jinetes y la fiesta de graduación. Los cuatro jinetes y la chica sin conocimiento. Los cuatro jinetes y una menor de edad. Como era de esperar, ella está pixelada, aunque se ve que es guapa y delgada y que tiene un pelo precioso, liso y brillante y castaño rojizo. La galería de imágenes despliega varias fotografías en lo que parece un dormitorio de padres. El predecible surtido de muebles caoba. Las cortinas rimbombantes.

La joven en un plano central, a los pies de la cama, desvanecida. Y entonces ellos. Sus sonrisas apuntando a la cámara. Todos a coro, igual que hicieron en el portal. Miriam siente que el corazón se le desboca. La mano del Chivo bajo la falda. En la fotografía no se aprecia hasta dónde, pero tiene mucho brazo metido. Y luego el Kaplan, besándole un pecho por encima del

estampado de rayas del sujetador. Sus ojos azules de ciencia ficción perforando la matriz de la imagen, el obturador de la cámara, el objetivo con todas sus lentes convergentes y divergentes, e injertándose directos en las pupilas de Miriam, que se encuentran ahora muy dilatadas debido a una reacción defensiva del cuerpo, y también a la falta de luz en la habitación. Un escalofrío le sacude la espalda. En una reacción inconsciente, se clava las uñas contra las palmas y se deja la carne sembrada de semilunas nerviosas. Le provoca una náusea infinita ver esas manos, esos brazos, esas bocas que se abren camino a través del cuerpo de ella, que aprietan y comprimen y restriegan hasta quedarse saciadas. Le provoca casi más odio y más asco que cuando piensa en sí misma. En su caso. En el portal.

Al pie de una de las fotografías, una especie de confesión: «No denuncié porque al principio estuvimos charlando con ellos. Tonteamos un poco y jugamos a un juego de pasarse un hielo con la boca. Pensé que la gente diría que era mi culpa, que me lo había buscado.»

Por lo que se cuenta también, después de manosearla y sacarle esas fotos, el Kaplan le sacudió un bofetón a la chica —en broma, alegaron— para ver si se despertaba. Grabaron un vídeo dándole bofetadas. Y Miriam siente una rabia incendiaria que la desborda. El impulso de agarrarles del cuello, y arrancarles los ojos, y sacudirles patadas hasta cortarles la respiración.

Trata de reponerse. Aparta el teléfono. El cigarrillo se ha consumido olvidado dentro de un cenicero. En la televisión, un montón de artilugios de acero fabrican cabezas de muñecas al por mayor. Miriam busca el mando a distancia por el suelo para apagarla. Después se incorpora, dobla la manta y enfila hacia el pasillo con un siseo de pasos cortos y arenosos. Pero hoy, en lugar de encerrarse en el dormitorio, echa el pijama a la lavadora y se da una ducha. Después se seca el pelo, se repasa con pinzas el entrecejo, y se viste con ropa de calle. Decide también hacerse un peinado distinto. Nada especial. Simplemente algo que no sea la coleta fláccida de todos los días.

Todavía hay bullicio en la calle, y durante un buen rato,

camina sin rumbo dejando atrás confiterías y bares y tiendas de electrodomésticos. El cielo por encima de los edificios es del color del cemento batido. Y tal vez por eso, los colores brillantes saltan más a la vista. Miriam afila los ojos. En los muros y en las cristaleras, divisa una profusión de carteles. Azul, naranja, rosa pálido. Inundando el bulevar. Con andar cauteloso, se aproxima al escaparate de una zapatería. Examina de cerca el cartel. Muestra a varias mujeres mirando hacia el cielo. El estilo es sencillo, de líneas suaves y sólidas, un tanto didácticas, como las ilustraciones de los libros de texto. Debajo de las mujeres, un encabezado que reza: «Todas unidas por un mundo más justo. Concentración a favor del endurecimiento de la condena de los cuatro jinetes». Siente una especie de conmoción. Lo ha escuchado en las noticias, que se convocarían manifestaciones en las tardes previas al fallo del recurso, y durante varios minutos, Miriam permanece inmóvil, escuchando el sonido agitado de su propia respiración. Desplaza la vista por cada una de las mujeres del cartel, que abarcan una gran variedad de estilos y razas, y son niñas y adolescentes y adultas y ancianas. Todas están sonriendo, eso le gusta, y sostienen pancartas que dicen: TE CREO. Miriam se gira. Las calles perpendiculares, ahora se fija mejor, están plagadas de carteles también. Incluso los puestos de la feria de artesanía ostentan cada uno su copia. Y a medida que amplía su campo visual, va captando cada vez más detalles. En las cornisas de algunas ventanas y en las cestas de las bicicletas descansan rosas de color durazno. Y hay pegatinas como las que le regaló Rita adheridas en las lunetas de algunos coches: TE CREEMOS. Miriam traga saliva. Siente ese burbujeo en el tejido blando de la nariz, y lo que le viene a la mente, casi como un chispazo, es la chica del pelo rojizo, desmayada en la cama, borracha, pequeña y desabrigada.

Se mete las manos en los bolsillos y está a punto de echar a andar cuando escucha a su espalda:

—Eh, Miriam.

Reconoce esa voz. Se gira con una sonrisa descomunal.

—¡Dios mío, Jordan!

Él se ha quedado parado en mitad de la calle, junto a un

puesto donde antes se vendían cómics y frutos secos. Por un momento, parece que no sepa cómo actuar, pero se relaja en cuanto ve a Miriam caminar en su dirección. Y entonces se funden en un abrazo tan prolongado que deriva en una especie de balanceo.

—Pero, madre mía, cómo estás.

Jordan sonríe y Miriam descubre de pronto que había olvidado la singularidad de sus rasgos. Ese gesto torcido en la boca —exactamente el mismo de siempre— y el comportamiento impecable de su pelo.

Más de una vez —muchísimas, en realidad—, se había imaginado este momento. Con Jordan, sobre todo, y también con Lukas. Los escenarios eran variados: el Dreams, la piscina, un atardecer en Londres —donde tendrían ya veinticinco años y ella compartiría un piso en Candem con gente bohemia y superenrollada—. Pero en todas esas fantasías que confeccionaba su mente el reencuentro estaba infectado por un tono abúlico y pasivo-agresivo. Quizá una sonrisa suspicaz, un saludo con retintín: eh, no te acerques mucho, no vaya a denunciarte por acoso. Y después una frialdad maciza y algo ceremoniosa que se disolvería a medida que progresase la conversación. Lo que desde luego no se esperaba era este revuelo de risas y abrazos, y joder, madre mía, qué tal te va, como si todos esos meses de ausencia no hubieran sido, a fin de cuentas, una circunstancia evitable.

—¿Vas hacia el barrio? —pregunta él.

Miriam asiente con la cabeza. Está tan ilusionada que le sorprende no sentir ningún tipo de vergüenza o rencor. Como si por un instante sus emociones se hubiesen condensado en una bolita pequeña y oscura que ella es capaz de mantener a raya.

Mientras pasean a lo largo de la hilera de árboles, las calles empiezan a ensombrecerse, y los escaparates y las ventanas estallan en una algarabía de luces eléctricas. Los autobuses se arriman a los bordillos y dejan bajar maletines y paraguas y rostros enrojecidos por el frío. Jordan trae también las mejillas coloradas, y Miriam no puede evitar una punzadita de nostalgia. Se le había olvidado lo guapo que era, aunque esta es una belleza que admira

ya sin mucho lirismo.

—Sigo quedando con Paola de vez en cuando —dice entonces —, me imagino que te lo habrá comentado.

—Sí —responde Jordan.

Después del entusiasmo inicial, parece un poco cortado. De modo que Miriam decide ponérselo fácil, y a lo largo de varias aceras charlan sobre las clases y la familia, hasta que la conversación desfallece y confluye hacia el único asunto que, en realidad, les ocupa la mente.

—Bueno, ¿y qué tal lo llevas? —pregunta finalmente Jordan.

Miriam se concede unos segundos para pensar.

—No sé —dice—. A veces estoy medio bien... y otras veces de culo... Es difícil explicarlo.

—Ya. También debe de ser un coñazo que el tema esté todo el día en la tele.

—No te haces una idea.

Jordan sonríe. Un rato antes, al poco de verla, ha estado a punto de decirle que la encontraba muy guapa, pero enseguida se ha dado cuenta de que seguramente se debe a que ha adelgazado bastante en los últimos meses, y no le ha parecido correcto mencionarlo. A veces, cuando Paola le cuenta de Miriam, le da la impresión de que habla de alguien a quien él solo ha conocido de lejos. No logra establecer una conexión entre su amiga de clase, la chica con la que queda su novia y esa otra a la que violaron. Ni siquiera ahora, con Miriam enfrente, es capaz de integrarlas a todas en la misma persona.

—Escucha... —murmura—, sé que a estas alturas ya no sirve de nada, pero quería decirte que siento no haberte llamado.

Miriam frunce los labios, no tiene ganas de entrar en una espiral de disculpas.

—No pasa nada —dice, y entonces añade—: te he echado de menos. A todos en general, y eso que erais unos capullos en el instituto.

Suelta una risa instantánea, como concediéndole permiso para que se ría él también, pero Jordan solo asiente con gesto marchito.

—Yo también te he echado de menos —murmura. Aunque

probablemente solo lo ha dicho por reciprocidad, porque viene a cuento.

Miriam se aclara la voz.

—A Lukas también le he echado de menos, no sé si sabes...

—Sí —dice Jordan rápidamente—. No me pareció bien.

Retoman las calles que suben al barrio. En las farolas, el viento sacude los carteles de las mujeres que miran al cielo. Como es natural, hace ya varios días que Jordan reparó en ellos. Y también en las rosas de los balcones, en las pancartas, en esas pegatinas que lucen las chicas en sus cuadernos. Paola, por descontado. E incluso Tallie McGrath, que siempre anda protestando por todo, compró rosas para su ventana y para la de su hermano.

Ahora mismo, caminando en silencio al lado de Miriam, Jordan siente la urgencia de explicar muchas cosas. Que tenía intención de llamarla, lo jura, que a menudo se lo planteaba, pero entonces decidía que un poco más tarde, que cuando la situación se calmase, que ella parecía molesta por los pasillos del instituto, que quizá prefería evitarle, que al terminar los exámenes, que en verano. Hasta que, al final, no hizo nada.

Aunque lo que sí que hizo, al menos, fue enfrentarse una vez a una panda de tíos bien grandes. Se estaban cachondeando de ella en los vestuarios del polideportivo y él les dijo que cerraran la boca, que de qué coño iban, que les iba a calzar una hostia como no se callaran de una puta vez. Pero, aun así, no pudo sentirlo como algo heroico porque nunca se vio capaz de reprocharle a Lukas su actitud. Seguía necesitando el apoyo del grupo. Aunque luego, cuando terminó el instituto, todos aquellos dramas e intrigas, y esas posiciones inamovibles donde él era el rey del mambo, se volvieron insignificantes. Ahora se mueve con otro tipo de gente y no se vería capaz de soltarle a Miriam una broma sobre sus pechos. No tiene nada que ver con el asunto de la violación, es que simplemente se siente raro pensándolo.

Cuando alcanzan la esquina del parque, la brisa trae un olor a agua estancada. Jordan carraspea, se nota los labios secos.

—¿Te gusta la universidad? —pregunta por decir algo.

Miriam hace un gesto con los hombros.

—Creo que sí —responde—, aunque supongo que me gustará más cuando me relaje.

—Ya, claro.

—¿Y tú qué tal con las prácticas para ser madero? ¿Puedes quedarte con los porros que confiscas?

Jordan sonríe. Hace cosa de media hora no imaginaba cómo sería volver a encontrársela, y ahora le disgusta tener que marcharse. Pero no puede dejar tirado a Lachance. El pobre no levanta cabeza desde que Vix le dejó, y, de hecho, está a punto de sacarle el tema a Miriam, cuando, pensándolo bien, le parece muy cutre ponerse a cotillear de cosas del grupo después de todo ese tiempo.

—Oye —empieza a decir—, si te parece bien..., a lo mejor podríamos quedar algún día.

Miriam frunce los labios, se golpea la sien con el dedo en un numerito sobreactuado.

—Bueno, vale —dice al fin—, pero no me des el coñazo con la talla de sujetador.

Jordan se gira, abre los ojos como platos, e incluso da la impresión de haber palidecido varios tonos.

—Chico, respira, era una broma —resopla Miriam—. Casi te da un aneurisma.

Él suelta una risa.

—Bueno —dice—, si te sirve de algo, ya he superado esos fetichismos.

Miriam asiente, aplaca la sonrisa de golpe.

—Escucha... —murmura, y baja la vista hacia el suelo. Se fija por primera vez en los zapatos de Jordan, que parecen de buena calidad, de esos duros y con cordones—. Supongo que habrás oído toda clase de cosas de mí..., y ya sé que no tengo que demostrar nada, pero...

—Exacto —Jordan resopla—. No tienes que explicar nada, me la suda lo que digan por ahí. Yo estoy de tu lado.

A ella le tiembla la voz.

—Gracias —dice.

Y Jordan estira el brazo, le da un apretón cariñoso en el hombro.

—Yo confío en ti.

Entras en la cocina, sostienes el móvil con las dos manos y, apoyada contra la pared, deslizas el dedo a lo largo de la lista de nombres. Kazatchkine Abogado. El corazón te late en las sienes, la sangre se te empacha de cortisol. Pero mejor no hacer caso. No puedes estar dándole vueltas continuamente. No más listas de pros y de contras. No más pensar. Así que aprietas el botón de llamada. Un tono. Dos. El cuerpo te tiembla como un reactor. A mitad del tercer tono, te apartas el teléfono de la oreja y cortas la comunicación.

Caminas hacia el cuarto de estar, donde te dejas caer en una butaca cerca de la ventana. De la calle entran destellos de sol que van repicando por las superficies pulidas de los balcones. Sientes una mezcla de fortaleza y terror, ninguna de las dos emociones despuntando particularmente sobre la otra. Suspiras. Rascas compulsivamente con la uña en una veta del alféizar. Aprietas el móvil y el calor de tu transpiración deja una fina capa de vaho sobre la pantalla. Tu cerebro envía la orden de desbloquear, marcar de nuevo. Pero tu cuerpo vacila, y sin dar más opción, te incorporas de golpe, enfilas hasta el recibidor, y coges del perchero la chaqueta verde de lona, las llaves, el bolso, la tarjeta del autobús.

Al salir del portal, hace frío y un sol terrible. El exceso de claridad vacía los rostros de las personas y hace que toda la calle parezca una fotografía sobreexpuesta y de mala calidad. Subes al autobús maquinalmente. No recuerdas si has tenido que aguardar mucho, si te has sumado a una cola o siquiera si la has respetado. Por suerte, no hay muchos más pasajeros, de modo que encuentras asiento al lado de la ventana, y cruzas las piernas en un nudo histérico. Tu mente deambula. No cesa de construir escenarios en

los que el abogado te dice: no pasa nada, esos detalles no son importantes, pero luego hay versiones alternativas en las que se lleva las manos a la cabeza y contiene el aire dentro de los carrillos: virgen santa, eso es perjurio, podrías ir a la cárcel. Miras a la gente a tu alrededor, agarrados a las barras o apoltronados en los asientos. Parecen un desfile de figurantes lanzados allí a puñados para hacer bulto. Imposible retener sus caras o descifrar lo que hablan. Las manos te tiemblan. La mandíbula. Las rodillas. Mejor no ensayar la conversación. Mejor dejar que las palabras salgan intactas e higiénicas una vez que te halles enfrente del señor Kazatchkine.

Empiezas a marearte y desearías desprenderte de la chaqueta, pero nadie dentro del autobús se ha despojado de las prendas de abrigo. Ni tan siquiera los que llevan foulards o gorritos de algodón parecen acalorados. Así que tú tampoco reaccionas porque entonces darías una impresión rara. Grotesca, incluso. Que transpiras porque estás nerviosa o al borde de un ataque de pánico. ¿Y por qué iba nadie a sufrir un ataque de pánico en una mañana transparente y preciosa de primavera?

Cuando bajas del autobús, una brisa ligera te enfría el sudor. La rotonda y las avenidas se despliegan enormes, bañadas de esa luz radiactiva. Cruzas las calles con prisa, tienes ganas de vomitar, adelantas a los demás transeúntes y piensas: cómo será mi vida mañana, el mes que viene, el año que viene. ¿Podré también yo pasear a mis anchas? ¿Qué efecto tendrá mi conducta de hoy? ¿Saldrán libres? ¿Seré yo condenada? ¿Arrancarán todos esos carteles de las mujeres que miran al cielo y entonces pondrán otros nuevos con mi cara tachada, mis ojos ocultos y un rectángulo negro que diga: Rata, miserable, manipuladora?

Al divisar el edificio de cristal azul, tu cuerpo entero se pone en guardia. ¿Qué leches haces aquí? ¿Has perdido la cabeza? Márchate, escapa, no estás preparada. Pues claro que no, Miriam Dougan, te has dirigido hasta allí en piloto automático, y resulta que ahora hay un millón de detalles que no te has parado a pensar. No has tenido en cuenta, por ejemplo, que te verías en la obligación de cruzar el vestíbulo y hablar con otras personas. El

conserje, las secretarias, cualquiera de esos recepcionistas finolis y repeinados que sin duda te preguntarán: ¿tienes cita con el señor Kazatchkine?

Pues no.

Y a medida que vas acortando distancia, el cerebro se te encharca de aire, un pinchazo te perfora el esternón. Respiras. Hace un calor insufrible en ese trozo de acera, y más todavía en el interior de tu chaqueta de lona. Y de golpe un mareo, un relámpago negro, como si alguien hubiese apagado el interruptor de la luz.

Cuando recuperas el sentido, te encuentras sentada en una silla frente a un armario robusto de palisandro. Una mujer a la que no has visto en tu vida te tiende un vaso de agua. De pie, al otro lado de la silla —que, ahora te fijas, no es una silla, sino uno de esos butacones verdes y acolchados, con las patas talladas en forma de garra—, el señor Kazatchkine se inclina y te observa con gesto de preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta.

Coges el vaso, y la mujer que se había acuclillado a tu lado se incorpora y se alisa el vestido.

—Te has desmayado en la puerta —dice—. Estás blanca como un papel.

La mente se te despeja de pronto. Recapitula. Los motivos por los que estás allí y por qué no puedes marcharte hasta contárselo todo al señor Kazatchkine, que no deja de repetir: ¿estás bien?, ¿seguro? Se ha metido las manos en los bolsillos y hurga allí dentro con algo que emite un sonido crujiente. Un juego de llaves quizá, o el envoltorio de un caramelo para la tos.

—Venía a hablar con usted —le dices.

Y aunque esperas una reacción física —otra vez el corazón a toda pastilla, sudores fríos, un temblor desbocado en las piernas—, tu cuerpo permanece tibio y en reposo. Incluso el pinchazo del esternón se ha esfumado. Es un alivio. Miras al señor Kazatchkine, que asiente con la cabeza. A continuación, saca una de las manos del bolsillo del pantalón y señala hacia un pasillo sin que tú sepas siquiera adónde conduce.

—¿Quieres comer algo antes? ¿O ir al aseo a refrescarte?

Sacudes la cabeza con rotundidad. No, ni hablar. Porque si no actúas de inmediato, si ahora vas e intercalas cualquier tipo de actividad, quizá se reactivarán en tu sistema nervioso los mecanismos de huida. De hecho, ya empieza a invadirte un hormigueo generalizado, y aprietas fuerte el vaso con las dos manos para contener el temblor.

—Prefiero entrar ya —dices.

—Como quieras. —El señor Kazatchkine frunce las cejas y todas las arrugas que circunvalan sus ojos cambian de orientación —. ¿Está todo bien?

—Sí —dices—, pero es que tengo que rectificar algunos detalles en mi testimonio.

Ha planeado cómo empezará su disertación. Le explicará que ha estado un poco bloqueada, centrada en sus cosas, y que no ha sido capaz de ver más allá. Aunque siendo del todo sinceros, tal vez lo que necesita es desahogarse con alguien, y por eso ha ido hasta allí corriendo. Porque no se le ocurría nadie más.

Miriam estira el brazo y toca el timbre de nuevo. Está tentada de apretar varias veces en plan psicótico, ding dong, ding dong. Y cuando Vix abre la puerta por fin, descalza y con el jersey torcido, es fácil deducir que se ha visto obligada a vestirse a toda prisa.

—Miriam —dice sin mostrar sorpresa, lo que indica que también se ha encargado de atisbar primero por la mirilla.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, solo estaba... Me había dormido y estaba en bragas —flexiona la rodilla y apoya la punta de un pie sobre el empeine contrario—. Bueno, eh... ¿quieres pasar?

La casa de Vix es más grande que la suya, con un montón de habitaciones de sobra que afloran a lo largo del pasillo y para las que sus padres han ideado toda clase de funciones extravagantes: sala de las guitarras, despacho, taller de pintura, cuarto de las cobayas.

Miriam deja que Vix la guíe hasta un enorme salón empapelado con motivos selváticos. Por el desorden de la mesita y por el modo en que se desparraman los cojines por el suelo, resulta evidente que ha estado holgazaneando en esa parte de la casa.

—¿Quieres beber algo? —pregunta.

Al ver que Miriam tarda en decidirse, Vix da media vuelta y se dirige con pasos secos hacia la cocina. Coge una bandeja y la carga con dos latas de Coca-Cola Zero, una caja de pastas y una bolsa de Doritos empezada y cerrada después con una pinza.

—¿Y tus padres? —pregunta Miriam.

—Han ido a visitar a mis tías.

La sigue en silencio de regreso al salón. Deja que Vix coloque la bandeja sobre la mesa del sofá, apartando algunos pisapapeles decorativos. Qué seria está. No parece en absoluto dispuesta a romper el hielo. Así que Miriam toma asiento, se estira las perneras del pantalón y comienza:

—Verás, he venido porque... bueno, porque quería disculparme por haber pasado un poco de ti.

Vix le da un trago a su Coca-Cola, y se demora en apartarse el vaso de los labios. En sus ojos hay una extraña somnolencia. Y Miriam deduce que hace falta añadir más contexto. Toma aire.

—Joder, Vix, es que... Es que la he cagado con un montón de cosas y me daba vergüenza que...

—Escucha. —Vix levanta la palma de la mano. Aparta la mirada para calcular la distancia de la mesa y, acto seguido, apoya el vaso y lo empuja con los dedos lejos del borde. Se gira de nuevo hacia Miriam—. No pasa nada, ¿vale?

Miriam echa el cuerpo hacia atrás.

—Aun así quiero explicártelo.

Vix sacude la cabeza. Le sorprende que de pronto unas lágrimas inesperadas y estúpidas hagan bailar las letras grabadas en la caja de pastas. Miriam se inclina hacia ella.

—Oye, ¿estás llorando?

—No. —Vix se pellizca la punta de la nariz, que nota empapada, y busca un paquete de pañuelos por encima de la mesa —. Mierda, perdona, es que ha sido verte en la puerta y...

—Joder, Vix..., de verdad que siento..., no sabía que estabas tan...

—No pasa nada —repite Vix—. No es por ti, además ya sé que lo tuyo es peor...

—Peor que qué.

Vix no responde enseguida. Sigue abriendo y cerrando cajitas sobre la mesa en busca de algo con que secarse las lágrimas.

—Que nada, en serio. —Y como Miriam no deja de atosigarla con los ojos, Vix contiene un sollozo—. Joder..., es que no sé si lo

has oído por ahí, pero hace casi un mes que lo dejé con Hugo.

Suelta un suspiro y encuentra por fin un pañuelito de papel con el que se presiona los párpados y se frota después la nariz. Evidentemente, no es la primera vez que llora por el tema de Lachance. Ya ha llorado en muchísimas ocasiones. Sobre todo, el día que quedó con él en el parque para darle el mazazo. Y luego de vuelta en casa, en el ascensor, en el baño, antes y después de cenar, enjuagándose la pasta de dientes, pasándose las toallitas para el acné, y ya por fin, a raudales, bajo las sábanas. En la universidad, por el contrario, no mostró ninguna emoción. Solo lo comentó de pasada, porque esa misma semana la invitaron a una fiesta de cumpleaños y alguien soltó: ¿dónde te has dejado a tu novio? Pues ya no tengo, dijo ella. Pero como estaba bastante borracha, le entró una risa tonta que contagió a los demás, y que al cabo de un rato la hizo sentirse culpable y asqueada. Entonces también lloró, esperando el metro en un andén desierto. Fue la última vez. Y nunca más.

Sin embargo, ahora no puede parar. Ahora que tiene a Miriam delante, el nombre de Hugo coge peso y volumen y se vuelve compacto dentro de la habitación.

—Joder, lo siento..., no sabía nada —dice Miriam, que aún tiene la mano posada en los labios en un gesto de espanto—. ¿Y cómo estás?

—Bien. —Un sollozo corta la palabra en dos—. Bueno..., no muy bien..., pero es lo que toca.

Miriam suspira, coge a Vix de la mano y se la aprieta.

—Lo siento, Vix, tiene que ser horrible después de tanto tiempo. A lo mejor es algo temporal y dentro de unos meses...

Vix agita la cabeza con rotundidad, la opresión en su pecho empieza a aflojarse. Miriam chasquea la lengua.

—Tenía que haber estado contigo, y encima el día aquel te dije que estabas haciendo un drama...

—Bueno, eso ya da igual —murmura Vix—. Además, tampoco estás tú como para encargarte de las mierdas ajenas. —Presiona el pañuelo de papel con cuidado sobre las pestañas y luego se suena la nariz y bebe un sorbito de Coca-Cola. Vuelve la vista hacia

Miriam—. ¿Y tú cómo vas? He estado siguiendo las noticias.

—Sí..., pues ya sabes que dentro de tres días es lo de la apelación.

—Ya. —Vix asiente con la cabeza—. Iba a llamarte ese mismo día, te lo juro..., es que me metí en una espiral de cabreo porque me sentía fatal con lo de Hugo, y...

—Vix, en serio, no tienes que justificarte. —Miriam encoge los labios, se mordisquea la uña. Tiene prisa por seguir hablando —. Vengo del abogado. —Y nota que la saliva se le vuelve pastosa, que el corazón le late en la yugular—. Es que... no dije toda la verdad en el juicio. Vamos, que... mentí.

Vix se reclina sobre el respaldo. Arruga la nariz, la frente, los ojos. Contrae el gesto entero mientras niega repetidamente con la cabeza.

—Qué chorrada, cómo vas a mentir.

Miriam respira hondo. Le sorprende no sentirse más conmocionada, no haberse marchado desde el bufete directa a casa para reptar bajo el edredón y embucharse dos pastillas de clonazepam. Era la reacción que cabría esperar. Y sin embargo, nada más salir del despacho del señor Kazatchkine experimentó una energía extraña y artificiosa. Una euforia tóxica, como la que deben de sentir las personas que sobreviven a un terremoto, aunque el mundo a su espalda se desmorone.

—Oculté algunas cosas cuando me las preguntaron —dice, y clava la vista en un hilito de su jersey que ha empezado a retorcer entre los dedos—. Por ejemplo..., que sí que tonteé con ellos, y también hice algunas bromas... sexuales...

Ahora es ella la que echa mano de uno de los pañuelos que asoman de un envase de cartón. Se recuesta contra un cojín y boquea un par de sollozos que la dejan sin habla.

—Es que..., o sea, no dije todas esas burradas que contaron ellos, te lo prometo..., pero sí que me flipé y solté algunas tonterías... Acabo de confesárselo al abogado.

Sus hombros respingan en un gesto mínimo, se aprieta el pañuelo contra la boca. Cuando mira a Vix, los ojos se le estrechan cansados y llenos de incógnitas.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada... Que no hace falta sacar a la luz esos datos, y que no son concluyentes... Me ha dicho que nos callemos. Yo pensaba que eso era ilegal. Lo de que él tenga información y aun así se la calle...

—Pues entonces será porque esa información no es para tanto...

—No sé, Vix... Negué esas cosas porque no me beneficiaban. Estaba acojonada... Son actitudes que me hubieran dejado muy mal —se inclina hacia atrás. Un calor seco se le echa encima como el peso de siete mantas—. Mentí en el juicio... El abogado me ha dicho que eso es delito de falso testimonio, pero que no cambia nada y que sigamos adelante.

—Bueno, pues ya está, ¿no? Él es el que sabe cómo hacer estas cosas.

Miriam se rasca el hueso de la clavícula.

—Ya... Cuando me lo ha dicho me ha aliviado un montón... Y ahora en cambio me siento rara, no sé..., con esas mentiras.

—Miri... —Vix se inclina hacia ella, posa su mano sobre la muñeca de Miriam—. Escucha, seguro que no son mentiras de verdad y lo que pasa es que tú te lo estás tomando a la tremenda. Tienes que estar histérica a solo tres días de que se resuelva la apelación, a mí me pasaría.

Miriam sacude la cabeza.

—Le di un beso a ese otro tío —murmura—. Lo que se comentaba por el barrio es verdad, le di un beso al cerdo de Kaplan... Después de haberme enrollado con Alex.

Al decir sus nombres así, crudos y por voluntad propia, al pronunciarlos como si fueran personas cercanas, sus amigos, o conocidos, o gente perfectamente integrada en su vida, siente una náusea que le revuelve las tripas. Como si dos universos que oscilasen a distintas frecuencias hubiesen colisionado con un estallido ensordecedor.

—Bueno, pues aunque te enrollaras con ese gilipollas —protesta Vix—. Eso da igual también.

—No, Vix, escucha.

—No necesito escucharte. —Vix sacude la cabeza, aprieta los

dientes—. ¿Sabías adónde te llevaban? Cuando besaste a ese... mierda... ¿sabías lo que venía después? No, ¿verdad?

—No, claro que no, pero yo... —Miriam se cubre la cara con las dos manos, su garganta emite un gemido—. Es que yo ya no sé si les di pie...

—¿Pie a qué, joder? ¿A montarse una película? —Vix suaviza el tono—. No digas chorradas, Miri.

Miriam deja escapar un suspiro. Echa la cabeza hacia atrás y apoya el cuello sobre el respaldo. Las lágrimas le corren calientes hacia las sienes.

—Tengo muchísimo miedo —murmura—. Cuando he salido del bufete me encontraba mejor. Ha sido como una especie de chute raro, pero ahora... —baja los ojos—. Creo que necesito contarlo.

—Ya se lo has contado al abogado.

—Me refiero a que quiero que se sepa. No quiero quedarme con esto dentro.

—A ver, por favor. —Vix aprieta los párpados—. Por favor, piénsalo bien. Esas cosas que dices... son chorradas... Ellos te violaron, no les incitaste tú.

Un traqueteo de gotas de lluvia arremete de pronto contra la ventana. En cuestión de segundos, la luz dentro de la habitación se atenúa hasta diluir los contornos en sombras. Miriam sorbe un sollozo. La mano de Vix le aprieta más fuerte y siente contra la piel el frío metálico de sus pulseras.

—Lo voy a contar —dice.

—Hostias, Miri, en serio.

El viento agita con violencia los toldos, y por un instante Vix considera si debería levantarse a plegarlo. Mira de nuevo hacia Miriam, que levanta la vista con un gesto atormentado. Chasquea la lengua.

—Está bien, entonces... Bueno, sabes que voy a estar de tu lado a muerte.

Miriam asiente con la cabeza. Parpadea, y dos lágrimas enormes caen sobre el asiento del sofá.

—Seguro que el juez también dirá que no pasa nada —

prosigue Vix—. Yo no sé de leyes, pero estoy segurísima.

Miriam deja escapar una risa amarga.

—¿Cómo estás tan segurísima entonces?

—Pues porque sí, porque tontear y besar a un chico... O a dos chicos, o a diez, me la suda..., no significa que les des vía libre para hacerte lo que les salga de las narices.

Vix hace un aspaviento. Hay violencia en su tono. Rabia. Agresividad.

—Es posible que saquen mi nombre a la luz —dice Miriam—. Eso me angustia muchísimo... Cuando veo a toda esa gente manifestándose, pienso: si lo supieran...

—Quizá inconscientemente estás buscando una especie de autocastigo —dice Vix.

Pero Miriam ya no la escucha, es incapaz. Está inmersa en la negrura de su narración. Está de nuevo en el interior del portal, a oscuras y semidesnuda, dentro de un cubículo sudoroso donde lucha por respirar.

—Es que, Vix, te lo juro..., pasé tanto miedo... No sé por qué besé a aquel chico, fue por hacer el imbécil nada más, pero de ninguna manera... de verdad... Porque ellos no me forzaron a entrar, me dieron la mano y tiraron de mí, pero no fuerte ni nada, no me obligaron... y yo les seguí, aunque no imaginaba... Pensaba que querían fumarse un porro o meterse unas rayas...

Vix asiente varias veces con la cabeza.

—Ya... —suspira—. ¿Vas a ir entonces al juzgado a contarlo?

—Sí.

—Bueno, pues yo voy contigo.

La lluvia se ha vuelto espesa y cae a ráfagas contra el alféizar como un aluvión de canicas. Miriam se sorbe los mocos. A través de ese estupor beige del salón, percibe cómo Vix todavía le aprieta la mano.

—La verdad es que no había venido a tu casa para hablar de esto —dice al cabo—. Bueno, un poco sí. Pero había venido a decirte sobre todo que te echaba de menos.

—Ya lo sé —responde Vix—, yo a ti también.

Miriam asiente. Luego clava la vista en el hilito rebelde del

jersey. Trata de arrancarlo en vano con varios tirones, y al final desiste.

—Sabes, a veces pienso... —chasquea la lengua. Ahora está acariciando el hilito despeluchado, como si le perdonase la terquedad—. Pase lo que pase con la apelación... Me pregunto si conseguiré superar esto alguna vez... No me refiero al año que viene, ni a dentro de cinco o seis años, sino al futuro. Si viviré tranquila en mi propio piso, si tendré amigos, una familia y todo eso...

—Pues claro que lo tendrás si te da la gana —protesta Vix.

—Me da la impresión de que voy a vivir con miedo para siempre.

Vix rasca una florecita bordada en la funda de un cojín.

—No será para siempre.

Al otro lado de los cristales, la lluvia se ha apaciguado, quizá incluso se ha detenido del todo, pero resulta imposible adivinarlo a esa distancia de la ventana. Vix cambia de postura en el sofá. Intuye que debe de existir alguna combinación de palabras que ella puede decir para que Miriam se sienta mejor, para infundirle esperanzas. E intuye también que esa es precisamente su responsabilidad. Se queda mirando a Miriam, que sigue obcecada con el puñetero hilito. El pelo le oculta la cara como una cortina, y Vix estira la mano y le coge un mechón.

—Por cierto —dice—, me gusta tu nuevo look.

—Ah, sí, no lo habías visto en persona... —Miriam yergue la cabeza, se manosea las puntas con los dedos—. Ya me ha crecido un poco.

—Te queda bien.

—¿Sabes? —dice entonces, y un delicado temblor le recorre los labios—. También es verdad esa gilipollez de que les propuse desayunar.

¿Dónde vais a desayunar?

Las palabras le nacen en los pulmones, y sin hacer escala en ninguno de los lóbulos del cerebro que rigen el pensamiento analítico, acuden a su garganta, bruscas y desordenadas, y se disponen en fila ellas solas como por arte de magia. A Miriam esto le ha ocurrido más veces. Cuando siente mucha vergüenza, por ejemplo, o cuando se pone tan nerviosa que de pronto se queda en blanco. Y entonces arranca a hablar. En el colegio, sin ir más lejos, reaccionaba de ese modo cuando necesita rellenar un silencio. Porque un compañero se metía con ella, o porque un profesor le echaba la bronca. Ese tipo de cosas. Así que, en resumen, se puede decir que la actitud de Miriam es un acto reflejo que irrumpe cuando considera —o más bien cuando su subconsciente deduce— que las palabras pueden amortiguar un padecimiento venidero. Una tragedia a punto de estallar.

¿Dónde vais a desayunar? Y lo recuerda muy bien, incluso después de todo este tiempo. Porque al formular la pregunta no concibió que ellos podrían incorporar por su parte alguna respuesta —un bufido, un gesto de asco, un desprecio: y a ti qué te importa.

Cuando lo más terrible ya parecía ir quedando atrás, este bombazo: ¿Dónde vais a desayunar? Porque si ahora ella les demostraba que tenía miedo, que quería llorar, que podría llamar a la policía en cuanto los perdiera de vista, entonces quizá lo peor no hubiese pasado y pasase después. Ahora mismo. De inmediato. Que le pegaran una paliza, que la tiraran al suelo, que le sacudieran patadas y le quitaran la ropa, que la pesadilla comenzase otra vez.

Y a pesar de que está casi al borde del llanto, de que le tiemblan las manos y le duelen las sienes y ha reparado en la hebra

de sangre que le brota de la rodilla, mientras se sube las bragas, mientras se sacude los leggings, todavía sentada, o acuclillada, o agachada en el suelo, con el pelo volcado hacia un lado, sucio, mugriento, arenoso, mientras recupera el móvil de un charco, se lo seca en la manga y descubre las grietas en la pantalla, trata de recuperar el control de su voz: ¿Dónde vais a desayunar?

Aunque suena muy raro, fuera de sitio, una dislexia de las emociones un tanto grotesca. Pero Miriam advierte —o es su instinto quien lo presiente otra vez— que con esta propuesta se blinda. Que la escena logra clausura. Porque, chavales, dónde desayunamos, aquí paz y después gloria, todos amigos, y que os vaya muy bien.

Tras evaluar las matizaciones aportadas por la denunciante respecto a su primera declaración, no se infiere ningún elemento que pueda afectar a la conclusión inicial.

La denunciante habría podido exagerar en su primer testimonio, habría podido declarar que los procesados utilizaron la fuerza, o que la metieron en el portal bajo amenazas. Sin embargo, no solo no lo hizo, sino que se ha arriesgado a una valoración negativa de su primera declaración aportando datos que podrían, en todo caso, haber beneficiado a la defensa. Se concluye, por tanto, que no existen más detalles que puedan permanecer escondidos, ya que la actitud responde a un claro sentimiento de culpabilidad.

Por otro lado, la versión de la denunciante viene corroborada por pruebas periciales policiales y psicológicas, testimonios concurrentes de las dos testigos que la condujeron al hospital, y antecedentes de delitos sexuales de los procesados. Particularmente, también existe una prueba documental, concretada en grabaciones de vídeo, donde es inocultable que la denunciante se encontró repentinamente en un lugar recóndito, y rodeada por cuatro varones de edades superiores y fuerte complexión. Si prestamos atención a los vídeos, podemos observar a la joven en una posición central y un plano inferior con respecto a los procesados, que en todo momento parecen disfrutar de la situación e incluso posan en actitud jactanciosa. Por el contrario, durante toda la secuencia, ella mantiene los ojos cerrados y un rictus ausente. No se percibe reciprocidad por su parte.

Para finalizar, durante la cuarta sesión del juicio, los peritos médicos aclararon que la ausencia de consentimiento es compatible con la inexistencia de lesiones, y que la reacción que manifiesta la víctima es más instintiva que racional. Esto queda explicado en la teoría de que, frente a una situación en la que la persona siente que su vida corre

peligro, se evita la actuación del cerebro superior, y se actúa con el cerebro primitivo donde se encuentra el sistema límbico.

En circunstancias extremas caben diversas respuestas. Reactivas: de lucha, defensa o petición de ayuda. O pasivas: de rigidez, relajación, o incluso mostrando acercamiento con el agresor para evitar males mayores, lo que sería compatible también con una de las últimas matizaciones de la denunciante cuando declara que, después de hallar su teléfono móvil destrozado, propuso a los procesados ir a desayunar.

Considerando todos los datos aportados por la defensa y la fiscalía, teniendo en cuenta las últimas declaraciones de la denunciante, y según el acuerdo de la comisión de expertos en delitos sexuales, se concluye que los acusados deberían haber comprendido la postración y humillación que imponían sobre la joven. El hecho de que ella se mostrase participativa inicialmente, siguiendo las bromas y el carácter amistoso, incluso cuando los comentarios fueran de índole sexual, lejos de inducir a error sobre su consentimiento, debe concluirse que fue una circunstancia aprovechada por los acusados para consumar su abuso con prevalimiento.

Se eleva, por tanto, a un total de quince años la condena de cada uno de los acusados por el delito de agresión sexual.

Seis meses después

Una chica. Está sentada en un escalón frente a un jardín de abetos y cedros, entre cuyos claros brotan esculturas doradas de dioses griegos. Se trata de una zona apartada de la universidad, al otro lado de los comedores, y aunque ya están a mediados de octubre, todavía resiste el buen tiempo. La brisa arranca del césped un rumor de oleaje. En el cielo navegan estratocúmulos de color gris paloma. A la chica le gusta el otoño. Considera que es la estación de ponerse en marcha, de tomar decisiones, de reflexionar.

Junto a ella hay una bolsa grande de lona de donde asoman tacos de apuntes y uno de esos manuales de portadas desangeladas escritos por catedráticos. Entre el resto del contenido —una bufanda de lino, un estuche de tela escocesa, una pitillera metálica — sobresale también un cuaderno de cuero, que ahora la chica saca de la bolsa con sumo cuidado. Pone especial atención en no arrugar las cintas que sirven para cerrarlo. Con gesto de no tener prisa ninguna, lo apoya sobre sus rodillas y acaricia las tapas. Repasa con el dedo las ilustraciones de los dientes de león. Un aire tibio le mueve los rizos que se ha dejado crecer otra vez hasta la mitad de la espalda.

Respira profundamente, tiene todo el tiempo del mundo, y durante unos minutos se permite observar el peso de la ropa sobre su cuerpo, el frescor de la escalera de piedra atravesando la tela de sus vaqueros, el olor a pastillas de caldo que transpiran los conductos de ventilación. Abre el cuaderno y alisa la primera página, una hoja beige de papel reciclado, aunque se nota a la legua que no es realmente la primera página, sino que algunas hojas han sido arrancadas con anterioridad. Ahora la chica alza los

ojos al cielo. Una coreografía de pájaros rasga en diagonal las estelas deshiladas de los aviones. Se da unos golpecitos en la frente con el extremo del bolígrafo y luego se aclara la voz, como si ese gesto la ayudase a despejar las ideas. Entonces empieza a escribir:

«A todas las personas que no me dejaron sola. Mamá, Vix, Paola, Jordan, Irene, Eva. Y a toda la gente que sin conocerme salió a la calle, y sostuvo carteles, y se emocionó y se exasperó con mi caso. Gracias de corazón».

La chica levanta la vista, dirige los ojos hacia un matorral donde un gorrión avanza a saltitos entre las hojas secas. Se apoya el bolígrafo en los labios. Piensa. Por las ventanas abiertas se escucha el tono amodorrado de una clase. No es un murmullo que la distraiga, al contrario, la cadencia de voces la reconforta. Empuña el bolígrafo, se aclara la voz. Es un gesto que definitivamente la ayuda a pensar.

Mira a esa chica
XVIII Premio Tusquets Editores de Novela 2022
Cristina Araújo Gámir

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Elizabeth Lennie, A Hot Night

© Cristina Araújo Gámir, 2022

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-1107-184-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!